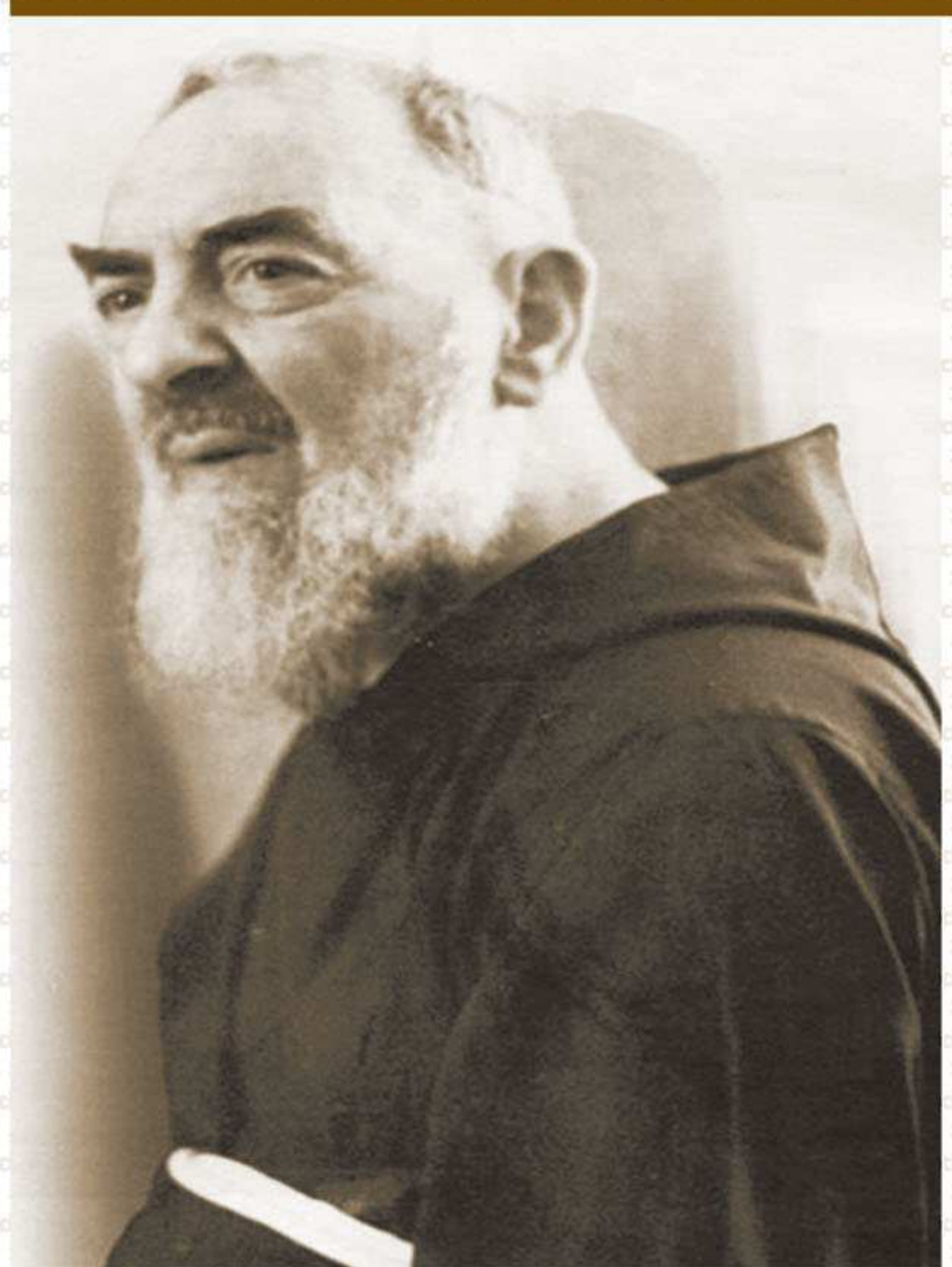


Gianluigi Pasquale (ed.)

365 días con el Padre Pío



SAN PABLO

365 días con el Padre Pío

Gianluigi Pasquale



Presentación de la edición española

Al libro *365 días con el Padre Pío* lo podríamos llamar «hermano mayor» del tan conocido y leído librito de bolsillo *Buenos días*.

Buenos días, traducción española del italiano *Buona giornata*, nos ofrece, igual que *365 días con el Padre Pío*, un «Pensamiento para cada día del año». En *Buenos días*, esos pensamientos están tomados o de los escritos del Padre Pío o de palabras pronunciadas por el Santo. En *365 días con el Padre Pío*, en cambio, todos los pensamientos se han sacado del *Epistolario*; es decir, de las cartas escritas por el Santo capuchino a sus directores espirituales, los padres Benedetto y Agostino da San Marco in Lamis, y a sus dirigidos espirituales.

En el primero, *Buenos días*, los pensamientos son muy breves, a veces de una o dos líneas, aunque no por eso menos ricos de contenido. Fijándome en esta brevedad, lo he llamado «hermano menor» de *365 días con el Padre Pío*. En este, los textos son mucho más amplios, a veces cartas enteras, como la dirigida al papa Pablo VI en 1968. Por este motivo, le he dado el rango de «hermano mayor» de *Buenos días*. Y al «hermano mayor» le deseo la misma amplia acogida que sigue teniendo, en italiano y en las versiones a otros muchos idiomas, su «hermano menor».

He de confesar que la traducción española no ha sido, al menos en bastantes casos, nada fácil. Quizá porque en este estilo epistolar, sobre todo cuando el autor, como en este caso, piensa que las cartas nunca llegarán a personas distintas del destinatario, la redacción se suele cuidar menos. Posiblemente también –el Fraile capuchino lo dice expresamente en algunos casos–, porque el Padre Pío escribió muchas de estas cartas robando horas al sueño y muy cansado después de haber pasado casi todas las horas del día atendiendo a la gente, sobre todo en el confesonario. Y, sin duda, porque el «Crucificado del Gárgano», especialmente cuando tenía que manifestar a sus directores espirituales sus profundas experiencias místicas, no encontraba palabras adecuadas para hacerlo y recurría a colocar, uno tras otro, sustantivos, verbos, adverbios... Si el texto italiano lo hallamos entre «densas nubes» –expresión tantas veces usada por el Padre Pío en sus cartas–, ¿cómo conseguir que sea clara su traducción española?

Al traducir los textos italianos, se ha buscado, como es lógico, la fidelidad: fidelidad, ante todo, al contenido; fidelidad, en lo posible, al estilo usado por el autor; y fidelidad también a la grafía empleada, que, al tratarse de cartas escritas en el arco de 13 años, alterna en el uso de mayúsculas y minúsculas, en la puntuación... La fidelidad al estilo hace que, en muchos casos, la lectura no resulte ni fluida ni agradable.

El Padre Pío –lo podrá comprobar el lector– aconseja repetidas veces la lectura de buenos libros. El libro que el lector tiene en sus manos es, sin duda alguna, excelente.

Al acercarnos al pensamiento de cada día, cabe seguir –y es muy aconsejable hacerlo– el consejo que el Padre Pío da a Raffaëlina Cerase en carta del 14 de julio de 1914: «Antes de ponerte a leer esos libros eleva tu mente al Señor y suplícale que Él mismo se haga guía de tu mente, se digne a hablarte al corazón y mueva Él mismo tu voluntad». Si actuamos de ese modo, no hay duda de que nos ayudará eficazmente a progresar en los tres objetivos que el Santo de Pietrelcina propone a Assunta di Tomaso en carta del 24 de septiembre de 1916: «Daremos gloria a nuestro Padre del cielo, nos santificaremos a nosotros mismos y daremos buen ejemplo a los demás».

12 de octubre de 2010
ELÍAS CABODEVILLA GARDE, OFM Cap.

Prólogo

Conozco a muchísimas personas, sobre todo jóvenes, que cada día rezan a Dios a través del Padre Pío y con el Padre Pío. Lo hacen considerándolo todavía como «Padre», aunque él ya es, desde hace algunos años, «san Pío» de Pietrelcina. Y estas personas –decía que muchas en Italia, pero otras muchas también en el extranjero– se dirigen al «Estigmatizado del Gárgano» en los momentos y situaciones más normales de su jornada, mostrando una devoción que se manifiesta de múltiples formas: guardando una estampa en la cartera, que muestran al primero que les pregunta por su fe; exponiendo su fotografía bien visible en su trabajo y hasta en los carteles de las autopistas; leyendo fragmentos de sus incomparables *Cartas*, que hoy están recogidas en un verdadero *Epistolario*. Estas *Cartas* son una riquísima mina, todavía no explotada en su totalidad, de espiritualidad cristiana, que muestran un profundo amor por la humanidad humilde y pobre, sobre todo por aquella que cada día trabaja y sufre, haciendo posible tanto la historia del mundo como la historia de la salvación. Las *Cartas* del Padre Pío hablan directamente al corazón de quien las lee y le hablan de Dios. Se trata de una correspondencia dirigida a hombres y mujeres, a los que el Padre Pío escuchó a lo largo de decenas de años en su confesionario, deseosos y nunca saciados –como lo estamos nosotros– de poder intuir el rostro maravilloso de Jesús, que nos prometió estar con nosotros cada día, todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28,20), también hoy. Y precisamente a esos hombres y mujeres el Padre Pío les escribía muchas cartas, llenas, entre otras cosas, de imágenes inéditas y de metáforas extraídas de nuestra realidad más cotidiana, y con referencias frecuentes a sucesos de la naturaleza, a representaciones del paisaje, al calor de los afectos familiares y de la amistad; en suma, a la manera de ser de la gente típicamente italiana, en la que laten todavía un carácter firme y una religiosidad profunda.

Convencido de que Jesús mantiene, también para este año nuevo, la promesa de «estar con nosotros» todos los días, pensé que, a través de un pensamiento diario extraído de las *Cartas* del Padre Pío, esta promesa resultaría todavía más tangible. Un pensamiento de cada día del Padre Pío –no creo que sea una osadía afirmarlo– es para nosotros un pensamiento de cada día de Jesús, el único que nos ama y nos cura plenamente: porque ambos han sido perforados por los «clavos de la historia», los estigmas. Jesús realmente y el Padre Pío por gracia, pero ambos físicamente. Los «clavos de la historia» son, en efecto, los del soplo del espíritu de Dios sobre el hombre, que, día tras día, nos impulsa a la conversión, haciendo madurar en nosotros las líneas maravillosas de la imagen de Cristo (Ef 4,13). Gracias a este enfoque trinitario del tiempo tiene lugar para todos, antes o después, un día de conversión.

En este sentido, un día de conversión tuvo lugar también para mí, que no conocía casi nada del Padre Pío, aun siendo un cohermano suyo, aunque sí había «oído hablar» de

él. El descubrimiento del Santo comenzó en Alemania, hace ahora ya diez años, cuando era estudiante de los Jesuitas en la Sankt Georgen Hoschschule de Frankfurt y huésped del célebre e imponente santuario mariano de Liebfrauen de dicha ciudad, atendido por los capuchinos. Me encontraba en Alemania desde hacía tiempo. Recuerdo aún aquella gélida mañana de primavera de 1999, cuando el joven guardián, fray Paulus Terwitte, me pidió dar dos conferencias sobre el Padre Pío en vista de su beatificación, que tendría lugar poco después, concretamente el 2 de mayo, en Roma. Le dije: «¿Por qué precisamente yo?». Me respondió: «No porque eres capuchino, sino porque eres italiano como el Padre Pío». Mi pregunta no nacía de que tendría que hablar en alemán y en el santuario donde los sábados por la mañana –como sucede también hoy– dan sus conferencias los mejores teólogos alemanes, católicos y luteranos, sino de la verdadera dificultad de que del Padre Pío, como he dicho, no sabía casi nada.

Pero acepté el reto; y fue así como me puse a estudiar detenidamente las fuentes, es decir, las Cartas que ahora publico aquí. Me pareció estar ante el filón de una inexplorada mina de oro, no solamente teológica, sino también rica de un precioso conjunto de sugerencias y de intuiciones espirituales, aptas para poder vivir hoy, con y según el corazón de Jesús, con el fruto de un gran consuelo. En estos pensamientos el Padre Pío ofrece, en efecto, consejos eficaces sobre cómo poder creer en Dios, esperar en medio de las tribulaciones, amar y perdonar al prójimo, gozar en cualquier circunstancia de la existencia. En ellos late el vigor del hermano capuchino, que trata de ayudar a las personas sobre todo a fortalecerse en la vida cristiana, considerada por el Padre Pío como una auténtica propuesta de felicidad para la realización humana. En estos pensamientos, además, se puede encontrar toda la experiencia pastoral que él maduró en los años de su vida franciscana, al dirigir por los caminos del Espíritu a muchas almas, algunas encontradas probablemente una sola vez, y otras de forma continuada, en lo que hoy se llamaría el acompañamiento espiritual. Los pensamientos de estas *Cartas*, por tanto, se dirigen a todos: laicos, sacerdotes, religiosos, no creyentes y, también, jóvenes. En efecto, de todos ellos, el descubrimiento que más me seduce ha sido el de haber conocido en este «diario» a un Padre Pío increíblemente joven y actual. Además, me he dado cuenta de ello figurativamente al visitar, algunos años después, los lugares de su vida en el Gárgano (Foggia) y de su infancia en Pietrelcina (Benevento), en cuyos conventos abundan sus fotos de fraile joven, con aquellos ojos grandes, luminosos y dulcísimos.

El Padre Pío permaneció siempre joven, como percibiremos leyéndolo en estos pensamientos para cada día, de forma que también nosotros llegaremos al final del año más rejuvenecidos que al inicio. Sucede siempre así para quien vive el tiempo y el paso de los días de modo auténticamente cristiano: dándose cuenta de que, «mientras nuestro hombre exterior se va deteriorando, el interior se renueva de día en día» (2Cor 4,16). Y este es precisamente el secreto, aquel que el Padre Pío llamaba «el secreto del gran Rey» (Tob 12,7). Que para un cristiano –no sólo para un franciscano– coincide exactamente con una Persona: Jesús.

Venecia, 23 de septiembre de 2007

San Pío de Pietrelcina
GIANLUIGI PASQUALE, OFMCap.

Fuentes y selección de textos

La presente antología de textos está tomada toda ella del *Epistolario* de san Pío de Pietrelcina, que, por otra parte, constituye la parte más importante de sus escritos. La correspondencia epistolar del Padre Pío tiene una notable amplitud de modulaciones: desde la exhortación a la dirección espiritual de las almas, desde la homilética a la exégesis bíblica, desde la reflexión existencial o acontecimientos históricos del momento a las confidencias personales de los propios estados de ánimo y de los aspectos espirituales más íntimos. Atendiendo a esta amplitud, la elección de los textos se ha hecho privilegiando aquellas reflexiones y exhortaciones no muy condicionadas por una situación ocasional determinada, o que, aunque suscitadas por una particular exigencia del momento, son aplicables a las diversas categorías y a las condiciones de vida de los posibles lectores de esta selección.

De este modo, si el Santo de Pietrelcina se dirige frecuentemente a sus hijos espirituales con expresiones tales como: «Nuestro Señor te ama, hijita mía, y te ama tiernamente (...)», o: «Recuerda, hijita, que la caridad tiene tres elementos (...)», o también: «Vive tranquila, mi querida hijita (...)», el lector puede imaginar con razón que estas palabras van dirigidas al corazón de cada ser humano –incluido a él mismo y ante todo a él mismo–, en camino por las vías de la perfección cristiana.

Cuidadosamente seleccionados de la amplia tipología de las más intensas páginas espirituales del Padre Pío, los textos han sido asignados oportunamente a los diferentes días del año, buscando, en lo posible, la sintonía con la celebración del año litúrgico. Esto se ha hecho con asignaciones precisas a las principales solemnidades y fiestas fijas (Navidad, Epifanía, Asunción, Inmaculada Concepción, etc.), y a algunas fiestas y memorias de santos (santos Pedro y Pablo, san Francisco, santa Teresa, etc.); mientras que, para las fiestas movibles, se ha tomado como referencia el calendario litúrgico del 2008, sobre todo para el período «fuerte» de Cuaresma-Pascua-Pentecostés, subrayando, por ejemplo, con reflexiones sobre la pasión y muerte de Jesús, los viernes de Cuaresma, pero teniendo en cuenta el arco de oscilación del tiempo cuaresmal y pascual de los diferentes años, para poder, de esta forma, ofrecer para cualquier año un conjunto de reflexiones que, más que seguir un esquema rígido, abrace el misterio pascual en su totalidad; ya que, como debería ser conocido por todos los cristianos, los momentos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús forman un todo indivisible.

Para los otros días y períodos del año, a veces se han tenido en cuenta algunos eventos importantes de la experiencia espiritual del Padre Pío, como las primeras señales de la transverberación, el 8 de septiembre de 1911; y, sobre todo, por la carta al Padre Benedetto da San Marco in Lamis, en la que describe su propia estigmatización, carta fechada el 22 de octubre de 1918 pero en la que hace referencia a lo que aconteció el 20 de septiembre y, en consecuencia, asignada a esta última fecha. Con más frecuencia se

ha hecho coincidir el día con el de la fecha en la que cada carta fue escrita.

En muchísimos casos se han tenido en cuenta las condiciones psicológicas de las «estaciones del año» que más pueden ayudar a comprender y a hacer fructificar las exhortaciones, los consejos y las reflexiones de Padre Pío, como: las reflexiones sobre el «hielo» interior y la espera de la primavera de gracias en el tiempo invernal; las semejanzas «solares» y las exhortaciones a estar atentos ante la relajación en verano; o las exhortaciones a las «santas lecturas» en el otoño. Nótese, en relación con esto, una reflexión sobre el otoño del espíritu, asignada al 1 de octubre. Son sólo algunos ejemplos entre los muchos casos de asignación de este tipo, que cada uno podrá reconocer en relación con su propio estado espiritual y su propia sensibilidad.

En varios casos se ha articulado en una serie de dos, tres o cuatro días una amplia reflexión de nuestro Santo, dividiendo un texto que trata el mismo tema en partes que, en cierto modo, forman una unidad independiente. Así, por ejemplo, la secuencia sobre las «máximas para la vida devota» del 2 al 5 de enero, extraídas de la carta a Antonietta Vona del 15 de noviembre de 1917.

Una elección concreta ha sido la de textos particulares del principio y del fin del año, una «apertura» y un «cierre» significativos: la primera, una exhortación a ponerse en camino, seguida de una «cadena» de textos sobre las virtudes cristianas, fundamento de la misma existencia cristiana; la última, una serie del intensísimo testamento espiritual, que recalca la gratitud en las relaciones con Dios por la gracia multiforme derramada abundantemente en la existencia entera.

Cada texto va acompañado de la indicación de la carta, de la fecha y de la persona a la que va dirigida, y de la referencia al *Epistolario* completo, aparecido en cuatro volúmenes entre 1973 y 1984, con la indicación del volumen, seguido del número de la página:

Padre Pío de Pietrelcina, *Epistolario*, bajo la supervisión de Melchiorre da Poblatura y Alessandro da Ripabottoni, Ediciones Padre Pío de Pietrelcina, Convento Santa María de las Gracias, San Giovanni Rotondo (FG) 1973-1984, 4 volúmenes:

- I. *Correspondencia con los directores espirituales (1910-1922)*, 1973, pp. 1387.
- II. *Correspondencia con la noble señora Raffaelina Cerase (1914-1915)*, 1975, pp. 583.
- III. *Correspondencia con las hijas espirituales (1915-1923)*, 1977, pp. LXXX-1173.
- IV. *Correspondencia con diferentes categorías de personas*, 1984, pp. 1039.

Enero

1 de enero

Os recomiendo vivamente: preocupaos de hacer vuestros pobres corazones cada día más gratos a nuestro Maestro y de actuar de modo que el presente año sea más fértil en obras buenas que el pasado; ya que, conforme pasan los años y la eternidad se nos acerca, es necesario redoblar el entusiasmo y elevar nuestro espíritu a Dios, sirviéndole con mayor diligencia en todo aquello a lo que nos obligan nuestra vocación y la profesión cristiana. Sólo esto nos puede hacer gratos a Dios; sólo esto nos puede hacer salir libres del gran mundo que no es de Dios y de todos nuestros enemigos; sólo esto, por tanto, nos puede hacer llegar al puerto de la salvación eterna.

Afrontemos también las pruebas de la vida presente, a las que la divina providencia nos irá sometiendo; pero no nos desanimemos ni nos angustiemos; combatamos como valientes y recibiremos el premio que Dios ha reservado a las almas fuertes. Recordad, hijas, las palabras que el divino Maestro dirigió un día a sus discípulos y que hoy os dice a vosotras: «No se turbe vuestro corazón». Sí, hijas, no se turben vuestros corazones en el momento de la prueba, porque Jesús ha prometido su real asistencia a quien le sigue. (...)

Jesús haga que vuestros corazones sean cada vez más suyos.

(2 de enero de 1918, a
Antionietta Vona, *Ep. III*, 832)

2 de enero

Para vivir continuamente en una vida devota, no te hace falta más que aceptar en tu espíritu algunas máximas excelentes y generosas.

La primera que yo deseo que tengas es esta de san Pablo: «Todo redundará en bien de los que aman a Dios». Y, por cierto, ya que Dios puede y sabe sacar el bien incluso del mal, ¿con quién hará esto sino con aquellos que, sin reserva alguna, se entregan a Él? Incluso los mismos pecados, de los que Dios, por su bondad, nos tiene alejados, son ordenados por su divina providencia al bien de los que le sirven. Si el santo rey David no hubiera pecado, nunca habría adquirido una humildad tan profunda; ni la Magdalena habría amado tan ardientemente a Jesús si él no le hubiera perdonado tantos pecados; y Jesús no habría podido perdonárselos si ella no los hubiera cometido.

Considera, mi queridísima hijita, esta gran obra de la misericordia divina: él convierte nuestras miserias en favores y, con el veneno de nuestras iniquidades, realiza cambios saludables en nuestras almas. Dime, pues, ¿qué no hará con su gracia de nuestras aflicciones, nuestros sufrimientos y las persecuciones que nos angustian? Y, por eso, aunque te sucediera no sufrir aflicciones de ninguna clase, cree que, si amas a Dios con todo tu corazón, todo se convertirá en bien; y, aunque no logres comprender por dónde vendrá este bien, ten la certeza de que llegará. Si Dios pone ante tus ojos el lodo de la ignominia, no es sino para devolvarte una mirada más clara y para hacerte admirable ante sus ángeles, como un espectáculo digno y amable. Y si Dios te hace caer, es para conseguir en ti lo que realizó en san Pablo al hacerle caer del caballo.

Por tanto, que las caídas no te hagan perder el valor; ánimo a una confianza renovada y a una humildad más profunda. Descorazonarse e impacientarse después de que se ha caído en el error es una estratagema del enemigo, es cederle las armas, es darse por vencido. Por tanto, no debes hacerlo, ya que la gracia del Señor está siempre atenta para socorrerte.

(15 de noviembre de 1917,
a Antonietta Vona, *Ep. III*, 822)

3 de enero

La segunda máxima que deseo que lleves siempre gravada en tu espíritu es que Dios es nuestro padre; ¿y qué tienes que temer cuando se es hija de tal padre, sin cuya providencia no caerá nunca un cabello de tu cabeza? ¿No es en verdad muy extraño que, siendo nosotros hijos de tal padre, tengamos y podamos tener otro pensamiento que no sea el de amarlo y servirlo? Cuida y gobierna tu alma y tu familia como él quiere, y no te preocupes; porque, si haces esto, verás cómo Jesús cuida de ti. «Piensa en mí, que yo pensaré en ti», dijo Jesús en una ocasión a Sta. Catalina de Siena; y el Sabio dice: «Padre eterno, vuestra providencia lo gobierna todo».

(15 de noviembre de 1917,
a Antonietta Vona, *Ep. III*, 822)

4 de enero

La tercera máxima es que debes observar lo que el divino Maestro enseñó a sus discípulos: «¿Qué os ha faltado?».

Considera atentamente, mi buena hijita, este pasaje. Jesús había mandado a los apóstoles a todo el mundo, sin dinero, sin bastón, sin sandalias, sin alforjas, vestidos sólo con una túnica; y después les dijo: «Cuándo os mandé de este modo, ¿acaso os faltó algo?». Y ellos respondieron que nada les había faltado.

Ahora, yo te digo, hijita: cuando estuviste atormentada, aun en el tiempo en que, por desgracia, no sentías mucha confianza en Dios, dime: ¿en algún momento te encontraste oprimida por el sufrimiento? Me responderás que no. ¿Y por qué, pues –agregaré yo–, no tener confianza en superar todas las demás adversidades? Si Dios no te ha abandonado en el pasado, ¿cómo podrá abandonarte en el futuro, cuando ahora, más que en el pasado, quieres ser suya de aquí en adelante? No temas que te pueda ocurrir algo malo de este mundo, porque quizá no te sucederá nunca. Pero, en todo caso, si te sobreviniera, Dios te dará la fuerza para sobrellevarlo. El divino Maestro mandó a S. Pedro que caminara sobre las aguas. S. Pedro, al soplar el viento y ante el peligro de la tempestad, tuvo miedo y esto le hizo casi sumergirse; pidió ayuda al Maestro y este le reprendió, diciendo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»; y, extendiéndole la mano, lo agarró. Si Dios te hace caminar sobre las aguas tempestuosas de la adversidad, no dudes, hijita mía, no temas; Dios está contigo; ten valor y serás liberada.

(15 de noviembre de 1917,
a Antonietta Vona, *Ep. III*, 822)

5 de enero

La cuarta máxima es aquella de la eternidad. Poco debe importar a los hijos de Dios vivir estos brevísimos momentos que pasan, con tal de que vivan en la gloria eternamente con Dios. Hijita, considera que ya vas encaminada hacia la eternidad, que ya has puesto allí un pie. Con tal de que ella sea feliz por tu causa, ¿qué importa que estos momentos transitorios sean de sufrimiento para ti?

La quinta máxima que yo te suplico que tengas siempre fija en la mente es aquella del apóstol S. Pablo: «Mira que yo no me glorío en otra cosa sino en la cruz de mi Jesús».

Ten en tu corazón, hijita, a Jesucristo crucificado, y todas las cruces del mundo te parecerán rosas. Los que han sentido las punzadas de la corona de espinas del Salvador, que es nuestra cabeza, en modo alguno sienten las otras heridas.

(15 de noviembre de 1917,
a Antonieta Vona, *Ep. III*, 822)

6 de enero

Tengo los ojos siempre fijos en oriente, en medio de la noche que lo rodea, para distinguir aquella estrella milagrosa que guió a nuestros padres a la gruta de Belén. Pero en vano fijo mis ojos para ver surgir este astro luminoso. Cuanto más busco, menos logro ver; cuanto más me esfuerzo y más ardientemente lo busco, más me veo envuelto en mayores tinieblas. Estoy solo de día, estoy solo de noche, y ningún rayo de luz viene a iluminarme; nunca una gota de refrigerio viene a avivar una llama que me devora continuamente, sin jamás consumirme.

Una sola vez he sentido, en la parte más íntima y secreta de mi espíritu, algo muy delicado que no sé cómo explicar. El alma comenzó a sentir su presencia, sin poder verla; y, enseguida, lo diré así, él se acercó tan íntimamente a mi alma que esta advirtió claramente su roce; exactamente –para dar una pálida figura– como suele suceder cuando nuestro cuerpo toca estrechamente otro cuerpo.

No sé decir otra cosa sobre esto; sólo le confieso que, al principio, fui presa de un gran pánico; pero que este pánico, poco a poco, se fue transformando en una celestial euforia. Me pareció que ya no me hallaba en estado de viandante; y no sabría decirle si, cuando sucedió esto, me di cuenta o no de que estaba todavía en mi propio cuerpo. Sólo Dios lo sabe; y yo no sabría decirle nada más para darle a entender mejor este acontecimiento.

(8 de marzo de 1916, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 756)

7 de enero

Nuestro Señor te ama, hijita mía, y te ama tiernamente; y si Él, a veces, no te hace sentir la dulzura de este amor, lo hace para llevarte a una humildad mayor y para que te des más cuenta de lo despreciable que eres. Pero no dejes por eso de recurrir a su santa benignidad con toda confianza, particularmente en el tiempo en que lo representamos como pequeño niño en Belén. Porque, hijita mía, ¿para qué se aferra Él a esta dulce y

amable condición sino para llevarnos a amarlo confiadamente y a entregarnos amorosamente a Él?

Permanece muy cerca de la cuna de este gracioso niño, especialmente en estos días santos de su nacimiento. Si amas las riquezas, aquí encontrarás el oro que los Reyes magos le dejaron; si amas el humo de los honores, aquí encontrarás aquel incienso; y si amas las delicadezas de los sentidos, sentirás la olorosa mirra, que perfuma toda la gruta. Sé rica de amor hacia este niño celestial; respetuosa en la familiaridad que tendrás con él mediante la oración; y toda delicada en la alegría de sentir en ti las santas inspiraciones y los afectos de ser solamente suya.

Mantén el buen ánimo en lo que se refiere a tus pequeños resentimientos y defectos; pasarán, sin duda; y, si no pasan, serán para ti un ejercicio de humildad y de mortificación. Vive tranquila, hijita mía, y no temas, porque Jesús está contigo. Sigue en el camino que has emprendido y no reduzcas jamás la marcha.

(30 de diciembre de 1918,
a Maria Gargani, *Ep. III*, 346)

8 de enero

Mantente siempre fuerte en la fe y estate siempre vigilante, que de ese modo serán ahuyentadas todas las malas artes del enemigo. Esta es precisamente la exhortación que nos da el príncipe de los apóstoles, san Pedro: «Sed sobrios y estad vigilantes. Vuestro enemigo, el diablo, ronda como león rugiente, buscando a quién devorar. Resistidle firmes en la fe»; y, para estimularnos más, añade también: «Sabido que vuestros hermanos que están en el mundo soportan estas mismas cosas».

Sí, amada hija de Jesús, especialmente en las horas de la lucha reaviva tu fe en la verdad de la doctrina cristiana y, de manera particular, reaviva la fe en las promesas de vida eterna que nuestro dulcísimo Señor hace a quienes combaten con fuerza y coraje. Sirva para infundirte ánimo y para consolarte saber que no estás sola en el sufrir, que todos los seguidores del Nazareno esparcidos por el mundo padecen las mismas cosas: también ellos están todavía expuestos a las tribulaciones.

(26 de noviembre de 1914,
a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 245)

9 de enero

El conocimiento de los designios divinos sobre ti debe servirte, por una parte, para ejercitar tu alma en la gratitud hacia tan buen Padre, prodigando tu alma en continuas acciones de gracias al benefactor celestial, uniendo a este fin tus bendiciones a las de María santísima Inmaculada, de los ángeles y de todos los bienaventurados moradores de la Jerusalén celestial. Por otra parte, debe servirte como empuje, para no asustarte y no detenerte a mitad de trayecto por las penas y los dolores que es necesario soportar para llegar a la meta de este largo camino.

El Señor me ha permitido manifestarte todas estas cosas, sobre todo para que no estés insegura en tu carrera. Corre, pues, y no te canses; el Señor te guía y dirige tus pasos

para que no caigas en este camino. Corre, te digo, porque el camino es largo y el tiempo es bastante breve. Corre, corramos todos, de modo que, al final de nuestro viaje, podamos decir con el santo Apóstol: «Porque yo estoy a punto de ser inmolado, y el momento de mi partida es inminente. Yo he combatido mi combate, yo he terminado mi carrera, yo me he mantenido fiel».

(9 de enero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 291)

10 de enero

Las tinieblas que rodean el cielo de vuestras almas son luz; y hacéis bien en decir que no veis nada y que os encontráis en medio de una zarza ardiendo. La zarza arde, el aire se llena de densas nubes, y el espíritu no ve ni comprende nada. Pero Dios habla y está presente en el alma que siente, comprende, ama y tiembla.

Hijitas mías, animaos; no esperéis al Tabor para ver a Dios; ya lo contempláis en el Sinaí. Pienso que el vuestro no es el estómago interior revuelto e incapaz de gustar el bien; él ya no puede apetecer más que el Bien Sumo en sí mismo y no ya en sus dones. De aquí nace el que no quede satisfecho con lo que no es Dios.

El conocimiento de vuestra indignidad y deformidad interior es una luz purísima de la divinidad, que pone a vuestra consideración tanto vuestro ser como vuestra capacidad de cometer, sin su gracia, cualquier delito.

Esta luz es una gran misericordia de Dios, y fue concedida a los más grandes santos, porque pone el alma al abrigo de todo sentimiento de vanidad y de orgullo; y aumenta la humildad, que es el fundamento de la verdadera virtud y de la perfección cristiana. Santa Teresa también tuvo este conocimiento y dice que, en ciertos momentos, es tan penoso y horrible que podría causar la muerte si el Señor no sostuviera el corazón.

(7 de diciembre de 1916, a las
hermanas Ventrella, *Ep. III*, 541)

11 de enero

El conocimiento de la indignidad potencial, que consiste en saber qué seríamos o qué podríamos hacer sin la asistencia de la gracia, y del que hemos hablado hasta ahora, no debe confundirse con la indignidad actual.

La primera hace a la criatura aceptable y grata a los ojos del Altísimo; la segunda la hace detestable, porque es el reflejo de la iniquidad presente en el alma, en la conciencia.

Vosotras, en las tinieblas en que os encontráis la mayor parte de las veces, confundís una con otra; y, del conocimiento de lo que podríais ser, teméis que ya sois aquello que es sólo posible en vosotras.

El ignorar si ante Dios sois dignas de amor o de odio es un sufrimiento y no un castigo, porque nadie teme ser indigno cuando verdaderamente lo quiere ser o lo es. Tal incertidumbre es permitida por Dios para todos los seres humanos, para que no presuman y para que caminen con cautela en la consecución de la salvación eterna.

(7 de diciembre de 1916, a las

12 de enero

Recordad esto: si el demonio hace ruido, es señal de que todavía está afuera y no dentro. Lo que debe aterrorizarnos es su paz y su sintonía con el alma humana. Creedme, ya que os hablo como hermano y con la autoridad de sacerdote y en calidad de vuestro director: desechad estos vanos temores; alejad estas sombras que el demonio va poniendo en vuestras almas para atormentarlas y para alejarlas, si fuera posible, también de la comunión diaria.

Sé que el Señor permite al demonio estos asaltos para que la misericordia divina os haga más gratas a Él; y quiere que vosotras os asemejéis a Él en las angustias que padeció en el desierto, en el huerto y en la cruz; pero os debéis defender, alejándolo y despreciando sus malignas insinuaciones.

(7 de diciembre de 1916, a las hermanas Ventrella, *Ep. III*, 541)

13 de enero

Estate atenta para no perder de vista la presencia divina a causa de las actividades que realices. No emprendas nunca tarea alguna u otra acción cualquiera sin haber elevado antes la mente a Dios, dirigiéndole a Él, con santa intención, las acciones que vas a realizar. Harás lo mismo con la acción de gracias al término de todas tus actividades, examinándote si todo lo has realizado siguiendo la recta intención deseada al principio; y, si te encuentras manchada, pide humildemente perdón al Señor, con la firme resolución de corregir los errores.

No debes desanimarte ni entristecerte si tus acciones no te salen con la perfección que buscaba tu intención; ¡qué quieres! Somos frágiles, somos tierra, y no todo terreno produce los mismos frutos según la intención del sembrador. Pero, ante nuestras miserias, humillémonos siempre, reconociendo que no somos nada sin la ayuda divina.

(17 de diciembre de 1914, a Raffaolina Cerase, *Ep. II*, 273)

14 de enero

Inquietarnos después de una acción porque no ha salido según la intención pura que se tenía no es humildad; es signo claro de que el alma no había puesto la perfección de su obra en la ayuda divina, sino que más bien había confiado demasiado en sus propias fuerzas.

Mi Raffaolina se preservará de esta secreta filosofía de Satanás, desechando sus sugerencias tan pronto como las haya advertido. La gracia vigilante del Señor te libere en todo momento de ser conquistada, incluso levemente, por ese espíritu maligno. Nunca es de poca importancia para un alma desposada con el Hijo de Dios haber caído, incluso en cosas pequeñas, en las malas artimañas de este terrible monstruo.

(17 de diciembre de 1914, a

15 de enero

Nunca te entregues con tu espíritu a tus trabajos o a otras acciones tan intensamente que llegues a perder la presencia de Dios. Para eso, te ruego que renueves con frecuencia la recta intención que has tenido desde el principio; que recites de vez en cuando las oraciones jaculatorias, que son como muchos dardos que van a herir el corazón de Dios y a obligarle, acéptame esta expresión que no es en absoluto exagerada en nuestro caso, a obligarle, digo, a concedernos sus gracias y su ayuda en todo.

No te sientes a la mesa sin haber orado antes y haber pedido la ayuda divina, para que el alimento que con desgana vamos a tomar para alivio de nuestro cuerpo no haga daño a tu espíritu. Después, siéntate a la mesa procurándote algún pensamiento devoto, dándote cuenta de que está presente el Maestro divino con sus apóstoles santos en la última cena que tuvo con los suyos, al instituir el sacramento del altar.

En resumen: esforcémonos para que la cena corporal nos sirva de preparación para la absolutamente divina de la santísima Eucaristía.

(17 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 273)

16 de enero

No te levantes nunca de la mesa sin antes haberle dado las debidas gracias al Señor. Haciéndolo así, nada tendremos que temer de parte de la maldita gula. Al comer, cuídate de la caprichosa selección de los alimentos, sabiendo que basta poco o nada si lo que se quiere es satisfacer al estómago. No tomes nunca más alimento del necesario, y procura ser moderada en todo, buscando con interés inclinarte más hacia la sobriedad que hacia el exceso. No pretendo, sin embargo, que te levantes de la mesa en ayunas; no, no es esta mi intención. Actúa en todo con prudencia, norma para todas las acciones humanas.

No se acuestes nunca sin haber examinado antes tu conciencia sobre cómo has pasado el día, y no antes de haber dirigido todos tus pensamientos a Dios, de haberle ofrecido y consagrado tu persona e incluso la de todos los cristianos, especialmente mi pobre persona, ya que eso mismo hago yo por ti.

Además, ofrece para gloria de su divina majestad el descanso que vas a tomar, y no olvides nunca al ángel de la guarda, que siempre está contigo, que no te abandona nunca, ni siquiera ante las ofensas que puedas hacerle.

(17 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 273)

17 de enero

Comprendo que el alma en la que habita Dios teme siempre, en cada paso que da, ofenderle; y este santo temor resulta casi insoportable si se centra en el cumplimiento de los propios deberes. Pero esta alma debe animarse, porque es precisamente este temor el que no le dejará caer en faltas, si se decide a seguir adelante. Hermano mío, si

permanecer en pie dependiera de nosotros, seguro que, al primer soplo, caeríamos en manos de los enemigos de nuestra salvación. Confiemos siempre en la piedad divina, y experimentaremos cada vez más lo bueno que es el Señor. (...)

Entre tanto, te suplico fervientemente que no pierdas el tiempo pensando en el pasado. Si fue bien empleado, demos gloria a Dios; si mal, detestémoslo y confiemos en la bondad del Padre celestial. Más aún, te exhorto a poner tu corazón en la paz de este consolador pensamiento: vuestra vida, en aquello en que no haya sido bien empleada, ya ha sido perdonada por nuestro dulcísimo Dios.

Aleja con todo interés las angustias e inquietudes del corazón; de otro modo, todos tus esfuerzos conseguirán poco o ningún beneficio. Tengamos por cierto que, si nuestro espíritu está turbado, los asaltos del demonio, que suele aprovecharse de nuestra natural debilidad para conseguir sus objetivos, serán más frecuentes y más directos. Estemos muy atentos a este punto, de no poca importancia para nosotros: tan pronto como nos demos cuenta de caer en el desánimo, reavivemos nuestra fe y abandonémonos en los brazos del Padre del cielo, dispuesto a acogernos siempre que con sinceridad recurramos a Él.

(9 de febrero de 1916, al P. Basilio da Mirabello Sannitico, *Ep. IV*, 191)

18 de enero

Hijita mía, no temas las tempestades del duro invierno, porque, en la medida en que este sea más duro, la primavera será más rica en flores y la cosecha más abundante. En cualquier cosa que diga o haga el tentador, Dios va obteniendo en ti su admirable objetivo, que es el de completar tu transfiguración en Él. No prestes atención, mi queridísima hijita, a los susurros y a las sombras adversas del enemigo; y cree la verdad que encierra esta afirmación, que hago con plena autoridad de director tuyo y con plena seguridad de conciencia. Temer perderte entre los brazos de la bondad divina llama más la atención que el temor del niño estrechado entre los brazos maternos. Aleja cualquier duda o preocupación, que, por lo demás, son permitidas por la caridad divina con el mismo fin antes indicado.

Los movimientos de diástole y sístole que sientes en el corazón nacen del amor que rechaza y del amor que atrae. Por tanto, vive tranquila, extiende tu alma ante el sol eterno y no temas sus rayos ardientes y abrasadores. Extiende, digo, tu alma, hijita queridísima de mi corazón, ante este sol de eterna belleza, si anhelas que se abra el capullo para dejar salir de él la hermosísima mariposa.

(21 de mayo de 1918, a Antonietta Vona, *Ep. III*, 857)

19 de enero

Ten paciencia, hijita mía, al soportar tus imperfecciones, si de veras quieres la perfección.

Acuérdate de que este es un punto importantísimo si queremos avanzar en los

caminos que nos conducen a Él. Cuando no puedas caminar a grandes pasos por este camino, confórmate con pasos pequeños, esperando pacientemente a tener piernas para correr o, mejor, alas para volar; confórmate, mi buena hijita, con ser por el momento una pequeña abeja de la colmena, que bien pronto se convertirá en una abeja madura, capaz de fabricar la miel.

Humíllate amorosamente ante Dios y los hombres, porque Dios habla a quien tiene las orejas bajas. «Escucha –dice él a la esposa del Cantar de los Cantares–, medita y baja tus orejas, olvídate de tu pueblo y de la casa paterna». Hazlo como el hijito cariñoso que se postra rostro en tierra cuando habla al Padre del cielo; y espera la respuesta de su oráculo divino.

Dios llenará tu vaso de su bálsamo, cuando lo vea vacío de los perfumes del mundo; y, cuanto más te humilles, más te ensalzará.

(21 de mayo de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 857)

20 de enero

Me veo casi en la absoluta imposibilidad de poder expresar la obra del amado. El infinito amor, con la inmensidad de su fuerza, ha conquistado al fin la dureza de mi alma; y me veo anulado y reducido a la impotencia.

Él se va derramando totalmente en el pequeño vaso de esta criatura, que sufre un martirio indecible y que se ve incapaz de llevar el peso de este inmenso amor. ¡Oh! ¿Quién vendrá a sostenerme? ¿Qué haré para llevar al infinito en mi pequeño corazón? ¿Qué haré para guardarlo siempre en la estrecha celda de mi alma?

(12 de enero de 1919, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1111)

21 de enero

Mi alma se va derritiendo de dolor y de amor, de amargura y de dulzura al mismo tiempo. ¿Qué haré para sostener tan inmensa actuación del Altísimo? Lo poseo en mí, y es motivo de tal alegría que me lleva, sin que lo pueda evitar, a decir con la Virgen Santísima: «Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador».

Lo poseo en mí, y siento la necesidad imperiosa de decir con la esposa del Cantar de los Cantares: «Encontré al que ama mi alma... lo abracé y no lo soltaré». Pero es entonces cuando me siento incapaz de sostener el peso de este amor infinito, de mantenerlo entero en la pequeñez de mi existencia; y me invade el terror, porque quizá tenga que dejarlo por la incapacidad de poder contenerlo en el estrecho espacio de mi corazón.

Este pensamiento, que, por otro lado, no es infundado (mido mis fuerzas, que son limitadísimas, incapaces e impotentes para tener siempre fuertemente abrazado este divino amor), me tortura, me aflige y siento que el corazón salta de mi pecho.

(12 de enero de 1919, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1111)

22 de enero

Padre mío, no puedo sobreponerme a este dolor; en el esfuerzo que me supone, me siento aniquilado, me siento desfallecer; y no sabría decirle si vivo o no en esos momentos. Estoy fuera de mí. Dolor y dulzura se contraponen en mí y reducen mi alma a un dulce y amargo desvanecimiento.

Los abrazos del bienamado, que en este momento se suceden con gran profusión y, diría, que sin pausa y sin medida, no son capaces de extinguir en ella el agudo martirio de sentirse incapaz de llevar el peso de un amor infinito.

(12 de enero de 1919, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1111)

23 de enero

¿Para qué, pues, vivimos nosotros? Después de habernos consagrado a él en el bautismo, somos todos de Jesucristo. Por tanto, el cristiano debería tener como suyo el dicho de este santo Apóstol: «Para mí la vida es Cristo», yo vivo para Jesucristo, vivo para su gloria, vivo para servirlo, vivo para amarlo. Y cuando Dios nos quiera quitar la vida, el sentimiento, el afecto, que tendríamos que tener, debería ser precisamente el de quien, después de la fatiga, va a recibir la recompensa, el de quien, después del combate, va a recibir la corona.

¡Gustemos, sí, gustemos, oh, mi querida Raffaolina, saboreemos esta excelsa disposición del alma de tan gran apóstol! Sí, es verdad que todas las almas que aman a Dios están dispuestas a todo por amor al mismo Dios, teniendo el convencimiento pleno de que todo redundará en su propio beneficio. Estemos preparados siempre para reconocer en todos los acontecimientos de la vida el orden sapientísimo de la divina providencia, adoremos y dispongamos nuestra voluntad para conformarla siempre y en todo a la de Dios, ya que de este modo glorificaremos al Padre celestial y todo nos será beneficioso para la vida eterna.

(23 de febrero de 1915, a Raffaolina Cerase, *Ep. II*, 340)

24 de enero

El apóstol se alegra al pensar que por nada será confundido y que de ningún modo descuidará su deber de apóstol de Jesucristo. Se alegra también de que en su cuerpo, incluso en medio de todas las cadenas a las que está sometido, Jesús siempre será glorificado. Si vive, exaltará a Jesucristo por medio de su vida y de su predicación, también estando en cárcel, como ya lo había hecho hasta ahora predicando a Jesucristo a los del pretorio; si, en cambio, es martirizado, glorificará a Jesucristo ofreciéndole el supremo testimonio de su amor.

Por tanto, declara abiertamente que su vivir es Cristo, que es para él como el alma y el centro de toda su vida, el motor de todas sus acciones, la meta de todas sus aspiraciones. Y, después de haber dicho que su vida es Jesucristo, añade también que su morir es una ganancia para él, porque con su martirio dará a Jesús testimonio solemne de

su amor, conseguirá que su unión con Jesús sea más irrompible, y aumentará también la gloria que le espera.

¿Qué dices, Raffaolina, de este modo de hablar? ¡Las almas mundanas, al no tener ningún conocimiento de gustos sobrenaturales y celestiales, al oír semejante lenguaje, se ríen y tienen razón! Porque el hombre animal, dice el Espíritu Santo, no percibe las cosas que son de Dios. Ellas, pobrecillas, que no tienen otros gustos que no sean de barro y de tierra, no pueden hacerse una idea de la felicidad que las almas espirituales dicen experimentar al padecer y morir por Jesucristo.

¡Oh, cuánto mejor para ellas si, en lugar de maravillarse y de reírse, reconocieran su culpa y admiraran, al menos en silencioso respeto, la entrega afectuosa de estas almas, que tienen un corazón tan encendido en amor divino!

(23 de febrero de 1915, a
Raffaolina Cerase, *Ep. II*, 340)

25 de enero

En san Pablo estos dos sentimientos procedían de la caridad perfecta. El de ser disuelto para unirse a Jesucristo en perfecta unión en la gloria, que habría sido mejor para él, es decir, que le era más deseable que el continuar viviendo sobre esta tierra; y este deseo era impulsado únicamente por la caridad perfecta que tenía por su Dios. En cambio, el otro sentimiento o deseo le venía también de una caridad perfecta, pero que tenía por objeto inmediato la salvación del prójimo. En otras palabras, este deseo estaba motivado por el objeto principal, Dios, pero se concretaba por reflejo en la salvación de las almas.

El primer deseo, es decir, el de ser disuelto de este cuerpo, él lo ve y lo encuentra más útil para sí, y lo desea con todo el ardor con que un alma justa puede desear unirse a su Dios. En cambio, el segundo deseo, es decir, el de dejar o, mejor dicho, el de seguir viviendo en medio de los trabajos y de las fatigas para procurar la salvación de las almas, él, lleno del espíritu de Jesucristo, lo ve más necesario para los demás o, mejor, al haber tenido la revelación (como parece deducirse de lo que dice inmediatamente después, y el mismo hecho parece que confirma mi interpretación, porque él no fue martirizado por entonces, sino que recuperó la libertad) de que no moriría entonces, se resigna y lo padece por amor de la salvación de las almas, como un hijo que ama tiernamente a su padre se somete, por el afecto que le tiene, a todas las humillaciones y también al cumplimiento exacto de ciertos servicios bajísimos que a su padre le agrada imponerle.

Este tierno hijo lo hace todo, no sólo para no contravenir en nada el deseo de su padre, sino con el fin de complacerle en todo.

(23 de febrero de 1915, a
Raffaolina Cerase, *Ep. II*, 340)

26 de enero

Mantén el buen ánimo; abandónate en el corazón divino de Jesús; y todas tus preocupaciones déjaselas a él. Colócate siempre en el último lugar del grupo de los que aman al Señor, teniendo a todos por mejores que tú. Sé verdaderamente humilde con los

demás, porque Dios resiste a los soberbios y da la gracia a los humildes. Cuanto más crezcan las gracias y los favores de Jesús en tu alma, más debes humillarte, imitando siempre la humildad de nuestra Madre del cielo, la cual, en el instante en que llega a ser Madre de Dios, se declara sierva y esclava del mismísimo Dios. En las cosas prósperas y adversas que te sucedan, humíllate siempre bajo la mano poderosa de Dios, aceptando con humildad y paciencia no sólo aquellas cosas que son de tu agrado, sino también, y con humildad y paciencia, todas las tribulaciones que Él te mande para hacerte cada vez más grata a Él y más digna de la patria celestial.

Ser tentada es signo evidente de que el alma es muy grata al Señor. Acepta, pues, todo en actitud de agradecimiento. No creas que esto es sólo una opinión mía, no; el mismo Señor empeñó su palabra divina: «Y porque tú eres grato a Dios –dice el ángel a Tobías (y en la persona de Tobías a todas las almas gratas a Dios)– fue necesario que te probara la tentación».

Anímate, pues, hija queridísima de Jesús; y alégrate también, incluso en medio de las tentaciones y tribulaciones, sabiendo bien que todo esto es un regalo singularísimo que la bondad del Padre del cielo hace a tu alma; y en todo sé agradecida siempre a tan buen Padre, por medio de su queridísimo Hijo Jesucristo.

(29 de enero de 1915, a
Annita Rodote, *Ep. III*, 48)

27 de enero

Si la Providencia ha alejado de nosotros el motivo de descuidar el alma para poder preocuparnos de mejorar nuestro cuerpo, ha sido infinita la sabiduría de Dios al haber puesto en nuestras manos todos los medios para poder hermoear nuestra alma, también después de haberla deformado con la culpa. Basta que el alma quiera colaborar con la gracia divina para que su belleza pueda alcanzar tal esplendor, tal belleza, tal hermosura que logre atraer hacia sí, por amor o por asombro, no sólo los ojos de los ángeles sino los del mismo Dios, de acuerdo al testimonio de la misma sagrada escritura: «El rey [es decir, Dios] se prenderá de tu belleza».

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

28 de enero

Hija mía, persuadámonos y resignémonos ante esta gran y terrible verdad: el amor propio no muere nunca antes que nosotros. Ciertamente nos duele tan triste verdad, que hemos heredado como castigo de la culpa original; pero es necesario resignarse y tener paciencia con nosotros mismos; y, en la paciencia, según la enseñanza divina, poseeremos nuestra alma. Posesión tanto más estable cuanto menos esté mezclada con inquietudes y problemas, también en lo que se refiere a nuestras imperfecciones.

Los asaltos sensibles y las secretas actuaciones del amor propio se sentirán siempre mientras pisemos esta tierra. Para no ofender a Dios y no manchar el alma, basta que no demos nuestro consentimiento con voluntad deliberada. Esta virtud de la indiferencia es

tan excelente que ni el hombre viejo, ni la parte sensible, ni la naturaleza humana con sus facultades naturales han sido capaces de conseguirla. Ni siquiera el mismo divino Maestro, como hijo de Adán, aunque exento de pecado, y a pesar de las apariencias, logró ser indiferente en su parte sensible y según sus facultades naturales; al contrario, deseó no morir en la cruz, porque tal indiferencia estaba reservada al fruto de la misma cruz; es decir, al espíritu, a la parte superior, a las facultades poseídas por la gracia.

Por tanto, hijita mía, quédate tranquila. Cuando te suceda que quebrantas las exigencias de la indiferencia en cosas indiferentes, por súbitos impulsos del amor propio y de las pasiones, póstrate, en cuanto te sea posible, con tu corazón ante Dios y dile con confianza y humildad: «Señor, misericordia, porque soy una pobre enferma». Después, levántate en paz; y, con ánimo tranquilo y sereno y con santa indiferencia, prosigue tus actividades.

(12 de febrero de 1917, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 266)

29 de enero

Ten esto siempre grabado en tu mente: que los hijos de Israel estuvieron durante cuarenta años en el desierto antes de llegar a la tierra prometida, si bien, para este viaje, habrían sido más que suficientes seis semanas. Pero no les fue permitido investigar por qué Dios los conducía por caminos tortuosos y ásperos; y todos aquellos que se rebelaron, murieron antes de llegar a ella. El mismo Moisés, que era gran amigo de Dios, murió en la frontera de la tierra prometida, y sólo la vio de lejos, sin poder gozarla. No te fijas mucho en el camino que pisas; ten los ojos siempre fijos en el que te guía y en la patria celeste hacia la que Él te conduce. ¿Por qué preocuparte sobre si será por los desiertos o por los campos que tú alcanzarás la meta, con tal de que Dios esté siempre contigo y tú llegues a la posesión de la bienaventurada eternidad? Créeme, mi buena hijita; desea también lo que me has manifestado; pero que todo lo hagas con calma; y sé paciente al esperar las misericordias del Señor.

(6 de diciembre de 1917, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 828)

30 de enero

Hijito mío, ¿por qué estás angustiado en tu espíritu? ¿Por qué te ves lleno de miserias y debilidades? Pues bien, he ahí otro motivo para conseguir un beneficio para tu alma. He ahí otra fuente de mérito para ti. Humíllate delante del buen Dios; pídele continuamente la gracia de salir de este estado de enfermedad y de debilidades; deséalo ardientemente; y no dejes de hacer lo que sabes que puedes hacer para poder curarte.

Mientras tanto, si quieres ser perfecto, sé paciente al soportar tus imperfecciones. Este es un punto importante para el alma que ha profesado buscar la perfección. «En vuestra paciencia –dice el divino Maestro– poseeréis vuestra alma». En consecuencia, sé paciente al soportarte a ti mismo y tus propias enfermedades; y, mientras tanto, ingéniate para poner en práctica los medios que tú conoces, y que has aprendido de mí y de los

demás. Tus miserias y debilidades no te deben espantar, porque Jesús las ha visto en ti bastante peores, y no por eso te rechazó. Y mucho menos te rechazará ahora que tú intentas por todos los medios poder curarte. La divina misericordia nunca ha rechazado a esta clase de miserables; al contrario, les concede su gracia, poniendo el trono de su gloria sobre su ambición y vileza.

(30 de enero de 1919, a
fray Marcellino Diconsole, *Ep. IV*, 396)

31 de enero

Te he dicho muchas veces que, en la vida espiritual, es necesario caminar de buena fe, sin prejuicios y sin soberbias. Haz de este modo: aplícate, en la medida en que lo permitan tu capacidad y tu debilidad, a querer hacer siempre el bien. Si lo consigues, alaba y da gracias al Señor por ello; si, a pesar de toda tu atención y buena voluntad, no consigues hacerlo totalmente o en parte, humíllate profundamente ante Dios, pero sin desanimarte; proponte estar más atento en el futuro, pide el auxilio divino, y continúa adelante.

Sé bien que tú no quieres hacer el mal intencionadamente. Y los otros males que el Señor permite y que tú cometes sin que lo desees, que te sirvan para humillarte, para mantenerte lejos de la vanagloria. Por tanto, no temas y no te angusties en adelante por las dudas de tu conciencia; porque sabes bien que, después de esforzarte y de hacer cuanto está en tus manos, no hay motivo para temer y angustiarse.

(30 de enero de 1919, a
fray Marcellino Diconsole, *Ep. IV*, 396)

Febrero

1 de febrero

Humíllate siempre ante la piedad de nuestro Dios y ofrécele siempre la acción de gracias por todos los favores que te ha concedido, y esta será la mejor de las disposiciones para recibir los nuevos favores que el Padre celestial, en los abismos de su amor por ti, te va a conceder. En buena lógica, no merece nuevas gracias el que no responde a las que ha recibido con el agradecimiento y la constante acción de gracias, sin cansarse nunca. Sí, confía en Dios y agradece siempre todo, y de este modo desafiarás y vencerás todas las iras del infierno.

(20 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 403)

2 de febrero

El cuadro de la vida, si está formado por representaciones de las culpas cometidas, es equivocado y, como consecuencia, viene del demonio. Tú eres amada por Jesús; y Jesús ya ha perdonado tus culpas; y, por tanto, ya no puede haber lugar para el abatimiento del espíritu. El querer persuadirte de lo contrario es una verdadera pérdida de tiempo, es una ofensa que se hace al Corazón de nuestro tiernísimo Amante. Si, por el contrario, el cuadro de la vida es la representación de lo que podrías o pudiste ser, entonces viene de Dios.

El deseo de estar en la paz del claustro es santo, pero es necesario moderarlo. Es mejor hacer la voluntad de Dios, esperando todavía un poco más fuera del sagrado recinto para no faltar a la caridad, que gozar de la fresca sombra del sagrado claustro. Sufrir y no morir era el dicho de santa Teresa; y el de san Francisco de Sales: «Vivir para sufrir siempre». Es dulce el purgatorio cuando se sufre por amor a Dios.

(26 de agosto de 1916, a
Maria Gargani, *Ep. II*, 236)

3 de febrero

Las pruebas por las que sientes traspasada el alma ten por cierto que son señales del amor divino y alhajas para el alma. Todo lo que sucede en ti es obra de Jesús; y debes creer que es así. A ti no te toca juzgar la obra del Señor; pero sí debes someterte humildemente a esas divinas actuaciones. Deja plena libertad a la gracia que actúa en ti; y recuerda que nunca debes inquietarte ante las situaciones adversas que te puedan sobrevenir, con el convencimiento de que hacerlo sería un impedimento a la acción del Espíritu divino.

Por eso, en cuanto sientas que algún sentimiento de inquietud se va suscitando en ti, recurre a Dios y abandónate en Él con total y filial confianza; porque está escrito que quien confía en Él, no quedará nunca defraudado. Valentía siempre, y siempre adelante. Pasará el invierno y vendrá la interminable primavera, tanto más rica de bellezas cuanto más duras fueron las tempestades.

La aridez de espíritu, en la que te sientes sumergida y perdida, es una prueba

dolorosísima pero amabilísima por el fruto que de ella viene al espíritu. Es querida por Dios para poner fin en ti a una devoción superficial, que no santifica al alma y que es y le puede resultar perjudicial. Es también querida por Dios para llevar al alma a adquirir la verdadera devoción, que consiste en una voluntad decidida de poner en práctica lo que conduce al servicio de Dios, sin ninguna satisfacción personal. En resumen, obra el bien porque es bien y porque da gloria y agrada a Dios.

El alma que se encuentra en este estado no debe de ningún modo perder el ánimo; no debe dejar de hacer nada de lo que acostumbraba hacer en tiempo de consuelos espirituales; al contrario, debe procurar multiplicar sus prácticas de devoción y estar siempre atenta y vigilante sobre sí misma.

(26 de agosto de 1916, a
Maria Gargani, *Ep. II*, 236)

4 de febrero

Usted sabe bien cómo me hace sufrir el ver a tantos pobres ciegos, que huyen, más que del fuego, de la dulcísima invitación del divino Maestro: «Venid a mí todos los que tenéis sed, y yo os daré de beber».

Mi espíritu se siente extremadamente triste al encontrarse ante estos verdaderos ciegos, que ni siquiera sienten piedad de sí mismos, de modo que sus pasiones de tal modo les han privado del sentido común que ni siquiera sueñan en venir a beber de esta verdadera agua del paraíso.

Un momento de reflexión, padre, y después dígame si tengo razón al sufrir por la locura de estos ciegos. Mire cómo triunfan cada día más los enemigos de la cruz. ¡Oh, cielos!, ellos arden continuamente en un fuego vivo, entre mil deseos de satisfacciones terrenales.

Jesús les invita a que vayan a satisfacer la sed en aquella agua viva. Jesús conoce muy bien la gran necesidad que tienen de beber hasta saciarse de esta nueva agua, que él tiene destinada a quienes verdaderamente tienen sed, para no perecer en las llamas por las que son devorados.

Jesús les dirige esta tiernísima invitación: «Venid a mí todos los que tenéis sed, y yo os daré de beber». Pero, ¡Dios mío!, ¿qué respuesta recibe de estos infelices? Estos desgraciados dan pruebas de no entender; se alejan; y, lo que es peor, acostumbrados desde hace años a vivir en ese fuego de satisfacciones terrenales, envejecidos entre esas llamas, ya no escuchan estas amorosas invitaciones, y ni siquiera se dan cuenta del peligro grave, horroroso, en el que están.

(10 de octubre de 1915, al P. Agostino
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 666)

5 de febrero

¿Qué remedio se debe emplear con estos Judas infelices para hacerlos recapacitar? ¿Qué remedio se puede aplicar para que estos verdaderos muertos resuciten? ¡Ah!, padre mío, el alma se me rompe de dolor; también a estos Jesús les ha dado un mensaje, un abrazo,

un beso. Pero para estos miserables ha sido un mensaje que no los ha santificado; un abrazo que no los ha convertido; un beso, ¡ah!, estoy por decir, que no los ha salvado y que a la gran mayoría quizá no los salvará nunca.

La piedad divina ya no los ablanda; no se sienten atraídos por los beneficios; no se corrigen con los castigos; ante las dulzuras se insolentan; con las dificultades se pervierten; en la prosperidad se encolerizan; en la adversidad desesperan; y, sordos, ciegos, insensibles a las dulces invitaciones y a los duros reproches de la piedad divina que podrían sacudirlos y convertirlos, no hacen sino afirmarse en su endurecimiento y transformar en más densas sus tinieblas.

Pero, padre mío, ¡qué tonto soy!; ¿quién me asegura que no me hallo también yo en el número de estos infelices? También yo siento sed de esta agua del paraíso; pero, ¿quién sabe si no es precisamente aquella otra agua la que ardientemente desea mi alma?

Y este tormento se va intensificando más y más, a medida que esta agua no apaga la sed sino que, por el contrario, la aumenta cada día.

¿No es quizá este, padre, un motivo poderosísimo para pensar con razón que el agua que desea mi pobre alma quizá no sea precisamente aquella de la que el dulcísimo salvador nos invita a beber a grandes sorbos?

(10 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 666)

6 de febrero

Quiera el Señor, fuente de toda vida, no negarme esta agua tan dulce y tan preciosa, que Él, en la exuberancia de su amor a los hombres, prometió a quien tiene sed de ella. Yo, padre mío, deseo ardientemente esta agua; se la pido a Jesús con lamentos y suspiros continuos. Pídale también usted que no me la oculte; dígame, padre, que él conoce la gran necesidad que tengo de esta agua, la única que puede curar a un alma herida de amor.

Consuele este tiernísimo esposo del Cantar de los Cantares a un alma que tiene sed de Él; y la consuele con aquel mismo beso que le pedía la sagrada esposa. Dígame que, hasta que un alma no haya llegado a recibir ese beso, no podrá nunca firmar con Él un pacto en estos términos: «Yo soy todo para mi amado y mi amado es todo para mí».

¡Quiera el Señor no abandonar a quien ha puesto sólo en Él toda su confianza! ¡Ah!, que esta esperanza mía no quede nunca defraudada, y que yo le sea siempre fiel...

(10 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 666)

7 de febrero

Proponte, por tanto, corresponder generosamente (al amor de predilección de Dios para contigo), haciéndote digno de él; es decir, semejante a él en las perfecciones adorables ya indicadas en las Escrituras y en el Evangelio, y que tú ya has aprendido. Pero, hermano mío: para que se dé esta imitación, es necesaria la continua reflexión y meditación sobre su vida; de la reflexión y meditación nace la estima de sus actos; y de la estima, el deseo y el empeño de la imitación. Todo esto nos viene proporcionado por nuestras leyes.

Mantengámonos constantes en la exacta observancia de las mismas y seremos perfectos.

Sobre todo tienes que insistir en lo que es la base de la santidad cristiana y el fundamento de la bondad: en la virtud de la que nuestro divino Maestro y nuestro seráfico Padre se nos propone como modelos: me refiero a la humildad. Humildad interna y externa; más interna que externa; más vivida que mostrada; más profunda que visible.

(19 de agosto de 1918, a
fray Gerardo da Deliceto, *Ep. IV, 25*)

8 de febrero

Tengámonos por lo que somos de verdad: nada, miseria, debilidad; una fuente de perversidad sin límites ni atenuantes, capaces de convertir el bien en mal, de abandonar el bien por el mal, de atribuirnos el bien que no tenemos o aquel bien que hemos recibido en préstamo, y de justificarnos en el mal y, por amor del mismo mal, despreciar al Sumo Bien.

Con este convencimiento grabado en la mente, tú:

1º: no te complacerás nunca en ti mismo por algún bien que puedas acoger en ti, porque todo te viene de Dios y a Él debes dar honor y gloria;

2º: no te lamentarás nunca de las ofensas, te vengan de donde te vinieren;

3º: perdonarás todo con caridad cristiana, teniendo bien presente el ejemplo del Redentor, que llegó incluso a excusar ante su Padre a los que le crucificaron;

4º: gemirás siempre como pobre delante de Dios;

5º: no te maravillarás de ningún modo de tus debilidades e imperfecciones; pero, reconociéndote por lo que eres, te avergonzarás de tu inconstancia y de tu infidelidad a Dios; y, ofreciéndole tus propósitos y confiando en Él, te abandonarás tranquilamente en los brazos del Padre del cielo, como un tierno niño en los de su madre.

(19 de agosto de 1918, a fray
Gerardo da Deliceto, *Ep. IV, 25*)

9 de febrero

Desconfía, mi querida hijita, de todos aquellos deseos que, según el juicio común de las personas que poseen el espíritu del Señor, no pueden alcanzar su objetivo. Tales son, en efecto, aquellos deseos de algunas perfecciones cristianas que pueden admirarse e imaginarse pero no practicarse, y de aquellas perfecciones de las que muchos hablan sin convertirlas en obras.

Ten por seguro, mi querida hija, que quien nos garantiza con seguridad nuestra perfección es la virtud de la paciencia; y, si esta virtud hay que practicarla con los demás, conviene ejercitarla ante todo con nosotros mismos. Quien aspira al puro amor de Dios, no necesita tener paciencia con los otros como debe tenerla consigo mismo. Es necesario resignarse, mi querida hijita, a soportar nuestra imperfección para poder llegar a la perfección. Digo soportar nuestra imperfección con paciencia, y no digo amarla y acariciarla, porque la humildad se fortalece en este sufrimiento.

10 de febrero

Es ya el momento de confesarlo: nosotros somos miserables, ya que es poco el bien que podemos practicar. Pero Dios, en su bondad, se compadece de nosotros, llega a complacerse también de ese poco, y acepta la preparación de nuestro corazón. Pero, ¿en qué consiste esta preparación de nuestro corazón? Según la palabra divina, Dios es infinitamente más grande que nuestro corazón, y este supera a todas las otras realidades cuando, dejando aparte el preocuparse de sí mismo, prepara el servicio que debe ofrecer a Dios; es decir, cuando acepta el compromiso de servir a Dios, de amarlo, de amar al prójimo, de observar la mortificación de los sentidos externos e internos, y otros buenos propósitos.

Durante ese tiempo, nuestro corazón se prepara y dispone sus obras para un grado eminente de perfección cristiana. Todo esto, mi buena hija, no es en modo alguno proporcionado a la grandeza de Dios, que es infinitamente más grande que todo el universo, que nuestras capacidades, que nuestras acciones externas. Una inteligencia que considere esta grandeza de Dios, su bondad y su dignidad inmensa, no puede dejar de ofrecerle grandes preparativos.

Que esta preparación le presente un cuerpo mortificado sin rebelión alguna; una atención a la plegaria sin distracciones voluntarias; una dulzura grandísima al hablar sin amargura; una humildad sin sentimiento alguno de vanidad. He aquí, hija mía, unos buenos preparativos. Es verdad que hay quienes no ven que serían necesarios preparativos mucho mayores para servir a Dios; pero es necesario también encontrar a quien pueda realizarlos; porque, cuando nos disponemos a ponerlos en práctica, es fácil detenerse, viendo que en nosotros estas perfecciones no pueden ser ni tan altas ni tan absolutas.

Se puede mortificar la carne, aunque no del todo, ya que siempre habrá alguna rebelión. Nuestra atención será interrumpida a menudo por las distracciones. Pero, ante todo esto, ¿convendrá inquietarse, turbarse, preocuparse y afligirse? De ningún modo.

11 de febrero

¿Queremos caminar bien? Dedicémonos a recorrer con empeño el camino que queda más cerca de nosotros. Grabad bien en la mente lo que voy a decir: con frecuencia deseamos ser buenos ángeles y descuidamos ser buenos hombres. Nuestra limitación nos ha de acompañar hasta el féretro; no podemos alcanzar nada sin tierra. No hay que relajarse ni distraerse, ya que somos como pequeños polluelos, pero sin alas. En la vida física, morimos poco a poco, y esta es una ley ordinaria querida por la providencia; y, de la misma manera, hay que morir a nuestras imperfecciones, también día a día. Felices imperfecciones, podríamos exclamar, que nos hacen conocer nuestra gran miseria y que nos ejercitan con humildad en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y en la

diligencia. Pero a pesar de esas imperfecciones, Dios observa la preparación de nuestro corazón, que es perfecta.

(3 de marzo de 1917, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 678)

12 de febrero

Contentémonos con caminar a ras de tierra, pues estar en alta mar nos marea y nos produce vómitos. Mantengámonos a los pies del divino Maestro con la Magdalena. Practica las pequeñas virtudes propias de tu pequeñez: la paciencia, la tolerancia con nuestro prójimo, la humildad, la dulzura, la afabilidad, el sufrimiento de nuestras imperfecciones, y otras muchas virtudes.

Te aconsejo la santa simplicidad, como virtud que estimo mucho. Fíjate en lo que tienes ante ti, sin romperte mucho la cabeza pensando en los peligros que ves a lo lejos. Te parecen poderosas unidades militares, y no son otra cosa que sauces con muchas ramas. No les prestes atención, pues, de otro modo, podrías dar pasos equivocados. Ten siempre el firme y general propósito de querer servir a Dios con todo el corazón y durante todo el tiempo de la vida. No te preocupes por el mañana; piensa sólo en hacer el bien hoy; y, cuando llegue el mañana, se llamará hoy; y entonces se pensará en él.

Para practicar la santa simplicidad, se necesita también una gran confianza en la divina providencia. Es necesario, hija mía, imitar al pueblo de Dios que, cuando estaba en el desierto, tenía severamente prohibido recoger el maná en mayor cantidad que el necesario para un día. También nosotros hagamos la provisión del maná para un solo día; y no dudemos, hija mía, de que Dios proveerá para el día siguiente y para todos los días de nuestro peregrinar.

(3 de marzo de 1917, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 678)

13 de febrero

Proponeos, mis queridísimos hijitos, corresponder siempre generosamente a vuestra vocación, haciéndoos dignos de Jesús, semejantes a él en las perfecciones adorables ya indicadas en la sagrada escritura y en el santo evangelio y ya aprendidas por vosotros. Pero, hijitos míos, para que se dé la imitación, es necesaria la diaria meditación y reflexión sobre su vida; de la meditación y de la reflexión brota la estima de sus actos; y de la estima, el deseo y la fuerza de la imitación.

Sí, hijitos, imitad a Jesús en la obediencia pronta y sin discusiones; imitad a Jesús en la paciencia, porque con la paciencia poseeréis vuestras almas; imitad a Jesús en la humildad, tanto interna como externa; pero más interna que externa, más sentida que mostrada, más profunda que visible.

(7 de enero de 1919, a
los novicios, *Ep IV*, 380)

14 de febrero

Imitad a Jesús en la caridad, porque él reconoce como suyos sólo a los que conservan celosamente esta preciosa margarita; y recordad siempre que, cuando nos presentemos ante su divina presencia, todo su juicio girará sobre la caridad. Haced vuestro el dicho del gran obispo de Hipona: «Mi peso es mi amor». Sí, pesad todas vuestras acciones con la balanza del amor, e iréis tejiendo una corona de méritos para el cielo.

El hastío que experimentáis al practicar la virtud y la oración ni os debe asustar ni os debe llevar a retroceder en la práctica de una y de otra. Continúad en ello; y no os tiene que parecer una pérdida de tiempo, ya que ese tiempo está empleado y gastado en practicar la obediencia.

Las tentaciones no os asusten: son la prueba a la que Dios quiere someter al alma cuando la ve con las fuerzas necesarias para sostener el combate de obtener con sus propias manos la corona de la gloria.

La gracia divina os sirva de defensa y de apoyo en todo.

(7 de enero de 1919, a los novicios, *Ep IV*, 380)

15 de febrero

Jesús me dice que, en el amor, es él quien me deleita a mí; en los dolores, en cambio, soy yo quien le deleito a él. Por tanto, desear la salud sería ir a buscar alegrías para mí y no buscar alivio para Jesús. Sí, yo amo la cruz, la cruz sola; la amo porque la veo siempre en los hombros de Jesús. Ahora bien, Jesús ve muy bien que toda mi vida y todo mi corazón están consagrados totalmente a él y a sus sufrimientos.

¡Oh!, padre mío, perdóneme si uso este lenguaje; sólo Jesús puede comprender cuán grande es mi pena cuando se despliega ante mí la escena dolorosa del Calvario. Es igualmente incomprensible el alivio que se da a Jesús, no sólo al compartir sus dolores, sino cuando encuentra un alma que, por su amor, no le pide consuelos, sino más bien tomar parte en sus mismos sufrimientos.

Cuando Jesús quiere darme a conocer que me ama, me da a gustar, de su dolorosa pasión, las llagas, las espinas, las angustias... Cuando quiere alegrarme, me llena el corazón de aquel espíritu que es todo fuego, me habla de sus delicias; pero, cuando es él el que quiere ser amado, me habla de sus dolores, me invita, con voz de súplica y de mandato a la vez, a ofrecerle mi cuerpo para aligerarle sus sufrimientos.

¿Quién le resistirá? Me doy cuenta de que le he hecho sufrir demasiado con mis miserias; de que le he hecho llorar demasiado con mi ingratitud; de que le he ofendido demasiado. No quiero a otros, sino sólo a Jesús; no deseo ninguna otra cosa (que es el mismo deseo de Jesús) que sus sufrimientos.

(1 de febrero de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 334)

16 de febrero

Anímate, porque tu sufrimiento es según Dios. Si la naturaleza se queja y reclama sus derechos, es porque esta es la condición del hombre que está en camino. Si, secreta o

calladamente, experimenta el dolor de los sufrimientos y naturalmente quisiera huir de ellos, es porque el hombre fue creado para la felicidad y las cruces fueron una consecuencia del pecado. Mientras se está en este mundo, tendremos que sentir siempre la natural aversión a los sufrimientos. Es esta una cadena que nos acompañará por doquier.

Ten la certeza de que, si con lo más alto del espíritu deseamos la cruz y al fin la abrazamos y nos sometemos a ella por amor a Dios, no por eso dejaremos de sentir en la parte interior el reclamo de la naturaleza que no quiere sufrir. En efecto, ¿quién amó más la cruz que el Maestro divino? Pues bien, también su humanidad santísima, en su agonía aceptada voluntariamente, pidió que el cáliz se alejara de él, si eso fuera posible.

(13 de mayo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 417)

17 de febrero

Nuestra conversación continua sea siempre en el cielo o, al menos, en el costado de Jesús. Continúa, pues, gritando con el apóstol: «Yo llevo en mi espíritu y en mi cuerpo la cruz de nuestro Señor Jesucristo»; porque, en este momento, es el suspiro más coherente con lo que vive tu espíritu. O bien: «Estoy con Cristo espiritualmente clavado en la cruz», hasta que llegue el momento en el que tengas que exclamar: «En tus manos encomiendo mi espíritu».

Sé, por desgracia, que tú querrías apresurar el momento de repetir esta última frase; pero, hijita mía, ¿puedes decir ya el «Todo está cumplido»? A ti, quizá, te parezca que sí; a mí me parece que no. Tu misión no está cumplida todavía; y más que de ser absorbida en Dios debes tener sed de la salvación de los hermanos: «Tengo sed».

Es cierto que también allá arriba puede llevarse a cabo la obra de la mediación; pero, según el modo humano de entendernos, parece que los santos se preocupan más de las miserias de los demás cuando están en la tierra.

(26 de abril de 1919, a
Margherita Tresca, *Ep. III*, 219)

18 de febrero

Hijita mía, no temas nada en relación con tu espíritu. Todo es obra del Señor; y, por tanto, ¿de qué puedes tener miedo? Como consecuencia, déjale actuar, incluso cuando no sientas que debes dejarle actuar; es decir, acepta con resignación la voluntad de Dios, también cuando él no te permita una dulce resignación. Hijita mía, tú sufres y tienes motivos para quejarte. Laméntate, pues, y a gritos; pero no temas. La víctima de amor que busca la voluntad de Dios debe gritar que no puede más y que le es imposible resistir los caprichos del amado, que la quiere y la deja, y la deja mientras la quiere.

Pide al Señor que me conceda lo que desde hace tiempo le estoy pidiendo con insistencia; pídele que me haga comprender con luz íntima y con claridad lo que la autoridad me dice; y, en premio, tú obtendrás la misma gracia. De tus sufrimientos deduce los míos, que son muy superiores a los tuyos; y aprende a ayudarme. Tú dices

que me basta con que me lo aseguren; y a ti, ¿por qué no te es suficiente?

(26 de abril de 1919, a
Margherita Tresca, *Ep. III*, 219)

19 de febrero

Fortalécete con el sacramento eucarístico. En medio de tantas desolaciones no deje tu alma de cantar frecuentemente a Dios el himno de la adoración y de la alabanza. Vive siempre alejada de la corrupción de la Jerusalén carnal, de las asambleas profanas, de los espectáculos corruptos y corruptores, de todas esas sociedades de los impíos.

Dispón tus labios, como hizo el divino Redentor, y sigue bebiendo con él las negras aguas del Cedrón, aceptando con piadosa resignación el sufrimiento y la penitencia. Atraviesa con Jesús este torrente, sufriendo con constancia y valentía los desprecios del mundo por amor a Jesús. Vive recogida, y toda tu vida quede escondida en Jesús y con Jesús en el huerto de Getsemaní, es decir, en el silencio de la meditación y de la oración. No te asusten ni la oscuridad de la noche de la humillación y de la soledad ni el aumento de las mortificaciones. Siempre adelante, adelante, Raffaelina; la amargura del torrente de la mortificación no te detenga. La persecución de los mundanos y de todos los que no viven del espíritu de Jesucristo no te aparten de seguir ese camino que han recorrido los santos. Corre siempre por la pendiente del monte de la santidad y no te desanime el sendero escabroso. Sigue caminando junto a Jesús, y si, siguiéndole a él, estás a salvo de todo, es también muy cierto que triunfarás, como siempre, en todo.

(4 de agosto de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 470)

20 de febrero

Jesús, el hombre de los dolores, querría que todos los cristianos le imitaran. Ahora bien, Jesús me ofreció este cáliz también a mí; y yo lo acepté; y he aquí por qué no me priva de él. Mi pobre sufrir no sirve para nada; pero Jesús se complace en él, porque lo amó tan intensamente aquí en la tierra. Por eso, en ciertos días especiales, en los que él sufrió más intensamente en esta tierra, me hace sentir el sufrimiento incluso con más fuerza.

¿No debería bastarme sólo esto para humillarme y para buscar vivir escondido a los ojos de los hombres, porque he sido hecho digno de sufrir con Jesús y como Jesús?

¡Ah!, padre mío, siento que mi ingratitud a la majestad de Dios es demasiado grande.

(1 de febrero de 1913, al P. Agostino
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 334)

21 de febrero

Medita el *fiat* de Jesús en el huerto; ¡cuánto le habría pesado para hacerle sudar y sudar sangre! Pronuncia tú también este *fiat*, tanto en las cosas prósperas como en las adversas; y no te inquietes ni te rompas la cabeza pensando en cómo lo pronuncias. Se sabe que en las cuestiones difíciles la naturaleza huye de la cruz, pero no por eso se puede decir que el alma no se ha sometido a la voluntad de Dios, cuando la vemos, a

pesar de la fuerza que siente en contra, ponerla en práctica.

¿Quieres tener una prueba concreta de cómo la voluntad pronuncia su *fiat*? La virtud se conoce por su contrario. Puesta por el Señor en una prueba, sea esta difícil o sencilla, dime: ¿te sientes movida a rebelarte contra Dios? O, mejor, pongamos como ejemplo lo imposible: intentas rebelarte. O, dime, ¿no te horrorizas ante el simple hecho de oír estas frases blasfemas? Pues bien, entre el sí y el no, no existe, no puede darse, nada intermedio.

Si tu voluntad huye de la rebelión, ten por seguro que está sometida, tácita o expresamente, a la voluntad de Dios y, en consecuencia, también ella pronuncia a su modo su *fiat*.

(30 de enero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 321)

22 de febrero

San Pablo nos advierte que «los que son verdaderos cristianos han crucificado su carne con los vicios y las concupiscencias». De la enseñanza de este santo Apóstol se deduce que quien quiere ser verdadero cristiano, es decir, quien vive con el espíritu de Jesucristo, debe mortificar su carne, no por otra finalidad, sino por devoción a Jesús, quien por amor a nosotros quiso mortificar todos sus miembros en la cruz. Esa mortificación debe ser estable, firme, constante y que dure toda la vida. Más aún, el perfecto cristiano no debe contentarse con una mortificación rígida sólo en apariencia, sino que debe ser dolorosa.

Así debe llevarse a cabo la mortificación de la carne, ya que el Apóstol, no sin motivo, la llama crucifixión. Pero alguien podría contradecirnos: ¿por qué tanto rigor contra la carne? Insensato, si reflexionaras atentamente en lo que dices, te darías cuenta de que todos los males que padece tu alma provienen de no haber sabido y de no haber querido mortificar, como se debía, tu carne. Si quieres curarte en lo hondo, en la raíz, es necesario dominar, crucificar la carne, porque es ella la raíz de todos los males.

El Apóstol añade además que a la crucifixión de la carne va unida la crucifixión de los vicios y de las concupiscencias. Ahora bien, los vicios son todos los hábitos pecaminosos; las concupiscencias son las pasiones; es necesario mortificar y crucificar constantemente unos y otras para que no arrastren a la carne al pecado; quien se quede sólo en la mortificación de la carne es semejante a aquel necio que edifica sin cimientos.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

23 de febrero

La vanagloria es un enemigo que acecha sobre todo a las almas que se han consagrado al Señor y que se han entregado a la vida espiritual; y, por eso, puede ser llamada, con toda razón, la tiña del alma que tiende a la perfección. Ha sido llamada con acierto por los santos carcoma de la santidad.

Nuestro Señor, para mostrarnos hasta qué punto la vanagloria es contraria a la

perfección, lo hace con aquella reprensión que hizo a los apóstoles, cuando los vio llenos de autocomplacencia y de vanagloria, porque los demonios obedecían las órdenes que ellos les daban: «Sin embargo, no os alegréis porque los espíritus se os someten».

Y para erradicar del todo de sus mentes los tristes efectos de este maldito vicio, que suele conseguir insinuarse en los corazones, los atemoriza poniendo ante sus ojos el ejemplo de Lucifer, precipitado desde las alturas por la vana complacencia en la que cayó ante la grandeza a la que Dios le había ensalzado: «Veía a Satanás, que caía del cielo como un relámpago».

Este vicio hay que temerlo todavía más porque no hay una virtud contraria para combatirlo. En efecto, cada vicio tiene su remedio y la virtud contraria; la ira se destierra con la mansedumbre; la envidia con la caridad; la soberbia con la humildad; etc. Sólo la vanagloria no tiene una virtud contraria para ser combatida. Ella se insinúa en los actos más santos; y, hasta en la misma humildad, si no se está atento, ella coloca con soberbia su tienda.

(2 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in *Lamis, Ep. I, 396*)

24 de febrero

San Crisóstomo, hablando de la vanagloria, dice: «Cuantas más obras realices, buscando aplastar la vanagloria, tanto más la estimulas». ¿Y cuál es la causa de esto? Dejemos que nos lo diga el mismo santo doctor: «Porque todo lo malo proviene del mal; sólo la vanagloria procede del bien; y, por eso, no se extingue con el bien, sino que se infla más».

El demonio, querido padre, sabe muy bien que un lujurioso, un ladrón, un avaro, un pecador tienen más motivos para avergonzarse y para sonrojarse que para gloriarse; y, por eso, se cuida mucho de tentarlos por ese lado, y les ahorra esta batalla. Pero no se la ahorra a los buenos, sobre todo al que se esfuerza por tender a la perfección. Todos los otros vicios se yerguen sólo en los que se dejan vencer y dominar por ellos; pero la vanagloria levanta la cabeza precisamente en aquellas personas que la combaten y la vencen. Se envalentona al asaltar a sus enemigos, sirviéndose de las mismas victorias que han conseguido contra ella. Es un enemigo que no se detiene nunca; es un enemigo que entra en batalla en todas nuestras obras y que, si no se está vigilante, nos hace sus víctimas.

En efecto, nosotros, para huir de las adulaciones de los demás, preferimos los ayunos ocultos y secretos a los visibles; el silencio, al hablar elocuente; ser despreciados, a ser tenidos en cuenta; los desprecios, a los honores. ¡Oh!, Dios mío. También en esto la vanagloria quiere, como suele decirse, meter la nariz, acometiéndonos con vanas complacencias.

(2 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in *Lamis, Ep. I, 396*)

25 de febrero

Tenía mucha razón San Jerónimo, al comparar la vanagloria con la sombra. De hecho, la sombra sigue al cuerpo a todas partes; y hasta le mide los pasos. Se aleja el cuerpo, se aleja también ella; camina a paso lento, también ella hace lo mismo; se sienta, y entonces también ella toma la misma posición.

Lo mismo hace la vanagloria; sigue por todos lados a la virtud. En vano intentaría el cuerpo huir de su sombra; esta, siempre y en todas partes, le sigue y camina a su lado. Lo mismo le sucede a quien se ha dedicado a la virtud, a la perfección: cuanto más huye de la vanagloria, más es asaltado por ella. Temamos todos, querido padre, a este nuestro gran enemigo. Lo teman todavía más aquellas dos almas elegidas, porque este enemigo tiene un algo de inexpugnable.

Estén siempre alerta; no se deje a este enemigo tan poderoso entrar en la mente y en el corazón; porque, si consigue entrar, desflora las virtudes, corroe la santidad, corrompe todo lo que hay de belleza y de bondad.

Traten de pedir continuamente a Dios la gracia de verse preservadas de este vicio pestilente, porque «Todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las luces». Abran sus corazones a la confianza en Dios. Recuerden siempre que todo lo que hay de bueno en ellas es puro regalo de la suma bondad del Esposo celestial.

(2 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 396)

26 de febrero

Graben bien en su mente; esculpan fuertemente en sus corazones; y convéznanse de que nadie es bueno «sino sólo Dios»; y que nosotros no tenemos otra cosa que la nada. Vayan meditando continuamente lo que san Pablo escribe a los fieles de Corinto: «¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y, si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?». «No que seamos capaces –dice además– de pensar algo por nosotros mismos, como si fuera cosa nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios».

Cuando se sientan tentadas de vanagloria, repitan con san Bernardo: «Ni por ti lo inicié, ni por ti lo dejaré». ¿No comencé mi viaje por los caminos del Señor? Entonces, por ellos quiero seguir; por ellos continuaré mi marcha. Si el enemigo les asalta por la santidad de su vida, que le griten a la cara: mi santidad no es fruto de mi espíritu, sino que es fruto del espíritu de Dios que me santifica. Es un don de Dios; es un talento que me ha prestado mi Esposo para que yo negocie con Él y después le rinda estrecha cuenta de la ganancia obtenida.

(2 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 396)

27 de febrero

Las virtudes son como quien tiene un tesoro, que, si no lo tiene escondido a los ojos de los envidiosos, se lo robarán. El demonio está siempre vigilando; y él, el peor de todos los envidiosos, busca arrebatarse este tesoro, que son las virtudes, tan pronto como lo descubre; y lo hace asaltándonos con ese enemigo tan poderoso que es la vanagloria.

Nuestro Señor, siempre atento a nuestro bien, para preservarnos de este gran enemigo, nos lo advierte en varios lugares del evangelio. ¿Acaso no nos dice que, si queremos hacer oración, nos retiremos a nuestro cuarto, cerremos la puerta y oremos de tú a tú con Dios, para que nuestra oración no sea conocida por los demás?; ¿que, al ayunar, nos lavemos la cara para que no descubramos nuestro ayuno a los demás en la suciedad y la palidez del rostro?; ¿que, al dar limosna, no sepa la mano derecha lo que hace la izquierda?

(2 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 396)

28 de febrero

Sean precavidas para no hablar nunca con otras personas, a excepción de su director y de su confesor, de aquellas cosas con las que el buen Dios las va favoreciendo. Dirijan siempre todas sus acciones a la gloria de Dios, exactamente como quiere el Apóstol: «Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios». Vayan renovando esta santa intención de tanto en tanto. Examínense al final de cada acción; y, si descubren alguna imperfección, no se turben por ello; pero avergüéncense y humíllense ante la bondad de Dios; pidan perdón al Señor y suplíquenle que las preserve de esa falta en el futuro.

Renuncien a toda vanidad en sus vestidos, porque el Señor permite las caídas de estas almas en esas vanidades.

Las mujeres que buscan las vanidades de los vestidos no podrán nunca vestirse de la vida de Jesucristo, y pierden los adornos del alma tan pronto como entra este ídolo en sus corazones. Su vestido esté, como quiere san Pablo, decente y modestamente adornado; pero sin cosidos de pieles, sin oro, sin perlas, sin prendas preciosas que suenen a riqueza y suntuosidad.

(2 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 396)

29 de febrero

A los mundanos les parece increíble que haya almas que sufren al ver que la providencia les prolonga la vida. Sin embargo, ahí está la historia de los santos, que es y será la maestra de la humanidad.

De los sufrimientos atroces que sufren las almas de los justos al verse lejos de su centro podemos formarnos, oh Raffaelina, una pálida idea fijándonos en lo que esas almas sufren, incluso al tener que satisfacer las necesidades más vitales de la vida, como el comer, el beber y el dormir. Y si la piedad de Dios no acudiera, especialmente en ciertos momentos y en ciertos días, con una especie de milagro, privándoles de la reflexión mientras realizan esos actos necesarios para la vida, para las pobrecitas es tal el tormento que experimentan al realizar una tal acción, que además no pueden evitar que yo, sin miedo a mentir, no sabría encontrar una comparación adecuada como no sea lo que debieron de experimentar los mártires que fueron quemados vivos, entregando así

sus vidas a Jesús en testimonio de su fe.

Es fácil que esta comparación a alguno le resulte una exageración hermosa y vacía, pero yo, mi querida Raffaelina, sé lo que me digo. El día del juicio universal veremos ciertamente a estas almas que, sin haber dado su sangre por la fe, digo que las veremos coronadas, igual que los mártires, con la palma del martirio.

(23 de febrero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 340)

Marzo

1 de marzo

Toda falta, aun mínima, que cometo, es para el alma una espada de dolor que le traspasa el corazón. En ciertos momentos me veo empujado a exclamar como el Apóstol, si bien, ¡ay de mí!, no con la misma perfección: «Ya no soy yo quien vive», pues siento que hay alguien en mí.

Otro efecto de esta gracia es que mi vida se está convirtiendo en un cruel martirio; y sólo encuentro consuelo al resignarme a vivir por amor de Jesús; aunque, ¡ay de mí!, padre mío, también en este consuelo la pena que siento en ciertos momentos es insoportable, porque el alma querría que la vida entera estuviera sembrada de cruces y de persecución.

Los mismos actos naturales, como serían el comer, el beber, el dormir son para mí muy penosos. El alma, en este estado, gime porque las horas transcurren muy lentas para ella. Al término de cada jornada, se siente como aligerada de un grave peso y muy aliviada; pero al momento vuelve a recaer en una profunda tristeza, al pensar que le quedan muchos días de destierro; y es precisamente en esos momentos cuando el alma quiere gritar: «¡Oh vida, qué cruel eres para mí!, ¡qué larga eres! ¡Oh vida, que ya no eres vida para mí sino tormento! ¡Oh muerte, no sé quién puede tenerte miedo, ya que por ti se nos abre la vida!».

Antes de que el Señor me favoreciera con esta gracia, el dolor de mis pecados, la pena que sentía al ver al Señor tan ofendido, la plenitud de los afectos que sentía por Dios no eran tan intensos como para hacerme salir de mí mismo y, a veces, pareciéndome insoportable este dolor, me llevaban a desahogarme con gritos agudísimos, sin poder contenerme. Pero después de esta gracia, el dolor se ha hecho aún más agudo, hasta parecerme que el corazón salta de un lado a otro.

Ahora me parece que comprendo cuán duro fue el martirio de nuestra queridísima Madre, cosa que antes no me había sido posible. ¡Oh, si los hombres pudieran comprender este martirio! ¿Quién lograra sufrir con nuestra tan querida corredentora? ¿Quién le negaría el bellissimo título de «reina de los mártires»?

(7 de julio de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 381)

2 de marzo

Mi queridísimo padre, querría por un momento abrirle mi interior para hacerle ver la llaga que el dulcísimo Jesús ha abierto amorosamente en mi corazón. Este, por fin, ha encontrado un amante que se ha enamorado de él de tal forma que no sabe cómo intensificar ese amor.

A este amante usted ya lo conoce. Es un amante que no se enfada nunca con quien le ofende. Sin número es el número de sus misericordias, que mi corazón lleva consigo. Este corazón reconoce no tener absolutamente nada de que gloriarse ante él. Él me ha amado, ha querido preferirme a muchas criaturas.

Y cuando le pregunto qué he hecho para merecer tantos consuelos, él me sonrío y me

va repitiendo que a tan gran intercesor nada se le niega. Como recompensa me pide sólo amor; pero, ¿no se lo debo por gratitud?

¡Oh, si pudiera, padre mío, alegrarle un poco, de la misma forma que él me alegra a mí! Él de tal forma se ha enamorado de mi corazón que me hace arder de su fuego divino, de su fuego de amor. ¿Qué es este fuego que me invade totalmente? Padre mío, si Jesús nos hace tan felices en la tierra, ¿qué será en el cielo?

(3 de diciembre de 1912, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 316)

3 de marzo

A veces me pregunto si habrá almas que no sientan arder el pecho con el fuego divino, especialmente cuando se encuentran ante él, en el sacramento. Esto me parece imposible, sobre todo si se trata de un sacerdote, de un religioso. Quizá las almas que afirman que no sienten este fuego no lo sienten porque tal vez su corazón es más grande. Sólo con esta benigna interpretación me es posible no aplicarles el vergonzoso calificativo de mentirosos.

Hay momentos en que se me presenta a la mente la severidad de Jesús, y es entonces cuando sufro amargamente; me pongo a considerar sus bromas y esto me llena de gozo. No puedo no abandonarme a esta dulzura, a esta felicidad... ¿Qué es, padre mío, lo que siento? Tengo tanta confianza en Jesús que, incluso si viera el infierno abierto ante mí y me encontrara a la orilla del abismo, no desconfiaría, no me desesperaría, confiaría en él.

Tal es la confianza que me inspira su mansedumbre. Cuando me pongo a considerar las grandes batallas contra el demonio que, con la ayuda divina, he superado, son tantas que no es posible contarlas.

¡Quién sabe cuántas veces mi fe habría vacilado y mi esperanza y mi caridad se habrían debilitado, si él no me hubiera tendido la mano; y mi intelecto se habría oscurecido, si Jesús, sol eterno, no lo hubiera iluminado!

Reconozco también que soy del todo obra de su infinito amor. Nada me ha negado; más aún, tengo que manifestar que me ha dado más de lo que le he pedido.

(3 de diciembre de 1912, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 316)

4 de marzo

Escuche, padre mío, los justos lamentos de nuestro dulcísimo Jesús: «¡Con cuánta ingratitud es pagado mi amor por los hombres! Sería menos ofendido por ellos si los hubiera amado menos. Mi Padre no quiere soportarlos más. Yo quisiera dejar de amarlos pero... [y aquí Jesús guarda silencio y suspira; y después continúa] pero, ¡ay de mí!, ¡mi corazón está hecho para amar! Los hombres ruines y perezosos no hacen ningún esfuerzo por vencer las tentaciones; o, lo que es más grave, se deleitan en sus iniquidades. Las almas más predilectas para mí, puestas en la prueba, me fallan; los débiles se dejan llevar por el desánimo y la desesperación; los fuertes se van relajando poco a poco.

Me dejan en las iglesias solo de noche, solo de día. Ya no se preocupan del sacramento del altar; no se habla nunca de este sacramento de amor; e incluso aquellos que hablan de esto, ¡ay de mí!, con qué indiferencia, con qué frialdad lo hacen.

Mi corazón es olvidado; nadie se preocupa ya de mi amor; yo estoy siempre afligido. Mi casa se ha convertido para muchos en un lugar de diversión; también para mis ministros, que yo siempre he mirado con predilección, que he amado como a la pupila de mis ojos; ellos deberían confortar mi corazón lleno de amarguras; ellos deberían ayudarme en la redención de las almas. En cambio, ¿quién lo creería?, de ellos debo recibir ingratitudes y olvidos. Veo, hijo mío, a muchos de estos que... [aquí se calló, los sollozos le cortaron la voz, lloró en secreto] que, bajo hipócritas apariencias, me traicionan con comuniones sacrílegas, despreciando las luces y las fuerzas que continuamente les regalo...».

Jesús continuó todavía lamentándose. Padre mío, ¡cómo me hace sufrir ver llorar a Jesús! ¿Lo ha experimentado también usted?

«Hijo mío –continuó Jesús–, tengo necesidad de víctimas para calmar la ira justa y divina de mi Padre; renuévame la ofrenda de todo tu ser, y hazlo sin reservarte nada».

El sacrificio de mi vida, padre mío, se lo he renovado; y, si siento en mí algún sentimiento de tristeza, este tiene lugar al contemplar al Dios de los dolores.

Si le es posible, trate de encontrar almas que se ofrezcan al Señor en calidad de víctimas por los pecadores. Jesús le ayudará.

(12 de marzo de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 341)

5 de marzo

Desearía decirle muchas cosas bellas, todas de Jesús; pero me doy cuenta de que esto debe quedar en un piadoso deseo, porque las fuerzas, que desde hace algunos días siento que se debilitan, no me lo permiten. Pero, ¡Jesús sea bendito! Por su amor me contento con lo estrictamente necesario.

Modere, querido padre, se lo suplico, sus ansiedades en lo que se refiere a su espíritu, porque me parece que es una pérdida de tiempo en nuestro caminar hacia el cielo; y lo que es peor, por muchas de estas ansiedades, que en sí mismas pueden ser santas, y por nuestra fragilidad y por el azuzar insistente del demonio, todas nuestras bellas acciones, permítaseme la expresión, quedan manchadas por un poco de falta de confianza en la bondad de Dios.

Es sólo un sutilísimo hilo que tiene atrapado al espíritu, pero que le impide, y de forma notable, remontar el vuelo en los caminos de la perfección y obrar con santa libertad. Es una grave injuria que el alma hace a nuestro celestial Esposo; y, como consecuencia, ¡ay de mí!, el dulcísimo Señor de cuántas gracias nos priva sólo porque la puerta de nuestro corazón no le queda abierta con santa confianza. El alma, si no se decide a salir de este estado, se atrae sobre sí muchos castigos.

No le parezca exagerada, querido padre, esta afirmación mía. Traigamos a la memoria aquel inmenso pueblo de Dios en el desierto; por falta de confianza muy pocos llegaron a

poner el pie en la tierra prometida. Su propio jefe, quiero decir Moisés, por haber dudado al golpear aquella piedra de donde debía salir agua para quitar la sed de aquel pueblo sediento, fue gravemente castigado y no pisó la tierra prometida.

(17 de agosto de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 405)

6 de marzo

Siento el vivísimo deseo, sin que casi nunca piense yo en procurarlo, de pasar todos los instantes de mi vida amando al Señor; quisiera estar estrechamente unido a Él por una de sus manos y recorrer con alegría aquella vía dolorosa, en la que me ha puesto; pero lo digo también con tristeza en el corazón, con confusión en el ánimo y con rubor en el rostro, que mis deseos no se corresponden precisamente con la realidad.

Basta cualquier cosa para agitarme; basta que me olvide de las aseveraciones que usted me hace para arrojarme en la más densa noche del espíritu, que me hace sufrir día y noche. ¡Dios mío!, ¡padre mío!, ¡qué gran castigo me ha traído mi infidelidad del pasado!

Querría que mi mente no pensara más que en Jesús, que el corazón no palpitará más que por él sólo y siempre, y todo esto se lo prometo repetidamente a Jesús. Pero, ¡ay de mí!, me doy perfecta cuenta de que la mente se olvida o, mejor dicho, se queda en la durísima prueba, bajo la cual está el espíritu; y el corazón no hace otra cosa que marchitarse en este dolor.

(6 de marzo de 1917, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 872)

7 de marzo

Es verdad que todo está consagrado a Jesús y que todo lo intento sufrir por él. Pero no logro convencerme de esto. De hecho me veo privado de esa luz; y esto es suficiente para que me llene de miedo y de terror y crea que estoy bajo los rigores de la divina justicia. Y, a mi modo de ver, lo que más me confirma en esta verdad es el ver que Dios cada día es más excelso a los ojos de mi espíritu, el verlo cada día más lejano, y el ver incluso que este Dios se va rodeando más y más de densas nubes.

Mi espíritu está siempre fijo en este objeto, que nunca se aparta de mi mente; y, cuanto más fijo en él mi mirada, más me doy cuenta de que se va escondiendo en esta nube, que es semejante a esos vapores que se levantan del suelo mojado cuando sale el sol.

Por otra parte, el Padre celestial no cesa de hacerme partícipe de los dolores de su unigénito Hijo, también físicamente. Estos dolores son tan agudos que no es posible ni describirlos ni imaginarlos. Además, no sé si es falta de fortaleza o si hay culpa en ello cuando, puesto en esta situación, sin querer, lloro como un niño.

Es para mí una prueba durísima no saber si, en eso que hago, agrado a Dios o le ofendo. Muchas aseveraciones me han sido dadas en relación con esto; pero, ¡qué quiere!, no se tienen ojos para ver. Y, además, el enemigo quiere meter siempre su cola

para arruinar todo. Va insinuando que tales aseveraciones no abarcan todas mis acciones y mucho menos que son para siempre.

(6 de marzo de 1917, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 872)

8 de marzo

Dios, Dios, no quiero, no, desesperarme; no quiero, no, injuriar a tu infinita bondad; pero, no obstante todos los esfuerzos por confiar, siento en mí, vivo y claro, el oscuro cuadro de tu abandono y tu rechazo.

Dios mío, yo confío, pero esta confianza está llena de temores; y es esto lo que hace más amarga mi aflicción.

Oh, Dios mío, si yo pudiera convencerme, aunque mínimamente, de que este estado no es un rechazo de tu parte y de que yo no te ofendo, estaría dispuesto a sufrir, y centuplicado, este martirio.

Dios mío, Dios mío... ¡ten piedad de mí!

Padre mío, ayúdeme con sus oraciones y con las de otros. ¡Cómo querría no sentir esta pena amarguísima! He dejado todo para agradar a Dios, y mil veces habría dado mi vida para sellar mi amor por Él; y ahora, oh Dios, qué amargo me resulta experimentar en lo íntimo del corazón que Él está irritado conmigo; y no puedo, no, encontrar paz en mi desventura. Mi corazón tiende irresistiblemente y con todo su ímpetu hacia su Señor; pero una mano de hierro me rechaza siempre... Figúrese un pobre náufrago, agarrado a una tabla de salvación, a quien cada ola y cada ráfaga de viento amenazan con anegararlo.

O mejor, figúrese mi estado presente semejante al de un condenado a muerte, que siente palpitar continuamente el corazón porque espera ser conducido al patíbulo de un momento a otro. Y este estado me hace sufrir en la más oscura noche, cuando me esfuerzo más que nunca por encontrar a mi Dios.

(20 de febrero de 1922, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1263)

9 de marzo

Anímate, mi queridísimo hijo; si tú no tienes suficiente oro ni incienso para ofrecer a Jesús, tendrás al menos la mirra del sufrimiento; y me conforta saber que él lo acepta con agrado, como si este fruto de vida lo quisiera unir a la mirra de su sufrimiento, tanto en su nacimiento como en su muerte. Jesús glorificado es bello, pero me parece que lo es mucho más crucificado.

Por tanto, hijito mío, prefiere estar en la cruz a estar al pie de la misma; prefiere agonizar con Jesús en el huerto que compadecerlo, porque aquello te asemeja más al divino Prototipo. ¿En qué circunstancia puedes hacer actos de unión inquebrantable de tu corazón y de tu espíritu a la santa voluntad de Dios, de mortificación del yo y de amor en tu crucifixión, si no es en los asaltos desabridos y rigurosos que te vienen de nuestros enemigos?

Pero, mi queridísimo hijito, ¿no te he inculcado muchas veces que te despojes de todo

lo que no es Dios para revestirte de nuestro Señor crucificado? Ahora bien, es Dios el que permite que tu corazón esté en la aridez y en la oscuridad; no es, pues, un castigo sino un regalo. No te desanimes en el camino que estás recorriendo, porque todo es agradable a Dios; y ya que tu corazón quiere serle siempre fiel, Él no pondrá en tus hombros más peso del que puedes soportar, y llevará contigo la carga hasta que vea que tú doblas de buen grado tus espaldas. (...)

Haz un particular ejercicio de dulzura y de sumisión a la voluntad de Dios, no sólo en las cosas extraordinarias, sino también en aquellas pequeñas de cada día. Estos actos hazlos no sólo por la mañana, también durante el día y por la noche, con un espíritu tranquilo y gozoso; y, si te sucediera que no los haces, humíllate y sigue adelante. Ten por seguro que aquí está tu pasión dominante.

(20 de enero de 1918, a fray Emmanuele da San Marco La Catola, *Ep. IV*, 419)

10 de marzo

Es bueno aspirar a la más alta perfección cristiana, pero no hay que filosofar sobre ella, sino sobre nuestra conversión y sobre nuestro progreso en la misma en los acontecimientos diarios, dejando el éxito de nuestro deseo a la providencia de Dios y abandonándonos en sus brazos de padre, como lo hace un chiquillo que, para crecer, come cada día lo que le prepara su padre, confiando en que no le faltará el alimento en la medida de su apetito y de su necesidad. (...)

Guárdate de los escrúpulos y de las inquietudes de conciencia; y ten calma absoluta en lo que te dije de palabra, porque te lo dije en nuestro Señor. Permanece en la presencia de Dios por los medios que te indiqué y que sabes.

Guárdate de la tristeza y de las inquietudes, porque no hay cosa que impida tanto caminar hacia la perfección. Hijito mío, pon dulcemente tu corazón en las llagas de nuestro Señor, pero no a fuerza de brazos. Ten una gran confianza en su misericordia y bondad, que Él no te abandonará nunca; pero no dejes por eso de abrazar fuertemente su santa cruz.

(20 de enero de 1918, a fray Emmanuele da San Marco La Carola, *Ep. IV*, 419)

11 de marzo

¿Me será dada y otorgada por Jesús la gracia de al menos morir en el lugar adonde él, con tanta bondad paterna, me llamó? Esta dulce esperanza me sostiene y me anima a seguir viviendo.

Mientras tanto, ya que Jesús no ha querido que yo consagre a mi querida madre provincia toda mi persona, me he ofrecido al Señor como víctima por todas las necesidades espirituales de la misma, y esta ofrenda la voy repitiendo continuamente ante el Señor. Estoy contento al poder ver que, al menos en parte, mi ofrenda ha sido aceptada. Quiera el buen Jesús acogerla plenamente.

¿Qué decirle del actual estado de mi espíritu? La terrible crisis, a la que me referí en

mi carta anterior, va aumentando cada día más. En el momento presente, el alma está encerrada en un cerco de hierro. Por una parte teme ofender a Dios en todo lo que hace, y esto le provoca tanto terror que sólo puede ser equiparado a las penas de los condenados.

Padre, no crea que en esta afirmación mía haya algo de exageración; la realidad es exactamente esa. Una de estas noches, ante este pensamiento, me pareció que me moría. El Señor me hizo probar todas las penas que sufren allá abajo los condenados.

Pero, por otra parte, lo que más me atormenta es que, en este tiempo, siento agigantarse en mi alma el deseo de amar a Dios y de corresponder a sus beneficios.

(11 de marzo de 1915, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 541)

12 de marzo

El Apóstol nos advierte: «Si vivimos según el Espíritu, caminemos según el Espíritu», casi como si quisiera decirnos para nuestra común edificación: ¿Queremos vivir espiritualmente, es decir, movidos y guiados por el Espíritu Santo? Preocupémonos por mortificar el espíritu propio, el cual nos infla, nos vuelve impetuosos, nos deseca; en otras palabras, entreguémonos a reprimir la vanagloria, la ira y la envidia: tres espíritus malignos que tienen esclavos a la mayor parte de los hombres. Estos tres espíritus malignos son absolutamente contrarios al espíritu del Señor.

(23 de octubre de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

13 de marzo

Déjate guiar amorosamente por la divina providencia, lo mismo quiera hacerte caminar a ras de tierra y por desiertos, que por las aguas de los consuelos sensibles y espirituales. Ten en la mano tu perfume; pero, si se presenta algún otro aroma delicioso, no dejes de olerlo, dando gracias, porque el perfume se usa para no quedarse por mucho tiempo sin algún consuelo y gozo espiritual.

Mantente firme en cualquier estado en que Jesús quiera ponerte para que tu corazón sea totalmente para él, pues no hay cosa mejor que esa. Despójate, pues, a base de continuas renunciaciones, de tus afectos terrenos, de todas las cosas que te tienen prisionera; y ten por cierto que el rey del cielo te dará sus regalos para atraerte a su santo amor.

Veo en tu corazón una profunda resolución de querer servir a Dios; y esto me garantiza que serás fiel en los ejercicios de piedad y en la práctica constante de lo que lleva a la adquisición de las virtudes. Pero te advierto una cosa, que tú ciertamente no ignoras. Cuando se sucedan las faltas por motivo de enfermedad, es necesario no maravillarte por eso, sino que, después de detestar la ofensa que Dios recibe en ellas, es necesario buscar una humildad gozosa, para descubrir y percatarnos de nuestra miseria.

(12 de enero de 1917, a Erminia Gargani, *Ep. III*, 669)

14 de marzo

Confianza y amor, hijita mía, confianza y amor en la bondad de nuestro Dios. Tú sufres, pero anímate, que tu sufrimiento es con Jesús y por Jesús; y no es un castigo sino una prueba para tu salvación.

Convéncete, pues; yo te lo aseguro de parte del Señor: en tus dolores está Jesús, y además en el centro de tu corazón; tú no estás separada ni lejos del amor de este Dios tan bueno. Experimentas en ti la delicia del pensamiento de Dios; pero sufres aún al estar lejos de poseerlo plenamente y al verlo ofendido por las criaturas desagradecidas. Pero no puede ser de otro modo, hijita mía; quien ama, sufre; es la norma constante para el alma que peregrina en esta tierra; el amor no plenamente satisfecho es un tormento, pero tormento dulcísimo. Tú lo experimentas.

Continúa sin temor, hijita mía, envolviéndote en este misterio de amor y de dolor al mismo tiempo, hasta que le plazca a Jesús. Este estado es siempre temporal; vendrá la divina consolación, completa, irresistible. En este estado de aflicción, continúa, mi buena hijita, rezando por todos, sobre todo por los pecadores, para reparar tantas ofensas como se hacen al divino Corazón.

Me parece que tú un día te ofreciste víctima por los pecadores; Jesús escuchó tu plegaria, aceptó tu ofrenda. Jesús te ha dado la gracia de soportar el sacrificio. Pues bien, ¡adelante todavía un poco más!; la recompensa no está lejos.

(9 de abril de 1918, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 312)

15 de marzo

Recordemos que la suerte de las almas elegidas es el sufrir; el sufrimiento soportado cristianamente es la condición que Dios, autor de todas las gracias y de todos los dones que llevan a la salvación, ha puesto para darnos la gloria. Alcemos, pues, los corazones, llenos de confianza en sólo Dios; humillémonos bajo su mano poderosa; aceptemos de buen grado las tribulaciones a las que la piedad del Padre celestial nos somete, para que nos ensalce en el tiempo de la visita. Que toda nuestra preocupación sea sólo esta: «Amar y agradar a Dios», sin preocuparnos para nada de todo lo demás, sabiendo que Dios cuidará siempre de nosotros, más de lo que se pueda decir o imaginar.

(26 de noviembre de 1914,
a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 245)

16 de marzo

¡Qué sublime y suave es la dulce invitación del divino Maestro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame»! Era esta invitación la que hacía decir a santa Teresa aquella oración al Esposo divino: «Sufrir o morir». Era también esta invitación la que hacía exclamar a santa María Magdalena de Pazzi: «Sufrir siempre y no morir». Era también a causa de esta invitación el que nuestro seráfico padre san Francisco, arrebatado en éxtasis, exclamara: «Es tanto el bien que yo espero, que en cada sufrimiento me deleito».

Lejos de nosotros lamentarnos de las aflicciones y enfermedades que Jesús quiera

mandarnos. Sigamos al divino Maestro por la senda del Calvario cargados con nuestra cruz; y, cuando él quiera colocarnos en la cruz, es decir, tenernos en cama enfermos, démosle gracias y tengámonos por afortunados por el gran honor que se nos hace, sabiendo que estar en la cruz con Jesús es un acto muchísimo más perfecto que el de sólo contemplarlo a él en la cruz.

(26 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 245)

17 de marzo

Pide con confianza ilimitada a Jesús, con la esposa del Cantar de los Cantares, que te arrastre detrás de él y que te haga sentir la fragancia de los perfumes de sus ungüentos, para que puedas correr totalmente detrás de él, con todas las fuerzas del alma y las facultades del cuerpo, por dondequiera que él vaya.

Te exhorto de nuevo a que tengas por seguro lo que hasta ahora te he declarado, que es esto: la tabla que debe conducirte al puerto de la salvación, el arma divina para llegar a cantar victoria, es la sumisión total y ciega de nuestro juicio al dictamen de quien está encargado de guiarnos entre las sombras, las perplejidades y las batallas de la vida. La misma Sagrada Escritura nos lo confirma con su infalible autoridad: «El hombre obediente cantará victoria».

Si Jesús se manifiesta, dale gracias; y si se te oculta, también dale gracias: todo es una broma del amor. Yo deseo que, al llegarte el momento de expirar con Jesús en la cruz, puedas con Jesús exclamar dulcemente: «Todo se ha cumplido».

(19 de mayo de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 87)

18 de marzo

Padre, permítame desahogarme al menos con usted: ¡estoy crucificado de amor! No puedo ya más; es este un alimento muy delicado para quien está acostumbrado a alimentos ordinarios; es precisamente esto lo que me produce de continuo fortísimas indigestiones espirituales, la de crecer de tal modo que la pobre alma gime al mismo tiempo por un vivísimo dolor y un vivísimo amor. La pobrecita no sabe adaptarse a este nuevo modo de ser tratada por el Señor. Y he aquí que el beso y el toque –lo diré así– sustancial que este amorosísimo padre celestial imprime en el alma todavía le causan un sufrimiento extremo.

¡Que el buen Jesús le conceda comprender mi verdadera situación! Y yo, mientras tanto, le insto a que quiera tratarme con caridad todavía un poco más, y pronunciarse sobre esto.

Queridísimo padre, satisfacer las necesidades de la vida, como comer, beber, dormir, etc., me resulta tan penoso que no sabría encontrar comparación adecuada si no es en las penas que deben experimentar nuestros mártires en el momento de la prueba suprema.

Padre, no crea que exagero al usar esta comparación; no, es exactamente así. Si el Señor, en su bondad, no me quita el conocimiento en el momento de realizar estos actos,

como lo hizo en el pasado, pienso que no podré durar mucho, siento que me falta apoyo bajo los pies. ¡El Señor me ayude y me libere de tal angustia!; quiera comportarse bien conmigo y tratarme como me conviene. Soy un obstinado rebelde ante las actuaciones divinas y en absoluto merezco ser tratado de ese modo.

(18 de marzo de 1915, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 545)

19 de marzo

El demonio, querido padre, continúa haciéndome la guerra; y, por desgracia, no parece que se quiera dar por vencido. En los primeros días en que fui probado, confieso mi debilidad; casi estaba desanimado; pero después, poco a poco, pasó la melancolía y comencé a sentirme un poco más animado. Después, al orar a los pies de Jesús, me parece que ya no siento ni el peso de la fatiga que me causo al vencerme cuando soy tentado, ni la amargura de las tentaciones.

Las tentaciones que se refieren a mi vida en el siglo son las que más me llegan al corazón, me ofuscan la mente, me producen un sudor frío y –me atrevo a decirlo– me hacen temblar de pies a cabeza. En esos momentos los ojos no me sirven más que para llorar; y, para consolarme y animarme, debo pensar en lo que usted me va indicando en sus cartas.

También al subir al altar, ¡Dios mío!, sufro los mismos asaltos del demonio; pero tengo conmigo a Jesús y, ¿qué podré temer?

(19 de marzo de 1911, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 215)

20 de marzo

Vive tranquila y no te inquietes por nada. Jesús está contigo, y te ama; y tú correspondeste a sus inspiraciones y a su gracia, que obra en ti. Sigue obedeciendo a pesar de las resistencias internas y sin el alivio que se da en la obediencia y en la vida espiritual; porque está escrito que quien obedece no debe dar cuenta de sus acciones, y sólo debe esperar el premio de Dios y no el castigo. «El hombre obediente –dice el Espíritu– cantará victoria».

Recuerda siempre la obediencia de Jesús en el huerto y en la Cruz; fue con inmensa resistencia y sin consuelo; pero obedeció hasta lamentarse con los apóstoles y con su Padre; y su obediencia fue excelente y tanto más bella cuanto más amarga. Nunca, pues, fue tu alma tan grata a Dios como ahora que obedeces y sirves a Dios en la aridez y oscuridad. ¿Me he explicado? Vive tranquila y alegre, y no quieras dudar por ningún motivo de las aseveraciones de quien hoy dirige tu alma.

Del modo de actuar en ti la gracia divina, tú tienes todos los motivos para animarte y para esperar y confiar en Dios; porque es la actuación que suele tener con las almas que Él ha elegido como su porción y su heredad. El prototipo, el modelo en el que es necesario mirarse y modelar nuestra vida, es Jesucristo.

Pero Jesús ha elegido por estandarte la cruz; y por eso quiere que todos sus

seguidores recorran el camino del Calvario llevando la cruz, para después expirar tendidos en ella. Sólo por este camino se llega a la salvación.

(4 de septiembre de 1916, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 241)

21 de marzo

Sé muy bien que la cruz es la prueba del amor; que la cruz es garantía de perdón; y que el amor que no es alimentado y nutrido por la cruz no es verdadero amor, se queda en fuego de artificio. Con todo, a pesar de tener este conocimiento, este falso discípulo del Nazareno siente en su corazón que la cruz le es enormemente pesada y que muchas veces (no se escandalice y no se enfade, padre, ante lo que le voy a decir) va en busca de un piadoso cireneo que le alivie y le conforte.

¿Qué mérito puede tener mi amor ante Dios? Temo mucho por esto, por si mi amor por Dios es amor verdadero. Y esta es también una de las espadas que, junto a las muchas otras, me oprime en ciertos momentos y hace que me sienta aplastado.

Y sin embargo, padre mío, tengo el grandísimo deseo de sufrir por amor a Jesús. ¿Y cómo explicar que después, ante la prueba, contra mi voluntad, se busque algún alivio? Cuánta fuerza y violencia debo hacerme en estas pruebas para hacer callar a la naturaleza, digámoslo así, que reclama con fuerza ser consolada.

Esta lucha no quisiera sentirla; muchas veces me hace llorar como un niño, porque me parece que es una falta de amor y de correspondencia a Dios. ¿Qué me dice de esto?

Escríbame, cuando lo quiera Jesús, y siempre largamente; sus repuestas sobre tantos problemas, dudas y dificultades las espero como luz del paraíso, como rocío benéfico en tierra sedienta.

(21 de abril de 1915, al P. Agostino
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 571)

22 de marzo

¿Cuál debe ser la divisa del cristiano? Dejemos que lo diga el Apóstol de las gentes: «¿Ignoráis acaso –dice el santo Apóstol, escribiendo a los romanos– que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte?»; y, ¿no recuerdas tú que todos nosotros, que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

Por lo tanto, al decir de san Pablo, el bautismo, mediante el cual llegamos a ser hijos de Dios y herederos de su Reino, es modelo, participación y copia de la muerte de Cristo. El bautismo es modelo de la muerte de Jesucristo, porque, así como Jesús por medio de la cruz ha padecido, del mismo modo a nosotros con el signo de la cruz se nos confiere el bautismo; así como Jesús fue sepultado en la tierra, de la misma forma nosotros somos sumergidos en las aguas del santo bautismo.

El bautismo es también participación en la muerte de Jesús, porque el bautismo aplica los misterios que representa y, por tanto, produce los efectos de la muerte de nuestro Redentor. La muerte de Cristo se nos aplica en nuestro bautismo de igual modo que si

ella fuese la nuestra y nosotros estuviéramos crucificados con él; y es en virtud de esta muerte que a nosotros se nos quitan todos los pecados, tanto en cuanto a la culpa como a la pena.

Finalmente, se ha dicho que el bautismo es copia de la muerte de Jesús. Nosotros, al decir de san Pablo, somos bautizados «*in morte ipsius*», en su muerte; es decir, para imitar la muerte de nuestro Redentor. Por tanto, lo que fue la cruz para Jesucristo, eso es el bautismo para nosotros. Jesucristo fue clavado en la cruz para que muriera según la carne; nosotros somos bautizados para morir al pecado, para morir a nosotros mismos. Jesucristo en la cruz sufrió en todos sus sentidos; de igual modo nosotros por el bautismo debemos llevar la mortificación de Jesús en todos nuestros miembros; esto es precisamente lo que san Pablo escribe en la segunda carta enviada a los fieles de Corinto: «Llevamos siempre en nuestros cuerpos los sufrimientos de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo».

(19 de septiembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 174)

23 de marzo

Nosotros tenemos una doble vida: una, natural, que la obtenemos de Adán por generación carnal, y, como consecuencia, es una vida terrena, corruptible, amante de nosotros y llena de bajas pasiones; la otra, sobrenatural, que la obtenemos de Jesús a través del bautismo y, por lo mismo, es una vida espiritual, celestial, obradora de virtud. Por el bautismo se da en nosotros una verdadera transformación: morimos al pecado y nos injertamos en Cristo Jesús de tal manera que vivimos de su misma vida. Por el bautismo recibimos la gracia santificante que nos da vida, toda celestial; nos convertimos en hijos de Dios, hermanos de Jesús y herederos del cielo.

Ahora bien, si por el bautismo el cristiano muere a su primera vida y resucita a la segunda, es deber de todo cristiano buscar las cosas del cielo, sin preocuparse para nada de las cosas de esta tierra. Esto mismo lo insinúa el apóstol san Pablo a los colosenses: «Así pues –dice este gran santo–, ya que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios».

Sí, el cristiano en el bautismo resucita en Jesús, es elevado a una vida sobrenatural, adquiere la hermosa esperanza de sentarse glorioso en el trono celestial. ¡Qué dignidad! Su vocación le exige desear continuamente la patria de los bienaventurados, considerarse como peregrino en tierra de destierro; la vocación del cristiano, digo, exige no poner el corazón en las cosas de este mundo terrenal; toda la preocupación, todo el esfuerzo del buen cristiano, que vive según su vocación, está dirigido a procurarse los bienes eternos; debe conseguir un modo de enjuiciar las cosas de aquí abajo como para estimar y apreciar sólo aquellas que le ayudan a alcanzar los bienes eternos, y tener, además, por viles todas aquellas que no le sirven para ese fin.

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

24 de marzo

Es necesario que el cristiano se libere de todos estos vicios, si quiere vivir según el espíritu de Jesucristo. Ahora bien, todos estos vicios y todos estos pecados conforman el hombre viejo, el hombre terreno, el hombre carnal; precisamente de este hombre quiere el Apóstol que se despoje el cristiano: «Despojaos del hombre viejo con sus obras». El cristiano, por consiguiente, muerto y resucitado con Jesús por el bautismo, se debe esforzar siempre por renovarse y perfeccionarse, contemplando las verdades eternas y la voluntad de Dios; en resumen, debe empeñarse por adquirir la semejanza del Señor que lo creó.

A eso nos obliga la perfección cristiana, a eso nos urge el Apóstol con la sapientísima expresión: «Revestíos del hombre nuevo, que se va renovando por el conocimiento de la verdad, según la imagen de su Creador». Pero, ¿quién es ese hombre nuevo del que habla aquí el Apóstol? Es el hombre santificado por el bautismo que, según los principios de la santificación, debe vivir «en santidad y en justicia verdadera».

Nosotros, pues, cristianos, somos imagen de Dios por dos motivos: por naturaleza, es decir, porque estamos dotados de inteligencia, de memoria y de voluntad; y por gracia, en cuanto que hemos sido santificados en el bautismo, que imprime en nuestra alma la preciosa imagen de Dios. Sí, querida mía, la gracia santificante imprime de tal modo la imagen de Dios en nosotros que llegamos a ser también nosotros casi un Dios por participación; y, para usar la hermosa expresión de san Pedro: «Para que lleguemos a ser partícipes de la naturaleza divina».

Mira, hermana mía, qué grande es nuestra dignidad. Pero somos grandes a condición de que conservemos la gracia santificante; pero, ¡ay de mí!, qué abyecto se vuelve uno cuando pierde esa gracia. Nuestra abyección es inferior, estoy por decir, a la de las bestias del campo. Todo desaparece, todo se pierde ante el pecado.

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

25 de marzo

Tan pronto como me pongo a orar, enseguida siento el corazón como invadido por una llama de amor vivo; esta llama no tiene comparación con ninguna otra llama de este bajo mundo. Es una llama delicada y tan dulce que consume y no causa sufrimiento alguno. Es tan dulce y tan deliciosa que el espíritu siente tal complacencia y queda satisfecho, pero de tal modo que no deja de desearla; y, ¡oh Dios!, es algo tan maravilloso para mí que quizá no llegue nunca a comprenderlo, como no sea en el cielo.

Este deseo, lejos de privar al alma de esta plenitud, la va reforzando cada vez más. El gozo que siente el alma allí, en su centro, lejos de disminuir como consecuencia del deseo, va creciendo más y más; dígame lo mismo del deseo de disfrutar permanentemente de esta vivísima llama, porque tal deseo no queda anulado por el gozo, sino que permanece muchísimo más vivo como consecuencia del mismo deseo.

De esto deducirá que son cada vez más raras las ocasiones en las que me es posible discurrir con el entendimiento y gozarme con los sentidos.

(26 de marzo de 1914, al P. Benedetto)

26 de marzo

El alma a la que el Señor pone en tal estado, enriquecida con tantos conocimientos, debería ser más locuaz; y sin embargo no es así, ella queda casi muda. No sabría si este es un fenómeno que se da sólo en mí. Con palabras demasiado genéricas, y casi siempre sin sentido, consigue el alma manifestar una partecita de aquello que en ella va realizando su esposo.

Créalo también, padre mío, que todo esto no es tormento pequeño para el alma. Aquí le acontece al alma lo que le sucedería a un pobre pastorcito si fuera introducido en una estancia real, donde hay colocados un sinfín de objetos preciosos, que él nunca ha visto. El pastorcito, al salir de la estancia real, con seguridad que tendría en su mente todos aquellos objetos tan variados, preciosos y bellos; pero, con seguridad también, que no sabría ni concretar el número ni llamarlos por su propio nombre. Él desearía comunicar a los demás todo lo que ha visto; se serviría de todas sus posibilidades intelectuales y científicas para conseguirlo; pero, al ver que todos sus esfuerzos no logran hacerse entender, opta por guardar silencio.

(26 de marzo de 1914, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 460)

27 de marzo

Siento que los éxtasis han aumentado en intensidad y suelen venir con tal ímpetu que todos los esfuerzos por evitarlos no sirven de nada. El Señor ha llevado al alma a un desapego mayor de las cosas de este bajo mundo; y siento que la va fortaleciendo cada vez más en la santa libertad de espíritu.

Me parece que, en el fondo de esta alma, Dios ha derramado muchas gracias que se orientan a la compasión de las miserias de los demás, especialmente de los pobres necesitados. La grandísima compasión que siente mi alma a la vista de un pobre le provoca en su mismo centro un vehementísimo deseo de socorrerlo; y, si atendiera a mi voluntad, me llevaría a despojarme hasta de mis ropas interiores para vestirlo a él.

Además, si sé que una persona está afligida, lo mismo en el alma que en el cuerpo, ¿qué no haría yo ante el Señor para verla libre de sus males? Con tal de verla libre, yo cargaría con gusto con todas sus aflicciones, cediendo en su favor el fruto de tales sufrimientos, si el Señor me lo permitiera.

Gracias a los dones con los que el Señor no deja de enriquecerme, me encuentro bastante mejor en la confianza en Dios. En otro tiempo, con frecuencia me parecía necesitar de las ayudas de los demás; ahora ya no. Sé por propia experiencia que el verdadero remedio para no caer está en apoyarse en la cruz de Jesús, confiando sólo en él, que quiso permanecer colgado por nuestra salvación.

(26 de marzo de 1914, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 460)

28 de marzo

El viernes por la mañana, estaba todavía acostado cuando se me apareció Jesús. Estaba muy triste y desfigurado. Me mostró una gran multitud de sacerdotes, religiosos y seculares, entre los que había varios dignatarios eclesiásticos; unos estaban celebrando, otros revistiéndose y otros quitándose los ornamentos sagrados.

Ver a Jesús angustiado me producía mucha pena; y, por eso, quise preguntarle por qué sufría tanto. No tuvo respuesta. Pero su mirada se dirigió hacia aquellos sacerdotes; y poco después, casi aterrado y como si estuviera cansado de mirar, retiró su mirada y, cuando la levantó hacia mí, observé horrorizado dos lágrimas que le surcaban las mejillas. Se alejó de aquella turba de sacerdotes con una evidente expresión de disgusto en su rostro, gritando: «¡Matarifes!». Y dirigiéndose a mí, dijo: «Hijo mío, no creas que mi agonía fue de tres horas, no; yo estaré en agonía hasta el fin del mundo por culpa de las almas más beneficiadas por mí. Durante el tiempo de mi agonía, hijo mío, no hay que dormir. Mi alma va en busca de alguna gota de piedad humana; pero, ¡ay de mí!, me dejan solo bajo el peso de la indiferencia. La ingratitud y la indiferencia de mis ministros hacen más pesada mi agonía.

¡Ay de mí!, ¡qué mal corresponden a mi amor! Lo que más me duele es que a su indiferencia añaden el desprecio, la incredulidad. Cuántas veces he estado para fulminarlos en el acto, si no hubiese sido detenido por los ángeles y por las almas enamoradas de mí... Escribe a tu padre y cuéntale lo que has visto y me has oído esta mañana. Dile que muestre tu carta al Padre provincial...».

Jesús continuó hablando, pero lo que dijo no podré revelarlo nunca a criatura alguna de este mundo. Esta aparición me produjo tal dolor en el cuerpo, y mucho mayor en el alma, que pasé todo el día abatido; y habría creído morir si el dulcísimo Jesús no me hubiera ya revelado...

Por desgracia, ¡Jesús tiene todos los motivos para lamentarse de nuestra ingratitud! ¡Cuántos desgraciados hermanos nuestros corresponden al amor de Jesús arrojándose con los brazos abiertos en la secta infame de la masonería! Oremos por ellos, para que el Señor ilumine sus mentes y toque su corazón. Anime a nuestro padre provincial, que recibirá del Señor generosa ayuda de dones celestiales. El bien de nuestra madre provincia debe ser su preocupación continua. A esto deben ir encaminados todos sus esfuerzos. A este fin deben orientarse nuestras plegarias; todos estamos obligados a esto.

(7 de abril de 1913, al P. Agostino da
San Marco in Lamis, *Ep. I*, 350)

29 de marzo

Tú me pides un juicio sobre tu amor a Dios. Pero, queridísimo hijo, ¿cómo es posible que no sientas tú mismo este amor en tu espíritu? ¿Qué otra cosa es ese deseo ardiente que tú mismo me manifiestas en tu carta? ¿Quién ha puesto en el corazón ese deseo ardiente de amar al Señor? ¿Acaso los deseos santos no vienen de Él? Si en un alma no hubiera más que el deseo ardiente de amar a su Dios, ahí ya está todo; ahí está el mismo Dios; porque Dios sólo no está donde no hay deseo de su amor. Por tanto, queda muy tranquilo en relación con la existencia del amor divino en tu corazón. Y si este anhelo

tuyo no queda satisfecho, si te parece que deseas cada vez más, sin llegar a poseer el amor perfecto, no veas en ello una prueba de que te falta el amor de Dios; manifiesta más bien que tú no debes decir nunca: ¡ya basta!; quiere decir que tú no puedes y no debes detenerte en el camino del amor divino y de la santa perfección.

Tú sabes bien que el amor perfecto se alcanzará cuando se posea el objeto de este amor, que, en nuestro caso, es el mismo Dios; por tanto, ¿a qué vienen tantas inquietudes y tantos desánimos inútiles?

Desea siempre, desea con mayor confianza, y no temas. ¿Cómo es posible que un alma que se ha consagrado totalmente al celestial Amor, que busca con la ayuda divina agradarle, que desea y anhela cada día más las aguas purísimas de este divino amor, cómo es posible, digo, que pueda un día salir de este mundo árida, fría, sin deseo de Dios? ¿Cómo es posible, digo, que esta alma salga de este mundo con la señal de la eterna reprobación? ¿No te parece una contradicción? Y el creer todo eso, ¿no sería una ofensa a la divina bondad, que, no sólo no rechaza a las almas arrepentidas, sino que va siempre en busca de las almas obstinadas?

(29 de marzo de 1918, a fray Emmanuele da San Marco la Catola, *Ep. IV*, 424)

30 de marzo

Hijo mío, convéncete de esto: Dios puede rechazar todo en una criatura concebida en pecado y que lleva en sí la impronta indeleble heredada de Adán; pero no puede rechazar de ningún modo el deseo sincero de amarle. Por tanto, si por otros motivos no puedes estar seguro de su celestial predilección, y si la acogida que prestas a quien te habla en nombre del mismo Dios no te alivia y conforta, lo debes creer al menos por este deseo sincero que tú tienes de amarle.

Te ruego, pues, en nombre de Dios, que no te dejes vencer por ese temor que me manifiestas en tus cartas; es decir, el temor de no amar y no temer a Dios; porque me parece que el enemigo te quiere llevar a engaño. Sé, hijo mío, que nadie puede amar dignamente a su Dios. Pero cuando un alma pone todo lo que está de su parte, y lo hace todo con recta intención, y confía en la divina misericordia, ¿por qué la va a rechazar Jesús? ¿Acaso no es él el que nos ha mandado que amemos a Dios con nuestras fuerzas? Por tanto, si tú has dado y consagrado todo a Dios; si, como consecuencia, buscas llenar tu corazón de sólo Dios; y con una reflexión sincera e incansable vas descubriendo el modo mejor de servirle y amarle, ¿qué motivos tienes para temer? ¿Quizá porque no puedes hacer más? Pero Jesús no te lo pide todavía y, por tanto, no podrá condenarte. El Espíritu de Dios sopla cuando quiere, donde quiere y como quiere. Por otra parte, tú pide a nuestro buen Dios que realice Él mismo aquello que tú no puedes hacer. Di a Jesús: ¿Quieres un amor mayor de mi parte? ¡Yo no tengo más! ¡Dámelo, pues, tú y yo te lo ofreceré! No dudes, Jesús aceptará la ofrenda y tú queda tranquilo.

(29 de marzo de 1918, a fray Emmanuele da San Marco la Catola, *Ep. IV*, 424)

31 de marzo

Mi queridísimo padre, recordando las muchas atenciones que me ofrece, creo que es para mí un sagrado deber, ahora que se aproxima la santa Pascua, no dejarla pasar sin deseársela llena de todas aquellas gracias que le pueden hacer feliz aquí en la tierra y bienaventurado en el cielo.

Este, padre mío, es el augurio que sé hacerle; y creo que le será muy grato. Además, en esa solemnidad no dejaré, en mi indignidad, de rogar a Jesús resucitado por su hermosa alma, si bien es cierto que no me olvido ningún día de orar por usted.

En estos días santos, más que de costumbre, soy duramente atormentado por ese *barbablù*. Le pido, pues, que ruegue vivamente al Señor para que no quede prisionero de este común enemigo.

Pero Dios está conmigo y los consuelos, que me hace gustar de forma constante, son tan dulces que no podría describirlos.

(31 de marzo de 1912, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 269)

Abril

1 de abril

El Señor está contigo, lucha contigo y por ti; y, con un guerrero así de fuerte, no nos está permitido dudar del completo triunfo sobre el apóstata infame e impuro. Laméntate sumisamente delante de Jesús; llama muy a menudo a su divino corazón hasta ser inoportuno; pero recuerda también que su respuesta, que te la da a conocer por medio de mí, no es diferente de aquella que dio al Apóstol de las gentes: «Te basta con mi gracia». Sí, mantente vigilante sobre ti mismo; huye del ocio y de toda conversación viciosa; y, en cuanto sea posible, evita acercarte a personas de otro sexo, teniendo siempre en tu mente el dicho del Apóstol: que nuestras virtudes están encerradas en un vaso fragilísimo. Retírate con frecuencia a tu interior y sé asiduo en la oración, en la meditación de las cosas celestiales y procura llenar tu mente con lecturas sanas de los libros santos. Sobre este último punto, te lo ruego con insistencia, sé más constante y no dejes de practicarlo.

Y en todo vive en paz contigo mismo, porque el enemigo, que pesca siempre en río revuelto, se aprovecha de nuestro natural desánimo para conseguir mejor sus propósitos. En resumen, procura comportarte en todo de modo que no quede sin fruto la gracia que el Señor ha derramado en tu espíritu.

(21 de marzo de 1916, al P. Paolino da Casacalenda, *Ep. IV*, 132)

2 de abril

Deseo que las humillaciones del Hijo de Dios y la gloria que le vino de las mismas sean el objeto de tus meditaciones diarias. Consideremos los anonadamientos del Verbo divino, el «cual –según la expresión de san Pablo–, siendo de condición divina», «habitando en él corporalmente la plenitud de la divinidad», no consideró cosa vil abajarse hasta nosotros, para elevarnos al conocimiento de Dios.

Este Verbo divino, por su plena y libre voluntad, quiso abajarse hasta hacerse como nosotros, ocultando la naturaleza divina bajo el velo de la carne humana. Dice san Pablo que de tal modo se humilló el Verbo de Dios que llegó como a aniquilarse: «Se aniquiló a sí mismo tomando la condición de siervo». Sí, hermana mía, él quiso esconder de tal forma su naturaleza divina que asumió en todo las semejanzas del hombre, sometiéndose incluso al hambre, a la sed, al cansancio; y, para usar la misma expresión del Apóstol de los gentiles: «Semejante a nosotros, probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado».

Pero donde, más tarde, se manifestó el colmo de la humillación fue en su pasión y en su muerte, en las que, sometiéndose con voluntad humana a la voluntad de su Padre, soportó muchos ultrajes, hasta sufrir la muerte más infame, y muerte de cruz. «Se humilló a sí mismo –según san Pablo–, obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Esta obediencia, por la dignidad del que obedecía, por lo arduo del mandato y por la espontaneidad al obedecer al Padre del cielo, ya que no fue impulsado a ello por miedo al castigo, pues es el Unigénito del Padre, ni seducido por el interés de alcanzar un premio, pues es Dios en todo igual al Padre, agradó tanto al Creador eterno que lo exaltó

«dándole un nombre –dice el Apóstol–, que es superior a cualquier otro nombre».

(4 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 217)

3 de abril

Es únicamente en virtud de tal nombre que nosotros podemos esperar la salvación, tal como los apóstoles declararon ante los judíos: «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros lleguemos a salvarnos».

El Padre eterno quiso someterle a él todas las criaturas: «Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos».

Según el Apóstol, y así es, Jesús es adorado en el cielo: a este nombre divino, los bienaventurados del cielo, impulsados por gratitud y amor, no cesan de repetir lo que el evangelista Juan vio en una de sus visiones: «Cantan –dice él– un cántico nuevo diciendo: Eres digno, oh Señor, de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y nos compraste para Dios con tu sangre».

Este nombre santísimo es venerado en la tierra, porque todas las gracias que pedimos en el nombre de Jesús son plenamente concedidas por el Padre eterno: «Y todo lo que pidáis –nos dice el Maestro divino– en mi nombre al Padre, él lo hará».

Este nombre divino es venerado, quién lo podría creer, también en el infierno: porque ese nombre es el terror de los demonios, que por él se encuentran vencidos y abatidos: «En mi nombre expulsarán los demonios».

(4 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 217)

4 de abril

Por la obediencia de Jesús quiso el Padre del cielo que este nombre santísimo fuese proclamado y creído por todas las criaturas: «Toda lengua –dice el Apóstol– proclame que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre». ¿Y no es precisamente esto lo que se verifica en el momento presente, cuando en todas partes se adora la cruz? También en el último día, los condenados y los demonios, a la vista de la inmensa gloria de Jesús y al experimentar su poder infinito, deberán tomar parte en esta proclamación.

También nosotros, si somos imitadores de Jesucristo afrontando todas las batallas de la vida, participaremos en sus triunfos. Sí, concluyo con san Juan Crisóstomo, creamos firmemente que el divino redentor está adornado de tan excelsa gloria, y, por tanto, vivamos de su gloria, imitando sus ejemplos y siguiendo sus deseos. De lo contrario, de nada nos aprovecharía el creer, si no correspondiera con él nuestro obrar.

(4 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 217)

5 de abril

Te exhorto a confiar más en la divina misericordia; humíllate ante la piedad de nuestro Dios; y dale gracias por todos los favores que te quiera conceder. Obrando así, desafiarás

y vencerás todas las iras del infierno. No temas, mi queridísima hijita. Él, que te ha ayudado hasta ahora, continuará su obra de salvación. ¿Sin la divina gracia habrías podido superar tantas crisis y tantas guerras, a las que ha estado sometido tu espíritu? Entonces, la misma gracia hará el resto; tú serás salvada y el enemigo se consumirá en su rabia. En tanto, continúa orando y sufriendo según las divinas intenciones y de acuerdo a la voluntad divina; el premio no estará lejos.

Te entristeces por el amor que tienes a Dios, que te parece que es menos que nada... Pero, ¿cómo es, mi valiente hijita, que no sientes tú misma este amor en tu espíritu? ¿Qué es esa duda o, mejor, qué es ese deseo ardiente que tú misma me manifiestas? Ahora bien, debes saber, mi querida hija, que, en lenguaje divino, el deseo de amor ya es amor. ¿Quién ha puesto en tu corazón este deseo ardiente de amar al Señor? ¿Acaso los deseos santos no vienen de lo alto? ¿O es que somos capaces por nosotros mismos de suscitar en nosotros un tal deseo sin la gracia de Dios, que actúa dulcemente en nosotros? Si en un alma no hubiera otra cosa que el profundo deseo de amar a su Dios, en ella ya estaría todo: está Dios; porque Dios únicamente no está, no puede estar, donde no está el deseo de su amor.

(14 de diciembre de 1916, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 664)

6 de abril

Y estate tranquila sobre la existencia de la caridad divina en tu corazón. Y si ese deseo ardiente no queda satisfecho, si te parece que deseas siempre el amor perfecto sin llegar a poseerlo, todo eso indica que tú no debes decir nunca: ¡ya basta!; quiere decir que no podemos ni debemos detenernos en el camino del divino amor y de la santa perfección.

Tú sabes bien que el amor perfecto se adquirirá cuando se posea el objeto de ese amor. Entonces, ¿por qué tantas ansiedades y tantos desánimos inútiles? Desea, desea siempre ardientemente y con mayor confianza, y no temas (...).

¡Ah!, hijita mía, ¡no hagamos esta gran ofensa a la divina piedad! Te ruego, en el dulcísimo Jesús, que no te dejes vencer por ese temor que te hace pensar que no amas a Dios, porque de ese modo el enemigo te llevaría a una grave equivocación. Sé que en este mundo ninguna alma puede amar dignamente a su Dios; pero, cuando esta alma hace todo lo que está de su parte y confía en la divina misericordia, ¿por qué ha de rechazarla Jesús? ¿No nos ha mandado él que amemos a Dios según nuestras fuerzas? Si tú le has dado y consagrado todo a Dios, ¿por qué temer? ¿Porque no puedes hacer más? Pero Jesús no te lo pide. Y, por otro lado, tú di a nuestro buen Dios que haga Él mismo aquello que tú no puedes hacer. Di a Jesús: «¿Quieres de mí más amor? ¡Yo no tengo más! ¡Dámelo tú y yo te lo ofreceré!». No dudes; Jesús aceptará tu ofrecimiento, y tú queda tranquila.

(14 de diciembre de 1916, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 664)

7 de abril

¿Comenzar ahora a trenzar la corona, a incrustarle las perlas, a hacerla florecer? ¡Ay de mí! La primavera ha pasado ya; no es la época. Mi alma fue sorda a la voz del Esposo cuando este amorosamente la invitaba a seguirle, cuando el mal tiempo ya había pasado y el invierno ya había transcurrido. Ella se durmió durante todo el tiempo de la primavera; fue el sueño de los ingratos; y se despertó demasiado tarde. Buscó a su amante en todas las cosas y, gracias a la bondad de Dios, lo encontró sentado en medio de muchas almas predilectas que, teniendo las manos llenas de flores, le ofrecían los perfumes.

Se dio cuenta del error cometido, se puso a seguirlo, ocupando el último lugar, y hasta el presente no sabe qué ofrecerle, no teniendo nada propio. Con todo, fíjate en la bondad de este amante divino, que no la rechaza, que la atrae hacia sí con gestos amorosos. ¿Pero, Dios mío, cómo corresponde ella a tantas finezas de amor? Con la ingratitud, eso es todo. Mientras se lamenta, ella querría poner fin a sus infidelidades, pero está siempre rodeada de infinitos peligros de serle de nuevo infiel.

(12 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 261)

8 de abril

No perdáis el ánimo por las pequeñas imperfecciones. Procurad estar siempre vigilantes sobre vosotras mismas para no faltar; pero, si os dais cuenta de que habéis faltado, no perdáis el tiempo en lamentos inútiles; arrodillaos ante Dios; avergonzaos de vuestra poca fidelidad; pedid perdón a nuestro Señor; renovad el propósito de estar más atentas en el futuro; y, después, levantaos enseguida y seguid adelante por el camino donde yo os he puesto.

Convenceos, amadísimas hijas, de que las caídas y los pequeños movimientos de las pasiones son inevitables mientras estemos en esta vida, porque en relación con esto el gran apóstol san Pablo exclama al cielo: «¡Pobre de mí, qué infeliz soy! Hay en mí dos hombres, el viejo y el nuevo; dos leyes, la ley del sentido y la ley del espíritu; dos actuaciones, la de la naturaleza y la de la gracia. ¡Ah! ¿Quién me librá del cuerpo de esta muerte?»

(25 de septiembre de 1917, a
Rachelina Russo, *Ep. III*, 505)

9 de abril

Hijas mías, es necesario resignarse a lo que hemos heredado de nuestros progenitores, Adán y Eva. El amor propio nunca muere antes que nosotros, sino que nos acompañará hasta la tumba. ¡Dios mío!, qué desgracia, hijitas mías, para nosotros, pobres hijos de Eva. Es necesario sufrir permanentemente sus asaltos sensibles y sus prácticas secretas mientras estamos en este mísero destierro. Pero, ¿para qué? ¿Quizá para tener que desanimarnos y perder el valor y renunciar al camino del cielo? No, queridísimas hijitas; tengamos ánimo; a nosotros nos basta con no consentir con una voluntad querida, deliberada, firme y permanente.

Y esta virtud de la indiferencia es tan excelente que ni nuestro hombre viejo, ni la parte emotiva ni la naturaleza humana según las facultades naturales han sido capaces de conseguirla; ni siquiera fue capaz nuestro Señor, que, como hijo de Adán, aunque exento de todo pecado y de toda pertenencia al mismo en su parte sensitiva y según las humanas facultades, no fue de ningún modo indiferente; al contrario, deseó no morir en la cruz, estando reservada la indiferencia ante esa clase de muerte al espíritu, a las facultades inflamadas por la gracia, en suma a sí mismo, ya que él es el hombre de la gracia, el hombre nuevo.

(25 de septiembre de 1917, a
Rachelina Russo, *Ep. III*, 505)

10 de abril

Mantente vigilante y no te abandones nunca presuntuosamente a ti misma ni confíes demasiado en ti; procura avanzar cada vez más por el camino de la perfección y progresa siempre en la caridad, que es el vínculo de la perfección cristiana; abandónate en brazos de Dios Padre con confianza filial y ensancha tu corazón a los dones del Espíritu Santo, que espera una señal tuya para enriquecerte con ellos.

Sí, obremos el bien; ahora es el tiempo de la siembra; si queremos recolectar mucho es necesario, no tanto sembrar mucho, sino sobre todo esparcir la semilla en terreno bueno. Nosotros ya hemos sembrado mucho, pero para nosotros es muy poca cosa si queremos alegrarnos en el tiempo de la cosecha. Esparzamos, esparzamos aún, querida mía, la otra semilla; y que por esto nada nos entristezca. Procuremos que esta semilla caiga en campo bueno y, cuando el calor llegue a abrir esta semilla y haga de ella una planta, estemos vigilantes y cuidemos mucho que la cizaña no la sofoque.

(10 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 257)

11 de abril

Piensa en aquel gran abandono que sufrió nuestro Señor en el huerto de los olivos, y observa a este amado Hijo, que pide al Padre algún alivio; pero, sabiendo que el Padre no quiere otorgárselo, ya no piensa en ello ni se decide a pedirlo; y, como si nunca hubiera deseado ese alivio, retoma con valentía y coraje la obra de nuestra redención. En los momentos de extrema desmoralización, pide también tú al Padre del cielo que te conforte, que te consuele; y, si a Él no le place hacerlo, no pienses más en ello, pero ármate de valor y reemprende la obra de tu salvación en la cruz, como si nunca te tuvieras que bajar de ella y como si nunca pudieras ver sereno el horizonte. ¿Qué quieres, hijita mía? Es necesario ver y hablar a Dios entre truenos y vientos huracanados. Conviene verlo entre las zarzas y el fuego de los espinos; y para continuar, hijita mía, es necesario descalzarse y renunciar enteramente a tu voluntad y a tus caprichos.

(6 de diciembre de 1917, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 828)

12 de abril

Es diabólica la preocupación que llena tu espíritu en relación con el cargo que te ha confiado la obediencia y a las innumerables consecuencias que, por razón del mismo, te han venido. Continúa obedeciendo, y así tendrás asegurado el mejor premio que pueda prometerse a un alma que ama a Jesús. No debes admitir turbación alguna en tu espíritu por ningún motivo, y menos por ese al que «me estoy refiriendo». Comprendo que el alma en la cual habita Dios teme siempre ofender a Dios en cada paso que da; y este temor se hace insoportable si se refiere al cumplimiento de las propias obligaciones. Pero que esa alma se consuele, porque es precisamente ese temor el que le impedirá caer en falta, si se decide a seguir adelante. Hermano mío, si permanecer en pie dependiese de nosotros, seguramente que al primer soplo caeríamos en las manos de los enemigos de nuestra salvación. Confiemos siempre en la piedad divina y experimentaremos cada vez más qué bueno es el Señor.

Aquellas prácticas, aunque en sí mismas buenas, procura eliminarlas cada vez más de ti, porque, si es cierto que en el pasado todo ha marchado según el corazón de Dios, no se puede pensar lo mismo de cara al futuro. Es cierto que el sacerdote, hoy más que nunca, debería estar aseQUIBLE a todos; pero, hermano mío, para hacer esto se necesitaría un gran acopio de virtud. Además, sabemos bien que el mundo es siempre maligno, y nosotros no debemos dar motivo alguno para juicios malvados.

(9 de febrero de 1916, al P. Basilio da Mirabello Sannitico, *Ep. IV*, 191)

13 de abril

Te pido cordialmente que no pierdas el tiempo pensando en el pasado. Si estuvo bien empleado, demos gloria a Dios; si mal, detestémoslo y confiemos en la bondad del Padre celestial. Más aún, te exhorto a tranquilizar tu corazón con el pensamiento consolador de que tu vida, en aquella parte no bien vivida, ya ha sido perdonada por nuestro dulcísimo Dios.

Aleja de tu corazón con todas tus fuerzas las turbaciones e inquietudes, pues de otro modo todas tus prácticas de piedad resultarán poco o nada fructuosas. Convenzámonos de que, si nuestro espíritu está turbado, son más frecuentes y directos los asaltos del enemigo, que suele aprovecharse de nuestra natural debilidad para conseguir sus objetivos. Estemos muy alerta en este punto, de no poca importancia para nosotros. En cuanto nos demos cuenta de que estamos cayendo en el desánimo, reavivemos nuestra fe y abandonémonos en los brazos del divino Padre, siempre pronto para acogernos si recurrimos a Él con sinceridad.

(9 de febrero de 1916, al P. Basilio da Mirabello Sannitico, *Ep. IV*, 191)

14 de abril

Te desvives por ser liberada de los enemigos que te rodean, porque todos ellos, como enviados de Satanás, intentan hacerte prevaricar; la angustia que todavía sientes por verte continuamente rodeada de ocasiones de ofender a Dios, yo te declaro que todo eso es

efecto de la gracia divina que el piadosísimo Señor ha derramado abundantemente en tu corazón.

Todo esto es señal segura de que la caridad que el Espíritu Santo ha infundido en tu espíritu no está muerta, sino vigilante. Semejantes anhelos, con la humildad que brota de la baja estima de uno mismo, no pueden encerrar en modo alguno un engaño diabólico, porque el desear ser liberada de los enemigos que intentan hacernos prevaricar y ofender a Dios, el suspirar por verte libre de las ocasiones que ponen en dura prueba tu fidelidad excluye absolutamente las artes del enemigo, que no puede ni sabe engendrar tales sentimientos.

(28 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 138)

15 de abril

¿Acaso no ha asegurado el Señor que Él es fiel y que no permitirá jamás que seamos derrotados?: «Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará fuerzas suficientes para superarla».

¿Y cómo, hermana mía, se podría aceptar lo contrario? ¿Acaso Dios no es bueno, mucho más de lo que nosotros podamos pensar? ¿No está Él mucho más interesado que nosotros en nuestra salvación? ¿Cuántas veces nos ha dado prueba de ello? ¿Cuántas victorias tú has conseguido sobre tus enemigos tan poderosos y sobre ti misma, gracias a la asistencia divina, sin la cual habrías quedado irremediabilmente aplastada?

Pensemos en el amor que Jesús nos tiene y en su interés por nuestra felicidad; y quedémonos tranquilos y no dudemos de que él nos asistirá siempre con cuidado más que paterno ante todos nuestros enemigos.

(28 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 138)

16 de abril

¿Cómo podré narrar las nuevas victorias de Jesús en mi alma en estos días? Me limito a contarle lo que me sucedió el martes pasado. ¡Qué gran fuego encendido sentí en mi corazón ese día! Pero sentí también que este fuego fue encendido por una mano amiga, por una mano divinamente celosa. (...)

Terminada la misa, me entretuve con Jesús dándole gracias. ¡Oh, qué suave fue el coloquio con el paraíso que tuve en aquella mañana! Fue tal que, aun intentando decirle todo, no podría conseguirlo; hubo cosas que no se puede traducir a un lenguaje humano sin que pierdan el sentido profundo y celeste. El corazón de Jesús y el mío, permítame la expresión, se fusionaron. No eran ya dos corazones que palpitaban, sino uno solo. Mi corazón había desaparecido como una gota de agua que se disuelve en el mar. Jesús era el paraíso, el rey. La alegría en mí era tan intensa y tan profunda que no me pude contener más; las lágrimas más deliciosas me llenaron el rostro.

Sí, padre mío, el hombre no puede comprender que, cuando el paraíso se derrama en un corazón, este corazón afligido, exiliado, débil y mortal, no lo puede soportar sin llorar.

Sí, lo repito, la alegría que llenaba mi corazón fue tal que me hizo llorar largo y tendido.
Esta visita, créame, me reconfortó del todo.

(18 de abril de 1912, al P. Agostino da San Marco en Lamis, *Ep. I*, 272)

17 de abril

Toda tu vida se vaya gastando en la aceptación de la voluntad del Señor, en la oración, en el trabajo, en la humildad, en dar gracias al buen Dios. Si volvieras a sentir que la impaciencia se instala en ti, recurre inmediatamente a la oración; recuerda que estamos siempre en la presencia de Dios, al que debemos dar cuenta de cada una de nuestras acciones, buenas o malas. Sobre todo, dirige tu pensamiento a las humillaciones que el Hijo de Dios ha sufrido por nuestro amor. El pensamiento de los sufrimientos y de las humillaciones de Jesús quiero que sea el objeto ordinario de tus meditaciones. Si practicas esto, como estoy seguro que lo haces, en poco tiempo experimentarás sus frutos saludables. Una meditación así, bien hecha, te servirá de escudo para defenderte de la impaciencia, aunque el dulcísimo Jesús te mande trabajos, te ponga en alguna desolación, quiera hacer de ti un blanco de contradicción.

(6 de febrero de 1915, a Annita Rodote, *Ep. III*, 54)

18 de abril

Tres cosas debes alejar de ti. La primera de la que te tienes que salvaguardar, es de litigar, de discutir; si te comportas de otro modo, ¡adiós paz, adiós caridad! Querer permanecer aferrada arrogantemente a la propia opinión es siempre fuente y principio de discordia. Ante este vicio maldito, san Pablo nos exhorta a permanecer unánimes con un mismo afecto.

Cuídate, además, del amor de vanagloria, vicio propio de las personas devotas. Él nos empuja, sin que nos demos cuenta, a figurar siempre más que los otros, a ganarnos la estima de todos. También san Pablo alertó a sus queridos filipenses cuando dijo: «Nada hagáis por vanagloria».

Este gran santo, lleno del Espíritu del Señor, veía en toda su amplitud el mal que este maldito vicio podría acarrearles a esos santos cristianos, si lograra penetrar en sus espíritus; y, como consecuencia, quiso ponerlos sobre aviso: «Nada hagáis por vanagloria».

A este maldito vicio, verdadera carcoma, verdadera polilla, del alma devota, oponle tú el desprecio de esa vanagloria. No quieras oír muchas cosas sobre ti: la baja estima de uno mismo, considerando a todos mejores, es el único remedio para preservarnos de este vicio.

Finalmente, es necesario cuidarse de otra cosa no menos peligrosa que este vicio, porque encierra en sí el germen infausto de la división. Esta última cosa de la que hay que precaverse es la de anteponer siempre la propia utilidad a la de los demás, porque el anteponer el provecho propio al de los demás tiende siempre y necesariamente a la

ruptura de ese hermoso vínculo que es la caridad; vínculo que debe unir siempre a las almas cristianas, ya que la caridad, al decir de san Pablo, es «vínculo de perfección».

(4 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 217)

19 de abril

Detengámonos un poco en la virtud del amor a Dios. ¿Qué es este amor? Antes de dar una respuesta a esta pregunta, es necesario tener presente que uno es el amor sustancial a Dios y otro el amor accidental; y que este último a su vez se distingue en amor accidental sensible y en amor accidental espiritual. Hecha esta distinción, vayamos ahora a responder a la pregunta antedicha.

El amor sustancial a Dios es el acto simple y sencillo de preferencia, con el que la voluntad antepone a Dios a toda otra realidad, a causa de su infinita bondad. El que ama de este modo a Dios, lo ama con amor de caridad sustancial. Pero, si a este amor sustancial a Dios se une la suavidad, si esta suavidad se contiene y se queda toda ella en la voluntad, tendremos entonces el amor accidental espiritual. Si dicha suavidad desciende además al corazón y se hace sentir con ardor, con dulzura, tendremos entonces el amor accidental sensible.

(9 de enero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 291)

20 de abril

Dios quiere conquistarnos para sí haciéndonos probar dulzuras abundantísimas y consuelos en todas nuestras devociones, tanto en la voluntad como en el corazón. ¿Pero quién no descubre los graves peligros que amenazan a semejante amor a Dios? Es fácil que la pobre alma se aferre a la accidentalidad de la devoción y del amor a Dios, sin preocuparse nada o casi nada de aquella devoción y de aquel amor sustancial, que son los únicos que la hacen amada y agradable a Dios.

Ante este grandísimo peligro, nuestro dulcísimo Señor acude rápidamente con esmerada solicitud. Cuando ve que el alma se ha fundamentado bien en su amor, y que se ha enamorado y unido a Él, viéndola ya apartada de las cosas terrenas y de las ocasiones de pecar, y que ha alcanzado virtud suficiente para mantenerse en su santo servicio sin esas recompensas y esas dulzuras del sentido, queriendo llevarla a una santidad de vida mayor, le quita esa dulzura de afectos, que hasta ese momento ha experimentado en todas sus meditaciones, oraciones y otras devociones suyas; y lo que es más doloroso para el alma en esta situación es el perder la facilidad para hacer oración y para meditar y el ser dejada a oscuras en una aridez total y dolorosa (...).

Dios mío, ¡qué fácil le ha sido engañarse! Lo que la pobre alma llama abandono no es otra cosa que un singularísimo y especialísimo cuidado del Padre celestial para con ella. Este paso suyo no es sino un inicio de contemplación, árida al principio, pero que pronto, si es fiel, porque será llevada del estado meditativo al contemplativo, se le convertirá en suave y gustosa.

(9 de enero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 291)

21 de abril

¿Cómo puede ser, padre, que, cuando estoy con Jesús, no todo aquello que intento pedirle con voluntad decidida me viene a la mente? Además, siento un vivísimo dolor ante esta desmemoria. ¿Cómo explicarlo? Nadie, hasta el presente, ha podido convencerme del todo.

Escuche, además, una cosa más extraña todavía. Cuando estoy con Jesús, también se me ocurre pedir a Jesús cosas que nunca habían pasado por mi mente, y también presentarle personas que, no sólo no han estado nunca en mi pensamiento, sino que, además, lo que me deja más maravillado, nunca las he conocido ni he oído hablar de ellas.

Y quiero, además, dejar constancia de que, cuando me sucede esto, no me consta en ningún caso que Jesús no me haya concedido lo que le he pedido para bien de esas personas.

(21 de abril de 1915, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 569)

22 de abril

¡Qué felicidad tan grande la de servir a Jesús en el desierto, sin maná, sin agua y sin otros consuelos que los de estar bajo su guía y sufrir por él! Que la Virgen Santísima pueda nacer en nuestros corazones para regalarnos sus bendiciones.

Durante este estado de aridez y de desolación de espíritu, no te inquietes por no poder servir a Dios según tu querer; ya que, adaptándote a sus deseos, tú le sirves de acuerdo al suyo, que es bastante mejor que el tuyo. No nos debe preocupar ni angustiar ser de Dios de una manera más que de otra. Y esto porque nosotros no buscamos más que a Él, y no lo encontramos menos cuando caminamos en tierra árida y por desiertos que cuando caminamos sobre las aguas de las consolaciones sensibles. Como consecuencia, es necesario vivir contentos lo mismo en un camino que en el otro.

(11 de enero de 1917, a
Lucia Fiorentino, *Ep. III*, 480)

23 de abril

Déjate guiar amorosamente por la divina providencia, ya sea que te quiera hacer caminar por tierra y por desiertos, ya sea por las aguas de las consolaciones sensibles y espirituales. Ten en tu mano tu «*bouquet*» («ramo»); pero, si se presenta algún otro olor delicioso, no dejes de olerlo, dando gracias, porque el «*bouquet*» se lleva para no quedarse por mucho tiempo sin algún consuelo y placer espiritual.

Mantente firme en todas las situaciones a las que Jesús quiera llevarte para que tu corazón sea totalmente para él; no hay cosa mejor que esta. Despójate, pues, de todas las cosas que te esclavizan, a base de renunciaciones continuas a tus afectos terrenos; y convéncete de que el rey del cielo te ofrecerá sus regalos para atraerte a su amor.

Veo en tu corazón una resolución profunda de querer servir a Dios; y esto me garantiza que tú serás fiel en los ejercicios de la santa devoción y en el esfuerzo constante por adquirir las virtudes. Pero te recuerdo una cosa, que tú ciertamente no ignoras. Cuando te encuentres con fallos por motivos de enfermedad, no debes de ningún modo extrañarte, sino que, detestando por un lado la ofensa que Dios recibe, debes, por el otro, conseguir cierta humildad gozosa, al ver y conocer nuestra miseria.

(12 de enero de 1917, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 669)

24 de abril

No pienses, mi queridísima hijita, en las arideces, desánimos y tinieblas desalentadoras que a menudo afligen tu espíritu, porque son queridas por Dios para tu mayor bien. Un día la Magdalena hablaba al divino Maestro y, sintiéndose alejada de él, lloraba y lo buscaba y estaba tan ansiosa por verlo que, viéndolo, no lo veía, y creía que aquel hombre era el hortelano.

Es lo que te sucede a ti. ¡Ánimo!, mi buena hijita, no te inquietes por nada. Tienes en tu compañía a tu divino Maestro; no estás separada de él. Esta es la verdad y la única verdad. ¿De qué temes? ¿De qué te lamentas? ¡Ánimo, pues! Ya no puedes ser ni una niña ni siquiera una mujer; hay que tener un corazón varonil; y hasta que tengas el alma firme en la voluntad de vivir y de morir en el servicio y el amor a Dios, no te inquietes ni de las limitaciones ni de cualquier otro impedimento.

La Magdalena quería abrazar a nuestro Señor; y este dulce Maestro, que se lo había permitido en otras ocasiones, esta vez le interpone un obstáculo, un impedimento: «No – le dice– no me toques, porque aún no he ascendido a mi Padre».

(18 de agosto de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 871)

25 de abril

Las tentaciones y las tempestades que rondan en tu cabeza son signos seguros de la predilección divina. El temor que tienes a ofender a Dios es la prueba más segura de que no le ofendes.

Confía con confianza ilimitada en la bondad divina y, cuanto más intensifique el enemigo los ataques, más debes abandonarte confiadamente en el pecho del dulcísimo esposo celestial, que no permitirá jamás que seas vencida. El mismo Dios lo ha proclamado solemnemente en la Sagrada Escritura: «Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará fuerzas suficientes para superarla».

Convencerse de lo contrario es una infidelidad, y Dios nos guarde de caer en semejante aberración. También san Pablo se inquietaba y pedía ser liberado de la dura prueba de la carne: también él temía intensamente sucumbir, ¿pero acaso no se le garantizó que la ayuda de la gracia le bastaría siempre?

Nuestro enemigo, juramentado en daño nuestro, quiere persuadirte de todo lo

contrario, pero desprécialo en nombre de Jesús y riéte con ganas de él. Este es el mejor remedio para hacerle batirse en retirada. Él se hace fuerte con los débiles, pero con quien se le enfrenta con el arma en la mano se vuelve un bellaco. Teme no obstante, pero con temor santo, quiero decir con el temor que no está nunca separado del amor. Cuando ambos, el temor y el amor, están unidos entre sí, se dan mutuamente la mano, como dos hermanas, para mantenerse siempre en pie y para caminar seguros por los caminos del Señor.

(25 de abril de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 76)

26 de abril

El amor nos hace correr a gran velocidad, el temor en cambio nos hace mirar con prudencia dónde se pone el pie, guiándonos para no tropezar nunca en el camino que nos lleva al cielo. Sé que la cruz, queridísima hermana mía, es dolorosa, y para los amantes resulta casi insoportable la que pone en peligro de ofender a Quien se ama y se adora; pero Jesús, tentado en el desierto y colgado de la cruz, es una prueba clarísima, luminosa y muy consoladora de lo que te aseguro en nombre del tiernísimo Esposo de las almas, es decir, que las tempestades de esta vida para un alma que busca a Dios en todo, y lo desea sobre todas las cosas, que lo quiere a Él solo en su corazón, que suspira por hacerle reinar como monarca en el centro de su espíritu, y que desea ardientemente ser poseída entera y totalmente por sólo él, y que en esto es mucho más celosa que lo que suele suceder entre dos amantes perdidamente dedicados al amor, digo que todo esto es un signo clarísimo del singular amor y excepcional misericordia de la amorosa providencia de Dios, que no a todas las almas, incluso particularmente privilegiadas, concede.

(25 de abril de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 76)

27 de abril

Ánimo, pues, y adelante. Dios está contigo, y el infierno, el mundo y la carne deberán para propia confusión arrinconar un día las armas y confesar una vez más que no pueden hacer nada contra el alma que posee y es poseída por Dios. (...)

La guerra contra ti, querida mía, está declarada y es necesario vigilar a todas horas, oponerle una fuerte resistencia, teniendo siempre la mirada de la fe orientada al Dios de los ejércitos, que lucha contigo y a tu favor, y tener confianza ilimitada en la bondad de Dios, porque la victoria es segurísima. ¿Y cómo convencerse de lo contrario? ¿No está nuestro Dios más interesado que nosotros mismos en nuestra salvación? ¿No es Él más fuerte que el mismo infierno? ¿Quién podrá resistir y vencer alguna vez al monarca del cielo? ¿Qué son el mundo, el demonio, la carne, todos nuestros enemigos, delante del Señor?...

(25 de abril de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 76)

28 de abril

Tú dices que no sabes distinguir si los rayos de luz que a veces se producen en el fondo de tu espíritu provienen de Dios o vienen de otros, temiendo estar engañada en todo a causa de tu sutil amor propio.

Pues bien, he aquí los signos para conocer si esos rayos de luz provienen del Padre de las luces. Estos signos se reducen a tres. El primero es que esas luces producen un conocimiento cada vez más admirable de Dios, el cual, en la medida en que se nos revela, nos concede una idea cada vez más alta de su incomprensible grandeza. En resumen, esa luz nos lleva a amar cada vez más a Dios nuestro Padre y a sacrificarnos cada día más por su honor y por su gloria. El segundo signo es un conocimiento cada vez mayor de nosotros mismos, un sentimiento cada vez más profundo de humildad ante el pensamiento de que una criatura tan vil haya tenido la osadía de ofenderle, y que se atreva todavía a dirigirle la mirada, a observarlo. El tercero es que estos rayos celestiales producen en el alma un desprecio cada vez mayor de todas las realidades terrenas, exceptuadas sólo aquellas que pueden ser útiles para el servicio de su Dios.

Por tanto, si esos rayos de luz producen estos tres efectos en el alma, retenlos como provenientes de Dios. Estos efectos no pueden de ningún modo producirlos en el alma ni el enemigo ni mucho menos nuestra fantasía y nuestra imaginación.

(25 de abril de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 76)

29 de abril

Te ruego, pues, que te consueles también tú con este divino pensamiento: que tus penas espirituales y físicas son la prueba del querer divino, que desea por ese camino conformarte más al prototipo divino, a Jesucristo. (...)

Para quien espera en el Señor sentirse tranquila de conciencia, no puede provenir más que del mismo Dios. Te sirva esto de respuesta a tu otra pregunta.

No sentir atracción alguna por algún lugar de este mundo terrenal no puede tener como autor a otro fuera de Dios, que quiere separar al alma de todo lo que no sea Él.

(28 de septiembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 500)

30 de abril

El camino trazado por el apóstol al cristiano es el de despojarse de los vicios del hombre viejo, es decir, del hombre terreno, y de revestirse con las virtudes enseñadas por Jesucristo. En cuanto a despojarse de los vicios, él dice: «Mortificad vuestros miembros terrenos». El cristiano santificado por el bautismo no queda libre de las rebeliones de los sentidos y de las pasiones; de aquí surge la necesidad imperiosa de mortificar nuestras pasiones mientras se está en esta vida.

El mismo santo Apóstol experimentó en sí mismo bastante duramente la rebelión de los sentidos y de las pasiones, por lo que emitió este lamento: «Yo mismo con la mente sirvo a Dios y con la carne sirvo a la ley del pecado (es decir, a la ley de la

concupiscencia)». Como si hubiera querido decir: yo mismo soy siervo de la ley de Dios con la mente, pero con la carne estoy sometido a la ley del pecado. Todo lo cual va dicho para consuelo espiritual de tantas pobres almas que, asaltadas por la ira o por la concupiscencia, sienten en sí mismas un doloroso contraste: no quisieran sentir, ni tener esos movimientos, esos rencores, o esas vivas imaginaciones, esos sentimientos sensuales; pobrecillas, sin que ellas lo quieran, en ellas surgen y se contraponen, experimentan una propensión en sí violenta al mal en el acto en que quieren hacer el bien.

Entre estas pobrecillas hay algunas que creen ofender al Señor al sentir en sí esa propensión violenta al mal. Consolaos, almas elegidas, en esto no hay pecado, porque el mismo santo Apóstol, vasija de elección, experimentaba en sí mismo ese horrible contraste: «Encuentro en mí –dice él–, en el acto de querer obrar el bien, una fuerza que me inclina al mal». Sentir los estímulos de la carne, incluso de forma violenta, no puede constituir pecado cuando el alma no se determina a ello con el consentimiento de la voluntad.

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

Mayo

1 de mayo

El alma llamada a la gloria eterna bien puede considerarse una piedra destinada a levantar el edificio eterno. Un albañil que quiere levantar una casa debe comenzar por pulir las piedras que han de formar parte de la composición de la casa; y todo esto lo consigue a golpes de martillo y de cincel. De la misma manera actúa el Padre del cielo en las almas elegidas, las que desde la eternidad fueron destinadas por su suma sabiduría y providencia a componer el edificio eterno.

Por tanto, el alma destinada a reinar con Jesucristo en la gloria eterna debe ser pulida a golpes de martillo y de cincel. Pero estos golpes de martillo y de cincel, de los que se sirve el artista divino para preparar las piedras, es decir, el alma elegida, ¿cuáles son? Hermana mía, estos golpes de cincel son las sombras, los temores, las tentaciones, las aflicciones de espíritu, los temblores espirituales con algún aroma de desolación y también de malestar físico.

Da gracias, pues, a la infinita piedad del Padre eterno, que así está tratando tu alma, porque está destinada a la salvación.

(19 de mayo de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 87)

2 de mayo

El apóstol predilecto, san Juan, vio en su Apocalipsis al Cordero de Dios, que estaba rodeado de una gran multitud de almas, que lo seguían adondequiera que él fuera. Y estas almas, dice, eran vírgenes: «*Virgines enim sunt*»; y seguían al Cordero de Dios adondequiera que fuera: «*Et sequuntur Agnum quocumque ierat*». Por lo tanto, sólo las almas vírgenes tienen la feliz condición de rodear al Cordero; y sólo las almas vírgenes lo seguirán adondequiera que vaya.

Pero aquellas almas que no aman su virginidad no son vírgenes más que en apariencia, al tener su corazón comprometido. Estas no son aquellas de las que se ha dicho: «La mujer no casada y la virgen piensan en las cosas del Señor, a fin de ser santas de cuerpo y espíritu»; pero, ¿cómo pueden tener cuidado de las cosas del Señor, si no aman ni siquiera su virginidad?

¡Oh!, hijita mía, esto te lo he dicho ahora no para ponerte una trampa, no, sino para tu bien; te he dicho esto por lo que tiene de honesto y porque da la posibilidad de servir al Señor sin ningún impedimento. Alabado sea Dios que te ha concedido este querido y santo amor; hazlo crecer cada día más y te crecerá también el consuelo; y, porque todo el edificio de tu bienaventuranza está sostenido por estas dos columnas, mira, al menos una vez al día, con alguna meditación o algún pensamiento, si tanto la una como la otra están debilitadas.

Y si te agrada repetir esta misma meditación o devota reflexión más veces al día, no te será inútil; y digo «si te agrada», porque quiero que, en todo y para todo, tengas santa libertad de espíritu en orden a los medios de perfección, y para que las dos columnas las tengas sólidas y estables, no importa el cómo.

(27 de enero de 1918, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 703)

3 de mayo

Recuerda la bondad del Señor con la que te ha tratado hasta el presente. Él continuará su obra de perfeccionamiento para provecho tuyo; Él continuará derramando en ti a manos llenas el aceite, no sólo de su misericordia, que te alegrará, sino también de su virtud, que te hará fuerte para luchar con éxito: pues es sabido que los luchadores se ungen sus cuerpos con aceite para ser más ágiles, más flexibles y más robustos.

Vive tranquila, pues la piedad divina no fallará, y mucho menos te fallará a ti, si te muestras dócil a sus divinas actuaciones. ¡Ea!, Raffaelina, no seas avara con este médico celestial; por caridad, no le hagas esperar todavía más. También a ti te va repitiendo: «*Praebe cor tuum*», dame tu corazón, hija mía, para derramar en él mi aceite. Por caridad, ¡que no caiga en el olvido semejante invitación de un padre tan tierno! Ábrele, pues, con confiado abandono la puerta de tu corazón; no quieras renunciar al manantial precioso de su aceite, para que no tengas que ir a buscar este aceite de su misericordia en el momento de la muerte, como las vírgenes necias del Evangelio, porque entonces no encontrarás a nadie que te lo dé.

(4 de agosto de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 470)

4 de mayo

Sí, mantente en vida unida siempre a Jesucristo que agoniza y sufre en el huerto de los olivos, y, participando de este modo de la unción de su gracia y del alivio de su fuerza, te encontrarás en ese mismo huerto de los olivos el día de tu muerte, para participar del gozo de su ascensión y de la gloria. (...)

Aprende, pues, a sufrir todo cristianamente y no temas, porque ningún sufrimiento, por muy bajo que sea el motivo del mismo, resultará sin mérito para la vida eterna. Confía y espera en los méritos de Jesús, y de este modo la humilde arcilla se transformará en oro finísimo, que resplandecerá en el reinado del monarca celestial.

(4 de agosto de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 470)

5 de mayo

La Virgen Inmaculada ya se ha complacido en la flor espiritual que le has ofrecido por medio de mis manos. Nuestra buena Madre la ha encontrado, sí, en verdad un poco marchita, a causa del rocío bastante frío que le cayó encima; pero es un defecto muy leve, y tú debes hacer que recobre toda su frescura con el calor de la caridad.

Sí, querida mía, nunca nada te debe parecer demasiado en esta virtud y, aunque yo te veo bastante adelante en ella, sin embargo no ceso nunca de añadir mis exhortaciones para que abundes cada día más en la caridad, ya que es la virtud preferida y muy recomendada por el divino Maestro. De esta virtud él quiso hacer un precepto para todos sus seguidores, un precepto suyo propio y del todo nuevo, desconocido para la mayor

parte de nuestros antiguos padres de la antigua alianza.

(12 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 261)

6 de mayo

¡Oh!, hijita mía, qué amargo es el pensamiento de tener que rendir cuenta a Dios de los pecados hechos cometer a otros por una equivocada dirección; y también del mayor bien no promovido en las almas por mi ignorancia; y Dios no quiera que sea también por mi negligencia o, peor todavía, por mi malicia, aunque involuntaria. ¡Ah!, hija mía, reza y reza mucho por esta finalidad, junto con las otras almas unidas a nosotros en un mismo espíritu delante del Señor.

No puedes imaginar qué sufrimiento es para mí este temor, que está siempre clavado ahí, en la punta más alta del espíritu, y que me hace agonizar cada instante. Mil muertes, las más dolorosas, serían para mí muy poca cosa ante esta nueva cruz que me envía Dios y que –no me hago ilusiones– me acompañará hasta la muerte.

Sé también que esta espina es la que me consumirá lentamente, porque me doy cuenta de que no es propiamente una tentación sino un querer expreso de Dios (...).

Todos mis esfuerzos no sirven ni para alejar ni para disminuir esta afiladísima espina, que no me deja libre ni por un instante. Con esta espina en el alma, cualquier consuelo me es indiferente; cada acto de bondad me resulta un tormento; las ocupaciones, aburridas; las distracciones son para mí un atroz martirio; la vida misma me pesa y me es amarga. Pienso en ella, sin quererlo, porque la siento de continuo durante el día y la tengo presente en el alma en mis sueños por la noche. Ella es mi primera angustia y el primer pensamiento al despertarme; es la última realidad con la que y sobre la que me duermo.

(15 de abril de 1918, a
Girolama Longo, *Ep. III*, 1021)

7 de mayo

¡Qué bueno es el Señor con todos; pero se muestra mucho más bondadoso con el que tiene verdaderos y sinceros sentimientos de agradecerle en todo y de esperar que se cumplan en Él los divinos deseos!

Aprende, de modo muy especial tú, a descubrir y a adorar la divina voluntad en todos los acontecimientos humanos. Repite con frecuencia las divinas palabras de nuestro queridísimo Maestro: «Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo». Sí, que esta bella exclamación esté siempre en tu corazón y en tus labios en todos los momentos de tu vida. Repítela en las aflicciones; repítela en las tentaciones y en las pruebas a las que Jesús quiera someterte; repítela también cuando te sientas sumergida en el océano del amor de Jesús. Ella será tu ancla y tu salvación. No temas al enemigo; él no intentará nada contra la navecita de tu espíritu, porque el timonel es Jesús y la estrella es María.

(6 de febrero de 1915, a
Annita Rodote, *Ep. III*, 54)

8 de mayo

Mi corazón está rebotante de alegría y se siente cada vez más fuerte para aceptar cualquier sufrimiento, siempre que se trate de agradar a Jesús.

Pero es también verdad que el demonio no puede darse descanso al hacerme perder la paz del alma y debilitarme en la gran confianza que tengo en la misericordia divina. Y se esfuerza por conseguirlo, sobre todo por medio de las continuas tentaciones contra la santa pureza, que va suscitando en mi imaginación, y a veces también ante la simple vista de cosas, no digo santas, pero al menos indiferentes.

Siguiendo su consejo, me río de todo esto como de cosas de las que no hay que preocuparse. Pero lo que en ciertos momentos me hace sufrir es el no estar seguro de sí, ante el primer asalto del enemigo, he estado listo para resistir. Es cierto que, al examinarme en este momento, preferiría la muerte antes que ofender deli Frankfurt beradamente a mi querido Jesús con un solo pecado, aunque fuera leve.

(17 de agosto de 1910, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 195)

9 de mayo

Jesús te haga cada vez más grata a él y más semejante en los caminos del dolor. María, la madre de Jesús y madre nuestra, te conceda entender todo lo que encierra el gran secreto del dolor, cristianamente soportado, y te obtenga también toda la fuerza para poder subir hasta la cima del Calvario, llevando la propia cruz.

Es verdad que, para recorrer este camino, se necesita mucha fuerza; pero, ¡coraje!; el Salvador no permitirá nunca que decrezca su ayuda hacia ti. Por tanto, apresurémonos a unirnos, a mezclarnos, a todas esas almas piadosas y fieles que van junto al divino Maestro. Apresurémonos, digo, para no quedar demasiado atrás en esta santa comitiva; mantengámonos siempre unidos a ella; no la perdamos nunca de vista; que no escape nunca de nuestra vista, porque no la podremos alcanzar, y nos veremos privados de esos tesoros secretos de bien que sólo se encuentran ahí, y excluidos del gozo eterno que sólo en ella y por ella se llega a poseer.

(4 de agosto de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 470)

10 de mayo

Santidad quiere decir ser superiores a nosotros mismos, quiere decir victoria perfecta sobre todas nuestras pasiones, quiere decir despreciarnos verdadera y constantemente a nosotros mismos y a las cosas del mundo, hasta preferir la pobreza a la riqueza, la humillación a la gloria, el dolor al placer. La santidad es amar al prójimo como a nosotros mismos y por amor a Dios. La santidad, en este punto, es amar también a quien nos maldice, nos odia, nos persigue, incluso hasta hacerle el bien. La santidad es vivir humildes, desinteresados, prudentes, justos, pacientes, caritativos, castos, mansos, trabajadores, observantes de los propios deberes, no por otra finalidad que la de agradar a Dios, y para recibir sólo de Él la merecida recompensa.

En síntesis, según el lenguaje de los libros sagrados, la santidad, oh Raffaelina, posee en sí la virtud de transformar al hombre en Dios.

(30 de diciembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 541)

11 de mayo

En torno a tres grandes verdades es necesario orar de modo especial al Espíritu Paráclito para que nos ilumine, y son: que nos haga conocer cada vez mejor la excelencia de nuestra vocación cristiana. Ser preferidos, ser elegidos entre una muchedumbre, y saber que esta predilección, que esta elección, ha sido hecha por Dios, sin ningún mérito nuestro, desde la eternidad, «*ante mundi constitutionem*», con el único objetivo de que seamos suyos en el tiempo y en la eternidad, es un misterio tan grande, y al mismo tiempo tan dulce, que el alma, por poco que lo penetre, no puede sino derretirse toda en amor.

En segundo lugar, pidamos que nos ilumine cada vez más sobre la inmensidad del premio eterno al que la bondad del Padre celestial nos ha destinado. La penetración de nuestro espíritu en este misterio aleja al alma de los bienes terrenos y nos vuelve ansiosos por llegar a la patria celestial.

Oremos, por fin, al Padre de las luces que nos haga comprender cada vez más el misterio de nuestra justificación, que de miserables pecadores nos lleva a la salvación. Nuestra justificación es un milagro inmensamente grande que la sagrada escritura compara con la resurrección del divino Maestro.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

12 de mayo

La justificación de nuestra impiedad es tal que bien puede decirse que Dios ha mostrado más su poder en nuestra conversión que al crear de la nada el cielo y la tierra; ya que existe mayor oposición entre el pecador y la gracia, que entre la nada y el ser. La nada está menos alejada de Dios que el pecador. En efecto, la nada, siendo la privación del ser, no tiene capacidad alguna para resistirse a la voluntad de Dios, mientras que el pecador, siendo un ser y un ser libre, puede oponerse a todos los deseos divinos; además, en la creación se trata del orden natural; en cambio, en la justificación del impío, se trata del orden sobrenatural y divino.

¡Oh!, ¡si todos comprendiéramos de qué extrema miseria e ignominia nos ha sacado la mano todopoderosa de Dios! ¡Oh!, ¡si pudiéramos penetrar durante un solo instante lo que deja estupefactos incluso a los mismos espíritus celestiales; es decir, el estado al que nos ha elevado la gracia de Dios para ser nada menos que sus hijos, destinados a reinar con su Hijo por toda la eternidad!

Cuando al alma humana se le conceda penetrar esta realidad, no podrá menos de vivir una vida totalmente celestial. ¡Triste condición la de la naturaleza humana! Cuántas veces el Padre del cielo querría descubrirnos sus secretos y no puede hacerlo porque, a causa

de nuestra malicia, nos hemos vuelto incapaces para ello. Quiera el Señor poner fin a tanta flacura y a tanta miseria. Termine de una buena vez el reino de Satanás y triunfe en todas partes la justicia.

En nuestras meditaciones, volvamos con frecuencia a las verdades aquí expuestas, para que de este modo nos encontremos más fuertes en la virtud y más nobles en nuestros pensamientos.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

13 de mayo

La primera y principal máxima que debes grabar en tu mente es esta: obediencia y siempre obediencia, y a ella someterte enteramente. Por tanto, en *tus actuaciones* tú no debes razonar; y, ante cualquier duda que te asalte, sigue adelante sin angustiarte, y aleja todo apoyándote en la santa obediencia. Jesús estará siempre contento de cualquier obra tuya. Evita sólo aquello que tú sabes claramente que es pecado. Sólo esto no cae bajo la obediencia. Y recuerda bien que yo he dicho que Jesús estará siempre contento de cualquier acción tuya porque, cuando tu voluntad habitual es la de agradar a Dios —y esta voluntad yo te he asegurado, y te aseguro ahora de nuevo que tú la tienes—, cada acción le será grata, y a ti no debe importarte si tú no lo ves con tu inteligencia. Jesús mira tu voluntad, que es la de querer agradarle siempre. Por tanto, hijo mío, no te preocupes ante las dudas o los temores; que te sea suficiente saber, por la palabra de la autoridad, que Jesús está contento de tu acción. Una de dos: ¡o se equivoca la autoridad o te equivocas tú! ¿La conclusión?...

Ahora bien, es indudable que tú, queriéndote persuadir de lo contrario, estarás siempre equivocado. La verdad no está de tu parte, sino de parte del que te habla en nombre de Dios. ¿Qué más quieres, hijito mío, de un Dios que descende hasta la broma ingenuamente santa? Entonces, ningún temor en tus relaciones con Dios; resignación, paciencia y un día verás la luz completa e indefectible.

(25 de noviembre de 1917,
a Luigi Bozzuto, *Ep. IV*, 403)

14 de mayo

Sospecha de todos aquellos deseos que, a juicio de las almas prudentes y piadosas, no pueden alcanzar sus objetivos. Entre ellos hay que colocar los deseos de aquella perfección cristiana, que puede ser perfectamente imaginada pero nunca practicada, y sobre la que muchos dan buenas lecciones pero nadie la lleva a la práctica. Y, del mismo modo, abandona también la duda que me manifestaste en relación con lo que dices que has leído en los libros. Reflexiona seriamente en la vanidad del espíritu humano, propenso a equivocarse y turbarse en sí mismo; porque te aseguro que de esta consideración deducirás fácilmente lo que tantas veces te he dicho: que los trabajos internos que has tolerado y de los que aún queda en ti algún residuo han sido provocados en ti por una multitud de consideraciones y deseos producidos por esa gran ansiedad de

llegar cuanto antes a aquella perfección imaginada, que tú equivocadamente te habías formado. Tu imaginación había formado en tu espíritu una idea de perfección absoluta, a la que tu voluntad quería llegar. Pero, ¿qué sucedió? Tú bien lo sabes. La voluntad, asustada ante la gran dificultad e imposibilidad, quedó embarazada pero sin poder dar a luz; y por eso iba multiplicando los deseos inútiles, que, como moscones, devoraron la miel del panal; y los buenos y verdaderos deseos permanecieron hambrientos de consuelo. Fue estupendo para ti que el buen Dios tuviera compasión de tu alma y te liberara de ellos a tiempo y por medio del guía al que te confió.

(25 de noviembre de 1917,
a Luigi Bozzuto, *Ep. IV*, 403)

15 de mayo

La virtud de la paciencia es la que nos asegura, más que ninguna otra, la perfección; y, si conviene practicarla con los demás, hay que tenerla no menos con uno mismo. El que aspira al puro amor de Dios no necesita tanto tener paciencia con los demás cuanto tenerla consigo mismo. Para conquistar la perfección, se necesita tolerar las propias imperfecciones. Digo tolerarlas con paciencia y no ya amarlas o acariciarlas. Con este sufrimiento crece la humildad. Para caminar siempre bien, es necesario, mi queridísimo hijo, aplicarse con diligencia a recorrer bien aquel trozo de camino que está más cerca y que es posible recorrer, hacer bien la primera jornada, y no perder el tiempo deseando hacer la última cuando todavía no se ha hecho la primera.

Muchísimas veces nos detenemos tanto en el deseo de ser ángeles del paraíso que descuidamos ser buenos cristianos. Con esto no quiero decir o significar que no sea oportuno para el alma poner muy alto su deseo, pero sí que no se puede desear o pretender alcanzarlo en un día, porque esta pretensión y este deseo nos fatigarían demasiado y para nada. Nuestras imperfecciones, hijito mío, nos han de acompañar hasta la tumba. Es cierto que nosotros no podemos caminar sin tocar tierra; pero es verdad también que, si no nos tenemos que tumbar o mirar a otro lado, tampoco hay que pensar en volar, porque en las vías del espíritu somos como pequeños pollitos, a quienes todavía no les han salido las alas.

(25 de noviembre de 1917, a
Luigi Bozzuto, *Ep. IV*, 403)

16 de mayo

Nuestra vida terrena se va muriendo poco a poco en nosotros; de igual modo es necesario hacer morir en nosotros nuestras imperfecciones. Imperfecciones, es cierto, que para las almas piadosas que las sufren, pueden ser también fuentes de mérito y motivos poderosos para adquirir virtudes; porque, a través de esas imperfecciones, conseguimos conocer cada vez mejor el abismo de miseria que somos; y ellas nos impulsan a ejercitarnos en la humildad, en el desprecio de nosotros mismos, en la paciencia y en el esfuerzo.

Hijo mío, yo no sé qué impresión producirá en tu alma esta pobre carta, pero todo lo

he escrito al pie del crucifijo. He sentido muy fuerte en mi corazón el impulso de escribirte lo que te he escrito, porque he juzgado que una gran parte de tu mal pasado ha estado motivado por haber hecho grandes proyectos y, viendo después que los resultados eran pequeñísimos y que las fuerzas eran insuficientes para poner en práctica aquellos deseos, aquellos planes y aquellas ideas, fuiste atormentado por angustias e impaciencias, inquietudes y turbaciones de la mente y del corazón. De aquí nacieron en tu corazón todas aquellas desconfianzas, languideces, ruindades y faltas. Y si todo esto es verdad, como por desgracia lo es en realidad, sé más prudente de aquí en adelante, camina pisando tierra, porque el alto mar te produce vértigos y te provoca mareos.

(25 de noviembre de 1917, a
Luigi Bozzuto, *Ep. IV*, 403)

17 de mayo

Mantente, hijo mío, cerca, muy cerca de los pies de Jesús con la Magdalena; conténtate con practicar aquellas pequeñas virtudes que son más adecuadas a tu edad y a tu espíritu. A un comerciante al por menor se le confía, no una canasta grande, sino una pequeña.

Te recomiendo, porque es propia de tu edad, la santa sencillez, con la que se conquista el corazón de Jesús. No tengas miedo de esos peligros que ves de lejos, como tú me escribes, y sobre los que hemos tratado de palabra largamente en diversas ocasiones. Te parece a ti que son ejércitos, y no son otra cosa que sauces con muchas ramas y que, al caminar, corres el peligro de engañarte, hasta que los tienes ante tu vista.

Ten, hijito mío, un firme y general propósito de querer servir y amar a Dios con todo tu corazón; y, fuera de esto, que no te inquiete ningún pensamiento del futuro. Piensa en obrar bien en el día presente y, cuando llegue el día de mañana, entonces se llamará hoy, y entonces será el momento de pensar en él.

Ten siempre una gran confianza y resignación en la divina providencia; y no trates de hacer más provisiones de maná que las que necesites para el día presente; y no dudes de que Dios lo hará llover al día siguiente, y así sucesivamente todos los días de tu vida.

(25 de noviembre de 1917, a
Luigi Bozzuto, *Ep. IV*, 403)

18 de mayo

Lo que este santo apóstol [Pablo] considera más importante es la caridad, y, por eso, la recomienda vivamente, más que cualquier otra virtud, y quiere que esté presente en todas las acciones, pues es la única y sola virtud que constituye la perfección cristiana: «Y por encima de todo esto –dice él–, conservad, tened la caridad, que es el vínculo de la perfección».

Mira: él no se contenta con recomendarnos la paciencia, el soportarnos mutuamente, también estas virtudes nobles; pero no, él quiere la caridad y con mucha razón, porque puede darse muy bien que uno soporte pacientemente los defectos de los otros, perdone incluso las ofensas recibidas; y todo puede ser sin mérito, cuando se ha hecho sin caridad, que es la reina de las virtudes y que las incluye a todas.

Por tanto, hermana mía, tengamos en gran aprecio esta virtud, si queremos encontrar misericordia en el Padre del cielo. Amemos la caridad y pongámosla en práctica, es la virtud que nos constituye en hijos de un mismo Padre que está en los cielos; amemos y practiquemos la caridad, siendo este el precepto del divino Maestro: en esto nos diferenciaremos de la gente, si amamos y practicamos la caridad; amemos la caridad y huyamos hasta de la sombra de lo que de algún modo podría ofuscarla; sí, por fin, amemos la caridad y tengamos siempre presente la gran enseñanza del Apóstol: «Todos nosotros somos miembros de Cristo Jesús», y que solamente Jesús es «la Cabeza de todos nosotros, sus miembros». Mostrémonos amables mutuamente y recordemos que todos hemos sido llamados a formar un solo cuerpo, y que, si conservamos la caridad, la hermosa paz de Jesús triunfará siempre exultante en nuestros corazones.

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

19 de mayo

Sobre los medios adecuados para conseguir la perfección del cristiano, el apóstol [Pablo] propone dos poderosísimos: el estudio continuo de Dios y el hacer todo para su gloria.

En cuanto al primer medio, escribe en Colosenses: «La palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza; instruíos y amonestaos con toda sabiduría, cantad agradecidos himnos y cánticos inspirados».

La doctrina de este Apóstol es clara; no tiene necesidad de comentarios. Si el cristiano se llena de la ley de Dios, que le advierte y le enseña a despreciar el mundo y sus lisonjas, las riquezas, los honores y todo lo que impide amar a Dios, no será derrotado nunca, suceda lo que suceda; todo lo soportará con perseverancia y con una santa constancia; y perdonará fácilmente todas las ofensas, y por todo dará gracias a Dios.

Además, el Apóstol quiere que la ley de Dios, la doctrina de Jesús, esté en nosotros, habite abundantemente en nosotros. Ahora bien, todo esto no se puede tener si no es leyendo asiduamente la sagrada escritura y aquellos libros que tratan de las cosas de Dios; o escuchándola de los oradores sagrados, confesores, etc.

Finalmente, el Apóstol quiere que el cristiano no se contente simplemente con saber la ley divina, sino que quiere que profundice el sentido, como para poder orientarse bien. Todo esto no se puede alcanzar sin una frecuente meditación de la ley de Dios, mediante la cual el cristiano, exultando de gozo, irrumpe con el corazón en dulces cánticos de salmos y de himnos a Dios. De esto deduce el cristiano, que tiende a la perfección, qué importante es la necesidad de la meditación.

En relación con el otro medio, es decir, el del hacer todo para gloria de Dios, escuchemos la enseñanza del Apóstol: «Y todo cuanto hagáis –dice él–, de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesucristo, dando gracias por su medio a Dios Padre».

Con este simple medio, practicado fielmente, no sólo nos mantenemos alejados de todo pecado, sino que nos sentiremos impulsados en todo momento a tender siempre a una perfección mayor.

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

20 de mayo

Yo no tengo palabras ni sentimientos apropiados para agradecer la bondad del Señor que tan amorosamente te trata y te protege. Veo con claridad, mi buena hijita, que Él te ha elegido para que estés muy cerca de Él, si bien es cierto que no tienes ningún mérito para ello. Ahora bien, puedes estar segura de que Él quiere poseer totalmente tu corazón, y de que lo desea traspasado de dolor y de amor como el suyo. La enfermedad, los sobresaltos del corazón, las caricias, los arrobamientos, las tentaciones, las arideces y las desolaciones son pruebas de su inefable caridad; y, cuando el maligno te quiere convencer de que eres víctima de sus asaltos o del abandono de Dios, no le creas, porque lo que te dice es mentira y quiere engañarte.

No es verdad que tú peques; no es verdad que disgustas al Señor; y por eso no es verdad que el Señor no haya perdonado tus culpas y tus desvíos del pasado.

La gracia divina está contigo y tú eres muy querida por el Señor. Como consecuencia, las sombras, los temores, las persuaciones contrarias a lo que te indico son artimañas diabólicas, que debes despreciar en nombre de la santa obediencia.

(15 de abril de 1918, a
Girolama Longo, *Ep. III*, 1021)

21 de mayo

Da, pues, curso libre a las lágrimas, porque esta es una obra de Dios; y no te amargues por lo que puedan imaginar los presentes. Los sobresaltos que sufres en el corazón son también queridos por Dios, y Él los quiere para que su misericordia te haga más grata a Él; y quiere que te asemejes a su amado Hijo en las angustias del desierto, del huerto y de la cruz. (...)

El único consejo que puedo darte es que te atengas de forma estricta a cuanto te he dicho en el Señor, y que no hagas otra cosa que lo que el Espíritu Santo desea hacer en ti. Abandónate a sus actuaciones y no temas; Él es tan discreto, sabio y suave como para no hacer más que el bien.

Los gozos internos, sobre todo si van acompañados del dulce y profundo sentimiento de humildad, no deben despertar sospecha alguna en ti, y hay que ensanchar el corazón y recibirlos.

(15 de abril de 1918, a
Girolama Longo, *Ep. III*, 1021)

22 de mayo

Une tu corazón al corazón de Jesús y sé siempre sencilla de corazón, como lo quiere él. Esfuérate por imitar la sencillez de Jesús, teniendo alejado el corazón de las prudencias terrenales, de los artificios carnales. Procura tener una mente siempre pura en sus pensamientos, siempre recta en sus ideas y siempre santa en sus intenciones; y también una voluntad que no busque otra cosa más que a Dios, su complacencia, su gloria y su

honor.

Reflejémonos, querida mía, en Jesús, que lleva una vida escondida. Toda su infinita majestad está escondida entre las sombras y el silencio de aquel modesto taller de Nazaret. Por tanto, esforcémonos también nosotros por llevar una vida profundamente interior, escondida en Dios.

(14 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 126)

23 de mayo

No te asuste la cruz. La prueba más cierta de amor consiste en sufrir por el amado y, si Dios por tanto amor sufrió tanto dolor, el dolor que se sufre por él resulta tan amable como el amor. En las aflicciones que el Señor te regala, sé paciente y confórmate al Corazón divino con alegría, sabiendo que todo es una broma continua del Amante.

Las tribulaciones, las cruces han sido siempre la herencia y la porción de las almas elegidas. Cuanto más quiere Jesús elevar un alma a la perfección, tanto más le aumenta la cruz de la tribulación. Alégrate, te digo, al verte tan privilegiada sin ningún merecimiento por tu parte. Cuanto más atribulada estés, tanto más debes alegrarte porque el alma en el fuego de las tribulaciones se convertirá en oro fino, digno de ser colocado para brillar en el palacio del cielo.

(14 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 126)

24 de mayo

En estos días el diablo me las hace de todos los colores y clases, me las va haciendo todo lo que puede y más. Este desgraciado redoblará sus esfuerzos para hacerme daño. Pero a nada tengo miedo, sólo a ofender a Dios. Me parece que ese infeliz la tiene tomada más con usted que conmigo, porque querría privarme de su orientación. De hecho, quién sabe la violencia que debo hacerme para comunicarle a usted mis cosas. Dolores fortísimos de cabeza, hasta el punto de casi no poder ver dónde pongo la pluma.

Todos los espantosos fantasmas que el demonio me va poniendo en la mente desaparecen cuando con confianza me abandono en los brazos de Jesús. Y si estoy con Jesús crucificado, es decir, si medito en sus dolores, sufro inmensamente, pero es un dolor que me hace mucho bien. Gozo de una paz y de una tranquilidad que no se pueden explicar.

(29 de marzo de 1911, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 216)

25 de mayo

Lo que más me lastima, padre mío, es el pensamiento de Jesús sacramentado. El corazón, antes de unirse a él por la mañana en el sacramento, se siente como atraído por una fuerza superior. Tengo tal hambre y tal sed antes de recibirlo que poco falta para que me muera de inquietud. Y precisamente porque no puedo menos de unirme a él; a veces,

con fiebre, me siento obligado a ir a alimentarme de su cuerpo y de su sangre.

Y esta hambre y esta sed, en vez de quedar apagadas después de haberlo recibido en el sacramento, aumentan cada vez más. Y cuando ya tengo en mí este sumo bien, entonces sí que la plenitud de la dulzura es de verdad tan grande que poco falta para no decirle a Jesús: basta, que casi ya no puedo más. Casi me olvido de que estoy en el mundo; la mente y el corazón no desean nada más; y, con frecuencia y por mucho tiempo, también de forma voluntaria, no puedo desear otras cosas.

Pero, a veces, al amor de dulzura viene a unirse también el de estar oprimido de tal modo por el dolor de mis pecados que me parece que voy a morir de pena. También aquí el demonio busca con frecuencia amargarme el corazón con los acostumbrados pensamientos que tanto hacen sufrir.

(29 de marzo de 1911, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 216)

26 de mayo

En estos tiempos tan tristes, en los que tantas almas apostatan de Dios, no consigo persuadirme de que se puede vivir la vida verdadera sin el alimento de los fuertes. En estos tiempos en que estamos rodeados continuamente por gente que tiene en el corazón el odio a Dios y la blasfemia siempre en los labios, el medio seguro para mantenernos lejos del contagio hediondo que nos rodea es el de fortalecernos con el alimento eucarístico.

Ahora bien, mantenerse sin culpa y progresar en la vida de la perfección no podrá alcanzarlo quien vive por largos meses sin saciarse de las inmaculadas carnes del Cordero divino. Yo no sé qué piensan los demás sobre este punto; para mí, dadas las particulares circunstancias en las que vivimos, es siempre ilusorio querer convencerse de que avanza hacia la perfección el que se limita a comulgar una o dos veces al año.

(19 de mayo de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 87)

27 de mayo

Desde hace días sufro fortísimos dolores de cabeza, que me incapacitan para toda actividad.

Los horrores de la guerra casi me revuelven el cerebro; mi alma se halla en una desolación extrema. Aunque me había ido preparando, no he logrado impedir el terror y la desolación, de los que está muy cautiva mi alma.

Esta bendita guerra, sí, será para nuestra Italia, para la Iglesia de Dios, una purga saludable: se renovará en el corazón italiano la fe, que estaba como escondida en un apartado rincón y como adormecida y sofocada por los malos deseos; hará florecer en la Iglesia de Dios, en un terreno casi árido y seco, bellísimas flores; pero, ¡Dios mío!, antes de que esto suceda, qué dura prueba nos está reservada.

Es necesario atravesar toda una noche de tinieblas, tan oscuras que nuestra patria nunca ha visto otras semejantes hasta el día hoy. Pero, si es verdad que para muchos

esta prueba extrema será como la piedra que les haga tropezar, para la mayoría será una medicina saludable para recuperar la salud.

¡Benditos los ojos que verán despuntar este nuevo día! En medio de la prueba que hemos comenzado a atravesar, y que para nosotros de modo especial será muy dura, dirijamos la mirada más allá de esta profunda oscuridad, fijémosla en aquel día que surgirá y que nos baste para consolarnos en el dulcísimo Señor.

(27 de marzo de 1915, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 582)

28 de mayo

Tú sabes, mi querida hija, que el remedio que propongo con agrado es la tranquilidad de espíritu; y que prohíbo siempre la inquietud orgullosa. Debes esforzarte por conseguir para tu espíritu, agitado por obra del maligno, este reposo y esta tranquilidad, pensando en el descanso espiritual que nuestros corazones deben encontrar siempre en la voluntad de Dios, nos lleve esta adonde nos lleve. Vive, hija mía, en este valle de miserias hasta que Dios lo quiera, con una total sumisión a su santa voluntad. Esta es la deuda que tenemos con la bondad de Dios, que nos ha hecho desear con gran anhelo vivir y morir en su amor. Esperemos, hijita mía, en este gran Salvador, que nos da la voluntad de vivir y morir en su predilección, hasta que nos dé la gracia de realizarlo.

(28 de mayo de 1917, a Annita Rodote, *Ep. III*, 108)

29 de mayo

Ten siempre bajo tu mirada esta lección elocuente, que debe ser bien comprendida: la vida presente no se nos ha dado sino para adquirir la eterna; y por falta de esta reflexión fundamentamos nuestros afectos en lo que pertenece a este mundo, en el que estamos de paso; y, cuando hay que dejarlo, nos asustamos e inquietamos. Créeme, maestra, para vivir contentos en la peregrinación, es necesario tener ante nuestros ojos la esperanza de la llegada a nuestra patria, donde nos quedaremos eternamente; y, mientras tanto, cree firmemente; porque es verdad que Dios, que nos llama a Él, mira cómo avanzamos y no permitirá nunca que nos suceda algo que no sea para nuestro mayor bien. Él sabe lo que somos y nos extenderá su mano paternal en los pasos difíciles, de manera que nada nos detenga al correr veloces hacia Él. Pero para gozar bien de esta gracia, es necesario tener una confianza total en Él.

No busques evitar con ansiedad los accidentes de esta vida; evítalos con una perfecta esperanza de que, conforme nos vayan viniendo, Dios, a quien perteneces, te libraré de ellos. Él te ha defendido hasta el presente, basta que te mantengas bien asida a la mano de su providencia y Él te asistirá en todo momento. Y, cuando no puedas caminar, Él te conducirá, no temas. ¿Qué tienes que temer, mi queridísima hijita, siendo de Dios, que tan firmemente nos ha asegurado: «A los que aman a Dios todo les redundará en bien»? No pienses en lo que sucederá mañana, porque el mismísimo Padre del cielo, que hoy cuida de nosotros, el mismo cuidado tendrá mañana y siempre. ¡Oh!, Él no te hará mal;

pero, si te lo envía, te concederá también un valor invencible para soportarlo.

(23 de abril de 1918, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 724)

30 de mayo

Dime esto: ¿iluminar y descubrir los objetos es propio del sol o es propio de las tinieblas? Te dejo a ti que saques la aplicación correcta. Dios solo es su gracia; Dios solo es el supremo sol, y todos los demás o no son nada o, si lo son, lo son por Él; Dios solo, digo, con su gracia puede iluminar el alma y mostrarle lo que ella es. Y cuanto más conoce el alma su miseria y su indignidad ante Dios, tanto más insigne es la gracia que la ilumina para conocerse.

Comprendo que el descubrimiento de la propia miseria por obra de este sol divino en el primer momento es motivo de tristeza y de aflicción, de pena y de terror, para la pobre alma que es iluminada de modo semejante; pero, consuélate en el dulce Señor, porque, cuando este sol divino haya calentado con sus ardientes rayos el terreno de tu espíritu, hará despuntar nuevas plantas, que a su tiempo darán frutos exquisitos, manzanas jamás vistas.

(4 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 368)

31 de mayo

Jesús está siempre contigo, también cuando a ti te parece que no lo sientes. Y siempre está tan cerca de ti, como cuando lo está en las luchas espirituales. Él está siempre ahí, cerca de ti, animándote a mantenerte con valentía en las batallas, está ahí para detener los golpes del enemigo de modo que no quedes ultrajada.

Por caridad, te suplico por lo que para ti es más sagrado que no le agravies sospechando, aunque levemente, que has sido abandonado por Él aunque por un solo instante. Esa es precisamente una de las tentaciones más satánicas, y tú aléjala de ti, tan pronto como te des cuenta de ella.

Consuélate, pues, querida mía, sabiendo que las alegrías de la eternidad serán tanto más profundas y más íntimas cuanto más días de humillación y años infelices contemos en nuestra vida presente. No es este un modo de ver y de pensar mío; es la sagrada escritura la que nos da su infalible testimonio. He aquí lo que el salmista dice a propósito: «Devuélvenos en gozo los días que nos humillaste, los años en que conocimos la desdicha». Y el apóstol san Pablo nos dejó escrito en la carta enviada a los corintios que un momento de nuestras tribulaciones pasajeras puede merecernos en la eternidad una gloria que supera lo que podemos imaginar. He aquí sus palabras textuales: «En efecto, la breve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un eterno caudal de gloria».

(15 de agosto de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 153)

Junio

1 de junio

¡Qué dulce es vivir siempre a la sombra del Señor, allá en el sagrado claustro! Quizá yo me he vuelto demasiado indigno para descansar en aquel sacro recinto, adonde con tanto amor me llamó; y he ahí por qué el Señor, casi forzado y a causa mi ingratitud, me quiere alejar de Él. ¡Que se haga su voluntad, porque todo lo que Él ordena es justo! Quiere someter a prueba extrema la fidelidad de su siervo. El Señor, en perjuicio mío, quiere escuchar las oraciones de todo este pueblo devoto que absolutamente, por lo que demuestra, quiere retenerme a la fuerza en medio de él, elevando oraciones y casi haciendo violencia ante el corazón de Dios para conseguir este su intenso deseo. (...)

¡Me conmovieron hasta las lágrimas! Pero yo me horrorizo y tiemblo ante este pensamiento, querida mía, porque temo que el Señor quiera pagarme en esta vida alguna cosa que he hecho por su amor. Reza a Jesús, reza para que el premio me lo reserve para la otra vida.

(15 de junio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 111)

2 de junio

Oremos al Señor, para que no permita nunca más que cerremos el oído de nuestro corazón a su voz que hoy nos habla de este modo. Supliquemos también al Padre celestial que no se calle nunca ante nuestra hermosa Italia. Cargue también con rayos su diestra; grite siempre, grite fuerte, en el interior íntimo del corazón de nosotros, italianos, con sus inspiraciones; en el exterior, con toda clase de peripecias. Nos asuste también, nos inquiete y nos oprima bajo el peso de su diestra divina. Nos humille, nos envilezca, nos atribule como más le plazca. Estos castigos, por muy severos que sean, serán siempre castigos de un padre muy tierno que alza su voz, que empuña el flagelo para corrección y salvación de su hijo.

Nos evite, por su inmensa bondad, el tremendo castigo de su silencio, que es el signo terrible, el funesto prelude de su abandono. Nos ahorre este funesto castigo por amor de quien «no conoció el pecado» y para nuestra salvación «por nosotros se hizo pecado».

¡Viva Dios! ¡Y quiera Él que nosotros, italianos, no abandonemos los designios de su sabiduría: que Él nos encuentre a todos en actitud de poder convertir en bien de nuestras almas, de nuestra patria, en la grave y solemne hora que atravesamos, la prueba a la que hoy todos nosotros estamos sometidos!

(8 de junio de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 440)

3 de junio

Mi alma se encuentra desde hace tiempo sumergida día y noche en la más profunda noche del espíritu. Las tinieblas espirituales me duran larguísimas horas de larguísimos días y con frecuencia semanas enteras. (...)

Cuando se está en el colmo de este martirio, me parece que el alma está allí buscando

consuelo en el pensamiento de que, al fin, debe sucumbir necesariamente bajo el peso de tales dolores, porque resulta imposible soportarlos por más tiempo.

Pero, ¡viva Dios!, porque el pensamiento de la inmortalidad, que resiste al mismo infierno, se presenta súbitamente a esta alma turbada, que está para perderse; entonces ella se da cuenta de que continúa dando forma a un cuerpo vivo y, cuando está para pedir auxilio, de repente se siente ahogada por su propio grito...; y aquí mi lengua enmudece y no puedo decir lo que está sucediendo en mí.

Son, en verdad, cosas nuevas, y no hay lenguaje que pueda describirlas. Y sólo digo que aquí se está exactamente en el colmo de los dolores, y no sé si agrado o no al Señor. En cuanto a mí, busco amarlo, lo deseo; pero, en esta noche de oscurísimas tinieblas, mi espíritu ciego va errante a la aventura, mi corazón está seco, las fuerzas se han abatido, los sentimientos extenuados.

Yo me voy debatiendo en las tinieblas; suspiro, lloro, me lamento, pero es todo en vano; hasta que, abatida por el dolor y privada de fuerzas, la pobre alma se somete al Señor diciendo: «Oh dulcísimo Jesús, no se haga mi voluntad sino la tuya».

(Fin de enero de 1916, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 722)

4 de junio

Mi Dios, estoy confundido y te he perdido; pero ¿te encontraré?, ¿o te habré perdido para siempre?, ¿me has condenado a vivir eternamente lejos de tu rostro?...

Padre mío, me voy adentrando como puedo en esta oscura prisión; es arduo avanzar en la sombría oscuridad de estas densas tinieblas, entre la tempestad y la agitación de la vejación enemiga, que aprovecha la tempestad para hacerme prevaricar y vencerme.

Yo busco a Dios, pero, ¿dónde encontrarlo? Se ha desvanecido hasta la misma idea de un Dios Señor, Dueño, Creador, Amor y Vida. Todo esto ha huido; y yo, ¡ay de mí!, me he perdido en la espesa oscuridad de las más tupidas tinieblas, yendo y viniendo en vano entre indefinidos recuerdos, un amor perdido y la imposibilidad de amar. Oh, mi Bien, ¿dónde encontrarte?; yo te perdí; estoy abatido por la búsqueda de tus huellas, porque con gusto aceptaste la oferta plena que te hice; y tú te has tomado todo y te mantienes en tu soberana autoridad. Yo me abandono en ti, y espero de ti protección para todo lo mío, para el pleno abandono a la más dolorosa entrega de amor.

(4 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1026)

5 de junio

Yo ya no vivo; y, con esta muerte sofocante en el alma, ya no hay nada que me impulse a vivir; y ninguna noticia sirve ya para disminuir este mi sueño mortal. Me adhiero o, mejor, me parece que me adhiero, y no sabría cómo, a las ayudas diligentes que hasta este momento me han llegado de usted. Inclino y me esfuerzo por inclinar gustosamente mi cabeza a todos los golpes de la justicia divina, justamente indignada conmigo. Pero no hay nada que me sirva para hacerme volver a la vida perenne, nada que me sirva para

animar mi espíritu herido de muerte...; me adormilo y desfallezco... A veces, las sacudidas más fuertes agitan mi espíritu, que se esfuerza por ser fiel; él se hace el valiente, pero después cede, buscando en vano volver a encontrar su tesoro perdido.

Además, padre mío, la oración es el aguijón de dolores y de sufrimientos morales, horrible al recordarlo. Yo ya no comprendo nada; no sé si mis plegarias son plegarias o más bien fuertes resentimientos que el corazón, en la plenitud de su dolor, dirige a su Dios. Siento en mí un abandono total, horrible para recordarlo cuando se está en él. Nada, absolutamente nada, fuera de los relámpagos rarísimos, veloces y de luz incierta, entre las espesas tinieblas, en las que uno está inmerso, que dicen al espíritu: Dios está en el bien. Pero Dios está siempre oculto al espíritu, que, vigilante, se consume en afanosas, pero siempre necesarias, búsquedas; y el pobre espíritu se va consumiendo entre tantos miedos a ofenderle, dado que está solo en una soledad desoladísima, solo con su ardiente carácter, solo con los asaltos internos y externos, solo con la corrupción natural, solo en los combates del enemigo.

(4 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1026)

6 de junio

Mi Bien, ¿dónde estás?; ya no te conozco ni te encuentro; pero es necesario buscarte a ti, que eres la vida del alma que muere. ¡Mi Dios! Y, ¡Dios mío!... Ya no sé decirte otra cosa: «¿Por qué me has abandonado?». Más allá de este abandono, yo ignoro, ignoro todo, hasta la vida que ignoro si la vivo.

Mi queridísimo padre, no me abandone en esta agonía desgarradora; estoy a punto de perderme; estoy para ser triturado bajo la pesada mano de un Dios justamente indignado conmigo. Recuerde que el Señor me confió a su guía, consuelo y salvación. Recuerde que, desde el momento mismo en que el Señor me confió a usted, yo le he tenido por padre de mi alma, comprometiéndome ante el cielo a manifestarle toda mi ternura de hijo, que la siento y la cultivo todavía; y siempre he seguido con avidez sus mandatos y enseñanzas.

Oh padre mío, ¡auxílieme! Quisiera, si me fuera posible, derramar en esta carta mi alma, que se va consumiendo; pero usted comprende bien que no me es posible: me encuentro en una dolorosa impotencia... Solamente puedo gritar; y de esto comprenderá cuál es mi pobreza y bajeza, mi miseria e indigencia. Implóre para mí la ayuda del cielo, la perfecta conformidad con los puros, ocultos, divinos y santos deseos, docilidad firme, constante y férrea a la obediencia, la única tabla a la que asirme en el fuerte fragor de la tempestad, la única tabla a la que agarrarme en este naufragio del espíritu.

(4 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1026)

7 de junio

Yo me declaro, renunciando a mi voluntad y a mi saber, a mi gusto y a mis conocimientos, yo me declaro hijo obedientísimo de mi guía en tales rigores del altísimo.

¿Qué más?, ¡mi Dios!; es mucho; yo te pido fuerza en mi sufrimiento, desnudo de todo consuelo tuyo. Además, transforma en constantes, firmes y fructuosos mis propósitos, de modo que basten al menos para desarmar tu furor; ofrécelos por ti mismo, mi sumo bien, a tu indignada majestad; pero no antes de haberlos valorizado con tu virtud divina. Yo me esforzaré por buscar una pausa en mi insoportable penar en este lecho de espinas agudas y crueles, aceptando de tus manos tomar por alimento tu rechazo y tu abandono.

Padre mío, no crea que yo no me he esforzado con todo empeño para salir de esta dura prisión; lo he hecho inútilmente; peor aún, ha sido para mi daño, porque debí resignarme a ver descender las tinieblas a mi alma y a adentrarme poco a poco en la espesura de la refriega. Inútiles han sido mis gritos.

(4 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1026)

8 de junio

Estoy perdido, sí, perdido en lo desconocido. Estoy privado de todo. Pero estoy decidido, aunque no encuentro consuelo, a seguir sólo la voz de quien hace las veces de Dios. Tengo hambre, padre mío, del retorno de mi Dios a mi alma; démelo, satisfágame de Él, mi vida y mi todo. Las condiciones actuales de mi espíritu no presentan otra realidad que una ruina completa, unas luces siniestras, que no sirven más que para descubrir la podredumbre y atormentar a la víctima, presa de su desconocido destino. ¡Dios mío!, es necesario, padre mío, este grito; sólo me queda esto en tanto penar. Ya no entiendo nada; mucho me temo estar abandonado para siempre a mí mismo; y, ante este temor, me aferro o me arriesgo a aferrarme a la obediencia, que, sin saber cómo, también me parece que se aleja de mí.

Termino, porque la intensidad del dolor que me oprime priva a mi mente de la necesaria lucidez.

Bendígame siempre y yo, a cambio, no desistiré de inmolarme siempre por usted a ese Dios que he perdido.

(4 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1026)

9 de junio

Me veo puesto en la extrema desolación. Estoy solo para llevar el peso de todos; y el pensamiento de no poder aportar alivio de espíritu a aquellos que Jesús me manda, el pensamiento de ver a tantas almas que vertiginosamente se quieren justificar en el mal a despecho del sumo bien, me aflige, me tortura, me martiriza, me consume poco a poco el cerebro y me deshace a pedazos el corazón.

¡Oh Dios! ¡Qué espina siento clavada en el corazón! Las dos fuerzas que en apariencia parecen totalmente contrarias, la de querer vivir para ser de utilidad a los hermanos del exilio y la de querer morir para unirme al Esposo, en estos últimos tiempos, las siento agigantarse en grado superlativo en la punta más alta del espíritu. Me despedazan el alma y me quitan la paz, aunque no la más profunda. Aunque es cierto

que la paz la tocan, digámoslo así, solamente por fuera, reconozco que me es muy necesaria para poder actuar con más dulzura y con más unción.

¡Ah!, padre mío, padre mío, no me deje solo; auxílieme con la oración y con sus consejos. Le digo que me encuentro en una soledad que me quita la calma y el descanso e incluso el apetito. Si se sigue de esta manera, digo que se está a la puerta de una gran crisis, porque me doy cuenta de que también el cuerpo está sufriendo las actuaciones del espíritu; y yo temo más por aquello que por esto, no por mí, sino absoluta y exclusivamente por los demás.

(8 de octubre de 1920, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1180)

10 de junio

¿Cómo podré explicarle la atormentadísima pena que martiriza mi alma? Del jueves a hoy siento, más que nunca, que mi alma está llena de una extrema turbación. Siento que la mano del Señor se ha vuelto más pesada para mí, que el Señor va demostrando todo su poder al castigarme y que, como a hoja arrastrada por el viento, Él me rechaza y me persigue.

¡Ay de mí!, ¡ya no puedo más! No puedo por más tiempo soportar el peso de su justicia. Me siento aplastado bajo su potente mano. Las lágrimas son el pan de cada día. Me inquieto, lo busco; pero no lo encuentro sino en el furor de su justicia.

Oh, padre mío, puedo decir con toda razón con el profeta: Yo he venido a alta mar y la tormenta me ha hecho naufragar; he gritado y me he cansado en vano; mi garganta se ha quedado ronca sin obtener ningún fruto. El temor y el temblor me han invadido, y las tinieblas me han cubierto por todas partes. Me encuentro tendido en el lecho de mis dolores, lleno de inquietudes, buscando a mi Dios. Pero, ¿dónde encontrarlo? Desde el lecho de mis sufrimientos y desde mi prisión expiatoria intento inútilmente volver a la vida.

(4 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1026)

11 de junio

Hay algunas enfermedades físicas cuya curación depende de un acertado modo de vivir. El amor propio, la estima de sí mismo, la falsa libertad de espíritu son raíces que no se pueden erradicar fácilmente del corazón humano. Solamente se puede impedir la producción de sus frutos, que son los pecados; porque sus primeros retoños y sus ramas, esto es, sus primeras sacudidas y sus primeros movimientos de hecho no se pueden impedir mientras se está en esta vida mortal, aunque sí se puede moderar y disminuir su calidad y su fuerza mediante la práctica de las virtudes contrarias, particularmente del amor de Dios.

Es necesario, pues, tener paciencia al cortar los malos hábitos, domar las antipatías y superar las propias inclinaciones y cambios de humor; porque, mi buena hijita, esta vida es una lucha continua y no hay quien pueda decir: «Yo no he sido tentado». La quietud

está reservada para el cielo, donde nos espera la palma de la victoria. Aquí, en la tierra, hay que combatir siempre entre la esperanza y el temor; pero con el propósito de que la esperanza sea siempre más fuerte, y teniendo presente la omnipotencia de aquel que nos auxilia. No te canses, pues, de trabajar, con constancia, con confianza y con resignación, por tu conversión y perfección.

(11 de junio de 1918, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 735)

12 de junio

Debes saber, hijita, que la caridad tiene tres elementos: el amor a Dios, el afecto a sí mismo y la caridad hacia el prójimo; y mis pobres enseñanzas te ponen en el camino de practicar todo esto.

a) Durante el día, pon con frecuencia todo tu corazón, tu espíritu y tu pensamiento en Dios con una gran confianza; y dile con el profeta real: «Señor, yo soy tuya, sálvame». No te detengas mucho a considerar qué tipo de oración te da Dios, sino que sigue sencilla y humildemente su gracia en el afecto que debes tenerte a ti misma.

b) Aunque sin detenerte con soberbia, ten bien abiertos los ojos sobre tus malas inclinaciones para erradicarlas. No te asustes nunca al verte miserable y llena de malos estados de ánimo; céntrate en tu corazón con un gran deseo de perfeccionarlo. Procura enderezarlo dulce y caritativamente cuando tropiece. Sobre todo, esfuérzate con todas tus fuerzas por fortalecer la parte superior del alma, no entretenéndote en sentimientos y consuelos, pero sí en las decisiones, propósitos y aspiraciones que la fe, el guía y la razón te inspiren.

(11 de junio de 1918, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 735)

13 de junio

Hija mía, no seas condescendiente contigo misma: las madres tiernas echan a perder a sus hijos. No seas fácil para lamentarte y para llorar. No te maravilles de esas dificultades y violencias, que con tanto sufrimiento manifiestas; no, hijita, no te maravilles; Dios las permite para hacerte humilde con la verdadera humildad, abyecta y vil a tus ojos. En esto no se debe combatir de otro modo que no sea deseando a Dios, haciendo que el espíritu vaya pasando de las criaturas al Creador, y con continuos anhelos de la santísima humildad y simplicidad de corazón.

c) Sé buena con el prójimo y no te dejes llevar por los impulsos de cólera; en esos momentos repite con mucha frecuencia estas palabras del Maestro: «Yo amo a estos prójimos, Padre eterno, porque Tú los amas», y tú me los has dado por hermanos, y quieres que, como tú los amas, así los ame yo. Y ama más todavía a estas niñas, tus discípulas, con las cuales la mano misma de la providencia divina te ha acompañado y unido con una unión celestial. Y no te extrañes ante los arrebatos de impaciencia que acostumbras tener, porque en ellos no habrá culpa más que cuando procedan de una voluntad consciente, es decir, con una advertencia que no se esfuerza por dominarlos.

Soporta a esas pobres niñas, acarícialas, tenlas en tu corazón, mi queridísima hijita, como yo te tengo en el mío, cultivando un grandísimo y particularísimo deseo de tu perfeccionamiento espiritual, porque el mismo Dios me ha obligado a todo esto.

(11 de junio de 1918, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 735)

14 de junio

La primera virtud de la que tiene necesidad el alma que tiende a la perfección es la caridad. En todas las cosas naturales, el primer movimiento de las mismas, su primera inclinación, su primer ímpetu es el de tender, el de ir al centro: es esta una ley física. Lo mismo sucede con las cosas sobrenaturales: el primer movimiento de nuestro corazón es el de ir a Dios, que no es otra cosa que amar su propio y verdadero bien. Con toda razón en la sagrada escritura se llama a la caridad vínculo de perfección.

La caridad tiene como hermanas gemelas el gozo y la paz. El gozo nace del deseo de poseer aquello que se ama. Ahora bien, desde el momento en que el alma conoce a Dios, se ve naturalmente impulsada a amarlo; si el alma sigue este impulso natural, avivado a su vez por el Espíritu Santo, ya está amando al supremo Bien. En consecuencia, esta alma afortunada ya está en posesión de la hermosa virtud de la caridad. Ahora bien, amando a Dios, ya está segura de poseerlo, porque aquí no ocurre, como suele ocurrir lamentablemente a quien ama el dinero, los honores y la salud, que no siempre tiene lo que ama; quien ama a Dios inmediatamente lo posee.

No es esto una invención de mi mente; es la sagrada escritura la que lo dice: «Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él». ¿Qué nos quiere decir esta frase de la escritura «Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él»? ¿Acaso no significa que, como el alma orientada a Dios es toda de Dios por el amor, de la misma manera Dios por comunicación es todo del alma?

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

15 de junio

El gozo es un vástago de la caridad; pero, para que este gozo sea perfecto y verdadero, se requiere que tenga como su compañera invisible la paz, que se da en nosotros cuando el bien que poseemos es el bien sumo y seguro. Ahora bien, ¿no es acaso Dios el sumo bien que el alma ama y amándolo lo posee?

Es necesario, pues, que este bien, además de ser sumo, sea también seguro. Pues bien, el divino Maestro nos asegura que «Vuestro gozo nadie os lo podrá quitar». ¿Qué testimonio más seguro que este? El alma, al pensar en esto, no puede no sentirse enteramente alegre. He aquí lo que hace afrontar con ánimo jubiloso las más amargas contradicciones.

Sin embargo, hay que señalar que, así como el alma mientras esté en estado de peregrina no podrá alcanzar nunca la caridad perfecta, de igual modo su paz no podrá nunca ser perfecta. Las contradicciones, las tribulaciones son tantas, los contrastes con

los que la pobre alma es maltratada son tan numerosos, como para hacerla agonizar en ciertos momentos de la vida, hasta tal punto de resultarle insoportable la vida misma; y esto nace del verse en peligro de poder arruinarse.

Ahora bien, para resistir a tan duras pruebas, le es necesaria la paciencia, virtud que nos hace soportar, sin ceder, las adversidades. Busque el alma que hace profesión de perfección tener muy en cuenta esta virtud, si es que le preocupa no trabajar inútilmente, ya que es por esta virtud por la que permanecerá interiormente ordenada.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

16 de junio

Consideremos ahora lo que el alma debe practicar para que el Espíritu Santo pueda de verdad vivir en ella. Todo se reduce a la mortificación de la carne con los vicios y con las concupiscencias y al cuidarse del propio espíritu.

Por lo que se refiere a la mortificación de la carne, san Pablo nos advierte que «los que son de Cristo Jesús, han crucificado la carne con sus pasiones y sus apetencias». De la enseñanza de este santo Apóstol se deduce que quien quiere ser verdadero cristiano, es decir, quien vive con el espíritu de Jesucristo, debe mortificar su carne, no por otra finalidad, sino por devoción a Jesús, quien por amor a nosotros quiso mortificar todos sus miembros en la cruz. Esa mortificación debe ser estable, firme, y no sólo a ratos, y que debe durar toda la vida. Más aún, el perfecto cristiano no debe contentarse con la mortificación rígida sólo en apariencia, sino que debe ser dolorosa.

Así debe llevarse a cabo la mortificación de la carne, ya que el Apóstol, no sin motivo, la llama crucifixión. Pero alguien podría contradecirnos: ¿por qué tanto rigor contra la carne? ¡Insensato!, si tú reflexionaras atentamente en lo que dices, te darías cuenta de que todos los males que padece tu alma provienen de no haber sabido y de no haber querido mortificar, como se debía, tu carne. Si quieres curarte en lo hondo, en la raíz, es necesario dominar, crucificar la carne, porque ella es la raíz de todos los males.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

17 de junio

La caridad, el gozo y la paz son virtudes que vuelven al alma perfecta en torno a lo que posee; la paciencia, en cambio, la vuelve perfecta en torno a lo que soporta.

Lo dicho hasta aquí es lo que es necesario para la perfección interior del alma. Para la perfección exterior del alma son necesarias las virtudes, algunas de las cuales se refieren al modo en el que el alma que tiende a la perfección debe comportarse con el prójimo; otras, en cambio, se refieren al régimen de los propios sentidos.

Entre las virtudes que el alma necesita en relación con el prójimo encontramos, en primer lugar, la benignidad, con la que el alma devota, con sus comportamientos agradables, corteses, cívicos, ajenos a toda grosería, cautiva a aquellos con quienes trata y atrae a imitar su vida devota.

Pero todo esto es aún muy poca cosa. Conviene bajar a los hechos: y he aquí que nos viene inmediatamente la benignidad, virtud que empuja al alma a servir de utilidad para los demás. Y aquí es bueno señalar dos cosas bastante importantes para el alma que tiende a la perfección. Una de ellas es ver que el prójimo no saca provecho del bien que se le hace; la otra es, no sólo que el prójimo no siempre saca provecho del bien que se le hace, sino, lo que es peor, ver que a veces corresponde con ofensas y con ultrajes. Al alma no bien instruida le sucede con frecuencia que cae en el engaño. Dios nos libre de ser víctimas de semejantes emboscadas, tendidas por el enemigo para arruinarnos y correr sin premio.

Es necesario, por tanto, que, contra la primera emboscada, nos armemos con la hermosa virtud de la magnanimidad, que es una virtud que no permite que el alma retroceda nunca al procurar el bien ajeno, incluso cuando ve que ningún provecho saca el prójimo. Contra la segunda, es necesario armarse de mansedumbre, que lleva a reprimir la ira, incluso cuando se ve correspondida con ingratitud, con ultrajes y con ofensas.

Pero todas estas hermosas virtudes todavía no bastan si no se les une la virtud de la fidelidad, mediante la cual el alma devota adquiere prestigio y cada uno se asegura de que en su obrar no hay doblez.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

18 de junio

Las virtudes que perfeccionan a la persona devota en relación con el régimen de los propios sentidos son tres: la modestia, la continencia y la castidad. Con la virtud de la modestia, el alma devota consigue regular todos sus movimientos exteriores. Con razón, pues, san Pablo recomienda a todos esta virtud y la declara necesaria; y, como si todo esto no bastara, quiere también que esta virtud sea patente a todos. Con la continencia, el alma consigue apartar todos los sentidos: vista, tacto, gusto, olfato y oído, de los excesivos deleites, si bien lícitos. Con la castidad, virtud que encumbra nuestra naturaleza a la de los ángeles, el alma reprime la sensualidad y la aparta de los deleites que están prohibidos.

Este es el nobilísimo cuadro de la perfección cristiana. Bendita el alma que posee todas estas hermosas virtudes, todas fruto del Espíritu Santo que habita en ella. Nada tiene que temer; brillará en el mundo como el sol en medio del firmamento.

(23 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 197)

19 de junio

¿Dónde debo encontrar a mi Dios? ¿Dónde apoyar este pobre corazón, que siento como desgajarse del pecho? Lo busco con constancia, pero no lo encuentro; llamo al corazón del divino prisionero y no me responde. ¿Qué es, pues, esto? ¿Mi infidelidad lo ha hecho así de inflexible? ¿Podré esperar misericordia y que Él, al fin, escuche mis gritos, o debo renunciar a esta esperanza? Oh Dios, que la horridez de mi obstinación sea al fin

vencida. ¡Bien mío!, que yo te ame al límite de ese amor que tú me pides; que yo te encuentre por fin en esta afanosa y lacerante búsqueda.

Padre mío, desnudo y desvalido está mi espíritu; árido y seco para su Dios está este corazón; espíritu y corazón ya casi no se mueven por aquel que los creó por su bondad. Ya casi no tengo fe; soy incapaz de levantarme en las alas afortunadas de la esperanza, virtud tan necesaria para abandonarse en Dios, cuando el momento álgido de la tempestad golpea y la desbordante medida de mi miseria me aplasta. No tengo caridad. ¡Ah!, que amar a mi Dios es consecuencia de un conocimiento pleno, de una fe expresada en obras, y de unas promesas en las que el alma se sumerge, se recrea y se abandona, e incluso reposa en la dulce esperanza. No tengo caridad para el prójimo, porque esta es consecuencia de aquella; y, faltando la primera, de la que desciende a las ramas la savia vital, todas las ramas se secan.

(19 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamsis, *Ep. I*, 1033)

20 de junio

Sí, padre mío, estoy privado de todo, incluso de la apariencia de virtud, hasta el punto de parecerme que es un estado de tibieza fatal, por el que Dios justamente me va rechazando de su corazón cada día más. Y presiento que mi ruina es irreparable, ya que no encuentro modo de salir de esto. ¡Ay de mí!, he perdido los caminos, los medios, los apoyos, las normas; y, si trato de despertar mi memoria apagada, se me hace presente una misteriosa dispersión; y me encuentro más perdido que antes, más incapaz de levantarme, y la misteriosa oscuridad se hace más densa.

Dios mío, ¿y por qué agitas y remuerdes y vuelves a agitar de nuevo y desconciertas con tanta violencia a esta alma turbada, a esta alma destruida desde hace tiempo y cuya destrucción diría que está movida, causada y querida por tu mismo mandato y permisión?

(19 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamsis, *Ep. I*, 1033)

21 de junio

¡Ay!, padre mío, usted que sabe de Él, dígame, se lo suplico, no me eche en cara mi dispersión, mi ansia, mi errar en busca de Él; no me eche en cara la falta de abandono de este espíritu, que también desea con vehemencia su descanso más ciego y humilde en el divino beneplácito; dígame, por caridad, ¿dónde está mi Dios? ¿Dónde podré encontrarlo? ¿Qué puedo hacer para dedicarme a buscarlo? Dígame, ¿lo encontraré? Dígame, ¿dónde debo posar este corazón mío, que se va enfermando de muerte y que instintivamente lo siento en una afanosa y penosa búsqueda?

Oh Dios, oh Dios, no puedo decir otra cosa: ¿por qué me has abandonado? Este espíritu, justamente golpeado por tu justicia divina, yace en una vehemente contradicción, sin ningún recurso ni conocimiento, fuera de los fugaces relámpagos, puestos para agudizar el sufrimiento y el martirio. Me siento morir, me abraso de ardor,

desfallezco de hambre, oh padre; pero me parece que ahora el hambre se va reduciendo al solo deseo de uniformarme a la voluntad divina y del modo que Él quiera.

(19 de junio de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1033)

22 de junio

Ten paciencia todavía un poco más al soportar el estado de desolación espiritual; ten paciencia al soportar las pruebas amorosas a las que Jesús, con admirable providencia, para asemejarte a él, te va sometiendo; y verás que el Señor un día atenderá del todo tus deseos, que son también los míos. No te impacientes si en ti la noche se va haciendo más oscura y más lúgubre; no te asustes si no ves con los ojos materiales el cielo sereno que envuelve tu alma; mira a lo alto, elevándote sobre ti misma, y verás resplandecer una luz que participa de la luz del sol eterno.

La fe viva, la confianza ciega y la completa adhesión a la autoridad constituida por Dios para ti, esta es la luz que iluminó los pasos del pueblo de Dios en el desierto; esta es la luz que resplandece siempre en la parte más alta de los espíritus gratos al Padre; esta es la luz que condujo a los magos a adorar al Mesías en su nacimiento; esta es la estrella profetizada por Balaam; esta es la antorcha que dirige los pasos de los espíritus desolados. Y esta luz y esta estrella y esta antorcha son también las que iluminan tu alma, dirigen tus pasos para que no vaciles, fortifican tu espíritu en el amor divino; y, sin que el alma se dé cuenta, se avanza siempre hacia el destino eterno. Tú no lo ves y no lo comprendes, pero no es necesario. Tú no verás más que tinieblas, pero estas no son las que envuelven al eterno sol. Mantente firme y cree que este sol resplandece en tu alma; y que este sol es precisamente aquel del que el profeta de Dios dijo: «Y en tu luz, yo veré la luz».

(22 de octubre de 1916, a Assunta di Tomaso, *Ep. III*, 399)

23 de junio

No te desanimes si la intensidad de la prueba va en continuo aumento; tú crees y pones tu corazón en el cielo, y puedes estar segura de que no hay peligro de desfallecimiento. La prueba es dura y, ¿quién no lo ve? Pero, ¿qué hay que deducir de esto? ¿No es Dios quien ordena todo y todo lo dispone para nuestro mayor bien? Entonces, ánimate en el momento de la prueba y espera un poco; el buen Dios escuchará nuestros deseos. ¿No son muchos los que ha escuchado hasta ahora? Entonces, no podrá no acoger el último, corona de todos los demás deseos.

¡Todavía un poco más! Este poco, ¿sabemos cuánto durará? ¡No nos importe, mi buena hijita! Llegará cuando quiera el divino Esposo y cuando todos nos hayamos transformados en Él. Pero con toda certeza llegará aquel «Me veréis».

Tú aférrate a las aseveraciones de la autoridad y basta. Ahora no hay otra ancla, no hay otro piloto para conducir la navicilla del alma en el tempestuoso mar de este mundo. Jesús quiere tu estado presente; quien ha sido llamado por Dios a dirigir tu espíritu te lo

ha asegurado. Y tú debes esforzarte por creerle. ¿Qué importa si tú no ves la luz en esto?
Tú no debes verla porque esto es lo mejor para ti.

(22 de octubre de 1916, a
Assunta di Tomaso, *Ep. III*, 399)

24 de junio

Las angustias y los momentos de calma que se van alternando, y que tú sientes en lo más alto de tu espíritu, nacen del amor que impulsa y del amor que atrae. Por tanto, vive en calma; y esa misma alternancia de sentimientos diversos en tu espíritu, a causa de la no completa posesión del objeto y que causa el martirio interior que lacera al alma, hace que sea soportado en paz, hasta poder decir con el profeta: «En paz mi amargura amarguísima». Y abre también tu alma al eterno sol, y no temas sus rayos ardientes y abrasadores. Te repito, queridísima hijita de mi corazón, que abras también tu alma a este sol de infinita belleza, tú que tan ardientemente deseas abrir el capullo para dejar salir de tan dura y oscura prisión la hermosísima mariposa.

(25 de mayo de 1918, a las
hermanas Campanile, *Ep. III*, 956)

25 de junio

El cristiano del gran mundo aprecia mucho los honores, las riquezas, las vanidades, las comodidades y todo lo que puede ofrecer este vilísimo mundo. Oh, necio, recapacita, recuerda que por el bautismo has renunciado al mundo, que estás muerto para él. El Espíritu Santo que habla por boca de san Pablo te lo dice: «... Estáis muertos para el mundo, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios».

Acuérdate, oh, necio, que no siempre la vida de quien vive con el espíritu de Jesús permanecerá escondida y desconocida. Acuérdate de lo que está por venir en el día del Señor: «Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él». «Queridos –escribía el apóstol predilecto san Juan confortando a los fieles–, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es».

La certeza de gloria tan desmesurada, oh, insensato, ¿no te basta para hacerte entrar en tí mismo y hacerte sentar la cabeza para el resto de tus días, de acuerdo a tu vocación?

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

26 de junio

Las almas más afligidas son las predilectas del divino Corazón; y tú ten la certeza de que Jesús eligió tu alma para ser la benjamina de su Corazón adorable.

En este Corazón tú debes esconderte; en este Corazón tú debes desahogar tus deseos; en este Corazón debes vivir también los días que la providencia te conceda; en este Corazón debes morir, cuando el Señor así lo quiera. En este Corazón yo te he vuelto a

poner; en este Corazón, pues, tú debes vivir, ser y moverte.

(31 de mayo de 1918, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 961)

27 de junio

¡Qué feliz es el reino interno cuando ahí reina este santo amor! ¡Qué felices son las potencias de nuestra alma cuando obedecen a un rey tan sabio! No, mi queridísimo padre, bajo su obediencia y en su Reino, Él no permite que haya en nosotros ni pecados graves ni afecto desordenado alguno, ni siquiera leve.

Es verdad que Él les deja acercarse hasta la frontera, con la finalidad de ejercitar las virtudes internas en el combate para hacerlas más fuertes; es también verdad que Él permite que los espías, que son los pecados veniales y las imperfecciones, corran de acá para allá en su Reino; pero Él permite esto para darnos a conocer que, sin su ayuda, seríamos presa de nuestros enemigos.

Humillémonos mucho, mi buen padre, y confesemos también que, si Dios no fuera nuestra coraza y nuestro escudo, seríamos heridos enseguida por toda clase de pecados. Y es por esto por lo que debemos apoyarnos siempre en Dios, perseverando en nuestros ejercicios y aprendiendo a servir a Dios con nuestras propias fuerzas.

(23 de julio de 1917, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 914)

28 de junio

El tiempo dedicado a la gloria de Dios y a la salvación de las almas no hay que lamentarlo nunca, nunca es un tiempo desperdiciado. No te preocupes, por tanto, por robarme el tiempo, porque el tiempo muy bien aprovechado, como acabo de decir, es el que se emplea procurando la salvación y la santificación de las almas de los demás. Y yo no sé cómo dar gracias a la piedad del Padre del cielo cuando me presenta almas, a las que yo puedo ayudar de algún modo.

¡Oh, sí!, ¡hubiera agradado al cielo que todo el tiempo de mi vida lo hubiese empleado en este santo ministerio, porque no me vería tan deforme a los ojos del Altísimo!

(31 de mayo de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 100)

29 de junio

«¡Oh, qué miserable soy! –exclamaba el gran vaso de elección, el Apóstol de los gentiles–. ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?». No se puede dudar de que este Apóstol ha sido uno de los más grandes santos y casi una estrella de primera magnitud en el campo de la santa Iglesia. ¡Cuántas persecuciones, cuántos sufrimientos, cuántos trabajos sufridos por Jesucristo! ¡Qué caridad ardiente, qué llamas de amor, qué fervor ardiente por su honor! ¡Cuántas revelaciones, cuántas visiones, cuántos éxtasis y raptos hasta el tercer cielo! Y, sin embargo, el santo Apóstol, rico de tan grandes virtudes y de dones tan excelsos, prorrumpe en el lamento antes citado. Confiesa el Santo haber sido

apedreado, flagelado muchas veces, haber estado en peligro de naufragio en el mar, llevado día y noche por las olas de una parte a otra: «Tres veces he sido azotado con varas, una vez apedreado, tres veces he naufragado, he pasado un día y una noche a la deriva en alta mar». Confiesa sus muchas noches en vela, sus muchos ayunos, el hambre, la sed, la desnudez y los rigores del frío, tolerados por amor a Jesús: «A menudo noches sin dormir, hambre y sed, muchos días sin comer, frío y desnudez». Manifiesta que ha sido arrebatado al paraíso estando todavía en carne mortal: «Fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que el hombre no puede expresar». Llega incluso a decir que él ya no vive en sí mismo, que sólo vive en Jesús, transformado en él por amor: «Vivo yo y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí».

Ahora dime, hijita mía, ¿qué le falta a este gran apóstol y doctor de los gentiles para declararlo perfecto? Aunque él experimentaba en sí mismo un ejército, formado por sus estados de ánimo, aversiones, costumbres e inclinaciones naturales, que conspiraba su ruina y su muerte espiritual. Y, porque teme todo esto, demuestra que lo odia; y, porque lo odia, no puede sufrir el dolor que le hace prorrumpir en la exclamación a la que se da respuesta él mismo: que la gracia de Dios, por Jesucristo, lo preservará, no del temor, no del terror, no de la lucha (cosas todas, mi amada hijita, que tú sientes), sino más bien de la destrucción; y que no permitirá que sea vencido.

(18 de junio de 1917, a
María Gargani, *Ep. III*, 276)

30 de junio

Permanece siempre en la presencia de Dios por los modos que se te ha enseñado y se te seguirá enseñando. Cuídate de las ansiedades e inquietudes, porque no hay cosa que nos impida tanto caminar hacia la perfección. Pon dulcemente tu corazón en las llagas de nuestro Señor, pero no a fuerza de brazos. Ten una gran confianza en su misericordia y bondad, que Él no te abandonará nunca; pero no dejes por eso de abrazar fuertemente su santa cruz.

Después del amor de nuestro Señor, yo te recomiendo el de la Iglesia, su esposa y nuestra tierna madre; el de esta querida y dulce paloma, que sólo puede poner huevos y hacer que nazcan pichoncitos para el Esposo. Agradece a Dios, cientos de veces al día, el ser hija de la Iglesia. Pon tu mirada en el Esposo y en la Esposa; y di al Esposo: «Oh, que eres el Esposo de una bella Esposa»; y a la Esposa: «Ah, que eres la Esposa de un Esposo todo divino». Ten gran compasión de todos los pastores y predicadores de la Iglesia, al igual que de todos los pastores de almas; y contempla, hijita mía, cómo están diseminados por toda la tierra, porque no hay provincia en el mundo donde no haya muchos. Ruega a Dios por ellos para que, salvándose ellos mismos, procuren con fruto la salvación de las almas. Y en esto te suplico que no te olvides nunca de mí, cuando te encuentres delante de Jesús, ya que él me da tanta voluntad de no olvidarme nunca de tu alma.

(16 de enero de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 836)

Julio

1 de julio

En la lucha está la corona; y cuanto más combate el alma, más se multiplican los premios. Y sabiendo que, a cada victoria que se alcanza corresponde un grado de gloria eterna, ¿cómo no alegrarnos, mi queridísima hija, al vernos entregados a alcanzar muchos a lo largo de la vida? Que te consuele este pensamiento, y que te estimule también el ejemplo de nuestro divino Maestro, «tentado como nosotros de muchos modos, pero sin caer en el pecado»; y tentado hasta no poder más y exclamar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

En adelante, no hagas caso y no creas lo que sugiere el enemigo: que Dios te ha rechazado, o bien que Dios, por alguna infidelidad que desconoces, te sanciona y te quiere castigar hasta que la quites de tu alma, porque en absoluto es esto verdad, ya que, cuando el alma llora y teme ofender a Dios, no le ofende y está muy lejos de hacerlo.

(17 de mayo de 1918, a
Margherita Tresca, *Ep. III*, 181)

2 de julio

El que te inquieta y te atormenta es Satanás; el que te ilumina y consuela es Dios. El alma que es cada vez más impulsada a abajarse y a humillarse ante su Señor, y al mismo tiempo se ve urgida a sufrir todo, a soportar todo, para merecer la aprobación de su celestial Esposo, no puede menos de reconocer que todo eso le viene de Dios. Los profundos anhelos de amor del alma hacia su Señor no son, no pueden ser, alucinaciones o ilusiones. Por tanto, vuelvo a garantizarte que es la gracia de Jesús la autora de cuanto de hermoso acontece en ti. Por eso, deja que tu divino Esposo actúe en ti y te conduzca por los caminos que Él quiere.

Todo lo que experimentas dentro de ti al verte rodeada de tantas almas piadosas, todas ellas dedicadas a amar y a servir al Señor, es señal de que tu alma busca con convencimiento y ardientemente a su creador.

(14 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 126)

3 de julio

No te dejes asustar por los asaltos de Satanás; tu confianza esté puesta siempre en Dios; en ella debes ir creciendo cada día, y lo debes demostrar de modo especial en la prueba que ahora soportas, y que deberá redundar en gloria de Dios y en una gran victoria para tu alma. No te aflijas más de lo necesario; alégrate, que la guerra no tardará en llegar a su fin. No pasará mucho tiempo antes de que comiencen las negociaciones y los gastos de la guerra se adjudicarán al enemigo de Dios, al enemigo de las almas. ¡Qué hermoso será el mediodía que el buen Dios hará brillar después de la purga! Que te anime, pues, este dulce pensamiento a combatir con valentía el buen combate.

Ya desde ahora te deseo con gran alegría en el Señor el hermoso día de nuestro rescate. ¡Viva Jesús siempre en tu espíritu!

(25 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 373)

4 de julio

En este estado de aflicción, continúa orando por todos, sobre todo por la exaltación de nuestra santa Madre, la Iglesia; y por los pobres pecadores, para reparar las muchas ofensas que se hacen a este divino Corazón.

Sé que te inmolaste y te inmolas continuamente al Señor; Jesús aceptó tu inmolación; Jesús te ha dado la gracia de mantener tu ofrenda. Pues bien, ¡valor todavía por un poco más de tiempo!; la recompensa no está lejos.

No temas, pues, si te ves sometida a la oscuridad y a la aridez de espíritu, porque no hay motivo para temer. No hay ningún motivo, en una infidelidad actual o pasada, para estar preocupada; créeme, porque no te engañe. Te exhorto a que no te inquietes por esta situación; vive tu sufrimiento en paz, porque todo es una broma de amor de Jesús.

En esta situación, no dejes de hacer lo que haces normalmente; y ten la certeza de que Jesús está contento y de que tu alma progresa sin conocerlo y sin comprenderlo.

(4 de junio de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 861)

5 de julio

Te equivocas, y te equivocas de lleno, si quieres medir el amor de un alma a su creador por la dulzura sensible que experimenta al amar a Dios. Ese amor es propio de las almas que se encuentran todavía en la simplicidad de la infancia espiritual: amor que podría ser fatal para el alma que lo busque en demasía. Por el contrario, el amor de las almas que han salido de esa infancia espiritual es aquel que ama sin recibir gusto o dulzura en aquella parte que llamamos alma sensitiva.

La señal segura para conocer si esas almas aman de verdad a Dios es descubrirlas siempre dispuestas a la observancia de la ley santa de Dios; es verlas siempre atentas y vigilantes a no caer en pecado; es su deseo habitual de ver glorificado al Padre del cielo y que para ello no dejan, en cuanto depende de ellos, de propagar el reino de Dios; es verlas continuamente orando al Padre del cielo con las mismas palabras del divino Maestro: «Padre nuestro... venga tu Reino».

(29 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 288)

6 de julio

Es necesario cultivar con entusiasmo estas dos virtudes: la dulzura con el prójimo y la santa humildad con Dios.

Tengo la confianza de que lo harás, porque el gran Dios, que te ha tomado de la mano para atraerte hacia Él, no te abandonará hasta que no te haya colocado en su tabernáculo eterno. Conviene, mi queridísima hija, que te esfuerces por erradicar las pretensiones y los pensamientos de superioridad, porque el honor de ningún otro modo se consigue mejor que despreciándolo; pero, aun así, inquieta al alma y lleva a cometer faltas y

errores contra la dulzura y la humildad.

(18 de octubre de 1917, a las
hermanas Campanile, *Ep. III*, 943)

7 de julio

Esta mañana, después de la misa, cuando me hallaba muy afligido por el motivo indicado, de repente he sido presa de un violentísimo dolor de cabeza, que, nada más sentirlo, me ha parecido imposible poder continuar la acción de gracias.

Esta situación acrecentaba en mí el sufrimiento; también se ha posesionado de mí una gran aridez de espíritu; y quién sabe qué habría pasado de no haber venido aquel al que me voy a referir. Se me ha aparecido nuestro Señor, que me ha hablado de esta manera: «Hijo mío, no dejes de escribir lo que hoy oyes de mi boca, para que no llegues a olvidarlo. Yo soy fiel; ninguna criatura se perderá sin saberlo. La luz y las tinieblas son muy distintas. El alma, a la que yo acostumbro hablar, la atraigo hacia mí; en cambio, las artimañas del demonio buscan alejarla de mí. Yo al alma nunca inspiro miedos que la alejen de mí; el demonio nunca pone en el alma miedos que la muevan a acercarse a mí.

Los miedos sobre su salvación eterna, que el alma siente en algunos momentos de la vida, si el autor de ellos soy yo, se conocen por la paz y la serenidad que dejan en el alma... Esta visión y estas palabras de nuestro Señor han zambullido mi alma en una paz y en un gozo tales que todas las dulzuras del mundo, comparadas con una sola gota de esta felicidad, le parecen insípidas».

(7 de julio de 1913, al P. Benedetto da
San Marco in Lamis, *Ep. I*, 381)

8 de julio

Me parece que Jesús me está mirando continuamente. Si me sucede que alguna vez pierdo la presencia de Dios, siento enseguida que nuestro Señor me vuelve a llamar a mi deber. La voz con la que me reclama no sé expresarla; pero sé que es muy penetrante y que, para el alma que la oye, es casi imposible rehusarla.

No me pregunte, padre mío, cómo sé que es nuestro Señor el que se me muestra en tal visión, cuando nada veo ni con los ojos del cuerpo ni con los del espíritu, porque no lo sé y no puedo decir sobre esto más de lo que he dicho. Sólo sé decir esto: que aquel que está a mi derecha es nuestro Señor y no otro; y también que, aun antes de que Él me lo dijera, yo ya tenía profundamente grabado en mi mente que era Él.

Esta gracia ha dejado en mí un gran bien. El alma se queda en una gran paz; me siento consumir del todo por un deseo intensísimo de agradar a Dios; desde que me ha favorecido con esta gracia, el Señor me hace mirar con inmenso desprecio todo lo que no me ayuda a acercarme a Dios. Siento una confusión indecible al no poder explicarme de dónde me viene tanto bien.

Mi alma se ve impulsada por el más vivo agradecimiento a manifestar al Señor que esa gracia Él se la concede sin que de ningún modo la merezca; y, muy lejos de creerse por esto superior a las otras almas, piensa, por el contrario, que, de cuantas personas hay

en el mundo, ella es la que menos sirve al Señor; porque, mediante esta gracia, el Señor ha iluminado de tal forma al alma, que no puede menos de reconocer que está mucho más obligada que todas las demás a servir y a amar a su creador.

(7 de julio de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 381)

9 de julio

Abre el corazón a este médico celestial de las almas y abandónate con confianza plena entre sus brazos santísimos. Él te trata como a elegida para seguir de cerca a Jesús por el camino del Calvario; y yo veo, con alegría y con vivísima conmoción de mi espíritu, este modo de actuar de la gracia en ti. Ten la certeza de que todo lo que está sucediendo en tu alma está programado por el Señor; y, por tanto, no tengas miedo a encontrarte con el mal, es decir, a ofender a Dios.

Que te baste saber que en todo esto tú en modo alguno ofendes al Señor; al contrario, Él es cada vez más glorificado.

(19 de mayo de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 87)

10 de julio

Si es voluntad de Dios añadir a los aromas espirituales los corporales, ¿no te basta esto para ser la persona más feliz en este valle de destierro?

¿Y qué otra cosa se puede desear que no sea la voluntad de Dios? ¿Qué otra cosa puede desear un alma consagrada a Él? ¿Qué otra cosa puedes desear tú que no sea que los designios de Dios se cumplan en ti? Valor, pues, y siempre adelante en las vías del amor divino, teniendo la certeza de que, cuanto más se va uniendo e identificando tu voluntad a la de Dios, tanto más se crece en santidad.

Tengamos siempre ante nuestros ojos que la tierra es un lugar de lucha y que la corona se recibirá en el paraíso. Que este es un lugar de prueba y el premio se recibirá allá arriba. Que aquí estamos en el destierro y nuestra verdadera patria está en el cielo y que a esta es necesario aspirar siempre. Vivamos pues, Raffaelina, con fe viva, con esperanza firme y con el deseo ardiente del cielo, con el vivísimo deseo del mismo mientras seamos viandantes, para poder un día, cuando lo quiera Dios, habitar allí en persona.

(24 de junio de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 452)

11 de julio

Tengamos el pensamiento orientado continuamente hacia el cielo, nuestra verdadera patria, del que la tierra no es más que imagen, conservando la serenidad y la calma en todos los sucesos, sean alegres o tristes, como corresponde a un cristiano, y más a un alma formada con especial cuidado en la escuela del dolor.

En todo esto te estimulen siempre los motivos que da la fe y los ánimos de la

esperanza cristiana; y, comportándote así, el Padre del cielo endulzará la amargura de la prueba con el bálsamo de su bondad y de su misericordia. Y es a esta bondad y misericordia del Padre celestial a la que el piadoso y benéfico ángel de la fe nos invita y nos urge a recurrir con una oración insistente y humilde, teniendo la firme esperanza de ser escuchados, porque confiamos en la promesa que nos hace el Maestro divino: «Pedid y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá... Porque todo lo que pidáis al Padre en mi nombre se os dará».

Sí, oremos y oremos siempre en la serenidad de nuestra fe, en la tranquilidad del alma, porque la oración cordial y fervorosa penetra los cielos y encierra en sí una garantía divina.

(24 de junio de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 452)

12 de julio

Sé que os entristecéis porque no lográis corregir vuestras imperfecciones; pero, mantened el ánimo, mis queridos hijos, y recordad lo que sobre este punto os he dicho tantas veces: que os tenéis que entregar con la misma intensidad a la práctica de la fidelidad a Dios y a la práctica de la humildad. La fidelidad, para renovar vuestros propósitos de servir a Dios con la misma frecuencia con que los quebrantáis, y para que, teniéndolos presentes, no los quebrantéis en adelante. La humildad, cuando os suceda que habéis transgredido vuestros propósitos, para reconocer vuestra miseria y abyección.

Cuidad con gran esmero vuestros corazones para purificarlos de acuerdo al número y a las inspiraciones que vais recibiendo. Levantad con frecuencia vuestras almas a Dios; leed buenos libros siempre que os sea posible, pero con mucha devoción; sed asiduos a la oración, a la meditación, y al examen de conciencia varias veces al día.

(Sin fecha, a los novicios, *Ep. IV*, 383)

13 de julio

Por grande que sea la prueba a la que te someta el Señor, por insostenible que sea la desolación del espíritu en ciertos momentos de la vida, no te desanimes nunca. Recurre con mayor abandono filial a Jesús, que no podrá quedarse sin concederte una gota de refrigerio y de consuelo. Recurre a él siempre, incluso cuando el demonio, para amargarte los días de tu vida, te recuerde tus pecados. Eleva tu voz a él con fuerza, la voz de la humildad del espíritu, de la contrición del corazón y de la plegaria de los labios.

Ante estas demostraciones, Raffaelina, es imposible que Dios no te mire con agrado, que no ceda, que no se rinda. El poder de Dios, es verdad, triunfa de todo; pero la oración humilde que brota del sufrimiento vence al mismo Dios; detiene su brazo, apaga su furia, lo desarma, lo vence, lo aplaca y lo vuelve, por así decirlo, en dependiente y amigo.

¡Oh!, si todos los hombres llegaran a experimentar en sí mismos, como lo hicieron el publicano del templo, Zaqueo, la Magdalena, san Pedro y tantos ilustres penitentes y piadosos cristianos, este gran secreto de la vida cristiana, enseñada por Jesús con hechos

y palabras, ¡qué abundante fruto de santidad experimentarían en ellos! Conocerían enseguida este secreto; por este medio llegarían pronto a vencer la justicia de Dios, a aplacarla por muy airada que estuviera contra ellos, a cambiarla en amorosa piedad, a obtener todo lo que necesitaran: el perdón de los pecados, la gracia, la santidad, la salvación eterna y la fuerza para combatir y vencerse a sí mismos y a todos sus enemigos.

(7 de septiembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 482)

14 de julio

No desconfíes de la providencia divina, confía en Dios, abandónate a Él, déjale a Él el cuidado entero de ti misma, y quédate tranquila que no quedarás confundida. Comprendo y entiendo que la prueba es dura y hosca la batalla; pero comprendo también que el fruto, que lo recogerás a su tiempo, es muy abundante. La corona que se va tejiendo allá arriba es con mucho muy superior a todo lo que podemos imaginar. (...)

Júzgame como creas, pero lo que quiero de ti es que, al aumentar las pruebas, aumente también el abandono y la confianza en Dios; profundiza cada vez más en la humildad y en bendecir al Señor, que se digna en su bondad a visitarte de ese modo para disponerte a formar parte de la construcción de la Sión celeste.

(10 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 393)

15 de julio

Vuelvo a inculcarte que confíes siempre; nada puede temer el alma que confía en su Señor y pone en Él su esperanza. El enemigo de nuestra salvación está siempre girando a nuestro alrededor para arrancarnos del corazón el ancla que debe conducirnos a la salvación, quiero decir la confianza en Dios nuestro Padre; tengamos asida, muy asida, esta ancla; no permitamos nunca que nos abandone un solo instante, pues de otro modo todo estaría perdido. Repítete siempre, y mucho más en las horas más tristes, las bellísimas palabras de Job: «Señor, aunque tú me mates, yo esperaré en ti». Mantente siempre vigilante y no te ensalces sobre ti misma, juzgándote capaz de hacer algo bueno, ni por encima de los demás, creyéndote que eres mejor o al menos igual que los demás; sino que considera a los demás mejores que tú. El enemigo, Raffaelina, vence a los soberbios y no a los humildes de corazón.

(10 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 393)

16 de julio

¿Cómo conseguir decirle lo que siento? Créame que es precisamente esto lo que constituye el culmen de mi martirio interno. Vivo en una noche continua; las tinieblas son densísimas.

Deseo la luz y esta luz no me llega nunca. Y, si alguna vez se ve también algún débil

rayo de luz, lo que sucede muy raramente, es este el que enciende en el alma los deseos más desesperados de ver de nuevo resplandecer el sol; y estos deseos son tan fuertes y violentos que, con muchísima frecuencia, me hacen languidecer y derretirme de amor a Dios; y me veo a punto de desfallecer.

Todo esto lo experimento sin quererlo y sin que haga nada por conseguirlo. Las más de las veces, todo esto me sucede fuera de la oración y también cuando estoy ocupado en acciones indiferentes.

Yo no quisiera sentir estas cosas, porque me doy cuenta de que, cuando son tan violentas, también el físico se resiente fuertemente y, por este motivo, tengo mucho miedo de que no sea conveniente para mí. En todo momento me parece que me voy a morir, y querría morir para no sentir el peso de la mano de Dios, que gravita sobre mi espíritu.

¿Qué es esto? ¿Cómo tengo que actuar para salir de este estado tan deplorable? ¿Es Dios el que obra en mí o es otro el que actúa en mí? Hábleme con claridad, como siempre; y hágame saber cómo tiene lugar todo esto.

(16 de julio de 1917, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 909)

17 de julio

Hay momentos en los que me asaltan violentas tentaciones contra la fe. Estoy seguro de que la voluntad no las acepta, pero la fantasía está tan encendida y la tentación, que da vueltas en la mente, se presenta con colores tan claros, que presenta el pecado como algo no sólo indiferente, sino agradable.

De aquí nacen también todos esos pensamientos de desánimo, de desconfianza, de desesperación e incluso –no se asuste, padre, por caridad– pensamientos de blasfemia. Yo me horrorizo ante tanta lucha; tiemblo y me esfuerzo siempre; y estoy seguro de que, por la gracia de Dios, no caigo.

Añada, además, a todo esto el oscuro cuadro de la vida pasada, en el que no se ve más que mis miserias y mi ingratitud hacia Dios. Siento que mi ánimo se rompe de dolor; y una grandísima confusión me invade totalmente. Me siento, por este motivo, como puesto bajo una durísima prensa y como si todos los huesos se trituraran y se separaran unos de otros.

Y esta operación tan dura la siento no sólo en lo más recóndito del espíritu, sino también en el cuerpo. Y también aquí me asalta el fuerte temor de que quizá no sea Dios el autor de este extraño fenómeno, porque si fuera Él, ¿cómo se explicaría el desbarajuste físico? No sé si esto es posible.

(16 de julio de 1917, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 909)

18 de julio

La duda que me asalta siempre, y que me persigue a todas partes, es la de no saber si lo que hago agrada o no a Dios. Es verdad que sobre este punto usted me ha hablado

muchas veces; pero, ¿qué he de hacer si, puesto en esta dura prueba, olvido todo, e incluso, si recuerdo, no recuerdo nada con precisión y todo es confusión?

¡Ay de mí!, por caridad, tenga la bondad una vez más de ponérmelo por escrito. Dios, además, se va agigantando cada vez más en mi mente, y lo veo siempre en el cielo de mi alma, que se va cubriendo de densas nieblas. Lo siento cerca y lo veo también muy lejos. Y al aumentar estos anhelos, Dios se me hace más íntimo y lo experimento; pero estos deseos también me hacen verlo cada vez más lejano. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan extraña!

(16 de julio de 1917, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 909)

19 de julio

Lo que produce tanta desolación en tu espíritu es una gracia singularísima, que Dios concede únicamente a las almas que quiere elevar a la unión mística. Es exactamente eso, mi querida Raffaelina. El temor y el terror que semejante gracia lleva a la pobre alma, si no me equivoco, le sucede de este modo.

Semejante gracia es una luz muy simple y muy espléndida y clara, que, al penetrar en la pobre alma, encontrándola sin preparación y no apta para recibirla, le provoca exactamente lo que en ti está sucediendo en este momento. Para dar una prueba o mejor una comparación, que nada tiene que ver con el tema que nos ocupa, te invito a pensar en un individuo afectado por una enfermedad de los ojos. Este individuo, al mirar la luz, sufre y podría llegar a acusar al sol de enemigo de la vista. Ahora, fijate un poco, al sol, hablando en general, todos lo prefieren a las tinieblas, todos dicen que el sol es bueno, es óptimo; sin embargo, quien está enfermo de los ojos prefiere las tinieblas a la luz, al sol, y se sentiría tentado de acusar al sol de ser su gran enemigo. (...)

Puedo concluir que lo mismo sucede al alma que se ve penetrada por semejante luz; se encuentra casi enferma y absolutamente incapaz de recibir semejante luz sobrenatural y, como consecuencia, la pobrecita, asaltada por esta luz, se asusta, se aterroriza en el alma y en sus potencias, memoria, inteligencia y voluntad; y, aunque de forma indirecta, esos sustos y temores los experimentan también los sentidos interiores del cuerpo. Pero cuando después el alma, poco a poco, se va curando de su incapacidad, comienza a sentir pronto los efectos saludables de esta nueva gracia.

(28 de febrero de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 360)

20 de julio

Quiera el dulcísimo Jesús regalar la paz a todos los corazones afligidos. Te confieso sinceramente, sin temor a mentir, amada hija de Jesús, que mi alma puede decir con el apóstol san Pablo, aunque, por desgracia, no poseo ni la milésima parte de aquel espíritu de caridad que ardía en el corazón de este santo apóstol: «Desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por mis hermanos». Sí, quiera nuestro dulcísimo Señor excomulgarme, separarme de él, verme abandonado y en brazos de los oprobios y de las penas debidas a mis hermanos; me cancele incluso del libro de la vida, con tal que salve a

mis hermanos y a mis compañeros de exilio y no me prive de su caridad y de su gracia, de la cual nada podrá nunca separarme.

Reza al Señor que quiera calmar estos deseos míos que me queman las entrañas y que me hacen morir continuamente.

(25 de abril de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 76)

21 de julio

Te afliges por las ingratitudes de los hombres hacia Dios y haces bien en llorar por sus desdichas. Ofrece a Dios como reparación tus bendiciones y todas tus acciones, procurando que todas sean buenas. Pero, después de haber llorado en secreto por las desdichas ajenas de los que se han obstinado en su perdición, conviene imitar a nuestro Señor y a los apóstoles, alejando tu espíritu de esas desdichas y orientándolo hacia otros objetos y otras ocupaciones más útiles para la gloria de Dios y para la salvación de las almas. «Era necesario –dicen los apóstoles hablando a los judíos– anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios; pero, porque la rechazáis y vosotros mismos no os juzgáis dignos de la vida eterna, mirad que nos volvemos a los gentiles». «Se os quitará a vosotros –dice el divino Maestro en el santo evangelio– para dárselo a una nación que produzca sus frutos».

Por tanto, el detenerse demasiado tiempo a deplorar por quienes se han obstinado en el pecado sería pérdida de un tiempo útil y a la vez necesario para buscar la salvación de otros hermanos nuestros y para trabajar por la gloria de Dios.

(25 de abril de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 76)

22 de julio

Jesús te conceda escuchar cada vez más en tu corazón, al igual que a todas las almas que lo aman con sinceridad y pureza de corazón, su invitación tres veces amorosísima: «Mi yugo es suave y mi carga ligera». Esta dulcísima invitación del divino Maestro te consuele en tu nueva prueba, o, mejor, en ese crecimiento de los favores divinos en ti. Y se puede decir muy bien que este nuevo estado tuyo es un favor singularísimo del Señor, favor que el Señor no suele otorgar sino a aquellas almas fuertes, que su misericordia las hace más gratas a Él.

Alégrate, por tanto, también tú conmigo por tan insigne bondad de nuestro buen Dios. ¡Oh!, Raffaelina, qué dulce y estimulante es para un alma saberse, sin mérito propio, elevada por este dulcísimo Padre nuestro a tanta dignidad. ¡Oh!, abre tu corazón a este Padre, el más amoroso de todos los padres, y déjale obrar libremente. No seamos avaros con quien nos enriquece en demasía y cuya liberalidad no pone nunca fronteras, ni conoce metas, ni pone límites.

(4 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 368)

23 de julio

Tu único pensamiento sea el de amar a Dios y crecer cada día más en la virtud y en la santa caridad, que es el vínculo de la perfección cristiana.

En todos los sucesos de la vida reconoce la voluntad de Dios, adórala, bendícela. De modo especial en las cosas que te resulten más duras, no busques con inquietud ser liberada de ellas. Entonces más que nunca dirige tu pensamiento al Padre del cielo y dile: «Tanto mi vida como mi muerte están en tus manos, haz de mí lo que más te agrade».

En las angustias espirituales: «Señor, Dios de mi corazón, sólo tú conoces y lees a fondo el corazón de tus criaturas, sólo tú conoces todas mis penas, sólo tú conoces que todas mis angustias provienen de mi temor de perderte, de ofenderte, del temor que tengo de no amarte cuanto mereces y que yo debo y deseo; tú, para quien todo está presente y que eres el único que lees el futuro, si sabes que es mejor para tu gloria y para mi salvación que yo esté en este estado, que se realice así, no deseo ser liberada; dame fuerza para que yo luche y obtenga el premio de las almas fuertes».

(4 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 368)

24 de julio

En mis oraciones y en la santa misa pido continuamente muchas gracias para su alma, y pido de modo especial el santo y divino amor. Este amor es todo para nosotros; es nuestra miel, mi querido padre, en la cual y con la cual deben ser endulzados todos nuestros afectos, acciones y sufrimientos.

¡Dios mío!, ¡mi buen padre! ¡Cuánta felicidad en nuestro reino interior, cuando ahí reina este santo amor! ¡Qué felices son las facultades de nuestra alma, cuando obedecen a un rey tan sabio! Bajo su obediencia y en su Reino, Él no permite que haya pecados graves y tampoco que haya afecto alguno a los veniales.

Es cierto que Él, con frecuencia, les permite que se acerquen hasta la frontera para ejercitar en la lucha a las virtudes internas y para hacerlas más valientes. Y permite también que los espías, que son los pecados veniales y las imperfecciones, corran de un lado a otro en su Reino; pero esto no es sino para darnos a conocer que, sin su ayuda, seríamos presa de nuestros enemigos.

(24 de julio de 1917, al P. Agostino
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 917)

25 de julio

Humillémonos profundamente, mi buen padre, y confesemos que, si Dios no fuera la coraza y nuestro escudo, nosotros enseguida seríamos heridos por toda clase de pecados. Y es por esto por lo que debemos permanecer siempre en Dios, siendo perseverantes en nuestros ejercicios de piedad; que esta sea nuestra preocupación constante.

Tengamos siempre encendida en nuestro corazón la llama de la caridad; y no nos desanimemos nunca. Y si nos sobreviene alguna flaqueza o debilidad de espíritu, corramos a los pies de la cruz; ofrezcámonos entre los perfumes celestes; y, sin duda alguna, seremos fortalecidos.

En la santa misa yo presento siempre al Padre del cielo, con el de su Hijo celestial, el corazón de usted. Él, a causa de esta unión en la que yo le presento la ofrenda, no puede rechazar ese corazón. No dudo, mi querido padre, de que usted, por su parte, hace lo mismo. (...)

Las pruebas en mi espíritu siguen intensificándose. Pero, ¡viva Dios!, que, incluso en medio de las pruebas, no permite que el alma se pierda. Se sufre, pero tengo la certeza de que, en medio del sufrimiento y de la oscuridad absoluta en que está sumergido de continuo mi espíritu, no decrece mi esperanza.

(24 de julio de 1917, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 917)

26 de julio

Vigilemos para no dar lugar al enemigo a que se abra un camino por el que entrar en nuestro espíritu y contaminar el templo del Espíritu Santo. ¡Oh!, por caridad, no olvidemos ni un instante esta gran verdad; tengamos siempre presente que nosotros por el bautismo llegamos a ser templo del Dios vivo, y que cada vez que dirigimos nuestro espíritu al mundo, al demonio y a la carne, a los que por el bautismo hemos renunciado, profanamos este templo santo de Dios.

Huya tu alma de toda sombra de imperfección que pueda permitir a estos tres enemigos capitales penetrar en tu corazón: resiste siempre sus asaltos, manteniendo siempre una fe viva, que esté animada por una caridad viva y generosa.

(13 de mayo de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 417)

27 de julio

Comprendo que nuestros enemigos son fuertes, muy fuertes; pero el alma que combate junto a Jesús, ¿cómo puede dudar de que alcanzará la victoria? ¡Oh!, ¿acaso no es nuestro Dios el más fuerte de todos? ¿Quién podrá oponerle resistencia? ¿Quién se opondrá a sus decretos, a sus deseos? ¿Acaso no ha prometido a todos que nadie será tentado por encima de sus fuerzas? ¿Acaso no es fiel al cumplir sus promesas? ¿Puede haber alguna alma que piense esto? Sí, existe una, ¿y quieres saber cuál es? Es la del estúpido, la del necio: «Dice el necio para sí: no hay Dios (el Dios verdadero)».

E insensato, Raffaelina, es el hombre que peca de incredulidad, de falta de confianza. Y tú más que nadie has tenido, no una, sino infinitas pruebas de esta promesa divina. Esas pruebas son tantas como las victorias sobre sus enemigos que cuenta tu alma. Sin la gracia divina, ¿habrías podido superar tantas crisis y tantas guerras, a las que ha sido sometido tu espíritu? Pues bien, abre cada vez más tu espíritu a las esperanzas divinas, confía más en la misericordia divina, único refugio del alma expuesta a las borrascas de un mar tempestuoso, humíllate ante la piedad de nuestro Dios, siempre pronto a acoger y ayudar al alma que, en la sinceridad de su corazón, confiesa ante Él su nulidad.

(13 de mayo de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 417)

28 de julio

Si la gracia de Dios no te hubiera iluminado y atraído hacia Él, tú habrías sido como el necio que, después de toda una noche caminando por la orilla del río sin advertirlo, a causa de las densas tinieblas que lo rodeaban, al despuntar la luz que le advierte del peligro en que se ha encontrado, despreciando la luz, continúa el camino desafiando el peligro. ¡Desgraciado!, en cualquier momento la orilla se termina bajo sus pies, cae y se ahoga.

También tú recorriste durante una buena parte de la noche la senda del precipicio; pero la gracia de Jesús fue tan poseedora que no se limitó a iluminarte y advertirte del peligro real que hasta ese momento habías corrido, sino que quiso hacer algo más contigo: atraerte hacia él, sin privarte de tu libre albedrío, con la fuerza del amor.

Esta fuerza amorosa tú la sentiste y no pudiste hacer otra cosa que darte por vencida. Ahora bien, Jesús podía haberse comportado contigo como la luz se comportó con aquel infeliz: pero no, su piedad te quería para él. Observa los amorosos modos de tratar de este buen Padre: desde entonces con afecto realmente admirable no te dejó un solo instante. Él está siempre a tu lado, te gobierna, te cuida, te sostiene, para que tu voluntad no sucumba ante los enemigos que te asaltan por todas partes.

(4 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 217)

29 de julio

Corresponde del mejor modo posible a la voz que Jesús te ha hecho escuchar: «Sufre»; y no te desanimes si te parece que acudes con frecuencia en busca de un cireneo, si la naturaleza grita pidiendo consuelo y te parece, por este motivo, que tu amor hacia Dios no es sincero ni perfecto. Aquí hay un engaño. También la humanidad de Jesús, en su agonía aceptada voluntariamente, oró que se alejara el cáliz; y de esto, ¿podrías concluir, sin llevar el estigma de la infidelidad, que el amor de Jesús por su Padre del cielo fue menos perfecto y sincero? Te dejo buscar la solución.

A veces el espíritu está pronto y la carne es débil; pero Dios quiere sobre todo el espíritu. Agárrate, pues, a él cada vez más con la voluntad, con lo más alto de tu espíritu, y deja también a la naturaleza que se resienta, se queme, reclame sus derechos, pues nada hay para ella más natural que esto; y si hoy también ella está sometida al sufrimiento, este no le corresponde de por sí y por naturaleza, pues ha sido hecha para la felicidad, sino que los sufrimientos le pertenecen como castigo de su culpa.

(8 de junio de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 440)

30 de julio

¿Quién es el reo que, al ser torturado, aunque reconozca que lo merece, no sufra los dolores de las torturas y no pida verse libre de las mismas? Recuerda siempre esto, que es una regla general y segura, que Dios, mientras nos prueba con sus cruces y con los sufrimientos, deja siempre en nuestro espíritu un rayo de luz, por el que mantiene

siempre una gran confianza en Él y nos hace ver su inmensa bondad.

Te exhorto, pues, a no abatirte totalmente ante la cruz que el cielo te presenta, y a que conserves una ilimitada confianza en la divina misericordia. Raffaelina, Dios te ama y te ama mucho, y tú correspondes del mejor modo que puedes a su amor; Él no desea otra cosa, y tú confía, espera, humíllate ante las actuaciones divinas y ama.

(8 de junio de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 440)

31 de julio

Mantened vuestros propósitos; permaneced en la barca en la que os ha puesto el Señor; y venga incluso la tempestad; ¡viva Jesús!, vosotras no pereceréis. Él dormirá, pero, en el momento oportuno, se despertará para devolveros la calma. Nuestro san Pedro, dice la escritura, viendo la tempestad tan violenta, se asustó y, temblando, exclamó: «Señor, sálvame». Y nuestro Señor, tomándolo de la mano, le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué temes?». Fijaos, hijas, en este santo apóstol: él camina a pie enjuto sobre las aguas; las olas y los vientos no sabrían sumergirlo; pero el miedo al viento y a las olas lo desanima. El miedo es un mal mayor que el mismo miedo.

Hijas de poca fe, ¿qué teméis? No, no temáis; caminad sobre el mar entre los vientos y las olas; pero recordad que estáis con Jesús. ¿Qué motivos tenéis para temer? Pero, si os sorprende el miedo, gritad con fuerza: ¡Señor, sálvanos! Él os alargará la mano; agarradla con fuerza y caminad con alegría.

En resumen, no filosoféis sobre vuestros defectos; no repliquéis; seguid adelante con sinceridad. No, Dios no sabría perderos, cuando vosotras, para no perderlo, insistís en vuestros propósitos. Que el mundo arda, que todo esté en tinieblas, en humo, en tumulto; pero Dios está con vosotras. ¿De qué, pues, tendremos miedo? Si Dios permanece en las tinieblas y sobre el monte Sinaí, entre relámpagos y truenos, ¿no podemos estar contentos sabiendo que estamos cerca de Él?

(8 de marzo de 1918, a las
hermanas Ventrella, *Ep. III*, 576)

Agosto

1 de agosto

Hijas, vivid tranquilas; seguid el camino en el que Dios os ha puesto; y procurad con toda diligencia tener santamente satisfecho y contento a Jesús, que sufre por nuestro amor el abandono de su Padre, y por el cual Él, es decir, el Padre del cielo, ha querido que seáis acompañadas. Y, al igual que la abeja que elabora cuidadosamente la miel de la santa devoción, fabricad la cera de los trabajos domésticos; porque si uno de los componentes aporta dulzura al gusto de Cristo, que mientras vivió en el mundo se alimentó, come dice la escritura, de manteca y miel, el otro redundará en su mayor gloria, porque sirve para hacer las velas encendidas de la edificación del prójimo. Dios, que con especial cuidado os ha tomado de la mano, os guíe al puerto de la salvación eterna; confiemos en Él y no temamos.

(2 de enero de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 832)

2 de agosto

Hay momentos en los que me parece morir; y en verdad es un milagro de la misericordia divina el que yo continúe viviendo. Muero en cada instante: me siento crucificado de amor. Debería, a pesar mío, resultarme delicioso pero, ¿qué quieres?; mi espíritu todavía está ávido de alimentos más ordinarios. Paso, sobre todo las noches, en brazos de una extrema angustia al ver la prueba que me pone en peligro de perder absolutamente todo.

Este período agudísimo de mortificación y de prueba, añadidas estas a las ya habituales, créeme, Raffaolina mía, con frecuencia me oprime y me siento como aplastado bajo peso tan enorme. A veces creo que es un castigo divino por mis innumerables infidelidades a la divina bondad de su divina Majestad, por lo que me parecen inútiles todas las oraciones. Por desgracia, yo merecería ser castigado, pero, ¿es posible que la piedad del Padre del cielo deba ser vencida por mi maldad? No, eso no sucederá nunca. ¡Viva Jesús! Él está con nosotros y nada hemos de temer.

(25 de marzo de 1915, a
Raffaolina Cerase, *Ep. II*, 373)

3 de agosto

Desespero de todo, pero no de aquel que es vida, verdad y camino; y a Él le pido todo y en Él me abandono, porque Él fue y es todo para mí. ¡Ay de mí! ¡Bien mío!; yo sería todo tuyo para siempre si hubiera sabido doblegarme a tus atrayentes halagos; pero conviene que al fin me doblegue a lo que no querría doblegarme; conviene que me doblegue ante esta triste pero siempre verdadera verdad, que es la única y sola que se me ofrece: que tú quizá me debes faltar para siempre.

Padre mío, no me grite, estoy fuera de mí y me dejo llevar por lo que veo y siento. Los intentos vanos por aferrarme a lo que me dice mi guía y a la obediencia me llevan a una situación de verdadero temor y desánimo; aunque yo los rechazo de mí y los sofoco en su primer asalto.

(21 de agosto de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1061)

4 de agosto

No cesaré de gritar pidiendo ayuda; pero, oh Dios, ¿esa mano paterna no ha sido inútil una vez más para este ciego de sempiterna muerte y ceguera? Guarde la ayuda, estoy por decirle, para quien sabe aprovecharla; siento muy fuerte el peso de la responsabilidad ante el valor de la misma. ¿Y la ayuda no es quizá inútil porque mi caso es realmente desesperado? Me confunde demasiado constatar que hay cada vez más contradicción entre la luz hostil que proyecta mi espíritu y aquella suave que me ofrece usted, mi guía.

Yo constato en mí esta verdad: que casi ya no tengo fuerza para mantener la lucha; me muero de hambre ante una mesa ricamente abastecida; me abraso de sed bajo la fuente de la que fluye el agua pura... ¿qué más? La luz me ciega antes de aclararme. ¿Cómo es posible? Estoy cansado de cansar al guía; y las ayudas y la sola obediencia me sirven de apoyo para no abandonarme a un abandono completo. En virtud de esta obediencia me decido a manifestarle lo que me aconteció desde el día cinco por la tarde y durante todo el seis del corriente mes.

(21 de agosto de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1061)

5 de agosto

No soy capaz de describirle lo que tuvo lugar en este período de tan intenso martirio. Estaba confesando a nuestros muchachos la tarde del cinco, cuando de golpe me aterrorizó la vista de un personaje celeste, que se me presenta ante los ojos de la inteligencia. Tenía en la mano una especie de arnés, semejante a una larguísima lámina de hierro con una punta bien afilada, y parecía que de esa punta saliera fuego.

Ver todo esto y observar que dicho personaje arrojaba con toda violencia el dicho arnés en el alma fue todo uno. Emití con dificultad un lamento, me sentía morir. Le dije al muchacho que se retirara porque me sentía mal y no tenía fuerzas para continuar.

Este martirio duró, sin interrupción, hasta la mañana del día siete. Lo que yo sufrí en este luctuoso período no sabría expresarlo. Veía que hasta las entrañas quedaban desgarradas y estiradas tras aquel arnés, y que todo era pasado a hierro y fuego. Desde aquel día yo estoy herido de muerte. Siento en lo más íntimo del alma una herida que está siempre abierta y que me tiene en ansias continuamente.

¿No es este un nuevo castigo que me inflige la justicia divina? Juzgue usted cuánta verdad hay en esta afirmación y si no tengo todos los motivos para temer y vivir en una angustia extrema.

(21 de agosto de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1061)

6 de agosto

¡Bien de mi alma!, ¿dónde estás? ¿Adónde has ido a esconderte? ¿Dónde encontrarte de nuevo? ¿Dónde buscarte? ¿No ves, Jesús, que mi alma, sea como sea, te quiere sentir?

Te busca por todas partes, pero no te dejas encontrar más que en la intensidad de tu furor, llenándola de grandísima turbación y amargura al darle a comprender qué es lo que ella te da y qué es lo que a ti te corresponde. ¡¿Quién puede expresar la gravedad de mi situación?! Lo que comprendo en el reflejo de tu luz no logro decirlo con palabras humanas; y, cuando intento decir alguna cosa tartamudeando, el alma se da cuenta de que se ha equivocado y de que lo dicho no corresponde en absoluto a la verdad de los hechos.

¡Bien mío!, ¿me has privado de ti para siempre? Tengo ganas de gritar y de lamentarme con toda mi voz, pero estoy muy débil y las fuerzas no me acompañan. Y, mientras tanto, ¿qué podré hacer que no sea elevar a tu trono este lamento: Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?...

(17 de octubre de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamsis, *Ep. I*, 1089)

7 de agosto

¡Mi alma está totalmente volcada en el cuadro evidente de mi miseria! ¡Dios mío!, que yo soporte tan triste espectáculo; que se retire de mí tu rayo de luz refleja, porque no resisto contraste tan evidente. Padre mío, yo veo toda mi maldad y mi ingratitud en todo su esplendor; veo agazapado a mi hombre viejo, herido en sí mismo, que parece querer devolver a Dios su ausencia, negándole todos sus derechos, cuando el dárselos es su obligación primera. ¡Qué fuerza se necesita para sacarlo de ahí! ¡Dios mío, ven pronto en mi ayuda, pues tengo miedo de mí mismo, pérfida e ingrata criatura para con su creador, que la protege de sus poderosos enemigos!

No supe aprovecharme de tus espléndidos favores; y ahora me veo condenado a vivir en mi impotencia, encorvado sobre mí mismo, extraviado, mientras tu mano me va aplastando cada vez con más fuerza. ¡Ay de mí! ¿Quién me librá de mí mismo? ¿Quién me sacará de este cuerpo de muerte? ¿Quién me tenderá una mano para que no me vea envuelto y engullido por el inmenso y profundo océano? ¿Tendré que resignarme a ser apresado por la tempestad que me acosa cada vez más? ¿Será necesario que pronuncie el *hágase* ante el misterioso personaje que me dejó totalmente llagado, y que no desiste en su dura, áspera, aguda y penetrante actuación, y que, sin dejar tiempo para que cicatricen las llagas antiguas, ya está abriendo sobre ellas otras nuevas con infinito desgarró de la pobre víctima?

¡Ay!, padre mío; ¡venga en mi ayuda, por caridad! Todo mi interior llueve sangre, y con frecuencia la mirada tiene que resignarse a verla correr también por fuera. ¡Ah!, ¡cese en mí este desgarró, esta condena, esta humillación, esta confusión! No tengo fuerzas para poder y saber resistir.

(17 de octubre de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamsis, *Ep. I*, 1089)

8 de agosto

En Roma vi un árbol que se dice fue plantado por el patriarca santo Domingo; muchos

van a verlo por devoción y lo acarician por amor a quien lo plantó. Del mismo modo yo, habiendo visto en vosotros el árbol del deseo de la santidad, que el mismo Dios ha plantado en vuestras almas, lo amo tiernamente. Al pensar en él, me alegro más ahora que cuando estabais aquí. Por eso, os exhorto a hacer lo mismo y a decir conmigo: Dios te conceda crecer, hermoso árbol plantado, semilla divina; quiera Dios hacerte producir tu fruto en abundancia. Cuando lo hayas producido, agrade a Dios preservarlo del viento molesto, que tira todos los frutos a tierra, donde las bestias indiscretas los van a devorar.

Mis queridísimos hijos, este deseo debe ser en vosotros como los naranjos del litoral de Génova que, por lo que cuentan los que los han visto, están casi todo el año llenos a la vez de frutos, de flores y de hojas. Porque vuestros deseos deben fructificar siempre, en todas las ocasiones que se os presenten de hacer algo a lo largo del día, sin cesar nunca de desear sus objetos y de ir más adelante. Y estos deseos son las flores del árbol de vuestros esfuerzos; las hojas son las repetidas aceptaciones de vuestras debilidades, las cuales sostienen tanto a las buenas obras como a los buenos deseos.

(18 de enero de 1918, a los novicios, *Ep. IV*, 366)

9 de agosto

Sí, mi alma está herida de amor por Jesús; estoy enfermo de amor; experimento de continuo la amarga pena de ese ardor que quema y no consume. Indíqueme, si puede, el remedio para el estado actual de mi alma.

He aquí una pobre descripción de lo que Jesús obra en mí. Como un torrente que arrastra consigo a la profundidad de los mares todo lo que encuentra en su curso, así mi alma, que se ha hundido en el océano sin orillas del amor de Jesús, sin ningún mérito y sin poder explicárselo, arrastra detrás de sí todos sus tesoros.

Pero, padre mío, mientras escribo, ¿adónde vuela mi pensamiento? Al hermoso día de mi ordenación. Mañana, fiesta de san Lorenzo, es también el día de mi fiesta. Ya he comenzado a experimentar de nuevo el gozo de aquel día sagrado para mí. Ya desde esta mañana he comenzado a gustar el paraíso... ¿Y qué será cuando lo disfrutemos eternamente? Voy comparando la paz del corazón que sentí aquel día con la paz del corazón que comienzo a experimentar de víspera, y no encuentro diferencia alguna.

El día de san Lorenzo fue el día en que encontré el corazón más encendido de amor por Jesús. ¡Qué feliz fui!, ¡cuánto gocé aquel día!

(9 de agosto de 1912, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 297)

10 de agosto

Ahora comprenderás, mi buena hija, por qué el alma que ha elegido el amor divino no se puede quedar egoístamente en el Corazón de Jesús, sino que se siente abrasada también por la caridad hacia los hermanos, que con frecuencia hace que el alma se derrita de amor.

Pero, ¿cómo puede suceder todo esto? Hija, no es difícil entenderlo, ya que el alma,

al no vivir ya de su propia vida y vivir de Jesús, que vive en ella, debe sentir, querer y vivir de los mismos sentimientos, deseos y vida que él vive en ella. Y tú sabes, mi queridísima hija, sabes, digo, aunque lo has aprendido tarde, de qué sentimientos y de qué deseos, hacia Dios y hacia la humanidad, estaba y está animado el Corazón de este divino Maestro.

Que se derrita también tu alma de amor a Dios y a los hermanos que nada quieren saber de él, porque aquí está el sumo gozo de Dios. Vive tranquila y que tu sufrimiento lo vivas en paz.

(31 de mayo de 1918, a las
hermanas Campanile, *Ep. III*, 961)

11 de agosto

Espero que no esté lejos el día en que goces de una alegría de cielo, marchando a Asís, la ciudad toda franciscana, monumento elocuente del gran amor y de la infinita caridad del S. Padre S. Francisco. Sí, me auguro que un día no lejano me llegará la noticia de que te has arrodillado allí, en el pequeño y devoto templo de la Santa Porciúncula, ennegrecida por el paso de los años, donde, como cuenta la buena admiradora de la obra franciscana, la señora Henrion, los besos de los penitentes, a través de siete siglos de religiosa admiración, lo han pulido, como el mármol y el alabastro las toscas paredes. ¡Cómo late el corazón del memorioso peregrino que se detiene allí para orar con fervor! Cada oscuro ladrillo recoge la historia de miles y miles de almas que, en confiado abandono, han apoyado la cabeza y con ella las angustias de la vida.

El peregrino se arrodilla allí instintivamente; y, en el silencio divino, siente que aletea sobre él como una bendición suavísima. Y la infinita y dulce plegaria resuena y pasa desde hace siglos y pasará por los siglos: plegarias encendidas de amor de los santos, holocaustos de víctimas puras, lágrimas de redimidos. ¡Oh!, ¡qué grande y dulce es, en la Iglesia de Jesús, el dogma de la comunión de los santos! Esta es en verdad la puerta de la vida eterna, como está escrito en el frontispicio del pequeño y devoto templo de la Porciúncula.

(30 de diciembre de 1921, a
Graziella Pannullo, *Ep. III*, 1087)

12 de agosto

Recordando las maravillas de aquellos tiempos, me viene a la memoria la querida primogénita del Seráfico Padre, allá, en el silencio profundo y solemne del austero refectorio, santa Clara, con sus hijas humildes y mortificadas, que, al ritmo de la pobreza, cantan las notas breves y claras de la renuncia y del sacrificio. Las hermanas se dirigen a sus puestos, elevan la mente al Señor y esperan en paz... Entonces la voz cristalina de la madre Sta. Clara entona el *Benedicite*. La mano virginal se eleva, lenta y solemne, para bendecir con gesto grave y milagroso.

En una ocasión, en el monasterio no había más que un solo pan, y era la hora de la comida. El hambre agujoneaba el estómago de las pobres hermanas que, aun habiendo

triunfado de todo, no podían olvidar permanentemente las imperiosas necesidades de la vida. Sor Cecilia, la dispensera, en el aprieto, recurrió a la santa abadesa, que le mandó que partiera el pan en dos mitades, que mandara una a los hermanos que cuidaban el monasterio, y que se quedara la otra; y esta que la partiera en 50 trozos, tantos como las hermanas; y que pusiera a cada una su parte en la mesa de la pobreza. Pero como la devota hija le respondiera que serían necesarios los antiguos milagros de Jesús para que un pan tan pequeño se pudiera partir en 50 porciones, la madre le repuso: hija mía, haz con confianza lo que yo te digo.

Se apresta la obediente hija a cumplir el mandato materno y la madre Clara se apresura a recurrir a Jesús con súplicas y piadosos suspiros en favor de sus hijas. Y, por gracia divina, el pequeño pan aumenta en las manos de la que lo parte, y toca a cada hermana una porción abundante.

(30 de diciembre de 1921, a
Graziella Pannullo, *Ep. III*, 1087)

13 de agosto

En otra ocasión, a la sierva del Señor [santa Clara] le llegó a faltar el aceite, de tal forma que no podía ni preparar la comida para las hermanas enfermas. Entonces Sta. Clara, maestra de humildad, tomó ella misma el recipiente, lo lavó con sus manos, y lo colocó en el hueco del muro preparado para este fin, para que el hermano limosnero lo pudiera tomar. Después, lo llamó para que fuera en busca del aceite. El hermano Bentivenga se apresuró a remediar la necesidad de las hermanas pobres. Pero antes de que él llegara, el recipiente se encontró lleno de aceite, por la misericordia divina, que ya tenía la súplica de Sta. Clara, obediente al mandato del santo Padre [san Francisco] de preocuparse de sus pobres hijas. Y pensando el buen hermano que le habían llamado en balde, se lamentó: quizá estas hermanas me han llamado para burlarse de mí, porque la vasija está llena. Se buscó en los alrededores al que podría haber traído el aceite, pero no se encontró a nadie. De este modo el Señor venía milagrosamente en ayuda de aquellas que habían abandonado todo por Él, y se plegaba obediente a la voluntad de su esposa, que le rogaba con pureza y con esa fe que transporta los montes.

Pidamos también nosotros a nuestro querido Jesús la humildad, la confianza y la fe de nuestra querida Santa; como ella, oremos a Jesús con fervor; abandonémonos en él, alejándonos de este mentiroso aparato del mundo, donde todo es locura y vanidad, donde todo pasa; sólo Dios permanece para el alma, si esta ha sabido amarlo bien.

(30 de diciembre de 1921, a
Graziella Pannullo, *Ep. III*, 1087)

14 de agosto

No temas si te sientes insensible en la meditación, en las oraciones, en todas las otras prácticas de piedad; si sientes que todavía estás atada a las criaturas; si experimentas todavía la lucha entre el hombre viejo y el hombre nuevo; si te ves rodeada de debilidades; porque, teniendo todo esto contra tu voluntad, no sólo no hay culpa en ello,

sino que es para ti fuente de merecimientos.

Estas son las pruebas del alma a la que Dios ama con predilección y a la que quiere probar cuando la ve con las fuerzas necesarias para mantener el combate y tejerse con sus propias manos la corona de la gloria.

(Enero de 1919, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 989)

15 de agosto

¡La Virgen santísima, de la que hoy la Iglesia entera celebra su ascensión al cielo, le conforte como siempre y le libre de todo peligro!

¿Quién podrá agradecerle como se merece las continuas informaciones, siempre óptimas, que hasta ahora me ha ido regalando? Me faltan las palabras adecuadas para hacerlo, pero el corazón lo suple todo.

Yo y las almas elegidas le acompañamos en todas partes con la oración fervorosa y continua a Jesús. Todos nosotros compartimos su situación amarguísima; todos nosotros vivimos de su misma vida; y todos esperamos con gemidos el felicísimo momento en que el dulcísimo Señor nos permita abrazarlo de nuevo.

¡Valor!, padre; ese día no tardará en llegar, y será cuando menos lo pensemos. Ese hermoso día está ya cerca; y felices las almas que podrán gritar con gozo: «Es el Señor quien lo ha hecho». Todos nosotros nos uniremos a ellas para cantar este cántico eterno de alabanza a Dios, porque ese día aparecerá «milagroso a nuestros ojos», por el triunfo de la justicia sobre la maldad.

Ese hermoso día que se aproxima no puede ser sino obra de solo Dios; y Dios lo realizará para resurrección de muchos y para triunfo de su gloria. ¡Demos gracias a Dios!

Todas las almas que usted bien conoce caminan «en santidad y justicia en presencia del Señor». Alabemos a Dios por todo esto.

(15 de agosto de 1916, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 798)

16 de agosto

¿Qué puedo decirle acerca de mí? Soy un misterio para mí mismo; y, si resisto, es porque el buen Dios ha reservado la última y más segura palabra a la autoridad de esta tierra, de forma que no hay norma más segura que la voluntad y el deseo del superior. A esta autoridad me abandono como niño en los brazos de la madre; y espero y confío en Dios que no me equivocaré, aunque mi sentimiento me lleva a creer todo lo contrario.

Padre mío, ¿cuándo brillará el sol en el firmamento de mi alma? ¡Ay de mí!, me veo perdido en la alta y profunda noche que atravieso. Prefiero no hablarle de esto, pues es para mí algo sin importancia; y lo único que ansío es que venga Dios a darme el último golpe.

(15 de agosto de 1916, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 798)

17 de agosto

¿Es que es dulce la amargura del amor y suave su peso, pues vas diciendo que, al sentir esa inmensa pasión, no tienes modo de soportarla? Es pequeño tu corazón, pero es capaz de dilatarse; y, cuando ya no pueda contener la grandeza del Amado y resistir su inmensa violencia, no temas; porque Él está dentro y fuera; y, al derramarse en el interior, sostendrá las paredes. Como concha abierta en el océano, tú beberás hasta saciarte y estarás rodeada de una abundancia muy superior a tu capacidad.

Dentro de poco ya no serás inexperta en los nuevos arrebatos del Amor, y sus asaltos ya no te resultarán insostenibles. Adiestrada ante sus conocidos dardos, lo llamarás a combate y lucharás, como Jacob con el ángel, sin ser nunca derribada.

(29 de julio 1920, a
Girolama Longo, *Ep. III*, 1031)

18 de agosto

Sea siempre bendito Dios, que sólo sabe obrar grandes maravillas en un alma siempre recalitrante con Él, en un alma receptáculo de infinitas inmundicias: Él ha querido hacer de mí un ejemplo de gracia; me quiere poner como modelo ante todos los pecadores, para que nadie se desanime. Dirijan, pues, los pecadores sus miradas a mí, el mayor de los pecadores, y esperen en Dios.

Pecadores, fijad vuestra atención en mí, que soy un malvadísimo, y animaos a no desesperar de la salvación, porque el Señor no sólo me ha perdonado los pecados, sino que ha querido enriquecerme con las más preciosas gracias. (...)

Perdóname: es un loco de amor por su Dios el que te habla; él merece tu compasión.

(16 de noviembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 226)

19 de agosto

Venga pronto el reino de Dios; santifique a su Iglesia este piadosísimo Padre; derrame abundantemente su misericordia sobre aquellas almas que hasta ahora no lo han conocido. Destruya el reino de Satanás; ponga en evidencia, para confusión de esta bestia infernal, todas sus malas artimañas; haga conocer a todas las almas las claves para engañar de este triste cosaco. Este tiernísimo Padre ilumine las inteligencias de todos los hombres y llame a sus corazones, para que los fervorosos ni se enfríen ni reduzcan la marcha en los caminos de la salvación; los tibios se enfervoricen; y aquellos que se le han alejado retornen a Él. Disipe también y confunda a todos los sabios de este mundo para que no combatan e impidan la propagación del Reino. En fin, que este Padre tres veces santo aleje de su Iglesia las divisiones que existen e impida que se produzcan otras nuevas, para que haya un solo redil y un solo Pastor. Centuple el número de las almas elegidas; envíe muchos santos y doctos ministros; santifique a los actuales y haga que, por medio de ellos, retorne el fervor a todas las almas cristianas. Aumente el número de los misioneros católicos, porque, todavía de nuevo, nos tenemos que lamentar con el divino Maestro: «La mies es mucha y los trabajadores son pocos».

(8 de marzo de 1915, a

20 de agosto

Os exhorto, mis queridísimos hijos, a cuidar con todo empeño vuestros corazones. Procurad mantener la paz, controlando vuestro temperamento. Yo no digo, escuchad bien, mantened la paz, sino que os digo que procuréis mantenerla: que este sea vuestro deseo importante; y guardaos bien de que sea motivo de inquietud el no poder controlar la variedad de los sentimientos y de vuestro temperamento.

Aprended bien qué significa el claustro, para que no os llevéis a engaño. Es la academia de la necesaria corrección, en la que el alma debe aprender a dejarse trabajar, cepillar y pulir, para que, estando bien pulida y enderezada, pueda unirse y acoplarse a la voluntad de Dios. La contraseña evidente de la perfección es querer ser corregidos, porque este es el fruto principal de la humildad, que nos lleva a reconocer que necesitamos la corrección.

El claustro es un hospital de enfermos espirituales, que quieren ser curados; y, para conseguirlo, se someten a la sangría, al bisturí, a la navaja, al hierro, al fuego y a todos los inconvenientes de las medicinas. En la primitiva Iglesia, a los religiosos se les llamaba con un nombre que significa médico. Hijos míos, sed también vosotros médicos y no hagáis caso a lo que el amor propio os pueda sugerir en contra; y, dulce, amable y amorosamente, tomad esta decisión: o morir o curarse. Y, porque no se quiere morir espiritualmente, elegid la curación. Y, para curaros, aceptad sufrir los cuidados y la corrección, y suplicad a los médicos del alma que no os priven de ningún medio que os pueda alcanzar la curación. Sed siempre sinceros con el que tiene que curar vuestras enfermedades espirituales.

(18 de enero de 1918, a los novicios, *Ep. IV*, 366)

21 de agosto

Hace unos pocos días yo pensaba en lo que algunos dicen de las gaviotas, pequeñas aves que hacen sus nidos en la playa del mar. Construyen sus nidos de forma redonda y se comprende que el agua del mar no puede entrar en ellos. En la parte superior del nido hay una abertura, por la que pueden recibir el aire. Ahí las gaviotas alojan a sus crías, que pueden nadar con seguridad y flotar sobre las olas sin llenarse de agua ni sumergirse. El aire que se respira por la abertura sirve de contrapeso y de balanza, de tal forma que los pequeños remolinos nunca terminan por volcar el nido.

Mis queridísimos hijos, ¡cómo deseo que vuestros corazones sean de tal forma que, por los lados, estén bien cerrados, para que, si los golpes y las tempestades del mundo, de la carne y del demonio os sorprenden, no logren penetrar dentro! Y que no haya otra abertura que la de la parte del cielo, para aspirar y respirar a nuestro Señor Jesús.

Y este nido, hijos, ¿para quién estaría hecho si no para los polluelos de aquel que lo ha hecho todo por amor de Dios, llevado por sus inclinaciones divinas y celestes? Pero mientras las gaviotas construyen sus nidos y sus polluelos son todavía demasiado tiernos

para soportar los golpes de las olas, Dios cuida y se compadece de ellos, impidiendo al mar que los sumerja.

(18 de enero de 1918, a los novicios, *Ep. IV*, 366)

22 de agosto

Vive con humildad, con dulzura, y enamorada de nuestro Esposo celestial; y no te inquietes por no poder recordar todas tus pequeñas faltas para poderlas confesar. No, hija, no es oportuno afligirse por esto, porque, así como caes con frecuencia sin darte cuenta, del mismo modo, sin que te des cuenta, te levantas.

Recuerda que en el pasaje, sobre el que tantas veces hemos hablado, no se dice que el justo ve o se da cuenta de que cae siete veces al día, sino que cae siete veces al día; y, así como se cae siete veces, uno se levanta sin dedicarse a ello. No dejes, pues, que esto te inquiete; manifiesta con franqueza y humildad lo que recuerdes; y confíalo a la dulce misericordia de Dios, que pone su mano bajo aquellos que caen sin malicia, para que no se hagan mal ni resulten heridos; y los levanta y anima tan rápidamente que no se dan cuenta de que han caído, porque la mano divina los ha recogido al caer; ni tampoco de que se han levantado, porque han sido alzados con tal rapidez que ni han podido pensar en ello.

(18 de octubre de 1917, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 943)

23 de agosto

El viernes pasado me encontraba en la iglesia en la acción de gracias después de la misa, cuando de repente me sentí herir el corazón por un dardo de fuego tan vivo y ardiente que creí morir. Me faltan las palabras adecuadas para hacerle comprender la intensidad de aquella llama; soy absolutamente incapaz de poderme expresar. ¿Lo cree? El alma, víctima de estos consuelos, se vuelve muda. Me parecía que una fuerza invisible me sumergía totalmente en el fuego. Dios mío, ¡qué fuego! ¡Qué dulzura!

De estos transportes de amor he sentido muchos, y por diverso tiempo he quedado fuera de este mundo. Las otras veces había fuego, pero era menos intenso; esta vez, en cambio, un instante, un segundo más, y mi alma se habría separado del cuerpo... se habría marchado con Jesús.

¡Oh, qué hermoso es convertirse en víctima de amor!

(26 de agosto de 1912, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 299)

24 de agosto

Por desgracia, tú tienes todos los motivos para asustarte si quieres afrontar la batalla con tus fuerzas; pero saber que Jesús no te deja ni un solo instante debe servirte de gran consuelo. El mismo Dios nos hace saber que él está con los afligidos y atribulados: «Con él estoy en la tribulación», que él se abaja hasta para secar las lágrimas de sus ojos.

Consuélate, pues, pensando que, después de estas tinieblas tan densas, resplandecerá el sol de un hermoso mediodía: contemplarás con esa luz a nuestro Esposo celestial con una mirada muy simple y pura. No quieras imaginar, mi querida hermana, que tú eres algo así como una abandonada por el Señor y que no existe salvación para ti. Rechaza ese sentimiento, que te viene de nuestro común enemigo.

(23 de enero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 304)

25 de agosto

Reza con constancia, y de ese modo vencerás a nuestros enemigos; humíllate bajo la poderosa mano del médico celestial y así, en el banquete nupcial que se celebrará, Jesús te hará sentarte en el primer lugar, pues es una promesa de Dios que quien se humilla será ensalzado.

Da siempre vivísimas gracias a Dios, por Jesucristo, y así te dispondrás adecuadamente para recibir otros favores del cielo; ya que, por el contrario, es natural que sea indigno de nuevos favores quien no se digna a recordar los que ha recibido.

(28 de septiembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 500)

26 de agosto

La imaginación y el demonio querrían hacerte creer que ofendes continuamente a Dios y que te resistes siempre o casi siempre a las llamadas divinas. La gracia vigilante del Padre del cielo te tiene muy lejos de caer en semejante infidelidad. Convéncete de esto que te digo. Te garantizo que tales sentimientos no provienen sino de la imaginación y del demonio. Cuídate de darles importancia; ellos no miran a otra cosa que a enfriar en ti los sentimientos de afecto hacia el Esposo celestial, a conseguir que te dé fastidio la perfección cristiana porque la experimentas como difícil e imposible, y, lo que es peor, intentan de forma más directa anular y apagar cualquier sentimiento de devoción en tu corazón.

(15 de agosto de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 153)

27 de agosto

¡Oh!, hija amadísima de Jesús, si estuviera en nuestra mano, caeríamos siempre y nunca estaríamos de pie; por eso, humíllate ante el pensamiento dulcísimo de estar en los brazos divinos de Jesús, que es el mejor de los padres, como un niño pequeño en los brazos maternos, y descansa tranquila, convencida de que eres llevada por donde encontrarás el mejor provecho. ¡¿Qué temor puede haber cuando se tiene la certeza de estar en brazos tan suaves, y cuando todo nuestro ser está consagrado a Dios?!

(29 de marzo de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 60)

28 de agosto

El temor, que tú dices tener, a causa de los pecados cometidos, es ilusorio y un verdadero tormento que te lo provoca el demonio. Además, ¿acaso no los has confesado ya? Entonces, ¿por qué temes? Déjale a ese triste *cosaco* que se vaya de una vez, abre a Jesús tu corazón lleno de una santa e iluminada confianza, y cree que él no es aquel cruel justiciero que ese obrador de iniquidad te pinta, sino el Cordero que quita los pecados del mundo, intercediendo con gemidos inefables por nuestra salvación.

(29 de marzo de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 60)

29 de agosto

Es equivocado querer convencerte de que, como tú dices, has sido rechazada por Jesús. ¡Oh!, confía en él y no temas; porque, además, no tienes motivo alguno para hacerlo. No es abandono, sino amor lo que te demuestra nuestro dulcísimo Salvador, y yo no tengo sentimientos adecuados para agradecer la bondad del Señor, que te trata y te protege amorosamente. El maligno quiere convencerte de que eres víctima de sus asaltos y del abandono divino. No le creas, porque quiere engañarte; desprécialo en nombre de Jesús y de su santísima Madre.

Y no te abandones jamás a ti misma; toda la confianza deposítala en sólo Dios, espera de Él toda fuerza y no desees orgulosamente ser liberada del estado presente; deja que el Espíritu Santo obre en ti. Abandónate a todas sus actuaciones y no temas. Él es tan sabio, suave y discreto como para no hacer más que el bien. ¡Qué gran bondad la del Espíritu Paráclito para todos, pero cuánto mayor para ti que lo buscas!

(29 de marzo de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 60)

30 de agosto

Por voluntad de Dios, sigo todavía sintiéndome siempre mal de salud. Pero lo que más me martiriza son esos dolores fuertes y agudos en el tórax. En algunos momentos me producen molestias tan fuertes que me parece que hasta quieren despedazar la espalda y el pecho. Pero Jesús, de cuando en cuando, no deja de endulzar mis sufrimientos de otro modo: hablándome al corazón. ¡Oh!, sí, padre mío, ¡qué bueno es Jesús conmigo! ¡Oh!, ¡qué momentos tan preciosos son estos!; es una felicidad que no sé a qué compararla; es una felicidad que el Señor me da a gustar casi solamente en los sufrimientos.

En esos momentos, más que en ningún otro, todo en el mundo me aburre y me pesa; nada deseo fuera de amar y sufrir. Sí, padre mío, también en medio de tantos sufrimientos soy feliz, porque me parece sentir que mi corazón palpita con el de Jesús. Imagínese, pues, el inmenso consuelo de un corazón que sabe, casi con certeza, que posee a Jesús.

(4 de septiembre de 1910, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 197)

31 de agosto

Es verdad que las tentaciones a las que me veo sometido son muchísimas; pero confío en la divina providencia que no caeré en los lazos del tentador. Es verdad también que Jesús con mucha frecuencia se esconde, pero, ¡qué importa! Yo, ayudado por usted, buscaré seguir siempre cerca de Jesús, pues usted me ha asegurado que no son abandonos sino bromas de amor.

¡Oh!, ¡cómo desearía en esos momentos tener a alguien que me ayudara a moderar las ansias y las llamas que inquietan mi corazón en esos momentos!

(4 de septiembre de 1910, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 197)

Septiembre

1 de septiembre

Abandona lo que el enemigo insistentemente va soplando a tu alma, queriendo hacerte creer que estás muy cerca de perderte. Desprecia esas maliciosas insinuaciones y vive tranquila, porque el Señor está todavía mucho más contigo en las tribulaciones. También la Sagrada Escritura nos asegura que un alma atribulada está unida a su Dios: «Con ella estoy, dice Dios, en las tribulaciones». Ánimo, pues, y no temas, porque es también cierto que el alma que teme perderse no se pierde, y que la que combate mirando a Dios cantará victoria, entonará el himno del triunfo. No hay motivo para asustarse, mi Raffaelina, pues el Padre del cielo nos ha prometido la ayuda necesaria para no ser vencidos por las tentaciones.

(10 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 393)

2 de septiembre

Cuando el enemigo quiera abrir una brecha en tu corazón para tomarlo por asalto con ese temor del pasado, piensa que el pasado ya quedó perdido en el océano de la bondad del cielo; y, por tanto, concéntrate en el presente, en el que Jesús está contigo y te ama; piensa en el futuro, cuando Jesús recompensará tu fidelidad y resignación o, mejor, todas aquellas gracias que él te ha regalado y te regala de continuo, de las que tú ciertamente no has abusado nunca maliciosamente. Por tanto, querría rogarte que, en cuanto te sea posible (porque a lo imposible nadie está obligado), depongas todo temor y mantengas siempre la confianza, la fe, el amor.

Decía la virgen sor Teresa del Niño Jesús: «¡Nosotros seremos juzgados por el amor!». ¿Entonces?... Amemos a Jesús. Dejemos que él actúe en nosotros como más le agrade, sabiendo que sus actuaciones están orientadas siempre a su mayor gloria y a nuestra mayor santificación.

(8 de octubre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 509)

3 de septiembre

Jesús quiere agitarte, sacudirte, moverte y cribarte como al trigo, para que tu espíritu alcance la limpieza y pureza que él desea. ¿Acaso se podría guardar el trigo en el granero si no está limpio de toda clase de cizaña o de paja? ¿Puede acaso el lino conservarse en el cajón del dueño si antes no se ha vuelto cándido? Y así debe ser también en el alma elegida.

Comprendo que parezca que las tentaciones más bien manchan que purifican el espíritu; pero de ningún modo es así. Escuchemos cuál es el lenguaje de los santos en relación con esto; y a ti te baste saber lo que dice el gran san Francisco de Sales, que las tentaciones son como el jabón que, desparramado sobre la ropa, parece ensuciarla, pero en verdad la limpia.

(11 de abril de 1914, a

4 de septiembre

No te deben atemorizar las innumerables tentaciones que te asaltan de continuo, pues el Espíritu Santo anuncia al alma devota que, si se decide a avanzar por los caminos de Dios, debe disponerse y prepararse para la tentación. Por eso, ¡ánimo!, que la prueba cierta e infalible de la elección de un alma para su perfección es la tentación, en la que la pobrecita será puesta como signo de contradicción en medio de la tempestad. Que nos anime a soportar la dificultad la vida de todos los santos, que no estuvieron libres de esta prueba.

La tentación no respeta a ningún elegido. Ni siquiera respetó al Apóstol de las gentes, que, después de haber sido arrebatado en vida al paraíso, fue tal la prueba a la que se vio sometido, que Satanás llegó a abofetearlo. ¡Dios mío!, ¡¿quién podrá leer aquellas páginas sin sentir que se le huela la sangre en las venas?! ¡Cuántas lágrimas, cuántos suspiros, cuántos gemidos, cuántas súplicas no elevaba este santo Apóstol, pidiendo al Señor que retirara de él esta dolorosísima prueba! ¿Y cuál fue la respuesta de Jesús? No otra sino esta: «Te basta mi gracia...»; «La virtud se perfecciona en la enfermedad, en la prueba».

(4 de septiembre de 1916,
a Maria Gargani, *Ep. III*, 241)

5 de septiembre

¡Ánimo! Jesús, por medio de quien ha elegido por tu guía, también a ti te dirige la misma voz que hizo oír a san Pablo. Combate como valiente y obtendrás el premio de las almas fuertes. No te abandones nunca a ti misma. En los momentos en los que la lucha es más dura y el abatimiento más fuerte, recurre a la oración; confía en Dios y no sucumbirás nunca a la tentación. Has de saber que, si el Señor te pone a prueba, nunca permitirá que esta sea superior a tus fuerzas. Si te desprecia el mundo, alégrate, porque el primer odio lo soportó el autor de la vida, el divino Maestro. Si vives atribulada y afligida por toda clase de privaciones, de tentaciones y de pruebas por parte del demonio y de sus secuaces, levanta la mirada a lo alto, ánimate; el Señor está contigo y no hay lugar para el temor.

El enemigo te hace la guerra, pero nunca podrá morderte. Lucha como valiente; lucha siempre contra los apetitos de la carne, contra las vanidades del mundo, contra las seducciones del oro y de los honores, con los que el demonio te tienta de continuo. Es cierto que el combate es terrible y penosa la lucha; pero, ¡arriba los corazones!; ten fija la mirada en lo alto; que te estimulen el mérito del triunfo, el consuelo inefable, la gloria inmortal que con esto damos a Dios.

(4 de septiembre de 1916, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 241)

6 de septiembre

Mi estado actual, padre mío, deja mucho que desear; me siento muy abatido. Veo que las cruces se suman a las cruces, los dolores a los dolores, y no podría tenerme en pie si la inmediata intervención del Padre del cielo no me sostuviera con su brazo omnipotente.

Al malestar físico se van añadiendo las duras luchas del espíritu. Nubes oscurísimas son cada día más densas en el cielo de mi pobre alma. Jesús está siempre conmigo, es cierto; pero ¡qué dolorosa, padre mío, es la prueba que somete al alma el peligro de ofender al esposo divino! Pero, ¡viva siempre Dios! La esperanza de vencer y salir victorioso y la decisión de seguir combatiendo no se me debilitan nunca.

(7 de septiembre de 1914, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 582)

7 de septiembre

Sean dadas infinitas gracias al piadoso Jesús por haber enjugado las lágrimas de su Iglesia y haber consolado la viudedad de esta enviándole su jefe, y porque todo se ha desarrollado según el corazón de Dios. Deseemos al nuevo pontífice que sea de verdad un digno sucesor del gran papa que ha sido Pío X. Alma verdaderamente noble y santa, que Roma nunca tuvo igual.

Hombre del pueblo, nunca disimuló su condición humilde. Fue en verdad el pastor supremamente bueno, el rey extremadamente pacífico, el dulce y misericordioso Jesús en la tierra. Oh, nosotros recordaremos al pontífice bueno más por tener un intercesor ante el Altísimo que para elevar al cielo nuestra plegaria fervorosa por el descanso eterno de su alma santa.

Él ha sido la primera, mayor y más inocente víctima de la guerra fratricida que nos ensordece con armas y soldados, y que llena de terror a Europa entera. No pudo resistir más el desencadenamiento de la temible tempestad; y su corazón, que había sido durante toda su vida fuente de un apostolado de paz para todo el mundo, se rompió en un estallido de dolor.

No hay duda de que él se ha ido de este mundo únicamente por el gran amor que le abrasaba el pecho.

Oremos, padre mío, por el cese de las hostilidades; desarmemos el brazo del divino juez, justamente airado contra las naciones, que nada quieren saber de la ley del amor.

(7 de septiembre de 1914, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 582)

8 de septiembre

Ayer tarde me sucedió algo que yo no sé ni explicar ni comprender. En medio de la palma de las manos ha aparecido un poco de rojo, de casi la forma de un céntimo, acompañado también de un fuerte y agudo dolor en medio de ese poco de rojo. Este dolor era más sensible en medio de la mano izquierda, tanto que dura todavía. También en las plantas de los pies advierto un poco de dolor.

Este fenómeno hace ya casi un año que se va repitiendo, aunque ahora hace ya algún tiempo que no me sucedía. Pero no se enfade si se lo digo ahora por primera vez; porque

me he dejado vencer por esa maldita vergüenza. ¡Y si supiera la violencia que he tenido que hacerme para decírselo ahora! Muchas cosas tendría para decirle, pero me faltan las palabras; sólo le digo que, cuando me hallo con Jesús sacramentado, los latidos del corazón son muy fuertes. A veces me parece que quiere salirse del pecho.

En el altar, con frecuencia siento un ardor tal en toda la persona que no puedo describírselo. Me parece que sobre todo el rostro quiere convertirse todo él en fuego. Qué señales son estas, padre mío, lo ignoro.

(8 de septiembre de 1911, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 233)

9 de septiembre

Vive totalmente en Dios; y, por el amor que esto te reporta, acéptate pacientemente a ti misma con todas tus miserias. Recuerda que el ser buenos siervos de Dios no implica estar siempre contentos, siempre en la dulzura, sin aversión ni repugnancia alguna al bien; porque, si eso fuera verdad, ni santa Catalina de Siena, ni santa Teresa, ni san Pablo habrían servido bien al Señor.

El ser buenos siervos de Dios comporta, por el contrario, ser caritativos con el prójimo, tener en la parte superior del espíritu un propósito inquebrantable de realizar la voluntad de Dios, tener una profunda humildad y simplicidad para entregarse a Dios y levantarse tantas veces cuantas se ha caído; aceptarse a sí mismo en las propias limitaciones y caídas, y soportar con paz a los otros en sus imperfecciones.

(4 de agosto de 1917, a una destinataria desconocida, *Ep. III*, 922)

10 de septiembre

El amor propio no muere nunca antes que nosotros. Mientras vivimos en este bajo mundo, hay que sufrir de continuo sus asaltos sensibles y sus secretas actuaciones; nos baste la gracia de Dios para saber que no consentimos con voluntad deliberada. Esta virtud de la indiferencia es tan excelente que ni el hombre viejo, es decir, el hombre sometido al pecado, ni la parte sensible, ni la naturaleza humana con sus facultades naturales han sido capaces nunca de conseguirla. Ni el mismo Hijo de Dios, como hijo de Adán, y aunque exento de pecado y de todas las apariencias de pecado, fue indiferente del todo en la parte sensible y en sus facultades naturales. También él manifestó a los apóstoles que su alma estaba llena de tristeza; también él buscaba consuelo; también él deseaba no morir; en una palabra, también él quiso experimentar todo lo que era efecto de la naturaleza humana. Quiso, sin embargo, practicar la indiferencia; y también nosotros, siguiendo su ejemplo, cuando nos lleguen las pruebas y tengamos que llevar la cruz, hemos de procurar practicarla en el espíritu, en la parte superior, en las facultades poseídas por la gracia.

Ánimo, pues, mi queridísima hija; vive totalmente en nuestro Señor y estate tranquila. Cuando te suceda que has quebrantado las exigencias de la indiferencia en cosas indiferentes, por súbitos arrebatos del amor propio y de nuestras pasiones, en cuanto te

sea posible, postra tu corazón ante Jesús y dile con toda confianza y humildad: «Señor, misericordia, que soy débil». Después, levántate en paz y tranquilízate, y con santa indiferencia prosigue tus actividades.

Es necesario comportarse en esas situaciones como se comporta un violinista. Cuando el pobrecito advierte una nota desafinada, no rompe la cuerda o deja el violín, sino que enseguida acerca la oreja para descubrir la causa del fallo; y, después, con paciencia, según convenga, estira o afloja ligeramente la cuerda.

Pues bien, actúa tú del mismo modo. No te impacientes por los errores cometidos ni quieras romper la cuerda cuando adviertas algo irregular, sino sé paciente; humíllate ante Dios; estira o afloja dulcemente la cuerda de tu corazón ante el Músico celeste, para que Él pueda poner a punto lo dañado.

(22 de noviembre de 1916,
a Maria Gargani, *Ep. III*, 258)

11 de septiembre

Cuando asistas a la santa misa y a las funciones sagradas, que sea esmerada tu compostura al levantarte, al arrodillarte, al sentarte; y realiza con la mayor devoción todas las prácticas religiosas. Sé modesta en las miradas; no mires a un lado y a otro para ver quién entra o quién sale; no te rías, por respeto al lugar santo y también en atención al que está a tu lado; procura no hablar con nadie a no ser que la caridad o una verdadera necesidad te lo exijan. Si rezas en común, pronuncia distintamente las palabras de la oración, haz bien las pausas y no te apresures nunca.

En resumen, pórtate de modo que los asistentes queden edificados y, por medio de ti, se vean estimulados a glorificar y a amar al Padre del cielo.

Al salir de la iglesia, ten una actitud recogida y tranquila. Saluda primero a Jesús sacramentado, pídele perdón por las faltas cometidas en su divina presencia, y no te alejes de él sin haberle pedido antes y haber obtenido su paterna bendición.

(25 de julio de 1915, a
Annita Rodote, *Ep. III*, 86)

12 de septiembre

Santidad, aprovecho Vuestro encuentro con los padres Capitulares para unirte espiritualmente a mis hermanos y depositar humildemente a Vuestros pies mi obsequio afectuoso y mi total devoción a Su Augusta Persona, en un acto de fe, amor y obediencia a la dignidad de aquel a quien representáis en la tierra. La Orden de los Capuchinos ha estado siempre en primera línea en el amor, la fidelidad, la obediencia y la devoción a la Sede Apostólica; pido al Señor que permanezca siempre así y que continúe en su tradición de seriedad y austeridad religiosa, pobreza evangélica, observancia fiel de la Regla y de las constituciones, aun cuando tenga que renovarse en la vitalidad y en el espíritu interior, siguiendo las directrices del concilio Vaticano II, para estar cada vez más dispuestos a remediar las necesidades de la madre Iglesia, secundando las indicaciones de Vuestra Santidad.

Sé que Vuestro corazón sufre mucho en estos días por la suerte que corre la Iglesia, por la paz del mundo, por las muchas necesidades de las naciones; pero, sobre todo, por la falta de obediencia de algunos, incluso católicos, a las altas enseñanzas que Vos, asistido por el Espíritu Santo, nos dais en nombre de Dios.

Os ofrezco mi oración y mi sufrimiento de cada día, como sencillo pero sincero recuerdo del último de Vuestros hijos, a fin de que el Señor Os conforte con su gracia, para continuar el recto y fatigoso camino, en la defensa de la verdad eterna, que nunca cambia con el mudar de los tiempos.

Os agradezco, también en nombre de mis hijos espirituales y de los «Grupos de oración», la palabra clara y definitiva que habéis dicho, especialmente en la última encíclica *Humanae vitae*; y reafirmo mi fe y mi obediencia incondicional a Vuestras iluminadas orientaciones.

Quiera el Señor conceder el triunfo a la verdad, la paz a su Iglesia, la tranquilidad a las naciones de la tierra, salud y prosperidad a Vuestra Santidad, para que, disipadas estas nubes pasajeras, el reino de Dios triunfe en todos los corazones, gracias a Vuestra acción apostólica de supremo Pastor de toda la cristiandad.

(12 de septiembre de 1968,
al papa Pablo VI, *Ep. IV*, 12)

13 de septiembre

Dios nos manda que le amemos, no en la medida y el modo que Él se merece, porque sabe bien hasta dónde llega nuestra capacidad, y nunca nos manda o nos pide lo que no podemos hacer; pero nos manda que le amemos, según nuestras posibilidades, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con todo nuestro corazón. Pues bien, ¿tú no te esfuerzas por hacer todo esto? Y, si no lo consigues, ¿por qué lamentarte?, ¿por qué angustiarte? Dios conoce muy bien nuestra intención, que es recta, que es santa ante Él. Dios sabe muy bien el motivo por el que permite que tantos buenos deseos no lleguen a ser realidad sino después de mucho esfuerzo, y que algunos no lo consigan nunca. Pues, ni siquiera en estos casos hay motivo para afligirse vanamente, porque siempre hay ganancia y provecho para el alma, porque, aunque sólo se consiguiera el fruto de la mortificación de las almas, ya sería gran cosa.

(3 de junio de 1917, a una
destinataria desconocida, *Ep. III*, 918)

14 de septiembre

Ruega para que este Amante divino, este amado Esposo de nuestras almas, complete la obra de gracia que ha comenzado en mí, pobrecito. En mí, su pobre y mezquina criatura, a quien, desde el nacimiento, ha dado pruebas de una predilección especialísima; me ha demostrado que Él no sólo habría sido mi salvador, mi sumo bienhechor, sino también el amigo devoto, sincero y fiel, el amigo de corazón, el eterno e infinito amor, el consuelo, la alegría, el alivio, todo mi tesoro.

Y yo, ¡jay!, entre tanto, quizá inocente e inconscientemente, orientaba mi corazón,

siempre abrasado de amor por el Todo y por todo, a las criaturas que me eran placenteras y agradables. Él, que siempre ha velado por mí, me reprendía internamente; me reprochaba, paternamente, dulcemente sí, pero era el reproche que escuchaba el alma.

(Noviembre de 1922, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 1005)

15 de septiembre

Una voz triste pero dulcísima sonaba en mi pobre corazón; era el aviso del padre amoroso que dibujaba en la mente de su hijo los peligros que habría de encontrar en la lucha de la vida; era la voz del padre bondadoso que quería el corazón del hijo alejado de aquellos amores infantiles inocentes; era la voz del padre amoroso que susurraba a los oídos y al corazón del hijo que se apartara del todo de la arcilla, del fango, y que celosamente le pedía que se consagrara totalmente a Él.

Apasionadamente, con suspiros amorosos, con gemidos inenarrables, con palabras dulces y suaves, lo llamaba a sí, quería hacerlo todo suyo.

Más aún, casi celoso del hijo, permitía con frecuencia que la criatura, hija de la tierra y del fango, diera coces y lanzara golpes inmerecidos al hijo que Él amaba con tanta ternura y afecto; y que este comprendiera hasta qué punto había sido falaz y engañoso el amor que, inocente e infantilmente, daba a las criaturas...

Entonces yo, el hijo ingrato, lo comprendía todo y contemplaba claramente el cuadro terrible y espantoso que Él, en su infinita misericordia, me presentaba; cuadro en verdad desalentador, que habría hecho temblar y asustarse a las almas más probadas.

Al percibir aquellas inmundicias, aquellas miserias, yo invocaba enseguida los santísimos nombres de Jesús y de María, llamando con angustia al buen padre para que viniera en mi ayuda. Y he ahí que enseguida, en respuesta a mi llamada, Él se me presentaba; y, viendo que yo me esforzaba por alejar de mí aquel funesto cuadro, parecía que sonriera, parecía que me invitara a otra vida, me hacía comprender que el puerto seguro, el refugio de paz para mí era el ejército de la milicia eclesiástica.

(Noviembre de 1922, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 1005)

16 de septiembre

¿Dónde, Señor, podré servirte mejor que en el claustro y bajo el estandarte del Pobrecillo de Asís? Y Él, viendo mi turbación, sonreía, sonreía por largo tiempo; y esta sonrisa dejaba en mi corazón una dulzura inefable; a veces lo sentía verdaderamente a mi lado, me parecía ver su sombra; y mi carne, todo mi ser, se alegraba en su Salvador, en su Dios.

Y yo entonces sentía dos fuerzas dentro de mí, que luchaban entre sí y que laceraban el corazón. El mundo, que me quería para sí, y Dios, que me llamaba a una vida nueva. ¡Dios mío!, ¿quién podrá manifestar ahora aquel martirio interno que tenía lugar en mí?

El solo recuerdo de aquella lucha intestina, que se daba entonces dentro de mí, hace

que se me hiele la sangre en las venas, y eso que han pasado ya, o están por pasar, veinte años.

¡Sentía la voz del deber de obedecerte a ti, Dios verdadero y bueno! ¡Pero los enemigos tuyos y míos me tiranizaban, me dislocaban los huesos, me escarnecían y me contorcían las vísceras!

Quería obedecerte a ti, mi Dios, mi Esposo. Este era siempre el sentimiento que primaba en mi mente y en mi corazón; pero, ¿dónde reunir las fuerzas que pudieran aplastar, con pie firme y decidido, primero los falsos halagos y después la tiranía de un mundo que no es tuyo?

(Noviembre de 1922, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 1005)

17 de septiembre

¡Tú lo sabes, Señor, las amargas lágrimas que yo derramaba delante de ti en aquellos días luctuosísimos! Tú lo sabes, Dios de mi alma: los gemidos de mi corazón, las lágrimas que bajaban de estos ojos. Tú tenías la prueba incontestable de aquellas lágrimas y de lo que expresaban, de almohadas que quedaban empapadas. Deseaba y siempre quería obedecerte, pero la vida me capturaba. Quería morir antes que dejar de responder a tu llamada.

Pero tú, Señor, que hiciste experimentar a tu hijo todos los efectos de un verdadero abandono, te levantaste al fin, me extendiste tu mano poderosa y me llevaste al lugar adonde ya anteriormente me habías llamado. Te sean dadas, Dios mío, infinitas alabanzas y acciones de gracias.

Tú aquí me escondiste a los ojos de todos; pero ya desde entonces habías confiado a tu hijo una misión grandísima, misión que sólo por ti y por mí es conocida. ¡Dios mío, Padre mío!, ¡¿cómo he correspondido a esta misión?!

No lo sé. Pero sé solamente que quizá debía haber hecho más, y este es el motivo de la actual inquietud de mi corazón.

Inquietud que siento que se va agigantando dentro de mí en estos días de retiro espiritual.

(Noviembre de 1922, a las hermanas Campanile, *Ep. III*, 1005)

18 de septiembre

Levántate, pues, Señor, una vez más y líbrame ante todo de mí mismo; y no permitas que se pierda aquel a quien con tanto cuidado y urgencia has vuelto a llamar y has arrancado de un mundo que no es tuyo. Levántate, pues, Señor, una vez más y confirma en tu gracia a los que me has confiado; y no permitas que ninguno llegue a perderse abandonando el redil.

¡Oh Dios, oh Dios!... No permitas que se pierda tu heredad. ¡Oh Dios!, manifiéstate cada vez más a mi pobre corazón y completa en mí la obra que ya has comenzado.

Oigo en mi interior una voz que de continuo me grita: Santificate y santifica. Pues,

bien, queridísima mía, yo lo quiero, pero no sé por dónde comenzar.

Ayúdame también tú; sé que Jesús te quiere mucho y tú lo mereces. Háblale, pues, de mí; que me conceda la gracia de ser un hijo menos indigno de san Francisco; que pueda ser ejemplo para mis hermanos, de modo que el fervor continúe siempre en mí y crezca cada día más, para hacer de mí un perfecto capuchino.

(Noviembre de 1922, a las
hermanas Campanile, *Ep. III*, 1005)

19 de septiembre

A mí me parece que el alma, cuanto más rica se ve, más motivos tiene para humillarse ante el Señor, porque los dones del Señor aumentan y ella no podrá nunca complacer plenamente al dador de todo bien. Y, además, tú en particular, ¿de qué te glorías? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si todo lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te glorías, casi como si fuera algo tuyo?

Oh, repítete a ti misma cuando el tentador quiera conseguir que te engrías: todo lo que en mí hay de bueno lo he recibido de Dios en préstamo; gloriarme de lo que no es mío sería una estupidez. Haz de este modo y no temas.

(30 de enero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 321)

20 de septiembre

Era la mañana del 20 del pasado mes de septiembre, estando en el coro después de la celebración de la santa misa, cuando me sentí invadido por un reposo semejante a un dulce sueño. Todos los sentidos, internos y externos, y las mismas facultades del alma, se encontraron en una quietud indescriptible. En todo esto reinaba un total silencio en torno a mí y dentro de mí; estando así, de pronto se hizo presente una gran paz y abandono a la completa privación de todo, aceptando la propia destrucción. Todo esto fue instantáneo, como un relámpago.

Y mientras acaecía todo esto, me vi delante de un misterioso personaje, semejante a aquel visto la tarde del 5 de agosto, con la sola diferencia de que en este las manos y los pies y el costado manaban sangre.

Su vista me aterrorizó; lo que yo sentía en mí en aquel instante me resulta imposible decírselo. Me sentía morir, y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostener el corazón, que yo sentía que se me escapaba del pecho.

Se retira la vista del personaje y yo me vi con manos, pies y costado atravesados y que manaban sangre. Imagine el desgarró que experimenté entonces y que voy experimentando continuamente casi todos los días.

La herida del corazón mana sangre continuamente, sobre todo del jueves por la tarde hasta el sábado. Padre mío, yo muero de dolor por el desgarramiento y la confusión subsiguiente que sufro en lo íntimo del alma. Temo morir desangrado, si el Señor no escucha los gemidos de mi corazón y no retira de mí esta operación. ¿Me concederá esta gracia Jesús, que es tan bueno?

¿Me quitará, al menos, esta confusión que yo experimento por estos signos externos? Alzaré fuerte mi voz a él y no cesaré de conjurarle, para que por su misericordia retire de mí, no el desgarró, no el dolor, porque lo veo imposible y siento que él me quiere embriagar de dolor, sino estos signos externos, que son para mí de una confusión y de una humillación indescriptible e insostenible.

(22 de octubre de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1092)

21 de septiembre

El conocimiento de tu indignidad y de tu monstruosidad interior es una luz purísima de la divinidad, que pone a tu consideración tu ser y la capacidad de cometer toda clase de delitos si te falta la gracia. Esta luz es un gran regalo de la misericordia divina, y fue concedida a los santos más excelsos, porque pone al alma a cubierto de todo sentimiento de vanidad y de orgullo y fortalece la humildad, que es el fundamento de la auténtica virtud y perfección cristiana. Santa Teresa tuvo también este conocimiento, y dice que es tan doloroso y horrible como para causar la muerte, si el Señor no sostiene el corazón.

El conocimiento de la indignidad potencial no se debe confundir con el de la indignidad actual. El primero hace a la criatura aceptable y grata a los ojos del Altísimo; el segundo la vuelve detestable, porque es el reflejo de la iniquidad presente en la conciencia. Tú, en la oscuridad en que te encuentras, confundes el primero con el segundo y, del conocimiento de lo que podrías ser, temes que ya eres aquello que en ti es sólo una posibilidad.

(20 de marzo de 1918, a Antonietta Vona, *Ep. III*, 847)

22 de septiembre

Jesús se complace en comunicarse a las almas sencillas; esforcémonos por adquirir esta hermosa virtud, tengámosla en gran aprecio. Jesús dijo: «Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos». Pero antes de enseñarnos esto con palabras, lo había practicado él mismo con los hechos. Se hizo niño y nos dio ejemplo de aquella sencillez que después enseñó también con palabras. Desterremos de nuestro corazón la prudencia humana, teniéndola muy lejos del mismo. Esforcémonos por tener siempre una mente pura en sus pensamientos, recta en sus ideas, siempre santa en sus intenciones.

Mantengamos siempre una voluntad que no busque otra cosa que a Dios y su gloria. Si nos esforzamos por avanzar en esta hermosa virtud, el que nos la enseñó nos enriquecerá siempre con nuevas luces y con mayores dones celestiales.

Tengamos siempre ante los ojos de la mente nuestra condición de sacerdotes y, hasta que no llegemos a decir con san Pablo a todos, sin miedo a mentirles: «Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo», no dejemos de progresar continuamente en esta hermosa virtud de la sencillez.

Pero no daremos un solo paso en esta virtud, si no intentamos vivir en una paz santa e inalterable. Dulce es el yugo de Jesús, su peso ligero; por eso, no dejemos al enemigo

que se insinúe a nuestro corazón para arrebatarnos esta paz.

(10 de julio de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 606)

23 de septiembre

La paz es la sencillez del espíritu, la serenidad de la mente, la tranquilidad del alma, el vínculo del amor. La paz es el orden, es la armonía entre todos nosotros; es un gozo continuo, que nace del testimonio de la buena conciencia; es la alegría santa del corazón, en el que reina Dios. La paz es camino hacia la perfección, más aún en la paz se halla la perfección; y el demonio, que sabe muy bien todo esto, pone todos los medios para arrebatarnos la paz.

Estemos muy alerta ante el más mínimo síntoma de inquietud; y, en cuanto nos demos cuenta de que estamos para caer en el desánimo, acudamos a Dios con filial confianza y con un total abandono en Él.

Todos nuestros desánimos desagradan mucho a Jesús, ya que tales desánimos nunca dejan de ir acompañados de alguna imperfección y siempre tienen su origen en el egoísmo y en el amor propio.

(10 de julio de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 606)

24 de septiembre

De una sola cosa debe entristecerse el alma, de la ofensa hecha a Dios; y también en este punto hay que ser muy cautos. Debemos entristecernos sí por nuestras faltas, pero con un dolor que no nos quite la paz, confiando siempre en la misericordia divina.

Guardémonos además de ciertos reproches y remordimientos contra nosotros mismos, pues estos reproches casi siempre provienen del enemigo para perturbar nuestra paz en Dios.

Si tales reproches y remordimientos nos humillan y nos hacen diligentes en obrar el bien, sin quitarnos la confianza en Dios, tengamos por seguro que nos vienen de Dios. Pero si nos confunden y nos vuelven temerosos, desconfiados, perezosos y lentos para el bien, tengamos por seguro que nos vienen del demonio; y, como tales, rechacémoslos, avivando la confianza en Dios.

De este modo, manteniendo nuestro ánimo sereno y en paz en las dificultades, avanzaremos mucho en los caminos del Señor; por el contrario, si perdemos esta paz, nuestro esfuerzo por alcanzar la vida eterna conseguirá poco o ningún fruto.

(10 de julio de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 606)

25 de septiembre

Las sombras que invaden tu espíritu no son otra cosa que efecto de la luz refleja que se aleja de tu alma. Pero el Señor ha hecho que a esa luz refleja suceda otra luz mucho más viva e intensa; y esta luz no es distinta o, mejor, es la misma que un día debe unir en

matrimonio celeste a la criatura con su creador.

No debe maravillarte si esta altísima luz produce efectos diversos y, estoy por decir, casi contradictorios, porque no depende de las distintas disposiciones y de los distintos estados del alma en la que esto se está realizando. En un primer momento, esta luz penetra en el alma y la deja en un estado de sufrimiento, porque descubre manchas que ella jamás había visto; y sólo allá arriba habría visto las que ve también ahora.

Muchos son los motivos por los que el alma se encuentra así de apenada; pero, de entre ellos, sobresale uno que es el que más atormenta a esta predilecta de Dios. El alma, apenas es traspasada por esta luz altísima, ve a Dios, no ya como padre amoroso, sino como juez rigurosísimo. Y, lejos de ser acusada por Dios, ella misma, toda llena de terror, se inculpa a sí misma, única y sola causante de tan gran desventura.

(Marzo de 1916, a
Margherita Tresca, *Ep. III*, 167)

26 de septiembre

Esta alma, tan encendida de Dios, en absoluto se reconoce como tal. Cree que no ama a Dios y, por mucho que la pobrecita se esfuerce por amarlo, le parece que el Señor no sólo no acepta su amor, sino que incluso lo rechaza. De aquí surge en su corazón el pleno convencimiento de que será rechazada por Dios para siempre, sin esperanza alguna de que Él regrese al alma.

Con todo, a pesar de este convencimiento, el alma no desespera; son más insistentes los clamores que eleva al cielo; su golpear a la puerta del huésped divino es continuo, incluso estando convencida de que jamás le será abierta esa puerta, de que el cielo jamás extenderá su reinado sobre ella.

¡Pobrecita! ¡¿Cómo debe actuar para sostenerse?! ¿Quién es el que de hecho la sostiene? Debe convencerse de que Dios, a quien el alma considera lejos, está dentro de ella y obra en ella, con una actuación cuyas acciones y eficacia son iguales a su amor por sus criaturas.

He aquí, en resumen, puesto al desnudo, el estado actual de tu alma. A ti no te queda más que resignarte, bendecir la mano de quien te conduce por una vía extraña, sí, pero acertadísima para el fruto que de ella viene a tu espíritu. Estate segura de que, si bien es cierto que el cielo te parece totalmente negro y lleno de nubes para ti, está muy sereno en tu espíritu. Esta serenidad tú no la ves, no la puedes ver, y no debes verla porque así lo quiere Dios y porque esto es lo mejor para tu alma; pero, entre tanto, la serenidad resplandece y yo te lo aseguro en el Señor y con el Señor.

(Marzo de 1916, a
Margherita Tresca, *Ep. III*, 167)

27 de septiembre

Cuántos cortesanos van y vienen cientos de veces ante el rey, y no para hablarle o para escucharlo, sino sencillamente para ser vistos por él y, de este modo, manifestarse como sus fieles servidores. Este modo de estar en la presencia de Dios, únicamente para

expresarle con nuestra voluntad que nos reconocemos siervos suyos, es muy santo, excelente, puro y de una grandísima perfección. Él hablará contigo, paseará en tu compañía cientos de veces por las sendas de su jardín de oración; y si esto no sucediera nunca –lo que se puede decir que es imposible, porque a este padre tan tierno no le aguantará el corazón ver a su creatura en *perpetua fluctuación*–, conténtate con ello, pues nuestra obligación es la de seguirle, considerando que para nosotros es un honor y una gracia muy grande el que Él nos tolere en su presencia.

De esta manera no estarás inquieta por hablarle, porque el otro modo de estar a su lado no es menos útil, o quizá incluso lo es mucho más, aunque nos agrade menos. Por tanto, cuando te encuentres junto a Dios en la oración, reflexiona en esta verdad; háblale si puedes; y, si no puedes, detente allí, hazte ver y rechaza otras preocupaciones.

(23 de agosto de 1918, a las
hermanas Campanile, *Ep. III*, 979)

28 de septiembre

Cómo se entristece mi corazón al verte sacudida cada día por nuevas y furiosas tempestades; pero es mucho mayor el gozo en mi espíritu al saber con certeza que la furia de las olas en ti las permite, con especial providencia, el Padre celestial, para hacerte semejante a su amadísimo Hijo, perseguido y golpeado hasta la muerte, ¡y hasta la muerte de cruz!

En la medida en que son grandes tus sufrimientos, lo es el amor que Dios te ofrece. Aquellos, querida mía, te sirvan de medida de comparación del amor que Dios te tiene. El amor de Dios lo conocerás por esta señal: las aflicciones que te manda. La señal la tienes en tus manos y está al alcance de tu inteligencia; alégrate, pues, cuando la tempestad se embravece; alégrate, te digo, con los hijos de Dios, porque esto es amor singularísimo del Esposo divino hacia ti. Humíllate también ante la majestad divina, considerando cuántas otras almas hay en el mundo, más dignas y más ricas de dotes intelectuales y de virtudes, y que ciertamente no son tratadas con ese singularísimo amor con el que tú eres tratada por Dios.

(19 de septiembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 174)

29 de septiembre

Que te haga la guerra Satanás, bien directamente con sus malignas sugerencias, bien indirectamente por medio del mundo y de nuestra naturaleza corrompida; que haga mucho ruido ese infeliz apóstata; que te amenace, incluso, con tragarte: ¡no importa! Él nada podrá contra tu alma, porque Jesús ya la tiene estrechada a sí y la sostiene calladamente con su gracia siempre vigilante. Tranquilízate, hija querida de Jesús, porque te digo la verdad: nunca en el pasado tu espíritu ha estado tan bien como ahora.

Y no llegues a creer que soportas tus sufrimientos como reparación por culpas cometidas, pues es únicamente la acción del Señor, que te aflige para adornar la diadema con las perlas que quiere para ti.

(19 de septiembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 174)

30 de septiembre

No dudes de la ayuda divina, no te abandones a ti misma por las múltiples aflicciones, de las que te ves rodeada de continuo, pues todo redundará en gloria de Dios, y en salvación del alma. Dime, ¿cómo puedes dudar de estas aseveraciones? Sin la gracia divina, ¿habrías podido superar tantas crisis y tantas luchas, a las que en el pasado ha estado sometido tu espíritu? Confía, pues, siempre, porque esa misma gracia hará en ti el resto: tú alcanzarás la salvación y el enemigo se consumirá en su rabia.

Mientras tanto, sigue rezando, agradeciendo y sufriendo por las intenciones que Dios quiere y de acuerdo a su divina voluntad. Que te anime a ello el pensamiento de que el premio no está lejos. Comprendo que la prueba es dura, que la lucha es para el alma más penosa de lo que se pueda decir, pero es grande también el mérito del triunfo, inefable el consuelo, inmortal la gloria, eterna la recompensa.

(20 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 403)

Octubre

1 de octubre

Veo, queridísima hija, que todas las estaciones del año se dan en tu alma, ya que a veces sientes el invierno de la esterilidad, las distracciones, las desganas y los tedios; otras, el rocío del mes de mayo con el perfume de santas florecillas; otras, los colores del deseo de agradar a Dios. No te falta más que el otoño, en el que, como sabes, no brotan muchos frutos; pero sucede con frecuencia que, al trillar las mieses y prensar las uvas, uno se encuentra con cosechas más abundantes de lo que prometían la siega y la vendimia.

Tú, hija, querrías que todo se hallara en primavera o en verano; pero no, hija; es necesario que se den estas vicisitudes en el interior y en el exterior. Sólo en el cielo todo será primavera en cuanto belleza, todo otoño en cuanto gozo, todo verano en cuanto amor. No existirá invierno alguno; pero el invierno es necesario para ejercitarnos en la abnegación y en las mil pequeñas y bellas virtudes, que se practica en las épocas de esterilidad.

(18 de mayo de 1918, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 315)

2 de octubre

Camina siempre, mi buena hija, al mismo paso, y no te inquietes si este te parece lento; si tu intención es buena y decidida, no cabe más que caminar bien. No, mi queridísima hija, para el ejercicio de las virtudes no es necesario estar siempre, y de forma expresa, atenta a todas; esto sin duda enredaría y complicaría demasiado tus pensamientos y tus afectos.

En resumen, puedes y debes estar tranquila, porque el Señor está contigo y es Él el que obra en ti. ¡No temas por encontrarte en la barca en la que Él duerme y te deja! Abandónate totalmente en los brazos de la divina bondad de nuestro Padre del cielo y no temas, porque tu temor sería tan ridículo como el que pueda sentir un niño en el regazo materno.

(18 de mayo de 1918, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 315)

3 de octubre

Jesús sea siempre todo tuyo, y el padre san Francisco te recompense todo el bien que intentas hacer a las almas de nuestro país, animándolas a combatir bajo su santo estandarte. Dejo que te imagines la alegría y el consuelo que ha sentido mi corazón al conocer el florecimiento religioso que se está promoviendo por medio de la Tercera Orden franciscana.

He llorado de emoción y de consuelo; y, en el silencio de la noche y el retiro de mi celdita, he levantado muchas veces mi mano para bendeciros a todas y para presentaros a Jesús y a nuestro padre común san Francisco, para que os hayan mirado como a su descendencia elegida y para que, por medio de vosotras, vuelvan a llamar a muchas otras

almas que, pobrecitas, perdido el camino de la justicia y de la santidad y apagada en ellas la fe, se mueven errantes, como meteoros perdidos por el firmamento, por sendas extraviadas. Que la estrella de Jesús Niño ilumine también a estas almas y las conduzca hasta él, pastor y único padre de todos.

No te canses de propagar la Tercera Orden y de ofrecer a todos por este medio la vida verdadera. Haz conocer a todos a san Francisco y su verdadero espíritu. El mérito que tendrás reservado allá arriba será grande; pero recuerda también que es grande la responsabilidad que asumes ante Dios y ante tu conciencia, si no te esfuerzas por secundar este viento favorable de la gracia, que sopla con fuerza en ti y en nuestro país.

Sé, pues, siempre fiel a Dios en el cumplimiento de las promesas que le has hecho, y no te preocupes de las burlas de los insensatos. Has de saber que los santos son siempre despreciados por el mundo y los mundanos, y que han puesto bajo sus pies el mundo y sus máximas.

(31 de diciembre de 1921, a
Violante Masone, *Ep. III*, 1079)

4 de octubre

Mi queridísima hija: ¡Jesús sea siempre todo tuyo, te mire siempre con benevolencia, te asista siempre y en todo con su gracia vigilante, te sea siempre y en todo escudo, apoyo y guía, y te haga santa!

Con estos deseos muy sinceros, que con frecuencia le presento a Jesús, doy respuesta a la carta que me enviaste por medio de la señorita Serritelli. Estoy contento al saber que rebasas siempre buena voluntad, y doy vivísimas gracias a Dios por ello. Procura hacer fructificar cada vez más los talentos recibidos de Dios.

Trabaja incansablemente por la salvación de nuestros hermanos, y lleva al conocimiento de todos el espíritu de san Francisco, que es del todo el espíritu de Jesucristo. La sociedad necesita reformarse; y yo no conozco otro medio más eficaz que el que todos sean terciarios de san Francisco y vivan su espiritualidad. Con esta finalidad y condición, te aceptaré en el número de mis queridísimos hijos.

Encomendándome a mí mismo y a todos los míos a tus plegarias, con paterno y redoblado afecto te bendigo.

(25 de enero de 1914, a
Elena Bandini, *Ep. III*, 1050)

5 de octubre

Mantente firme en tus decisiones; permanece en la barca en la que te ha puesto nuestro Señor, que, aunque llegue la tempestad, no perecerás. Te parece que Jesús duerme, y es posible que sea así; pero, ¿no sabes que, si él duerme, su corazón cuida oportunamente de ti? Déjale incluso que duerma; pues en el momento oportuno despertará para ofrecerte la calma. El queridísimo san Pedro, dice la Escritura, se asustó y temblando exclamó: «¡Señor, sálvame!». Y nuestro Señor, tomándolo de la mano, le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?». Mira, hija, a este santo Apóstol: él camina a pie

enjuto sobre las aguas; las olas y los vientos no sabrían sumergirlo; pero el miedo al viento y a las olas lo desanima, lo abate. El miedo es un mal peor que el mismo mal. Hijita de poca fe, ¿qué puedes temer tú? ¿No cuida él de ti? Tú caminas sobre el mar, encuentras vientos y olas, pero, ¿estar con Jesús no te es suficiente? ¿A qué puedes tener miedo? Pero si el miedo te sorprende, grita con fuerza: «Señor, sálvame». Él te alargará la mano; apriétala con fuerza y camina con alegría sobre el mar de las tempestades de la vida.

(27 de diciembre de 1917, a
una destinataria desconocida, *Ep. III*, 927)

6 de octubre

Vive tranquila, queridísima hija, borra de tu imaginación lo que pueda turbarte, y repite con frecuencia a nuestro Señor: Oh Dios, tú eres mi Dios, yo confío en ti; me asistirás y serás mi refugio y yo nada temeré; porque tú, no sólo estás con Él, sino que estás en Él y Él en ti. ¿Qué puede temer el hijo en los brazos de un tal padre? Sé, mi queridísima Erminia, como los niños; no piensan casi nunca en su futuro, tienen quienes piensan por ellos; son bastante fuertes, solamente están con su padre. Haz tú también lo mismo, queridísima hija, y vivirás en paz.

(23 de abril de 1918, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 724)

7 de octubre

El alma que no ama a Dios no se preocupa de Dios, no experimenta en absoluto el temor de no amar a Dios, no se angustia pensando en Dios con el deseo sincero de amarlo; y si por casualidad alguna vez le viene a su mente el pensamiento, la idea de Dios, verás que enseguida, o casi enseguida, aleja la idea de su pensamiento.

Consuélate, te repito, porque, mientras tú temas no amar a Dios, y temas incluso ofenderlo, tú ya lo amas, tú ya no le ofendes de ningún modo. ¡Oh!, ¡quisiera el cielo que todas las almas sintieran el temor que tú sientes, desaparecería de la faz de la tierra la ofensa al Señor! ¡No se vería ya a tantas almas que caminan privadas del amor a Dios! Si fuera así para todas las almas, ¿me creerías?, nosotros perderíamos el concepto de almas privadas del amor a Dios, perderíamos hasta el concepto del pecado en la criatura humana, y todo esto lo contemplaríamos sólo en aquellos espíritus angélicos desgraciados que cayeron y fueron privados de su dignidad.

(4 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 368)

8 de octubre

Sufrir una prueba no depende en absoluto del alma, y nada se podrá hacer directamente para entrar en ella. Depende exclusivamente de la voluntad de Dios. Lo que te aconsejo es que estés tranquila y que no te preocupes por lo que sucederá. Todo concluirá en gloria de Dios y en santificación del alma.

Además, mantente siempre humilde ante la voluntad infinita del Señor, ensancha siempre tu corazón, agradece sin interrupción al buen Dios los favores que continuamente te otorga, porque no es digno de recibir nuevas gracias el que no sabe agradecer las que ya ha recibido. Y deja libre actuación a la gracia de Dios, buscando siempre su gloria, tu salvación y la de todas las almas; y no te olvides nunca que los favores celestiales se conceden no sólo para la propia santificación, sino también para la santificación de los demás.

(23 de febrero de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 340)

9 de octubre

Alegrémonos, pues llegará el día en que cantaremos a nuestro dulcísimo amante, descanso dulcísimo de todos los corazones enamorados de sus bellezas, himnos más alegres. Alegrémonos, te digo, pues llegará el día, y yo lo espero, en el que nuestro corazón ya no sufrirá por el remordimiento cruel de no amar suficientemente al dulce Señor.

Y mientras tanto, preparémonos a ese gran día y, si queremos bien a Jesús, sacudamos de una vez por todas y alejemos de nosotros todo lo que sabe a mundo y reflexionemos bien que todos los sufrimientos de esta vida no tienen, al decir de san Pablo, proporción alguna con la gran gloria que nos espera. Pensemos que el Esposo divino, no contento con la recompensa generosísima que reserva a nuestro amor en la otra vida, nos quiere dar a gustar un adelanto de la misma también en esta. Haga el Señor que comprendamos qué gran suerte es para el alma abandonarse en sus brazos, y estrechar un pacto con Él en estos términos: «Mi amado para mí y yo para Él»: yo soy toda para mi amado y mi amado es todo para mí; «que Él piense en mí, y yo pensaré en Él».

(7 de septiembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 482)

10 de octubre

¿Por qué no sabéis amoldaros perfectamente a la voluntad divina? ¿Por qué pensáis que casi estáis sin pastor, sólo porque Él está lejos en el cuerpo pero muy cerca en espíritu? ¡Ah!, mis queridísimas hijas, es ya tiempo de salir de esta infancia espiritual y de elevar el espíritu a una cima más alta y respirar allí aire más puro.

En cuanto a mí, yo me encuentro aquí, donde no veo todavía más que un ligero movimiento del alma hacia la sólida y verdadera devoción y piedad cristiana, de modo que, si no estuviera aplastado por esta bendita espina que ni mis esfuerzos ni la voz y las aseveraciones de mi guía han logrado removerla, me encontraría en una paz envidiable. Pero me resigno de buena gana, sabiendo que no sufro inútilmente.

Bendigo de corazón a Dios, que me ha permitido conocer almas verdaderamente buenas; y también a ellas les he anunciado que sus almas son la viña del Señor: la cisterna es la fe, la torre es la esperanza, la prensa es la santa caridad, la cerca es la ley

de Dios que las separa de los hijos del mundo.

(1 de mayo de 1918, a las
hermanas Ventrella, *Ep. III*, 585)

11 de octubre

A vosotras, mis queridísimas hijas, os digo: vuestra buena voluntad es vuestra viña; la cisterna son las santas inspiraciones de perfección que Dios hace llover desde el cielo; la torre es la santa castidad, que, como se dice de la torre de David, debe ser de marfil; la prensa es la obediencia, que aporta muchos méritos a las acciones que ella exprime; la cerca son vuestros compromisos y vuestras aspiraciones.

Dios, pues, hijas, conserve esta viña que Él ha plantado con su propia mano. Dios haga que sean cada vez más abundantes las aguas saludables de su gracia en su cisterna. Dios sea siempre el protector de su torre. Dios sea siempre el que hace dar vueltas a la prensa para exprimir el buen vino, y el que tiene cerrada y vigilada esta bella cerca con la que Él ha rodeado esta viña. Él haga que en ella los ángeles sean los viñadores inmortales.

(1 de mayo de 1918, a las
hermanas Ventrella, *Ep. III*, 585)

12 de octubre

Me horroriza, hermana mía, el daño que causa a las almas la privación de la lectura de los libros santos.

Mira cómo se expresan los santos padres cuando exhortan al alma a semejante lectura. San Bernardo, en su escalera claustral, indica que son cuatro los peldaños o los medios por los que se sube a Dios y a la perfección; y dice que son la lectura y la meditación, la oración y la contemplación. Y para probar lo que dice recurre a las palabras del Maestro divino: «Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá»; y, aplicándolas a los cuatro medios o grados de la perfección, dice que con la lectura de la Sagrada Escritura y de los otros libros santos y devotos se busca a Dios, con la meditación se le encuentra; con la oración se llama a su corazón y con la contemplación se entra en el teatro de las bellezas divinas, abierto a la mirada de nuestra mente por la lectura, la meditación y la oración.

La lectura, sigue diciendo en otro lugar el Santo, es como el alimento espiritual dado al paladar del alma; la meditación lo mastica con sus discursos; la oración prueba su sabor; y la contemplación es la misma dulzura de este alimento del espíritu, que conforta plenamente al alma y la consuela. La lectura se detiene en la corteza de lo que se lee; la meditación penetra hasta el meollo; la oración va en su busca con sus preguntas; la contemplación se deleita como en algo que ya se posee.

(28 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 138)

13 de octubre

Es increíble el valor que daba san Jerónimo a la lectura de los libros santos. A Salvina le recomienda que tenga siempre a mano libros devotos, porque estos son un fuerte escudo para rechazar todos los pensamientos malvados con los que es atacada la edad juvenil. A san Paulino le inculca lo mismo: «Siempre –dice él– esté en tus manos el libro sagrado que dé alimento a tu espíritu con la lectura devota». A la viuda Furia le insinúa que lea con frecuencia las sagradas escrituras y los libros de aquellos doctores, cuya doctrina es santa y sana, para que no tenga que cansarse al elegir, entre el lodo de los falsos documentos, el oro de las santas y sanas enseñanzas. A Demetria le escribe así: «Ama la lectura de las sagradas escrituras si quieres ser amada por la sabiduría divina, si quieres ser custodiada y poseída por ella. Antes, te embellecías de diversos modos –agrega aquí enseguida el santo doctor–, llevabas alhajas en el pecho, gargantillas en el cuello, joyas preciosas en las orejas. En el futuro las sagradas lecturas sean tus alhajas y tus joyas, con las que adornes tu espíritu con pensamientos santos y con afectos devotos».

(28 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 138)

14 de octubre

Te pido que te detengas a observar la fuerza que tiene la sagrada lectura para inducir a cambiar de camino y para hacer entrar por la senda de la perfección, incluso a personas mundanas. Para este fin te basta reflexionar en la conversión de san Agustín. ¿Quién fue el que conquistó para Dios a este gran hombre? En definitiva, el que al final lo conquistó no fue ni la madre con sus lágrimas, ni el gran san Ambrosio con su elocuencia divina, sino precisamente la lectura de un libro.

Quien lea el libro de sus confesiones no podrá contener las lágrimas. Qué guerra tan atroz, qué enfrentamientos tan feroces sostuvo en su pobre corazón por la repugnancia grandísima que experimentó al abandonar los placeres obscenos de los sentidos. Dice él de sí mismo que se veía obligado a gemir, atado por su voluntad casi como por una dura cadena, y que el enemigo infernal tenía sujeta su voluntad entre los cepos de una cruda necesidad. Dice que experimentaba agonía de muerte al separarse de sus perversas costumbres. (...)

Pero mientras el Santo estaba siendo combatido por afectos tan tumultuosos, oyó una voz que le dijo: toma y lee. Obedeció enseguida a esa voz y, leyendo un capítulo de san Pablo, pronto se despejaron de su mente los densos nubarrones, se ablandó toda la dureza de su corazón, y su espíritu se encontró con una serenidad plena y una calma deliciosa. Desde ese momento, rompiendo con el mundo, con el demonio y con la carne, se dedicó totalmente al servicio divino, llegando a ser después ese gran santo que hoy se honra en los altares. (...)

Ahora bien, si la lectura de los libros santos tiene tanto poder para convertir a personas mundanas en espirituales, ¡qué grande debe ser la fuerza de esas lecturas para inducir a personas espirituales a mayor perfección!

(28 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 138)

15 de octubre

Usted me dice que la venerable sor Teresa del Niño Jesús solía decir: «¡Yo no quiero elegir ni la muerte ni la vida; haga Jesús de mí lo que él quiera!». Por desgracia, veo con toda claridad que este es el retrato de todas las almas vacías de sí y llenas de Dios. Pero, ¡qué lejos está mi alma de un despojo como este! No consigo frenar los ímpetus del corazón; sin embargo, padre, me esfuerzo por acercarme a lo que decía la venerable sor Teresa, que, por otra parte, debe ser el dicho de todas las almas inflamadas del amor de Dios.

Pero, siendo sincero, debo confesar que no lo consigo, ya que debo permanecer prisionero en un cuerpo de muerte. Constató, lo digo, que en mí no hay amor a Dios porque, si lo hubiera, siendo el mismo el espíritu que vivifica, el efecto debería ser el mismo.

Para entendernos: si el que actúa en mí fuese el que actuaba en sor Teresa, también en mí tendría lugar el dicho de aquella alma santa. Entonces, dígame: ¿no tengo motivos para dudar? ¡Ay de mí!, ¿quién me librará de este desgarró tan cruel de mi corazón?

(17 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 674)

16 de octubre

Todos los sufrimientos de esta tierra, juntos en un haz, yo los acepto, Dios mío, los deseo como mi porción; pero nunca podré resignarme a estar separado de ti por falta de amor. ¡Ah!, por piedad, no permitas que esta pobre alma ande extraviada; no consientas nunca que mi esperanza se vea frustrada. Haz que nunca me separe de ti; y, si lo estoy en este momento sin ser consciente de ello, atráeme en este mismo instante. Conforta mi entendimiento, oh Dios mío, para que me conozca bien a mí mismo y conozca el gran amor que me has demostrado, y pueda gozar eternamente de las bellezas soberanas de tu divino rostro.

No suceda nunca, amado Jesús, que yo pierda el precioso tesoro que eres tú para mí. Mi Señor y mi Dios, muy viva está en mi alma aquella inefable dulzura que brota de tus ojos, y con la que tú, mi bien, te dignaste a mirar con ojos de amor a esta alma pobre y mezquina.

¿Cómo se podrá mitigar el desgarró de mi corazón, sabiéndome lejos de ti? ¡Mi alma conoce muy bien qué terrible batalla fue la mía cuando tú, mi amado, te escondiste de mí! ¡Qué vivamente grabada en mi alma, oh mi dulcísimo amante, permanece esa terrible y fulminante imagen!

(17 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 674)

17 de octubre

¿Quién haría que yo consiga alejar o apagar este fuego que me arde en el pecho, de llamas tan encendidas por ti? ¡Ah!, Señor, no quieras acostumbrarte a gozar escondiéndote. ¡Tú comprendes la turbación y la agitación que se apoderan de todas las

potencias del alma e incluso de los sentimientos! Tú ves que mi pobre alma no se sostiene ante el cruel desgarró de este abandono, porque la has enamorado demasiado de ti, belleza infinita.

Tú sabes que ella te busca con afán. Este afán no es inferior a aquel que experimentaba tu esposa del Cantar de los Cantares; también ella, al igual que esta sagrada esposa, recorre, fuera de sí, las calles y las plazas, y ruega e insta a las hijas de Jerusalén a que le digan dónde está su amado: «Os suplico, hijas de Jerusalén, si habéis visto a mi amado, decídmelo, que muero de amor».

(17 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in *Lamis*, *Ep. I*, 674)

18 de octubre

En esta situación, ¡qué bien comprende mi alma lo que se dice en los salmos: «Desfallece mi espíritu»!; «Me consumo ansiando tu salvación».

Sólo tú, Señor mío, sabes qué gran sufrimiento es este para el alma que te busca. Sin embargo, por tu amor, ¡mi alma sobrellevaría con paz este sufrimiento, si supiera que tampoco en esta situación es abandonada por ti, fuente de eterna felicidad!...

¡Ah!, tú comprendes bien el cruel martirio que supone para esta alma ver las graves ofensas que en estos tristísimos tiempos cometen los hijos de los hombres, y la ingratitud horrenda con la que es correspondida tu entrega amorosa, y la poca o nula importancia que estos ciegos dan al hecho de perderte.

¡Dios mío, Dios mío! Se puede decir también que estos ya no se fían de ti, porque tan descortésmente os niegan el tributo de su amor. ¡Ay de mí!, Dios mío, ¿cuándo llegará el momento en que esta alma vea restablecido tu reino de amor?... ¿Cuándo pondrás fin a mi sufrimiento?...

(17 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in *Lamis*, *Ep. I*, 674)

19 de octubre

Oh, almas santas, que, libres de preocupaciones, ya estáis gozando en el cielo del torrente de dulzuras soberanas; ¡cómo envidia vuestra felicidad!

¡Ah!, por piedad, porque estáis tan cerca de la fuente de la vida, porque me veis morir de sed en este bajo mundo, sedme propicias dándome un poco de esa fresquísima agua.

¡Ah!, almas bienaventuradas, demasiado mal –lo confieso–, demasiado mal he gastado en mi porción, demasiado mal he guardado en una joya tan valiosa; pero, ¡viva Dios!, pues siento que todavía hay remedio para esta culpa.

Pues bien, almas dichosas, sedme corteses y ofrecedme una pequeña ayuda. También yo, ya que no puedo encontrar en el descanso y en la noche lo que necesita mi alma, también yo me levantaré, como la esposa del Cantar de los Cantares, y buscaré al que ama mi alma: «Me alzaré y buscaré al que ama mi alma»; y lo buscaré siempre, lo buscaré en todas las cosas, y no me detendré en ninguna hasta que lo haya encontrado en el trono de su reino...

(17 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 674)

20 de octubre

¡Oh Dios, oh Dios!, ¿adónde vuela mi pensamiento?; ¿qué será de aquellos infelices hijos tuyos y todavía hermanos míos, que quizá han merecido ya tus relámpagos? Tú, mi dulce redentor, sabes cuántas veces el recuerdo de tu rostro divino, indignado contra estos mis infelices hermanos, me ha helado la sangre de terror, más que el pensamiento de los suplicios eternos y de las penas todas del infierno.

Yo, temblando, te he suplicado siempre, como te suplico de nuevo ahora, que, por tu misericordia, te dignes retirar de estos mis desgraciados hermanos una mirada tan fulgurante. Tú, mi dulce Señor, has dicho que «el amor es fuerte como la muerte y duro como el infierno»; por eso, mira con ojos de inefable dulzura a estos hermanos muertos, encadenándolos a ti con una fuerte cadena de amor.

Resurjan, Señor, todos estos auténticos muertos. Oh Jesús, Lázaro no fue el que te pidió que lo resucitaras; le sirvieron las súplicas de una mujer pecadora. Oh, mi divino Señor, aquí tienes otra alma, también ella pecadora y sin comparación más culpable, que te ruega por tantos muertos, que para nada se preocupan de pedirte que los resucites.

(17 de octubre de 1915, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 674)

21 de octubre

El modo ordinario de mi oración es este. Apenas me pongo a orar, enseguida siento que el alma comienza a recogerse en una paz y en una tranquilidad que no se pueden expresar con palabras. Los sentidos quedan en suspenso, a excepción del oído, que algunas veces permanece activo; pero de ordinario no me molesta; y debo confesar que, aunque a mi alrededor se hiciera muchísimo ruido, no por eso me molesta en lo más mínimo.

De esto deducirá que son pocas las ocasiones en las que consigo discurrir con el entendimiento.

Y me sucede con frecuencia que, en momentos en los que el continuo pensamiento de Dios, siempre presente en mí, se aleja un poco de la mente, siento entonces que el Señor, de cuando en cuando, me golpea en el centro de mi alma de un modo tan penetrante y suave que, casi siempre, no puedo menos de llorar de dolor por mi infidelidad y por la ternura de tener un padre tan bueno y tan atento para volverme a llamar a su presencia.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

22 de octubre

Otras veces, en cambio, me sucede que me encuentro en una gran aridez de espíritu; siento que mi cuerpo se halla en un gran hastío a causa de sus muchas enfermedades; siento que me es imposible poder recogerme y hacer oración, por muy buen deseo que tenga.

Este estado de cosas se va intensificando cada vez más, tanto que, si no me muero, es un milagro del Señor. Después, cuando al esposo celeste de las almas le agrada poner fin a este martirio, me manda de repente tal devoción de espíritu que me es imposible resistir. En un instante me encuentro totalmente transformado, rico de gracias espirituales y tan fuerte como para desafiar a todo el reino de Satanás.

Lo que sé decir de esta oración es que me parece que el alma se pierde totalmente en Dios, y que saca más provecho en esos momentos que lo que podría conseguir en muchos años de intentarlo con todas sus fuerzas.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

23 de octubre

Otras muchas veces me siento impulsado por un ímpetu vehemente; me siento estrujar totalmente por Dios; me parece encontrarme a las puertas de la muerte. Todo esto brota, no como fruto de alguna reflexión, sino de una llama interna y de un amor tan inimaginable que, si Dios no viniera en mi ayuda, en cuestión de segundos quedaría consumado.

En el pasado, con mi esfuerzo, a veces lograba calmar estos ímpetus; ahora de ningún modo consigo controlarlos. Lo único que puedo decir sobre esto, sin riesgo de equivocarme, es que yo nada pongo de mi parte. En esos momentos, siento que el alma tiene un ardentísimo deseo de salir de la vida y, porque ve que esos deseos no encuentran respuesta, sufre una pena acerbísima y a la vez muy deliciosa, que no querría que cesara nunca.

Le parece al alma que todos los demás encuentran consuelo y alivio en sus propios sufrimientos, mientras que sólo ella queda en el sufrimiento. El sufrimiento que la va penetrando, exactamente en su centro, es tan superior a su naturaleza que le resultaría imposible sufrirlo, si el piadoso Señor no viniera, Él mismo, a moderar su violencia con algunos raptos con los que la pobre mariposilla se calma y se tranquiliza, bien porque el Señor le ha hecho gustar algo de lo que ella desea, bien incluso por los secretos que a veces le revela.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

24 de octubre

Me vienen también grandes deseos de servir a Dios con perfección. En esos momentos, no hay tormento que el alma no sufriera con alegría. También esto me sucede sin ninguna reflexión mía, y de repente. El alma no comprende de dónde le viene el gran coraje que siente.

Tales deseos consumen al alma por dentro, porque comprende, por una luz vivísima que Dios le da, que no es capaz de ofrecer a Dios el servicio que desearía darle. Después, todo termina en las delicias con las que Dios inunda el alma.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto

25 de octubre

Las más de las veces me produce gran sufrimiento tratar con los demás, excepto con aquellas personas a las que se habla de Dios y de la preciosidad del alma. Precisamente por esto amo tanto la soledad.

Con mucha frecuencia me supone gran trabajo satisfacer las necesidades de la vida; es decir, comer, beber, dormir; y me someto a ellas, como si fuera un condenado, sólo porque Dios lo quiere.

Me parece que el tiempo pasa velozmente y que no tengo tiempo suficiente para orar. Me siento muy atraído por las buenas lecturas; pero leo bastante poco, porque estoy imposibilitado por la enfermedad y también porque, abierto el libro, después de una breve lectura, me encuentro profundamente recogido, de forma que la lectura se convierte en oración.

Desde que el Señor me va concediendo estas cosas, me siento muy cambiado, como para no reconocermé en lo que yo era antes.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

26 de octubre

Veó con claridad que, si en mí hay algo bueno, me ha venido todo de estos bienes sobrenaturales. Reconozco, por tanto, que es de aquí de donde me ha venido esa firmísima determinación de sufrir todo con resignación y prontitud, sin cansarme nunca de sufrir, aunque, ¡desgraciado de mí!, con cuántas imperfecciones. Una decisión firmísima de no ofender a Dios ni venialmente; y sufriría mil veces la muerte del fuego antes de cometer de forma deliberada pecado alguno.

Siento que he mejorado bastante en la obediencia al confesor y a quien dirige mi alma; tanto que me consideraría poco menos que condenado si les contraviniera en alguna cosa.

En las conversaciones, si se prolongan por pasatiempo, debo hacerme grandísima violencia para permanecer allí cuando no puedo alejarme; y esto me produce mucha pena.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

27 de octubre

Todas las cosas sobrenaturales nunca dejaron de producir en mí un fruto notable. Estos favores celestes han dejado en mí, además de los efectos propios de cada favor, estos tres efectos principales: un admirable conocimiento de Dios y de su incomprensible grandeza; un gran conocimiento de mí mismo y un profundo sentimiento de humildad al reconocermé tan atrevido al ofender a un padre tan santo; y un gran desprecio de todas las cosas de la tierra y un gran amor a Dios y a la virtud.

Reconozco también que, de estos tesoros celestes, me ha venido un grandísimo deseo de tratar con las personas que más han avanzado en los caminos de la perfección. Las amo tanto porque me parece que me ayudan mucho a amar al autor de todas las maravillas, Dios. Me siento también muy impulsado a abandonarme del todo en la providencia; y ya no me preocupan las cosas, sean prósperas o adversas; y todo esto tiene lugar sin ansiedad ni preocupación.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

28 de octubre

Antes me asustaba mucho que los demás supieran lo que el Señor obra en mí; pero, desde hace algún tiempo, ya no siento esta confusión, porque veo que, no por recibir estos dones, yo soy mejor; incluso me veo peor y que saco poco provecho de todas estas gracias. Tal es el concepto que tengo de mí mismo que no creo que puedan existir otros peores que yo; y cuando veo en otros ciertas cosas que parecen ser pecado, no puedo convencerme de que hayan ofendido a Dios, aunque yo vea con claridad que es así. Sólo me preocupa el mal colectivo, que con frecuencia me hace sufrir muchísimo.

Esto es lo que de ordinario experimenta mi alma; pero algunas veces, aunque raramente, me sucede que, por distintos espacios de tiempo e incluso durante días, me veo privado de estos favores; y, de tal forma se borran de mi mente, que no logro recordar, como realizado en mí, ni el más pequeño bien. Me parece que mi alma está totalmente envuelta en tinieblas y que no logra acordarse de nada.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

29 de octubre

Todos los males corporales y espirituales se ponen de acuerdo para atormentarme. Me siento turbado en el espíritu. Quisiera, no digo orar, que sería demasiado, pero sí tener un solo pensamiento sobre Dios; pero, en esta situación, todo me resulta imposible. Me veo lleno de imperfecciones; todo el coraje que sentía antes me abandona absolutamente. Me veo debilísimo para practicar la virtud, para resistir los asaltos de los enemigos. Ahora, más que nunca, me convenzo de que en absoluto soy bueno. Me asalta una profunda tristeza, y un pensamiento terrible pasa por mi mente: el de poder ser un iluso sin darme cuenta de ello. ¡Sólo Dios sabe qué tormento es este para mí! ¿Quizá el Señor, pienso yo, podrá permitir, como castigo de mis infidelidades, que yo, sin saberlo, me engañe a mí mismo y a mis directores espirituales? ¡¿Y qué hacer para superar esta duda, cuando, por una luz que llevo en el alma, conozco perfectamente mis muchos tropiezos, en los que voy involuntariamente cayendo siempre, no obstante los muchos tesoros del Señor que llevo en mí?!

Lo que descubro con verdad y claridad es que mi corazón, también entonces, ama mucho, bastante más de lo que descubre mi entendimiento. Sobre esto no me asalta ninguna duda; y estoy tan seguro de amar que, después de las verdades de fe, de ninguna

otra cosa estoy tan seguro como de esto.

En esta situación, lo que sé decir con certeza es que no ofendo a Dios más de lo acostumbrado porque, gracias al cielo, la confianza en Él no la pierdo nunca. En cuanto el Señor viene a visitarme, todo esto se pasa; el entendimiento se me llena de luz; la fortaleza y todos los buenos deseos los siento revivir en mí; y hasta en las enfermedades corporales me veo bastante aliviado.

(1 de noviembre de 1913, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 420)

30 de octubre

No des lugar en tu alma a la tristeza, porque ella impide la libre actuación del Espíritu Santo. Pero, si queremos entristecernos, entristezcámonos, sí, pero hagámoslo de modo que nuestra tristeza sea santa, y que nazca de ver que el mal se va expandiendo cada vez más en la sociedad actual. ¡Oh!, ¡cuántas pobres almas van apostatando diariamente de Dios, nuestro bien supremo!

El no querer someter el propio juicio al de los demás, sobre todo al de quien es experto en el tema en cuestión, es signo de poca docilidad, es prueba demasiado clara de secreta soberbia. Tú misma lo sabes y lo compartes conmigo; por tanto, ánimo, evita las recaídas, mantente muy atenta ante ese maldito vicio, sabiendo cuánto desagrada a Jesús, porque está escrito que «Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes».

(26 de noviembre de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 245)

31 de octubre

Si no fuera, padre mío, por la guerra que el demonio me hace de continuo, estaría casi en el paraíso; me encuentro en las manos del demonio, que se esfuerza por arrancarme de los brazos de Jesús. ¡Cuánta guerra, Dios mío, me hace ese! En algunos momentos, poco falta para que pierda la cabeza por la violencia continua que debo hacerme. Padre mío, ¡cuántas lágrimas, cuántos suspiros elevo al cielo para ser liberado de esta situación! Pero no importa, yo no me cansaré de orar a Jesús. Es verdad que mis oraciones son más dignas de castigo que de premio, porque he disgustado demasiado a Jesús con mis incontables pecados; pero, al final, Jesús se apiadará de mí, o sacándome del mundo y llamándome a él, o librándome; y, si no quisiera concederme ninguna de estas dos gracias, espero al menos que querrá continuar concediéndome la gracia de no ceder a las tentaciones. Jesús, que no ha medido su sangre al derramarla por la salvación del hombre, ¿querrá acaso medir mis pecados para perderme como consecuencia de los mismos? Creo que no. Él se vengará, pronto y santamente, con su santo amor hacia la más ingrata de sus criaturas.

¿Y usted qué me dice sobre esto? Dígaselo también usted a Jesús, que le mantendré la promesa de no disgustarlo más, que incluso me esforzaré por amarlo siempre.

(20 de diciembre de 1910, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 208)

Noviembre

1 de noviembre

Para animarnos a sufrir de buena gana las tribulaciones que la piedad divina nos ofrece, tengamos nuestra mirada fija en la patria celestial, que nos está reservada; contemplémosla, mirémosla de continuo con especial atención. Como consecuencia, apartemos la mirada de los bienes que se ven, quiero decir de los bienes terrenos, ya que la vista de estos últimos embelesa y distrae al alma y corrompe nuestros corazones; y hacen que nuestra mirada no esté del todo en la patria celestial.

Escuchemos lo que el Señor nos dice a propósito de esto por medio de su santo apóstol Pablo: «Nosotros no miramos las cosas que se ven, sino que miramos las que no se ven». Y es muy justo que nosotros contemplemos los bienes celestiales, no preocupándonos de los terrenos, porque aquellos son eternos, estos son transitorios.

¿Qué diríamos nosotros si nos detuviéramos ante un pobre campesino, que permaneciera casi atónito contemplando un río que corre a gran velocidad? Casi seguro que nos echaríamos a reír, y tendríamos razón. ¿No es una locura detener la mirada en lo que pasa rápidamente? Esa es la situación de quien detiene su mirada en los bienes visibles. En efecto, ¿qué son en realidad? ¿Son acaso diversos de un río veloz, cuyas aguas, aun antes de que hayamos puesto en ellas el ojo, ya se escapan de la vista para no dejarse ver nunca más?

Dejemos, querida mía, a quien, para desgracia suya, está privado de la fe, a quien para su desventura no sabe distinguir lo precioso de lo vil, el deseo, el amor de los bienes terrenos y sensibles; y nosotros, que por la bondad del Dios altísimo hemos sido llamados a reinar con el Esposo divino, nosotros, para quienes la verdadera luz de Dios centellea clara y lúcida ante nuestras mentes, tengamos siempre fija nuestra mirada en los esplendores de la Jerusalén celestial.

La consideración de los variados bienes que allí poseeremos sea el dulce alimento de nuestros pensamientos, y nuestra mente enamorada de aquellas delicias eternas hará surgir en nuestro corazón los más encendidos y vigorosos afectos hacia ellas.

(10 octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 185)

2 de noviembre

Subamos, mis queridas hijas, subamos sin cansarnos nunca a la celeste visión del Salvador; alejémonos paso a paso de las ataduras terrenas; despojémonos del hombre viejo y vistámonos del hombre nuevo; y aspiremos a la felicidad, que nos está preparada.

Antes de poner fin a esta carta, os ruego que oréis mucho a Jesús por mí, para que me conceda someterme a su voluntad, manifestada por mi superior, y servirle con fidelidad y sinceridad.

Yo deseo, y vosotras no lo ignoráis, morir y amar a Dios; o la muerte o el amor; ya que la vida, sin este amor, es peor que la muerte. Hijas mías, ¡ayudadme! Yo muero y agonizo en cada instante. Todo me parece un sueño y no sé dónde me muevo. ¡Dios mío! Cuándo llegará la hora en que yo pueda cantar: «Este, oh Dios, es mi descanso para

siempre».

(31 de octubre de 1916, a
Assunta di Tomaso y otras, *Ep. III*, 404)

3 de noviembre

Oh, mis queridísimas hijas, ¡qué pesada es esta vida mortal para los hijos de Dios!; y, por el contrario, la vida del más allá, la que la misericordia del Señor tendrá a bien otorgarnos, oh Dios, ¡hasta qué punto es mucho más deseable! Aunque somos tan miserables, nunca hemos de dudar de que un día poseeremos esa vida; y, si no somos tan miserables, es porque Dios es misericordioso con los que han puesto en Él su confianza. Cuando el santo cardenal Borromeo estaba para terminar su vida terrena, pidió que le llevaran el crucifijo, para que su partida de este mundo le fuera más dulce a la vista de la de nuestro Señor.

El mejor remedio cuando os encontréis en cualquier clase de prueba, física o moral, corporal o espiritual, es, pues, pensar en quien es nuestra vida, y no pensar nunca en la primera vida sin añadir el pensamiento de la segunda. Dios mío, mis queridísimas hijas, no os preguntéis, os ruego, si lo que hacéis y lo que queréis hacer fue, es y será mucho o poco, si estuvo bien hecho o mal hecho lo que hicisteis. Absteneos únicamente del pecado y de aquellas acciones en las que descubríis con certeza el pecado; y haced todas vuestras acciones con rectitud de intención y con la voluntad de agradar a Dios.

(8 de marzo de 1918, a las
hermanas Ventrella, *Ep. III*, 576)

4 de noviembre

Procurad, hijas, sin ansiedad orgullosa, el modo mejor de llevar a cabo con perfección lo que tenéis y queréis hacer; pero, una vez realizado, no penséis más en ello, sino preocupaos únicamente de lo que debéis o queréis hacer y de lo que estáis haciendo. Caminad con sencillez por las sendas del Señor y no atormentéis vuestro espíritu. Es necesario, sí, que odiéis vuestros defectos, pero con un odio tranquilo y no ya con un odio molesto e inquieto. Hay que tener paciencia ante los defectos y sacar provecho de ellos mediante una santa resignación.

Sin esta paciencia, mis buenas hijas, vuestras imperfecciones, en vez de disminuir, crecerán cada vez más, ya que no hay nada que alimente tanto nuestros defectos como la inquietud y la preocupación por alejarlos. Recordad, hijas, que soy enemigo de los deseos inútiles, no menos de lo que lo soy de los deseos peligrosos y malos; porque, si es cierto que lo que se desea es bueno, sin embargo ese deseo es siempre defectuoso en relación con nosotros mismos, sobre todo cuando se mezcla con una inquietud orgullosa, ya que Dios no exige esta clase de bienes, sino otros, en los que quiere que nos ejercitemos.

Él quiere hablarnos entre espinas, zarzas, nubes y relámpagos, como a Moisés; y nosotros queremos que nos hable en el susurro dulce y fresco, como hizo con Elías. Pero, ¿qué es lo que teméis, hijas mías? Escuchad a nuestro Señor que dice a Abrahán, y

también a vosotras: «No temáis, yo soy vuestro protector». Porque, ¿qué otra cosa buscáis en la tierra si no a Dios?

(8 de marzo de 1918, a las
hermanas Ventrella, *Ep. III*, 576)

5 de noviembre

¡Qué angustioso resulta pensar que uno deba dar cuenta a Dios de los pecados que otros han cometido por culpa de una dirección espiritual no atenta y también del bien que han dejado de practicar por mi ignorancia y –Dios no lo quiera– por mi negligencia!... Es cierto que siempre me he encomendado a Dios en este importantísimo ministerio; pero, ¿quién me garantiza que he hecho todo lo que tenía que hacer? Dios mío, ¡esta, hija mía, es una espina que, aun estando siempre clavada allí, en el fondo del alma, siento que me punza de continuo! ¡Ah!, hija, ruega mucho por el desempeño fructuoso de mi ministerio y, si el buen Dios te lo permite, dime alguna palabra que me lo garantice.

(9 de abril de 1918, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 312)

6 de noviembre

Ponte con frecuencia en la presencia de Dios y ofrécele todas tus acciones, no sólo tus sufrimientos. No me opongo a que, en los sufrimientos, te abstengas de lamentarte; pero desearía que lo hicieras con el Señor, con espíritu filial, como lo haría un tierno niño con su madre; y, con tal de que se haga amorosamente, no está mal lamentarse ni pedir ser liberado de los sufrimientos. Hazlo con amor y con resignación en los brazos de la voluntad de Dios. No te inquietes si no consigues hacer los actos de virtud como querías; porque, como te he dicho, no dejan de ser buenos y gratos a la divina Majestad aunque estén realizados, sin tu culpa, fríamente, pesadamente y casi a la fuerza.

(3 de junio de 1917, a una
destinataria desconocida, *Ep. III*, 918)

7 de noviembre

Dios mío, ¡qué ha sido mi vida ante ti en estos días en que las más densas tinieblas me han envuelto completamente! ¿Y cuál será mi futuro? Yo ignoro todo, absolutamente todo. Mientras tanto, no cesaré de alzar de noche mis manos desde este lugar santo, y te bendeciré siempre, mientras me quede un soplo de vida.

Te ruego, mi buen Dios, que seas tú mi vida, mi barca y mi puerto. Tú me has hecho subir a la cruz de tu Hijo y yo me esfuerzo por adaptarme del mejor modo posible: estoy convencido de que no descenderé nunca y de que jamás llegaré a ver despejado el horizonte.

Sé que te debo hablar entre truenos y tormentas, y que he de verte en la zarza, entre el fuego de las espinas; pero, para realizar todo esto, es claro que hay que descalzarse y renunciar del todo a la propia voluntad y a las satisfacciones personales.

Estoy dispuesto a todo pero, ¿te dejarás ver algún día en el Tabor, en el ocaso santo?

¿Tendré fuerza para, sin cansarme nunca, ascender a la visión de mi Salvador en el cielo?

(8 de noviembre de 1916, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 836)

8 de noviembre

Siento que el terreno que piso cede bajo mis pies. ¿Quién afianzará mis pasos? ¿Quién sino tú, que eres el báculo de mi debilidad? ¡Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí! ¡No me hagas experimentar nunca más mi debilidad!

¡Tu fe ilumine una vez más mi entendimiento, tu caridad encienda mi corazón, atormentado por el miedo a ofenderte en la hora de la prueba!

Dios mío, ¡qué hiriente es este atroz pensamiento, que nunca me abandona! Dios mío, Dios mío, ¡no me hagas anhelarte más! ¡Ya no soy capaz de razonar!...

Padre mío, ¡perdóneme! Yo ya no logro ordenar mis ideas. Si no hubiera sido interrumpido en este punto, quién sabe adónde habría ido a parar. Sin advertirlo, habría puesto a dura prueba su paciencia.

Tenga la bondad de escuchar cómo es mi situación actual, que le prometo narrar con brevedad. La batalla se ha reanudado con más crueldad. Desde hace muchos días mi espíritu está inmerso en las más densas tinieblas. Debo reconocer que me hallo en la incapacidad más absoluta de practicar el bien; me encuentro en un abandono total: son muchas las molestias en el estómago espiritual, es grande la amargura que siento en la boca interior, que hace que hasta el vino más dulce de este mundo me resulte amargo.

(8 de noviembre de 1916, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 836)

9 de noviembre

Es una crisis terrible la que atravieso, e ignoro lo que me está reservado. La crisis que atravieso es más espiritual que corporal, pero no es menos cierto que todo el físico siente y participa de manera extraordinaria de todos los sufrimientos de aquel, y que tanto uno como otro se unen para hacer que me marchite en el dolor.

¡Ay de mí!, ¿quién me salvará de esta cárcel tenebrosa?, ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? Pero, ¡viva Dios en lo más alto de los cielos! Él es mi fortaleza, Él es la salvación de mi alma, Él es mi porción de eternidad. En Él espero, en Él confío y no temeré mal alguno.

(14 de julio de 1915, a Raffaëlina Cerase, *Ep. II*, 462)

10 de noviembre

No digas que te encuentras sola subiendo al Calvario y que te encuentras sola luchando y llorando, porque contigo está Jesús, que no te abandona nunca. Tú querrías verlo, lo querrías sentir; pero, créeme, esto sería lo peor para ti, y sufrirías demasiado si Jesús se te revelase.

Por amor del cielo te ruego que calmes tus ansias, tus aprensiones al respecto. Vive tranquila y avanza siempre, y que no te detenga en esa carrera la aseveración que te hago en el dulce Señor de que estás cerca de la mitad del camino hacia la cima del calvario. Estás en la más oscura noche, es cierto; pero el pensamiento de una aurora luminosa y de un mediodía radiante te sostenga, te anime y te estimule a seguir siempre hacia delante. El que hasta ahora te ha sostenido, no dudes, continuará sosteniéndote, cada vez con más paciencia y con mayor complacencia divina, en lo que resta del áspero y duro viaje.

(14 de julio de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 462)

11 de noviembre

Confía en Dios y espera en su bondad paternal, que la luz llegará. Eleva con gran fe tu mente a la patria celestial y a ella estén dirigidos todos nuestros afectos y todas nuestras aspiraciones. Admira a los que ya han alcanzando el cielo, que no llegaron allí por otro camino sino recorriendo el camino del dolor. Aquella es nuestra verdadera patria. ¿Qué importa que se llegue a ella sólo por los escabrosos caminos de la tribulación y del sacrificio?!

Lo que Dios quiere de ti es siempre justo y bueno. Sea eternamente bendito. Pongamos manos a la obra; en el cielo no tendremos otra tarea que la de cumplir la voluntad de Dios. Esforcémonos en bendecir al Señor en las humillaciones y en las ofensas de las que hemos sido hechos signo. Bendigámoslo en las tribulaciones de nuestro espíritu y en los desgarros del corazón, porque todo está ordenado por Dios con acertada previsión; y esto es lo que se va cumpliendo en ti de modo especial y por una particular predilección del Padre del cielo. Él sea bendito por siempre en todas nuestras miserias y en todos nuestros sufrimientos.

Bendícelo en todo lo que te haga sufrir aquí abajo y alégrate, porque a cada victoria que se consigue corresponde una nueva corona en el paraíso. No te detengan ni te atemorizen las violencias que debemos hacernos, porque el Señor es fiel y no permitirá que la tentación pueda vencerte.

(15 de agosto de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 153)

12 de noviembre

Para llegar a alcanzar nuestro fin último es necesario seguir al jefe divino, que no suele conducir al alma elegida por camino distinto al que él recorrió; por el de, lo digo, la abnegación y la cruz: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». ¿Y no debes llamarte afortunada al verte así tratada por Jesús? Necio quien no sabe penetrar en el secreto de la cruz.

Para llegar al puerto de la salvación, nos dice el Espíritu Santo, las almas de los elegidos deben pasar y purificarse en el fuego de las dolorosas humillaciones, como el oro y la plata en el crisol, y de esa forma se ahorran las expiaciones de la otra vida: «En el

sufrimiento mantente firme, y en los reveses de tu humillación sé paciente. Porque en el fuego se purifica el oro y la plata; y los hombres aceptos a Dios, en el camino de la humillación».

Jesús quiere hacernos santos a toda costa, pero más que nada quiere santificarte a ti. Él te lo está manifestando continuamente; parece que no tiene entre manos otra preocupación que la de santificar tu alma. ¡Oh!, ¡qué bueno es Jesús! Las cruces continuas a las que te somete, dándote la fuerza, no sólo necesaria sino sobreabundantemente, para soportarlas con mérito, son signos muy ciertos y particularísimos de su entrañable amor por ti. La fuerza que él te da, créeme, no queda infecunda en ti; te lo aseguro de parte de Dios y tú debes escucharme humildemente, apartando de ti cualquier sentimiento contrario.

(15 de agosto de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 153)

13 de noviembre

Ten siempre ante los ojos de la mente, como prototipo y modelo, la modestia del divino Maestro; modestia de Jesucristo que el Apóstol, en palabras a los corintios, coloca al mismo nivel que la mansedumbre, que fue una de sus virtudes más queridas y casi su virtud característica: «Yo, Pablo, os exhorto por la mansedumbre y por la modestia de Cristo»; y, a la luz de un modelo tan perfecto, reforma todas tus actuaciones externas, que son el espejo fiel que manifiesta las inclinaciones de tu interior.

No olvides nunca, oh Annita, a este divino modelo; imagínate que contemplas cierta amable majestad en su presencia; cierta grata autoridad en su hablar; cierta agradable compostura en su andar, en su mirar, en su hablar, en su dialogar; cierta dulce serenidad en el rostro; imagínate el semblante de aquel rostro tan sereno y tan dulce con el que atraía hacia sí las multitudes, las sacaba de las ciudades y de los poblados, llevándolas a los montes, a los bosques, a lugares solitarios, y a las playas desiertas del mar, olvidándose incluso de comer, de beber y de sus obligaciones domésticas.

Sí, procuremos copiar en nosotros, en cuanto nos es posible, acciones tan modestas, tan decorosas; y esforcémonos, en cuanto es posible, por asemejarnos a él en el tiempo, para ser después más perfectos y más semejantes a él por toda la eternidad en la Jerusalén celestial.

(25 de julio de 1915, a
Annita Rodote, *Ep. III*, 86)

14 de noviembre

Lo que debes hacer ahora que Jesús por su bondad quiere poner a prueba tu fidelidad es mostrarte siempre solícita en la observancia de tus deberes y en no descuidar nada de lo que sueles practicar en tiempos de consuelo y de prosperidad, sin detenerte a pensar en el gusto sensible que no sientes, ya que esto es algo accidental, que con frecuencia además puede ser muy dañino para el alma. Servir a Dios sin probar en la parte sensible algo de consuelo es lo que constituye la devoción sustancial y verdadera. Esto es lo que

significa servir a Dios y amarlo por amor a Él mismo.

Hasta que el alma no llegue a adquirir esta devoción sustancial, su situación es bastante peligrosa y es necesario proceder con gran discreción y clarividencia.

(14 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 126)

15 de noviembre

En este tiempo busca ayuda sobre todo en la lectura de los libros santos; y yo deseo vivamente que leas siempre esos libros, pues esas lecturas son un buen alimento para el alma y buena ayuda para avanzar en el camino de la perfección, no menos que la oración y la santa meditación, porque en la oración y en la meditación somos nosotros los que hablamos al Señor, mientras que en la lectura santa es Dios el que nos habla. Busca lo más que puedas el tesoro de estas lecturas santas y experimentarás muy pronto que se renueva tu espíritu.

Antes de ponerte a leer estos libros eleva tu mente al Señor y suplícale que sea Él mismo el que guíe tu mente, que se digne hablarte al corazón, y que mueva Él mismo tu voluntad. Pero no basta; conviene además que te postres ante el Señor antes de comenzar la lectura, y volverlo a hacer de tanto en tanto durante el curso de la misma, porque tú no la haces por estudio o para satisfacer la curiosidad, sino únicamente para complacerle y darle gusto a Él.

(14 de julio de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 126)

16 de noviembre

Ten por cierto que tu situación actual no es impuesta por Dios como castigo, sino para purificación de tu espíritu, para prepararlo a comunicaciones más elevadas. Créeme cuando te digo que tu situación no es en absoluto deplorable, sino digna de envidia. Deja actuar libremente a este médico divino, y estate segura de que todo servirá para gloria de Dios y para tu santificación. Y en cuanto a los temores de ofender a Dios y de no saber cómo actuar para agradarle, te ruego y te suplico que moderes tus ansiedades. Cree las aseveraciones de la autoridad, que te dice de parte de Dios que, de cualquier modo que actúes, siempre que no descubras con plena claridad que tus actos son contrarios a la ley de Dios y a los mandatos de la autoridad legítima, Jesús está siempre contento de ti, con tal de que esos actos vayan orientados a la gloria de Dios.

Con esta segura norma de conducta debes actuar sin discutir, debes seguir actuando sin escuchar las voces de tus temores. Fíjate, mi buena hija, que uso la palabra escuchar; es decir, hacer caso, prestar atención, etc. No digo sentirlos, porque es imposible no sentirlos; pero no se les debe hacer caso. Sigue adelante con este modo de actuar, como quien no hace caso a los ladridos de un perrito que encuentra a lo largo de la calle. Esos pequeños, vacíos e inoportunos ladridos se oyen ciertamente, pero, lejos de darles importancia, uno se ríe de ellos y basta.

(30 de marzo de 1917, a

17 de noviembre

Sé que no te convencerás, que no lo verás claro, que no experimentarás el consuelo de esta gran verdad, mientras dure esta prueba; pero obedece las indicaciones de quien ante Dios ama tu alma igual que ama la suya y basta. «Querría –repito las palabras que Dios dijo un día a la santa virgen Gertrudis–, querría que mis elegidos se convencieran de esta verdad: que me agradan mucho sus oraciones y sus buenas obras cuando me sirven a costa del propio sufrimiento. Servirme a costa del propio sufrimiento quiere decir que, no sintiendo alegría alguna de sabrosa satisfacción, siguen realizando fielmente sus oraciones y sus ejercicios piadosos del mejor modo, y confían en que yo aceptaré todo de buen grado por mi bondad». Después el Señor añadió estas significativas palabras: «Has de saber, Gertrudis, que la mayor parte de las personas piadosas lo son de forma que, si yo les diera satisfacciones y consuelos espirituales, estos no les servirían para su salvación y, lejos de acrecentar sus méritos, los perderían».

Y que esto, por desgracia, es así, puedo demostrarlo por la prolongada experiencia de un alma muy unida a mí. Por eso, hija mía, vive en paz, que ya llegará el día en que el Señor, también a ti, te hará conocer la verdad de cuanto se te dice, o, mejor dicho, te concederá convencerte de ello; pues tú logras conocer que se te dice la verdad, ya que nadie quiere engañarte, pero no logras convencerte.

(30 de marzo de 1917, a
Maria Gargani, *Ep. III*, 269)

18 de noviembre

Dime: ¿es posible que Jesús se quede lejos, mientras tú lo llamas, le ruegas, lo buscas y, digámoslo también, lo posees? ¿Es posible que un alma que está con él en la cruz, es acaso posible, digo, que en esta alma no esté Dios, cuando Él ha empeñado su infalible palabra prometiendo estar con esa alma en la tribulación: «Estoy a su lado en la desgracia»? ¿Cómo es posible que la fuente de agua viva, que brota del Corazón divino, esté alejada de un alma que corre hacia ella como ciervo sediento? Es verdad que esta alma puede incluso no creernos, porque se siente devorada por una sed inextinguible, insaciable. Pero, ¿qué significa eso? ¿Es acaso una prueba de que el alma no posee a Dios? Todo lo contrario.

Esto sucede porque todavía no ha llegado al final de su viaje, aún no está totalmente inmersa en la fuente eterna de su amor divino, lo que tendrá lugar en el reino de la gloria. Por lo tanto, deseemos apagar la sed en esta fuente de agua viva y vayamos siempre adelante en los caminos del amor divino; pero, hija mía, convenzámonos también de que nuestras almas no se saciarán jamás aquí abajo; es más, ¡ay de nosotros si algún día, mientras estamos en la carrera, creyéramos estar saciados!, porque sería señal de que creemos haber alcanzado nuestro destino y nos engañaríamos.

(21 de octubre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 522)

19 de noviembre

En la caridad de Cristo yo te ruego que procures calmar tus ansias, bebiendo en la fuente del amor divino, y debes calmarlas con la fe, con la confianza, con la humildad y sumisión a los deseos divinos. Dice la venerable sor Teresa del Niño Jesús: «Yo soy un alma pequeña; yo no quiero elegir ni vivir ni morir, sino que haga Jesús de mí lo que él quiera». ¡He aquí, hija, el prototipo de un alma plenamente vacía de sí y llena de Dios! Esto es exactamente lo que también tú debes tratar de conseguir con esfuerzo y con la ayuda divina.

No desconfíes ante esto, porque Jesús está en tu alma y, si te muestras dócil a sus actuaciones, es seguro que lo alcanzarás. Comprendo también que las ansias de un alma plenamente enamorada del amante divino con frecuencia le resultan irrefrenables a la pobrecita. Pero no te asustes por esto; da curso libre a este anhelo por Jesús y déjate guiar por su amor.

(21 de octubre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 522)

20 de noviembre

Comienzo confesándole que es para mí una gran desgracia no saber expresar y sacar fuera este volcán siempre encendido que me abrasa y que Jesús ha puesto en este corazón tan pequeño.

Todo se resume en esto: estoy devorado por el amor de Dios y por el amor del prójimo. Para mí Dios está siempre fijo en la mente y grabado en el corazón. Nunca lo pierdo de vista: me corresponde admirar su belleza, sus sonrisas y sus desconciertos, sus bondades, sus venganzas o, mejor, los rigores de su justicia.

Imagínese por qué sentimientos está devorada esta pobre alma con toda esta privación de la propia libertad, con todas estas ataduras, tanto en las facultades espirituales como en las corporales.

Créame también, padre, que los arrebatos, en los que a veces he caído, están motivados precisamente por esta dura prisión, llamémosla incluso afortunada.

(20 de noviembre de 1921, al P. Benedetto
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1246)

21 de noviembre

¿Cómo es posible ver a Dios que se entristece ante el mal y no entristecerse del mismo modo? ¿Ver a Dios que está a punto de descargar sus rayos y que, para pararlos, no hay otro remedio que el de alzar una mano y detener su brazo y dirigir la otra, agitándola, al propio hermano, por un doble motivo: que abandonen el mal, y que se alejen, y de prisa, del lugar donde están, porque la mano del juez está para descargar sobre ellos?

Pero créame también que, en ese momento, mi interior no está en absoluto oprimido o alterado. No siento otra cosa que la de tener y querer lo que Dios quiere. Y en Él me encuentro siempre en paz; al menos en mi interior siempre; por fuera con frecuencia un poco incómodo.

Y, ¿por los hermanos? ¡Ay! Cuántas veces, por no decir siempre, me toca decir a Dios juez con Moisés: o perdonas a este pueblo o bórrame del libro de la vida.

¡Qué triste es vivir de afectos! Hay que morir en cada instante de una muerte que no hace morir sino vivir muriendo y muriendo vivir.

¡Ah! ¿Quién me libraré de este fuego devorador?

Ruegue, padre mío, para que me venga un torrente de agua a refrescarme un poco de estas llamas devoradoras que, sin tregua alguna, me queman en el corazón.

(20 de noviembre de 1921, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 1246)

22 de noviembre

Raffaelina, ¡qué consuelo saber que estamos bajo la custodia de un espíritu celestial, que no nos abandona ni siquiera (¡qué admirable!) en el momento en que disgustamos a Dios! ¡Qué dulce es para el alma creyente esta gran verdad! ¿A quién puede, pues, tener miedo el alma devota que se preocupa de amar a Jesús, cuando tiene siempre consigo un guerrero tan insigne? ¿O acaso no fue él uno de los muchos que, junto al ángel san Miguel, allá arriba, en el paraíso, defendió el honor de Dios contra Satanás y contra todos los otros espíritus rebeldes y, finalmente, los redujeron a la perdición y los relegaron al infierno?

Pues bien, has de saber que él es todavía poderoso contra Satanás y sus satélites, que su caridad no ha disminuido, y que ya nunca podrá dejar de defendernos. Adquiere la buena costumbre de pensar siempre en él. Qué cerca de nosotros está ese espíritu celestial que, desde la cuna hasta la tumba, no nos deja un solo instante, nos guía, nos protege como un amigo, como un hermano; y debe ser siempre para nosotros fuente de consuelo, especialmente en nuestras horas más tristes.

(20 de abril de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 403)

23 de noviembre

Has de saber, Raffaelina, que este buen ángel ruega por ti: ofrece a Dios todas las buenas obras que realizas, tus deseos santos y puros. En las horas en que te parece estar sola y abandonada, no te lamente por no tener un alma amiga, a la que puedas abrirte y confiarle tus dolores. Por caridad, no olvides a este compañero invisible, siempre presente para escucharte, siempre dispuesto para consolarte.

¡Oh, deliciosa intimidad!, ¡oh, dichosa compañía! ¡Oh, si todos los hombres sin excepción supieran comprender y apreciar este gran don de Dios, quien, en el exceso de su amor por el hombre, nos asignó este espíritu celestial! Recuerda a menudo su presencia: es necesario contemplarlo con el ojo del alma, darle gracias, suplicarle. Él es tan delicado, tan sensible; respétalo. Teme constantemente ofender la pureza de su mirada.

(20 de abril de 1915, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 403)

24 de noviembre

Invoca con frecuencia a este ángel de la guarda, a este ángel bienhechor, repite con frecuencia la hermosa plegaria: «Ángel de Dios, custodio mío: a mí, que he sido confiada a ti por la bondad del Padre del cielo, ilumíname, protégeme, guíame ahora y siempre». ¿Qué grande, mi querida Raffaelina, será el consuelo cuando, en el momento de la muerte, tu alma vea a este ángel tan bueno, que te acompañó a lo largo de la vida y que fue tan generoso de cuidados maternos? ¡Oh!, ¡que este dulce pensamiento te haga y te vuelva cada vez más aficionada a la cruz de Jesús, ya que es precisamente esto lo que quiere ese buen ángel! El deseo de ver a este inseparable compañero de toda la vida enciende también en ti aquella caridad que te empuje a desear salir pronto de este cuerpo.

¡Oh, santo y saludable pensamiento el de querer ver a nuestro buen ángel! Lo es también el que debería hacernos salir antes de tiempo de esta cárcel tenebrosa en la que estamos desterrados. Raffaelina, ¿adónde me vuela ahora el pensamiento? ¡Cuántas veces, ay de mí, he hecho llorar a este buen ángel! ¡Cuántas veces he vivido sin miedo alguno a ofender la pureza de su mirada! ¡Oh!, ¡es tan delicado, tan sensible! Dios mío, ¡cuántas veces he correspondido a los generosos cuidados más que maternos de este ángel sin señal alguna de respeto, de afecto, de reconocimiento!

(20 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 403)

25 de noviembre

Dios quiere desposarse con el alma en fe; y el alma que debe celebrar este celestial matrimonio debe caminar en fe pura, la única que es medio adecuado y único para esta unión de amor. El alma, digo, para elevarse a la divina contemplación, debe estar purificada de todas las imperfecciones, no sólo actuales, lo que se alcanza con la purificación de los sentidos, sino también de todas las imperfecciones habituales, como son ciertos afectos, ciertas actitudes imperfectas que la purificación de los sentidos no ha conseguido extirpar y que quedan en el alma como raíces, y que se consigue con la purificación del espíritu, con la que Dios, con una luz altísima, invade el alma, la traspasa íntimamente y la renueva del todo.

Esta luz altísima, que Dios infunde en dichas almas, coloca el espíritu de estas en una situación de sufrimiento y de desolación, capaz de llevarlas a sufrimientos extremos y a penas interiores de muerte. En esa situación, no son capaces de comprender esta actuación divina, esta altísima luz; y esto les sucede por dos razones: la primera, por parte de la misma luz, que es tan excelsa y tan sublime que sobrepasa absolutamente la capacidad de las almas, de modo que es para ellas causa más de tinieblas y de tormentos que de luz. La segunda razón se debe a la bajeza e impureza de las mismas almas, motivo por el que esta altísima luz no sólo les resulta oscura sino además penosa y aflictiva y, por tanto, en lugar de consolarlas, las atormenta, llenándolas de grandes sufrimientos en los sentidos y de graves angustias y penas horrorosas en las facultades espirituales.

Todo esto acontece al principio, pues la luz divina encuentra las almas no preparadas para la unión divina y, por tanto, las pone en estado de purificación; y después, cuando esta luz ya las ha purificado, las lleva al estado iluminativo, elevándolas a la visión y a la unión perfecta con Dios.

Por tanto, que se alegren en el Señor por la alta dignidad a la que Él las va elevando, y que confíen plenamente en el mismo Señor, como hacía el santo Job que, puesto también él por Dios en esa situación, esperaba ver la luz después de las tinieblas.

(19 de diciembre de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 439)

26 de noviembre

No todos estamos llamados por Dios a salvar almas y a propagar su gloria mediante el elevado apostolado de la predicación; y has de saber que este no es el único y solo medio para alcanzar estos dos grandes ideales. El alma puede propagar la gloria de Dios y trabajar por la salvación de las almas mediante una vida verdaderamente cristiana, orando incesantemente al Señor que «venga su Reino», que su santísimo nombre «sea santificado», que «no nos deje caer en la tentación», que «nos libre del mal».

Esto es lo que debes hacer también tú, ofreciéndote plena y continuamente al Señor por este fin. Reza por los malvados, reza por los tibios, reza también por los fervorosos, y reza de modo especial por el sumo Pontífice, por todas las necesidades espirituales y temporales de la santa Iglesia, nuestra muy tierna madre; y eleva una oración especial por todos los que trabajan por la salvación de las almas y por la gloria de Dios en las misiones, entre tanta gente infiel e incrédula.

(11 de abril de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 68)

27 de noviembre

Me dices que, a causa de tu espíritu somnoliento, distraído, voluble, miserabilísimo, al que se unen muchas veces las molestias físicas, no consigues permanecer en la iglesia más de una hora y media. No sufras por esto, basta que evites darles la ocasión, esforzándote en vencer toda molestia y todo aburrimiento, y no canses orgullosamente tu espíritu con oraciones muy largas y continuadas, cuando el espíritu y la cabeza no están para ello.

Mientras tanto, procura a lo largo del día quedarte sola, en cuanto te sea posible y, en el silencio de tu corazón y de la soledad, ofrece al Padre del cielo tus alabanzas, tus bendiciones, tu corazón contrito y humillado y toda tu persona. Y de este modo, mientras la mayor parte de las criaturas, criaturas hechas a su imagen, olvida la bondad del Esposo divino, nosotros, con esos retiros y esas prácticas, lo tenemos siempre cerca.

(19 de septiembre de 1914, a Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 174)

28 de noviembre

En los asaltos del enemigo, en la prueba de la vida, levantémonos y supliquemos al Señor que quite y aleje siempre de nosotros el reino del enemigo y que nos conceda la gracia de ser acogidos en su reino cuando le plazca, y que le plazca que sea muy pronto.

No nos desviemos, mi Raffaelina, en las horas de la prueba; por la constancia al obrar el bien, por la paciencia al combatir la buena batalla, venceremos la desfachatez de todos nuestros enemigos y, como dijo el maestro divino, con la paciencia salvaremos nuestras almas, ya que la «tribulación obra la paciencia, la paciencia genera la prueba y la prueba hace brotar la esperanza». Sigamos a Jesús por el camino del dolor: mantengamos siempre fija nuestra mirada en la Jerusalén celestial y superaremos felizmente todas las dificultades que obstaculizan nuestro viaje para llegar a ella.

(14 de octubre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 514)

29 de noviembre

Avivemos sobre todo nuestra fe y tengamos presente la estrepitosa victoria de la que nos hablan las sagradas cartas, que consiguió el pueblo de Israel sobre los madianitas. En el corazón de la noche, allí se lee, mientras el inmenso tropel enemigo, abandonando las trincheras, acampaba en la llanura y, sin que lo sospechara, fue silenciosamente rodeado sólo por trescientos guerreros de Gedeón, todos con la trompeta en una mano y en la otra un cántaro que contenía dentro una antorcha encendida. A la señal del capitán, se rompen con estrépito los cántaros, se hace sonar las trompetas y, después de cada toque, se oye el grito de guerra: «Al Señor y a Gedeón».

Ante los tremendos gritos, el estruendo de las trompetas, el inmenso resplandor de las antorchas, un inmenso terror invadió al campo enemigo, y todos comenzaron a correr precipitadamente, aún medio dormidos, mientras las trompetas seguían su lúgubre sonido, y los enemigos, en la indescriptible confusión de la fuga precipitada, muchos se mataban entre sí, dejando en el campo cadáveres a montones.

Esta victoria la consiguió el pueblo israelita, como hemos visto, no ya con las armas, sino con una particular estrategia de guerra.

Pues bien, también nosotros, mientras vivimos, tenemos que sostener una lucha bastante dura. Venzamos esta guerra con esa singular estrategia usada por Gedeón. Hagamos que en esta lucha vaya por delante la luz de las buenas obras, la virtud de la ciencia de Dios, el deseo ardiente de la palabra de Dios. Después, combatamos también nosotros al son de los himnos, de los salmos y de los cánticos espirituales, cantando y alzando con fuerza la voz al Señor, y así nos haremos dignos de conseguir la victoria en nuestro Señor Jesús, para quien es la gloria y el poder por todos los siglos.

(14 de octubre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 514)

30 de noviembre

Recuerda que la paz del espíritu puede mantenerse también en medio de las muchas tempestades de la vida presente; sabes muy bien que consiste fundamentalmente en la

concordia con nuestro prójimo, deseándole todo bien; que consiste también en la amistad con Dios, mediante la gracia santificante; y la prueba de estar unidos a Dios es la certeza moral que tenemos de no tener pecado mortal que pese sobre nuestra alma. En fin, la paz consiste en haber conseguido la victoria sobre el mundo, sobre el demonio y sobre las propias pasiones.

Entonces, dime, ¿no es acaso verdad que esta paz traída por Jesús puede conservarse bien, no sólo cuando nuestro espíritu está en la abundancia de los consuelos, sino también cuando el corazón está inmerso en la amargura a causa de los gruñidos y alaridos del enemigo?

(10 de octubre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 185)

Diciembre

1 de diciembre

¡No temas!, Jesús está contigo; tú estás con él. ¿Quién te lo asegura? La autoridad que Dios ha constituido como tu guía, la autoridad que te ama, que no quiere ni puede engañarte, la autoridad que te habla en nombre de Dios.

Tienes motivos para lamentarte, mi queridísima hija, porque casi siempre te he visto en las tinieblas; buscas a tu Dios, lo ansías, lo llamas, y no puedes encontrar sus huellas. ¡Parece que Dios se oculta, que te abandona! Pero, repito, no temas. Jesús está contigo también en este tiempo y tú estás en él y con él. Se oculta, se esconde para avivar más el amor. En las tinieblas, en las tribulaciones, en las sombras, en las angustias del espíritu, Jesús está contigo. Tú, mi buena hijita, no ves más que tinieblas en tu espíritu; y yo te aseguro de parte de Dios que la luz del Señor invade y rodea totalmente tu espíritu. Tú te ves en las tinieblas y Dios te repite por boca de la autoridad: «¡Yo estoy contigo en la tribulación!».

(28 de junio de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 865)

2 de diciembre

Tú te ves abandonada, y yo te garantizo que Jesús te tiene más cerca que nunca de su divino Corazón.

También nuestro Señor se lamentó en la cruz del abandono del Padre; pero el Padre, ¿abandonó alguna vez o puede abandonar a su Hijo? Son las pruebas supremas del espíritu; Jesús las quiere: ¡hágase! Tú pronuncia resignada este *hágase* cuando te encuentres en tales pruebas, y no temas.

No dejes de lamentarte ante Jesús como te parezca y como te agrade; invócalo como quieras; pero cree lo que te asegura quien te habla en su nombre.

Escríbeme con frecuencia sobre el estado de tu alma y no tengas miedo de nada; usaré contigo toda la caridad de la que está lleno el corazón de un padre; Yo –aunque indigno– oro y hago orar por ti; tú estate contenta de que Jesús te trate como quiere: ¡es siempre un padre y muy bueno!

(28 de junio de 1918, a
Antonietta Vona, *Ep. III*, 865)

3 de diciembre

San Agustín dice muy bien: «Que nuestro corazón está inquieto hasta que no reposa en el objeto de su amor».

Pero tú sabes muy bien que el amor perfecto se alcanzará cuando se posea el objeto de este amor; pero el objeto de este amor sólo se poseerá cuando, no a través de velos, sino cara a cara, como nos dice san Pablo, el alma vea cómo es, cuando lo conozca como nos conocemos a nosotros mismos, y todo esto no se podrá conseguir sino cuando se abran las puertas de nuestra cárcel.

De esto puedes deducir el gran sufrimiento que debe suponer para el alma a la que

Dios ha descubierto algunos de sus tesoros celestiales, verse aún en camino, en tierra de exilio.

(20 de abril de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 403)

4 de diciembre

Con repetidos golpes de afilado cincel y con trabajo diligente al pulirlas, suele el artista divino preparar las piedras que deben entrar en la construcción del edificio eterno. Así canta la Iglesia en el himno del oficio de la dedicación de una iglesia; y así es en verdad. A la ya larga y variada prueba por parte de los tuyos al elegir tu estado de vida, el Señor, en su bondad infinita, añade la del temor y el temblor espiritual, con algún complemento de desolación.

Agradécele, pues, que te trate como a elegida para seguir de cerca a Jesús en la subida al Calvario. Yo contemplo con alegría y conmoción de espíritu este modo de actuar de la gracia en ti, hija queridísima de mi corazón. Si no te viera tan zarandeada, no estaría tan contento, porque vería que el Señor te regala menos joyas. Es por esto que yo, que con santa caridad deseo vivamente tu progreso, gozo y me alegro cada día más al pensar en esta situación.

(6 de diciembre de 1916, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 659)

5 de diciembre

No es abandono sino amor lo que te demuestra el dulcísimo Jesús. De ningún modo es verdad que tú, en este estado de aridez y de desolación de espíritu en que te ha puesto el amorosísimo Salvador, ofendes a Dios, porque su gracia vigilante te preserva muy bien de tales ofensas.

Por tanto, si, como es verdad, no ofendes a Dios y, por el contrario, lo estás amando en esta situación querida por Él, ¿qué motivos tienes para angustiarte?, ¿por qué tienes que afligirte? Reemprende, pues, tu subida a la cruz, tiéndete sobre ella y ten paciencia contigo misma, porque en vuestra paciencia –nos dice el divino Maestro– salvaréis vuestra alma. Y esta situación será tanto más duradera cuanto menos mezclada esté con preocupaciones e inquietudes.

(6 de diciembre de 1916, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 659)

6 de diciembre

Anímate y convéncete de que Dios está contento contigo y de que encuentra en ti su *pacífica morada*. No esperes al Tabor para ver a Dios; ya lo contemplas, sin que te des cuenta, en el Sinaí. Pienso que el tuyo no es un interior turbado e incapaz de gustar el bien; es que ya no puede apetecer más que el sumo bien en sí mismo y no ya en sus dones. Las reflexiones de la mente, las distracciones involuntarias, las tentaciones, etc., son productos ofrecidos por el enemigo; pero, porque son rechazados por ti, en ellos

nada hay de malo. Cuando el demonio mete ruido es buena señal; es señal de que él quiere tu voluntad y, por tanto, de que se encuentra fuera de ella. Lo que debe atemorizarte, mi querida hermana e hija, es su paz y su sintonía con el alma humana.

En los períodos de aridez de espíritu, sé humilde, paciente y resignada a la voluntad divina; y no descuides nada de lo que acostumbrabas hacer en tiempos de gozo espiritual, porque el amor verdadero no consiste en experimentar muchos consuelos al servir a Dios, sino en una voluntad siempre pronta para realizar todo lo que Dios quiere mandarnos para nuestro progreso espiritual y para su gloria.

Cree siempre todo esto; y no te importe el creerlo con esfuerzo y sufrimiento del alma, sin que veas los motivos para ello. También los mártires creían sufriendo. El *Credo* más bello es el que se pronuncia en el sacrificio y haciéndonos violencia.

(6 de diciembre de 1916, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 659)

7 de diciembre

Recuerda, mi brava hija, que Dios puede rechazar todo en una criatura concebida en pecado y que lleva la impronta indeleble heredada de Adán; pero de ningún modo puede rechazar el deseo sincero de amarlo. Por eso, si por otros motivos no puedes estar segura de la piedad celestial hacia ti, y no quieres creerme a mí que te hablo en el Señor, al menos debes estar segura por ese motivo.

Como conclusión, puedes y debes estar tranquila y contenta. Créeme a mí que te hablo de parte de Dios. Aleja esos temores, aparta esas sombras con las que el demonio está oscureciendo tu alma para atormentarte y alejarte, si fuera posible, de la comunión frecuente y del camino de la perfección.

Sé que el Señor permite al enemigo estos asaltos, porque su misericordia te hace más grata a Él y quiere que te asemejes a Él en las angustias del desierto, del huerto y de la cruz; pero tú debes defenderte alejándolo y despreciando sus malignas insinuaciones. ¿Me he explicado? Ánimo, pues, y adelante siempre. Combate como valiente y tendrás el premio de las almas fuertes.

(6 de diciembre de 1916, a
Erminia Gargani, *Ep. III*, 659)

8 de diciembre

Huye, huye hasta de la más mínima sombra que te haga sentirte importante. Reflexiona y ten siempre ante los ojos de la mente la gran humildad de la Madre de Dios y nuestra, la cual, a medida que aumentaban en ella los dones celestiales, profundizaba cada vez más en la humildad, de modo que, en el mismo momento en que fue cubierta por la sombra del Espíritu Santo, que la convirtió en Madre del Hijo de Dios, pudo cantar: «He aquí la esclava del Señor». Y lo mismo cantó nuestra tan querida Madre en casa de santa Isabel, a pesar de llevar en sus castas entrañas al Verbo hecho carne.

En la medida que crezcan los dones, crezca tu humildad, pensando que todo nos es dado como préstamo; al aumento de los dones vaya siempre unido el humilde

agradecimiento hacia tan insigne bienhechor, de modo que tu espíritu prorrumpe en alabanzas continuas. Actuando así, desafiárs y vencerás todas las iras del infierno: las fuerzas enemigas serán despedazadas, tú te salvarás y el enemigo se corroerá en su rabia. Confía en la ayuda divina y ten por cierto que quien te ha defendido hasta ahora, continuará su obra de salvación.

(13 de mayo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 417)

9 de diciembre

De ordinario, tu meditación gire sobre todo en torno a la vida, pasión y muerte, y también a la resurrección y ascensión de nuestro Señor Jesucristo. Podrías también meditar en su nacimiento, su huida y permanencia en Egipto, su regreso y su vida escondida en el taller de Nazaret hasta los treinta años, su humildad al hacerse bautizar por su precursor san Juan; podrías meditar en su vida pública, su dolorosísima pasión y muerte, la institución del santísimo sacramento, precisamente en aquella noche en que los hombres le estaban preparando los más atroces tormentos; podrías meditar del mismo modo en Jesús que ora en el huerto y que sudó sangre a la vista de los tormentos que le preparaban los hombres y de las ingratitudes de los hombres que no se habrían aprovechado de sus méritos; medita también en Jesús apresado y conducido a los tribunales, flagelado y coronado de espinas, en su camino por la cuesta del Calvario cargado con la cruz, en su crucifixión y, por fin, en su muerte en la cruz, entre un mar de angustias, a la vista de su afligidísima Madre.

(8 de marzo de 1915, a
Annita Rodote, *Ep. III*, 61)

10 de diciembre

Continuad, mis buenas hermanas e hijas, recordándome en el tesoro de vuestras oraciones, especialmente en este tiempo en que estoy pasando por una dura prueba; y estad seguras de que yo quiero vivamente y seguiré queriendo la salud espiritual más que la corporal, además de aquella gracia que ya conocéis.

En mis pobres, sí, pero también repetidas oraciones, no me olvidaré de vosotras ni de cuantas me hacen la misma caridad que me hacéis vosotras. Jesús y la Virgen santísima os concedan ser dignas de la gloria eterna. Con esta fe y esta esperanza os deseo todos los bienes del cielo.

Y ahora vayamos a vuestras necesidades espirituales. Esas perplejidades de espíritu que vais experimentando son artimañas malignas del tentador; y Dios las permite, no porque os odie, sino porque os ama. No es reprobable el sentimiento, sino el consentimiento. Y yo os animo en el dulcísimo Señor a estar tranquilas, ya que ni vosotras ofendéis en esto al Señor ni el Señor se esconde para castigar vuestras infidelidades, que, os declaro en nombre y en virtud de la santa obediencia, no se dan en vosotras, al menos hechas con plena advertencia y decidida voluntad.

(11 de diciembre de 1916, a las

11 de diciembre

El anhelo de estar en la paz eterna es bueno, es santo; pero es necesario moderarlo con la completa resignación a la voluntad de Dios. Es mejor realizar el querer de Dios en la tierra que gozar en el cielo. Sufrir y no morir era el deseo de santa Teresa. Es dulce el purgatorio cuando se sufre por amor de Dios.

Las pruebas, a las que Dios os somete y os someterá, son todas ellas señales de la predilección divina y joyas para el alma. Pasará, queridas mías, el invierno y llegará la interminable primavera, tanto más rica de bellezas cuanto más duras hayan sido las tempestades. La oscuridad que estáis experimentando es señal de la cercanía de Dios a vuestras almas.

(11 de diciembre de 1916, a las hermanas Ventrella, *Ep. III*, 548)

12 de diciembre

Moisés, aquel gran caudillo del pueblo de Dios, encontró al Señor en la oscuridad del Sinaí. El pueblo hebreo lo vio en forma de nube y como nube aparecía en el Templo. Jesucristo, en la transfiguración en el Tabor, fue primero visible para los apóstoles y después se volvió invisible, porque quedó envuelto en una nube luminosa. El esconderse de Dios en la oscuridad supone un agigantarse a nuestras miradas y que, de visible e inteligible, se transforma en puro ser divino.

La lucha con el enemigo no debe asustaros: cuanto más íntimo al alma se hace Dios, más dentro suele estar el adversario. Ánimo, pues.

Al hablar de la oscuridad, he dado también respuesta al hecho de las sombras que parece que se agolpan en vosotras. No son sombras, mis queridas hijas, sino luz, y luz tan potente y luminosa que aturde al alma, que está habituada a pensar de Dios de un modo normal y casi humano. Dad gracias al Señor si, ya desde esta vida, os dispone a pregonar aquella visión en la que, no viendo nada, se ve todo.

(11 de diciembre de 1916, a las hermanas Ventrella, *Ep. III*, 548)

13 de diciembre

Tened la certeza de que las luchas internas no son un peligro para la fidelidad a Dios; son ocasión de méritos preciosos, que tienen el nombre de corona y de palma de victoria. No dudéis de la bondad de vuestras acciones, porque todo lo que hacéis está bajo el influjo de la obediencia, que yo previamente os he manifestado y os manifiesto de nuevo; y os lo he manifestado de modo general sobre los pensamientos, acciones y sobre el mismo descanso llevado a cabo para gloria de su divina Majestad.

Esta obediencia lo único que no incluye, y no puede incluir, son aquellas acciones que vosotras descubrís con claridad que implican ofender a Dios. ¿Me he explicado? ¿Me habéis entendido bien? Obrad de acuerdo a lo que os he dicho y dejadlo todo bajo mi

responsabilidad.

Frecuentad la comunión diaria, despreciando siempre vuestras dudas, que son irracionales; confiad en la obediencia ciega y alegre, y no tengáis miedo de caer en el mal. La tabla que debe conducirnos al puerto de la salvación y el arma divina para llegar a cantar victoria es la sumisión plena de vuestro juicio al dictamen de quien tiene el encargo de guiaros en las sombras, en las perplejidades y en la batalla de la vida. Repito, pues, porque es importante: desechad las dudas en nombre y en virtud de la obediencia; y tened por cierto que, en esas luchas, vosotras no pecáis. Así os lo aseguro y así es en verdad.

Si Jesús se manifiesta, agradecedlo; y si se oculta, agradecedlo también; todo es una broma de amor. La Virgen, clemente y piadosa, continúe obteniéndoo de la inefable bondad del Señor la fuerza para soportar hasta el final tantas pruebas de amor como os regala con las cada vez más numerosas mortificaciones. Yo me auguro que, llegadas a expirar con Jesús en la cruz, podáis exclamar dulcemente con él: *¡Todo está cumplido!*

(11 de diciembre de 1916, a las hermanas Ventrella, *Ep. III*, 548)

14 de diciembre

Continúa consumiéndote en ese vivísimo deseo de agradar a Jesús; y él, que es tan bueno y no mira demasiado minuciosamente, recompensará esos santos deseos, haciéndote crecer y avanzar por sus sendas santas.

Vive toda para él, alejando de ti para siempre todos esos pensamientos inútiles que llenan el corazón de vanidad y que confunden y ofuscan el entendimiento.

En todas tus acciones, también en las más indiferentes, busca con sinceridad realizarlas con la recta intención de agradar a Dios, rechazando hasta el más mínimo deseo del propio bien. ¿Y qué bien más valioso para el alma que el de agradar al Señor?

En relación contigo misma, ten siempre una actitud humilde, convencida de que todos los servicios que el alma pueda ofrecer a Dios, aunque sean muchísimos, son siempre poca cosa; y, si alcanzan honra y mérito, es por la gracia del Señor.

(12 de septiembre de 1915, a Annita Rodote, *Ep. III*, 98)

15 de diciembre

Me veo sumergido en un océano de fuego; la herida que de nuevo me fue abierta sangra y sangra siempre. Sola ella bastaría para causarme mil y más veces la muerte. Oh, Dios mío, ¿y por qué no muero? ¿O es que no ves que, para el alma que tú llagaste, hasta la vida le es un tormento? ¿Tan cruel eres que permaneces sordo a los clamores de quien sufre, y no lo confortas? Pero, ¿qué digo?... Perdóneme, padre, estoy fuera de mí, no sé lo que digo. El exceso de dolor que me causa la herida, que está siempre abierta, me lleva a enfurecerme en contra de mi voluntad; me hace salir de mí y me conduce al delirio; y yo me veo incapaz de resistir.

Dígame, padre, claramente: ¿ofendo al Señor en estos excesos en que caigo? ¿Qué

debo hacer para no disgustar al Señor, si el grito es impetuoso y no hay fuerza capaz de resistirlo?

¡Dios mío!... Pronto... que yo salga de la vida física, ya que son inútiles todos los esfuerzos para escaparme de la muerte espiritual. El cielo, creo yo, se ha cerrado para mí; y todos los esfuerzos y llantos se vuelven contra mí, como saetas, para herir de muerte mi pobre corazón. Mi oración parece que me resulta inútil; y mi espíritu abatido, al primer intento por reencontrar la salida se topa con quien le priva de toda valentía y poder, desanimándolo en la más absoluta impotencia y en la nada, en el no poder nada para seguir arriesgándose; y, si es cierto que al momento se aventura de nuevo, se encuentra reducido a la misma impotencia.

(5 de septiembre de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lams, *Ep. I*, 1071)

16 de diciembre

Dios mío, lo sabes bien; manda al menos luz a mi guía para que descubra lo que yo no encuentro: la verdadera fuente de tantos males en tu criatura. Nunca tuve mis facultades tan incapaces y cerradas. ¡Qué sufrimiento es este para la voluntad, para la memoria y para el entendimiento! Pienso que, para una voluntad que busca y desea al menos querer el bien, es dura e inconcebible esta pena que sufre.

Y de igual modo, para quien, enriquecido con tantos recuerdos de la grandeza divina en sus atributos y derechos y, en relación consigo mismo, con sus obligaciones y con la veneración que debe a su creador, es un sufrimiento de muerte la incapacidad de comprender lo que después se le descubre misteriosamente. (...)

El entendimiento está como aplastado bajo el troquel y, aunque tenga muchos conocimientos, queda ciego, con una ceguera tan dolorosa que sólo quien la experimente podrá decir algo cierto sobre ella. Y sobre todo, así me parece a mí, el sufrimiento resulta absolutamente insoportable para un entendimiento al que, desde el inicio de su actividad, las pruebas lo han ido haciendo más avisado y que después ha sufrido el contraste de los rayos luminosísimos de la verdadera vida.

¡Dios mío!, llévame al arrepentimiento, obligame a la contrición sincera y a la firme conversión de mi corazón a ti.

(5 de septiembre de 1918, al P. Benedetto da San Marco in Lams, *Ep. I*, 1071)

17 de diciembre

Al comienzo de la sagrada novena en honor del santo Niño Jesús, mi espíritu se ha sentido como renaciendo a nueva vida: el corazón se siente como bastante pequeño para contener los bienes celestiales; el alma se siente desfallecer del todo ante la presencia de este nuestro Dios hecho carne por nosotros. ¡¿Qué hacer para resistirse a no amarlo siempre con nuevo ardor?! Oh, acerquémonos al Niño Jesús con corazón limpio de culpa, y gustaremos qué dulce y suave es amarlo.

No dejaré nunca, y mucho menos en estos días santos, de suplicar al divino Niño por

todos los hombres, especialmente por ti y por todas las personas que tanto amas. Le rogaré que quiera hacerte partícipe de todos los dones que tan generosamente ha derramado y que derrama cada día más en mi espíritu.

(17 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 273)

18 de diciembre

El gran bien de tu alma es ser en todo y plenamente de Dios. Quien no es sino de Dios, sólo se entristece por haber ofendido a Dios; y su tristeza por este motivo se queda en una profunda, tranquila y pacífica humildad y sumisión, de la que se recupera apoyándose en la bondad divina, por medio de una dulce y perfecta confianza, sin melancolía ni contrariedad.

Quien no es sino de Dios, no busca más que al mismo Dios; y, porque no es menos en la tribulación que en la prosperidad, permanece en paz en medio de las adversidades.

Quien no es sino de Dios, piensa de continuo en Él en todos los momentos de esta vida; y trata de ser cada día mejor ante los ojos de Dios; y encuentra y admira a Dios en todas las criaturas; y exclama con san Agustín: «Todas las criaturas, Señor, me invitan a amarte».

Quien no es sino de Dios, quiere que todos sepan que le quiere servir, que le quiere amar; y se empeña por realizar todos los ejercicios que le ayudan a permanecer unido a Él.

Sé, pues, siempre de Dios, mi queridísima hija; no seas más que para Él, no deseando más que agradarle a Él, y a sus criaturas en Él, según Él y por Él.

(17 de agosto de 1918, a
Rachelina Russo, *Ep. III*, 521)

19 de diciembre

Ante las próximas fiestas de la santa Navidad, le envío, con el corazón a flor de piel y con un afecto más que filial, mi sincerísima felicitación, rogando al niño Jesús que le conceda la felicidad espiritual y temporal.

¡Acoja el niño que va a nacer mis pobres y débiles plegarias que, en estos días santos, le dirigiré, con fe más viva por usted, por todos los superiores, por el mundo entero!

¡Haga al fin descender un poco de rocío celestial a los corazones de aquellas almas afligidas! En este momento no tengo para ellas mensaje alguno que transmitirles; sólo digo que su situación es envidiable. Al verlas tan probadas, me alegro en el alma; y siento en relación con ellas una envidia santa, la de la emulación. Su situación, querido padre, sobre todo la de una de ellas, es tal en este momento que no están en situación de recibir alivio alguno, ni siquiera en las buenas palabras que yo pudiera dirigirles.

Dios ha hundido su entendimiento en las tinieblas; ha colocado su voluntad en la aridez; la memoria, en el vacío; el corazón, en la amargura, en el abatimiento, en una extrema desolación; y todo esto es motivo de grandísima envidia, porque todo está orientado a predisponer y preparar sus corazones para recibir en ellos la imagen auténtica

del espíritu, que no es otra que la unión de amor.

Dios está con ellas; y, para convencerse de ello, debiera bastarles esa voluntad siempre pronta para dedicarse del todo a Dios y para actuar en su servicio y honor.

(19 de diciembre de 1913, al P. Agostino da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 439)

20 de diciembre

Mi queridísimo padre, aproximándose la santa Navidad, me parece que un deber de conciencia me urge a no dejarla pasar sin deseársela llena de todos aquellos consuelos celestiales que usted desea en su corazón. Aunque yo siempre he orado por usted, que fue y será persona muy amada por mí, en estos días no dejaré de redoblar mis oraciones al Niño celestial, para que se digno preservarle de toda desgracia en este mundo, sobre todo de la desgracia de perder a Jesús Niño.

Mi mala salud continúa su curso con sus momentos mejores y peores. Sufro, es cierto, y sufro mucho; pero estoy contentísimo porque, también en medio del sufrimiento, el Señor no cesa de hacerme experimentar una alegría indescriptible.

(20 de diciembre de 1910, al P. Benedetto da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 208)

21 de diciembre

Para las próximas fiestas de la santa Navidad y de fin de año, con el corazón lleno de reconocimiento y con afecto más que filial, le mando mi más sincera felicitación, pidiendo al Niño celestial por su felicidad espiritual y temporal.

No dude, padre, de que su hijo sabe cumplir, en cuanto su pequeñez se lo permite, su deber con nuestro común padre, con la firme esperanza de ver cumplidos sus deseos. Acoja el niño que va a nacer mis pobres y débiles ruegos, que en estos días le dirijo, con la más santa insistencia, por la Orden, los superiores, la provincia y la Iglesia entera.

Escuche qué curioso fenómeno se está dando en mí desde hace algún tiempo, y que, por otro lado, no deja de preocuparme. En la oración me sucede que me olvido de rogar por aquellos que se han encomendado a mí (no de todos, es verdad) o por aquellos por los que tenía intención de orar. Antes de ponerme a orar, me esfuerzo por encomendar, por ejemplo, a esta o a aquella persona; pero, Dios mío, tan pronto como entro en oración, mi mente queda en el vacío más completo y no hay en ella ni la más mínima huella de aquello que tanto había deseado.

Otras veces, en cambio, estando en oración, me veo movido a orar en favor de quienes nunca tuve intención de orar y, lo que es más maravilloso, a veces en favor de quienes nunca he conocido, ni visto, ni oído, y que nunca se han encomendado a mí, ni siquiera por medio de otros.

Y, antes o después, el Señor siempre escucha estas súplicas. Quiera el Señor darle a conocer el verdadero significado de este tan extraño como nuevo fenómeno; y, si Dios quiere que usted después me lo manifieste, le ruego que no me prive de ello.

(20 de diciembre de 1910, al P. Benedetto

22 de diciembre

Quiero desearte de nuevo felices fiestas del santo Niño con toda tu preciosísima familia. El Señor y la santísima Virgen te hagan cada vez más digna de la gloria eterna. Con esta fe y con estos sentimientos, os deseo a todas vosotras muy felices las hermosas fiestas del santísimo nacimiento de Jesús Niño, y hago fervientes votos para que puedas repetir las durante el mayor tiempo posible de vida, y siempre con creciente caridad, que es la reina y madre de todas las virtudes.

¡Oh, qué sublime es la bella virtud de la caridad que nos ha traído el Niño Dios! Todos deben llevarla en el corazón, y sobre todo quienes hacen profesión de santidad. A esta santidad el Señor, sin mérito alguno de tu parte, te ha llamado; y, si es cierto que te veo bien encaminada en la caridad, no por eso dejo de invitarte continuamente a que sigas avanzando cada día más en ella.

(22 de diciembre de 1914, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 280)

23 de diciembre

Los enfriamientos del espíritu, que a veces experimentas, no deben ni maravillarte, ni abatirte, ni desanimarte; ya que, con tal de que tengas un verdadero deseo de fervor y que no dejes, como consecuencia de los mismos, tus santas prácticas de piedad, el alma sigue bien, y sirve y ama a Dios, y además con amor desinteresado. Dime, mi buena hija, ¿acaso el dulce Jesús no nació en el corazón del frío?; y, ¿por qué no ha de seguir estando en el frío del corazón? Yo me refiero a ese frío que no consiste en un debilitamiento de nuestros buenos propósitos, sino sencillamente en cierto cansancio y pesadez de espíritu, que nos hace avanzar con sufrimiento en el camino en el que estamos, y del que no queremos apartarnos nunca hasta que lleguemos a la meta.

(4 de agosto de 1917, a destinataria
desconocida, *Ep. III*, 922)

24 de diciembre

Jesús Niño reine siempre en tu corazón y establezca y consolide su reino cada vez más dentro de ti. Estos y otros semejantes son los deseos que en estos días he presentado en tu favor al Niño de Belén.

Nuestro Señor te ama, hija mía, y te ama tiernamente; y, si Él no siempre te permite experimentar la dulzura de su amor, lo hace para conseguir que seas más humilde y despreciable a tus ojos. Pero no dejes por eso de recurrir con toda confianza a su santa benignidad, especialmente en el tiempo en que lo representamos como era, pequeño niño de Belén; porque, hija mía, ¿con qué otra finalidad toma Él esta dulce y amable condición de niño si no es la de estimularnos a amarlo confiadamente y a entregarnos amorosamente a Él?

(24 de diciembre de 1918, a

25 de diciembre

Jesús niño te inspire cada día más amor al sufrimiento y más desprecio al mundo; su estrella ilumine cada vez más tu mente; y su amor transforme tu corazón y lo haga más digno de sus divinas complacencias.

Con estos deseos muy sinceros, que, en estos días, repetidamente, voy presentando ante Jesús niño en tu favor, comienzo mi respuesta a tu última carta, que me llegó en su momento. Quiera Jesús escucharlos todos.

Me alegro del modo de actuar de la gracia en ti; y, al mismo tiempo que me congratulo contigo, me uno también a ti al bendecir a la piedad divina por tanta predilección como te manifiesta. Por tanto, ensancha tu corazón y deja que el Señor obre libremente. Abre tu alma al sol divino y busca que sus rayos benéficos disipen de ella las tinieblas con las que el enemigo con frecuencia la va obscureciendo.

Te recomiendo la obediencia sin razonamientos a quien ocupa el lugar de Dios. El alma obediente –dice el Espíritu Santo– cantará victoria ante Dios. Tente siempre por una absoluta nada ante el Señor. Y ten siempre gran estima de todos, y de modo especial de aquellos que aman a Dios más que tú; y alégrate de esto, pues, el amor que tú no has sido capaz de ofrecer a Dios, le viene dado por otras almas más queridas y más fieles a Él.

(Sin fecha, a Maria Gargani, *Ep. III*, 388)

26 de diciembre

Crece siempre y no te canses nunca de progresar en la que es la reina de todas las virtudes, la caridad cristiana. Piensa que nunca es demasiado el crecimiento en esta hermosísima virtud. Que te sea muy querida, más aún que las pupilas de tus ojos, porque es precisamente ella la más grata a nuestro Maestro divino, que con una frase totalmente divina suele llamarla «mi mandamiento». ¡Oh!, sí, tengamos en gran estima este mandamiento del Maestro divino y superaremos así todas las dificultades.

Es tan especialmente bella la virtud de la caridad, Raffaelina, que el Hijo de Dios, precisamente para encenderla en nuestros corazones, quiso descender desde el seno del Padre eterno y hacerse semejante a nosotros para enseñarnosla y facilitarnos, con los medios que nos dejó, la adquisición de esta preclarísima virtud.

Pidamos insistentemente a Jesús esta virtud y busquemos cada día con nuevas fuerzas crecer en ella. Pidámosla, repito, siempre y más que nunca en la fiesta de Jesús resucitado. Pídelo también para mí, que la necesito mucho para no caer, para no volverme infiel a la bondad del Padre del cielo.

(30 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 382)

27 de diciembre

Te exhorto a unirte a mí y a acercarte conmigo a Jesús para recibir su abrazo, un beso

que nos santifique y nos salve. Escuchemos en tal sentido al santo rey David, que invita a besar devotamente al Hijo: «Besad al hijo»; porque este hijo del que habla aquí el profeta real no es otro que aquel del que dijo el profeta Isaías: «Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado: *Puer natus est nobis, filius datus est nobis*».

Este niño, Raffaelina, es aquel hermano amoroso, aquel esposo amadísimo de nuestras almas, del que la sagrada esposa del Cantar, figura del alma fiel, buscaba la compañía, y suspiraba por sus besos divinos: «¡Quién me diera a ti por hermano mío, y te buscaría y te besaría! Bésame con el beso de tu boca». Este hijo es Jesús; y el modo de besarle sin traicionarlo, de estrecharlo entre nuestros brazos sin aprisionarlo, el modo de darle el beso y el abrazo de gracia y de amor, que espera de nosotros, y que nos promete devolver, es, según san Bernardo, servirle con verdadero afecto, realizar en obras santas sus doctrinas celestiales, que profesamos con las palabras.

No dejemos, pues, de besar de ese modo a este Hijo divino, porque si son así los besos que ahora le damos, vendrá él mismo, como lo ha prometido, lleno de misericordia y de amor; vendrá a tomarnos en sus brazos, a darnos el beso de paz en los últimos sacramentos en el momento de la muerte; y así terminaremos nuestra vida con el beso santo del Señor; admirable beso de la dignación divina, en el que, al decir de san Bernardo, no se acerca la cara a la cara, la boca a la boca, sino que se unen mutuamente por toda la eternidad el creador con la criatura, el hombre con Dios.

(7 de septiembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 482)

28 de diciembre

Sí, amante divino, Señor de nuestra vida, «tus pechos son mejores que el vino, y exhalan el aroma de los más exquisitos perfumes».

Hija mía, ¿quién puede decirme los secretos admirables que se esconden bajo el velo de estas palabras de la esposa del Cantar de los Cantares? En vano lo intentaría, si quisiera explicar todos esos admirables secretos. Lo que sí puedo decir es que el alma, cuando el dulcísimo Señor la hace digna de poder pronunciar estas palabras, como las pronunció la esposa del Cantar, siente tal suavidad que se percata de que a Jesús lo tiene muy cerca. Todas sus facultades se hallan entonces en una calma tan perfecta que le parece poseer a Dios tanto cuanto le es posible desearlo. Llega como a tocar con la mano la nada que son todas las cosas de este mundo terrenal.

El Esposo divino le va descubriendo verdades importantísimas de un modo, de hecho, nuevo. Pero el alma no ve a este amante divino que así se manifiesta, solamente sabe que él está con ella, y no puede por nada dudarlo. Se encuentra en una atmósfera tan brillante de luz, experimenta en sí tales efectos admirables de esta unión con el Esposo, y se siente tan firme en la virtud, que casi no le parece ser ya la de antes; vive tan sumergida en ese océano de consuelos totalmente celestiales que, en la embriaguez de su alegría, no sabe ya qué desear o pedir a Dios.

En resumen, en ese torrente de luz y de felicidad el alma no sabe en qué se ha transformado. Se siente toda transportada fuera de sí, siente que el Esposo divino la

abrazo de una forma tan estrecha que la pobrecita, ante esa plenitud desbordante de alegría, en cierto modo siente desmayarse. Es precisamente entonces cuando le parece que es llevada amorosamente en esos brazos divinos, y que Él la aprieta a su costado, a sus pechos divinos, y es tal la embriaguez celestial de esta alma que queda como atolondrada y casi fuera de sí, de modo que, en un arrebatado de santa locura, me parece que bien podría decir a su dulce conquistador: «Tus pechos son mejores que el vino y exhalan un aroma semejante a los perfumes más exquisitos».

(7 de septiembre de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 482)

29 de diciembre

¡Otro año que pasa a la eternidad bajo el peso de las culpas que he cometido durante el mismo! ¡Cuántas almas más afortunadas que la mía saludaron el inicio del año y no su término! ¡Cuántas almas dichosísimas, a las que envidio, han pasado a la eternidad con la muerte de los justos, con el beso de Jesús, confortadas por los sacramentos, asistidas por un ministro de Dios, con la sonrisa en los labios, a pesar de los dolorosos sufrimientos físicos a los que estaban sometidas!

Padre mío, la vida aquí abajo me aburre. La vida en este destierro es para mí un tormento tan amargo que casi ya no puedo más. El pensamiento de que en cualquier instante puedo perder a Jesús me angustia tanto que no sé explicarlo; sólo las almas que aman sinceramente a Jesús lograrán saberlo.

En estos días tan solemnes para mí, porque son las fiestas del Niño celestial, con frecuencia he experimentado aquellos excesos de amor divino que tan fuertemente hacen languidecer a mi pobre corazón. Convencido plenamente de la benignidad de Jesús hacia mí, le he dirigido con más confianza esta súplica: «¡Oh Jesús, pudiera yo amarte, pudiera yo sufrir cuanto quisiera y contentarte y reparar de algún modo las ingratitudes de los hombres para contigo!».

(29 de diciembre de 1912, al P. Agostino da
San Marco in Lamis, *Ep. I*, 327)

30 de diciembre

Confianza ilimitada en Dios también cuando la desdicha y las insidias del enemigo lleguen a molestarte. Quien se abandona en Dios, quien confía en Él, no será nunca defraudado. Que tu vida entera se gaste en acciones de gracias al Esposo divino, a Él vayan orientadas todas tus acciones, todas tus palpitaciones, todos tus suspiros; permanece siempre con Él durante el tiempo de la desdicha y de la prueba; permanece también con Él en las consolaciones espirituales; en fin, vive para Él, gasta toda tu vida por Él, entrégale a Él tu partida de esta tierra y la de los demás, cuando, donde y como Él lo quiera. Muéstrate siempre y en todo cada vez más digna de tu vocación cristiana.

Vive de tal modo que el Padre del cielo pueda gloriarse de ti, como lo hace y lo es con tantas almas, que ha elegido de la misma forma que la tuya. Vive de tal forma que en cada instante puedas repetir con el apóstol san Pablo: «Sed imitadores míos como yo lo

soy de Cristo Jesús». Vive de tal modo, te lo repito, que incluso el mundo pueda por fuerza decir de ti: «Ahí está Cristo». ¡Oh!, por caridad, ¡no encuentres exagerada esta expresión! Todo cristiano, verdadero imitador y seguidor del rubio Nazareno, puede y debe llamarse un segundo Cristo, del que lleva de modo muy eminente toda la impronta. ¡Oh!, si todos los cristianos vivieran de acuerdo a su vocación, esta tierra de destierro se transformaría en un paraíso.

(30 de marzo de 1915, a
Raffaelina Cerase, *Ep. II*, 382)

31 de diciembre

Soy plenamente consciente de que no hay nada en mí que pueda atraer las miradas de nuestro dulcísimo Jesús. Ha sido únicamente su bondad la que ha colmado mi alma de tantos bienes. Él casi nunca me pierde de vista; me sigue a todas partes; da vida a mi vida envenenada por el pecado; disipa en mí las densas nubes en las que se halla envuelta mi alma después del pecado. Tan pronto como, al cerrarse mis ojos, veo descender el velo de la noche, veo abrirse ante mí el paraíso y, feliz ante esta visión, duermo con una sonrisa de felicidad en mis labios y una calma total en la frente, esperando que mi pequeño compañero de infancia venga a despertarme, y así entonar juntos las alabanzas matutinas al amado de nuestros corazones.

¡Oh!, padre mío, si el conocimiento de mi realidad despierta en usted algún pensamiento que no sea de compasión, diríjalo, se lo ruego, en mi nombre, a mi amado, como prueba de reconocimiento y de gratitud.

(14 de octubre de 1912, al P. Agostino
da San Marco in Lamis, *Ep. I*, 306)

Bibliografia

- AGOSTINO DA SAN MARCO IN LAMIS, *Diario*, Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1971.
- CAPOBIANCO C., *Detti e aneddoti di padre Pio*, Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1973.
- CASACALENDA P. DA, *Le mie memorie intorno a Padre Pio*, Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1975.
- CASACALENDA V. DA (ed.), *Padre Pio da Pietrelcina. Testimonianze*, Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1969.
- CENTRO TELEVISIVO VATICANO, *Padre Pio Sanctus*, DVD, San Pablo, Madrid 2006.
- CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, SIPONTINA, *Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Pii a Pietrelcina sacerdotis professi OFM Cap. Informatio super virtutibus* (Francesco Forgione) (Pietrelcina 1887-San Giovanni Rotondo 1968), 5 vol., Ciudad del Vaticano 1997.
- D'APOLITO A., *Padre Pio da Pietrelcina. Ricordi-Esperienze-Testimonianze*, Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1986³.
- FLUMERI G. DI (ed.), *Componimenti scolastici*, Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1983.
- PASQUALE G. (ed.), *Padre Pio. Le mie stimmate. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2002; *Padre Pio. Vittima per consolare Gesù. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2002; *Padre Pio. Modello di vita spirituale. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2003; *Padre Pio. Nel segno di Francesco. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2004; *Padre Pio. Profeta obbediente. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2005; *Padre Pio. Maestro e guida dell'anima. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2006; *Padre Pio. San Paolo modello del vero cristiano. Le lettere del santo di Pietrelcina*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milán) 2008.
- POBLADURA M. DA-RIPABOTTONI A. DA (eds.), *Padre Pio da Pietrelcina. Epistolario*, 4 vols., Editorial Padre Pio da Pietrelcina, San Giovanni Rotondo (Foggia) 1973³.
- SÁEZ DE OCÁRIZ L., *Pío de Pietrelcina. Místico y apóstol*, San Pablo, Madrid 2008³.
- SBALCHIERO P., *Padre Pío*, San Pablo, Madrid 2007².

Índice

365 DÍAS CON EL PADRE PÍO

Presentación de la edición española

Prólogo

Fuentes y selección de textos

ENERO

1 de enero
2 de enero
3 de enero
4 de enero
5 de enero
6 de enero
7 de enero
8 de enero
9 de enero
10 de enero
11 de enero
12 de enero
13 de enero
14 de enero
15 de enero
16 de enero
17 de enero
18 de enero
19 de enero
20 de enero
21 de enero
22 de enero
23 de enero
24 de enero
25 de enero
26 de enero
27 de enero
28 de enero
29 de enero
30 de enero
31 de enero

FEBRERO

1 de febrero
2 de febrero
3 de febrero
4 de febrero
5 de febrero
6 de febrero

[7 de febrero](#)
[8 de febrero](#)
[9 de febrero](#)
[10 de febrero](#)
[11 de febrero](#)
[12 de febrero](#)
[13 de febrero](#)
[14 de febrero](#)
[15 de febrero](#)
[16 de febrero](#)
[17 de febrero](#)
[18 de febrero](#)
[19 de febrero](#)
[20 de febrero](#)
[21 de febrero](#)
[22 de febrero](#)
[23 de febrero](#)
[24 de febrero](#)
[25 de febrero](#)
[26 de febrero](#)
[27 de febrero](#)
[28 de febrero](#)
[29 de febrero](#)

[MARZO](#)

[1 de marzo](#)
[2 de marzo](#)
[3 de marzo](#)
[4 de marzo](#)
[5 de marzo](#)
[6 de marzo](#)
[7 de marzo](#)
[8 de marzo](#)
[9 de marzo](#)
[10 de marzo](#)
[11 de marzo](#)
[12 de marzo](#)
[13 de marzo](#)
[14 de marzo](#)
[15 de marzo](#)
[16 de marzo](#)
[17 de marzo](#)
[18 de marzo](#)
[19 de marzo](#)
[20 de marzo](#)
[21 de marzo](#)
[22 de marzo](#)
[23 de marzo](#)
[24 de marzo](#)
[25 de marzo](#)
[26 de marzo](#)
[27 de marzo](#)
[28 de marzo](#)
[29 de marzo](#)

[30 de marzo](#)
[31 de marzo](#)

[ABRIL](#)

[1 de abril](#)
[2 de abril](#)
[3 de abril](#)
[4 de abril](#)
[5 de abril](#)
[6 de abril](#)
[7 de abril](#)
[8 de abril](#)
[9 de abril](#)
[10 de abril](#)
[11 de abril](#)
[12 de abril](#)
[13 de abril](#)
[14 de abril](#)
[15 de abril](#)
[16 de abril](#)
[17 de abril](#)
[18 de abril](#)
[19 de abril](#)
[20 de abril](#)
[21 de abril](#)
[22 de abril](#)
[23 de abril](#)
[24 de abril](#)
[25 de abril](#)
[26 de abril](#)
[27 de abril](#)
[28 de abril](#)
[29 de abril](#)
[30 de abril](#)

[MAYO](#)

[1 de mayo](#)
[2 de mayo](#)
[3 de mayo](#)
[4 de mayo](#)
[5 de mayo](#)
[6 de mayo](#)
[7 de mayo](#)
[8 de mayo](#)
[9 de mayo](#)
[10 de mayo](#)
[11 de mayo](#)
[12 de mayo](#)
[13 de mayo](#)
[14 de mayo](#)
[15 de mayo](#)
[16 de mayo](#)
[17 de mayo](#)

[18 de mayo](#)
[19 de mayo](#)
[20 de mayo](#)
[21 de mayo](#)
[22 de mayo](#)
[23 de mayo](#)
[24 de mayo](#)
[25 de mayo](#)
[26 de mayo](#)
[27 de mayo](#)
[28 de mayo](#)
[29 de mayo](#)
[30 de mayo](#)
[31 de mayo](#)

JUNIO

[1 de junio](#)
[2 de junio](#)
[3 de junio](#)
[4 de junio](#)
[5 de junio](#)
[6 de junio](#)
[7 de junio](#)
[8 de junio](#)
[9 de junio](#)
[10 de junio](#)
[11 de junio](#)
[12 de junio](#)
[13 de junio](#)
[14 de junio](#)
[15 de junio](#)
[16 de junio](#)
[17 de junio](#)
[18 de junio](#)
[19 de junio](#)
[20 de junio](#)
[21 de junio](#)
[22 de junio](#)
[23 de junio](#)
[24 de junio](#)
[25 de junio](#)
[26 de junio](#)
[27 de junio](#)
[28 de junio](#)
[29 de junio](#)
[30 de junio](#)

JULIO

[1 de julio](#)
[2 de julio](#)
[3 de julio](#)
[4 de julio](#)
[5 de julio](#)

[6 de julio](#)
[7 de julio](#)
[8 de julio](#)
[9 de julio](#)
[10 de julio](#)
[11 de julio](#)
[12 de julio](#)
[13 de julio](#)
[14 de julio](#)
[15 de julio](#)
[16 de julio](#)
[17 de julio](#)
[18 de julio](#)
[19 de julio](#)
[20 de julio](#)
[21 de julio](#)
[22 de julio](#)
[23 de julio](#)
[24 de julio](#)
[25 de julio](#)
[26 de julio](#)
[27 de julio](#)
[28 de julio](#)
[29 de julio](#)
[30 de julio](#)
[31 de julio](#)

[AGOSTO](#)

[1 de agosto](#)
[2 de agosto](#)
[3 de agosto](#)
[4 de agosto](#)
[5 de agosto](#)
[6 de agosto](#)
[7 de agosto](#)
[8 de agosto](#)
[9 de agosto](#)
[10 de agosto](#)
[11 de agosto](#)
[12 de agosto](#)
[13 de agosto](#)
[14 de agosto](#)
[15 de agosto](#)
[16 de agosto](#)
[17 de agosto](#)
[18 de agosto](#)
[19 de agosto](#)
[20 de agosto](#)
[21 de agosto](#)
[22 de agosto](#)
[23 de agosto](#)
[24 de agosto](#)
[25 de agosto](#)
[26 de agosto](#)

[27 de agosto](#)
[28 de agosto](#)
[29 de agosto](#)
[30 de agosto](#)
[31 de agosto](#)

SEPTIEMBRE

[1 de septiembre](#)
[2 de septiembre](#)
[3 de septiembre](#)
[4 de septiembre](#)
[5 de septiembre](#)
[6 de septiembre](#)
[7 de septiembre](#)
[8 de septiembre](#)
[9 de septiembre](#)
[10 de septiembre](#)
[11 de septiembre](#)
[12 de septiembre](#)
[13 de septiembre](#)
[14 de septiembre](#)
[15 de septiembre](#)
[16 de septiembre](#)
[17 de septiembre](#)
[18 de septiembre](#)
[19 de septiembre](#)
[20 de septiembre](#)
[21 de septiembre](#)
[22 de septiembre](#)
[23 de septiembre](#)
[24 de septiembre](#)
[25 de septiembre](#)
[26 de septiembre](#)
[27 de septiembre](#)
[28 de septiembre](#)
[29 de septiembre](#)
[30 de septiembre](#)

OCTUBRE

[1 de octubre](#)
[2 de octubre](#)
[3 de octubre](#)
[4 de octubre](#)
[5 de octubre](#)
[6 de octubre](#)
[7 de octubre](#)
[8 de octubre](#)
[9 de octubre](#)
[10 de octubre](#)
[11 de octubre](#)
[12 de octubre](#)
[13 de octubre](#)
[14 de octubre](#)

[15 de octubre](#)
[16 de octubre](#)
[17 de octubre](#)
[18 de octubre](#)
[19 de octubre](#)
[20 de octubre](#)
[21 de octubre](#)
[22 de octubre](#)
[23 de octubre](#)
[24 de octubre](#)
[25 de octubre](#)
[26 de octubre](#)
[27 de octubre](#)
[28 de octubre](#)
[29 de octubre](#)
[30 de octubre](#)
[31 de octubre](#)

[NOVIEMBRE](#)

[1 de noviembre](#)
[2 de noviembre](#)
[3 de noviembre](#)
[4 de noviembre](#)
[5 de noviembre](#)
[6 de noviembre](#)
[7 de noviembre](#)
[8 de noviembre](#)
[9 de noviembre](#)
[10 de noviembre](#)
[11 de noviembre](#)
[12 de noviembre](#)
[13 de noviembre](#)
[14 de noviembre](#)
[15 de noviembre](#)
[16 de noviembre](#)
[17 de noviembre](#)
[18 de noviembre](#)
[19 de noviembre](#)
[20 de noviembre](#)
[21 de noviembre](#)
[22 de noviembre](#)
[23 de noviembre](#)
[24 de noviembre](#)
[25 de noviembre](#)
[26 de noviembre](#)
[27 de noviembre](#)
[28 de noviembre](#)
[29 de noviembre](#)
[30 de noviembre](#)

[DICIEMBRE](#)

[1 de diciembre](#)
[2 de diciembre](#)
[3 de diciembre](#)
[4 de diciembre](#)

[5 de diciembre](#)
[6 de diciembre](#)
[7 de diciembre](#)
[8 de diciembre](#)
[9 de diciembre](#)
[10 de diciembre](#)
[11 de diciembre](#)
[12 de diciembre](#)
[13 de diciembre](#)
[14 de diciembre](#)
[15 de diciembre](#)
[16 de diciembre](#)
[17 de diciembre](#)
[18 de diciembre](#)
[19 de diciembre](#)
[20 de diciembre](#)
[21 de diciembre](#)
[22 de diciembre](#)
[23 de diciembre](#)
[24 de diciembre](#)
[25 de diciembre](#)
[26 de diciembre](#)
[27 de diciembre](#)
[28 de diciembre](#)
[29 de diciembre](#)
[30 de diciembre](#)
[31 de diciembre](#)

Bibliografía

Index

365 días con el Padre Pío	2
Presentación de la edición española	3
Prólogo	5
Fuentes y selección de textos	8
Enero	10
1 de enero	11
2 de enero	11
3 de enero	12
4 de enero	12
5 de enero	13
6 de enero	13
7 de enero	13
8 de enero	14
9 de enero	14
10 de enero	15
11 de enero	15
12 de enero	16
13 de enero	16
14 de enero	16
15 de enero	17
16 de enero	17
17 de enero	17
18 de enero	18
19 de enero	18
20 de enero	19
21 de enero	19
22 de enero	20
23 de enero	20
24 de enero	20
25 de enero	21
26 de enero	21
27 de enero	22

28 de enero	22
29 de enero	23
30 de enero	23
31 de enero	24
Febrero	25
1 de febrero	26
2 de febrero	26
3 de febrero	26
4 de febrero	27
5 de febrero	27
6 de febrero	28
7 de febrero	28
8 de febrero	29
9 de febrero	29
10 de febrero	30
11 de febrero	30
12 de febrero	31
13 de febrero	31
14 de febrero	31
15 de febrero	32
16 de febrero	32
17 de febrero	33
18 de febrero	33
19 de febrero	34
20 de febrero	34
21 de febrero	34
22 de febrero	35
23 de febrero	35
24 de febrero	36
25 de febrero	36
26 de febrero	37
27 de febrero	37
28 de febrero	38
29 de febrero	38
Marzo	40

1 de marzo	41
2 de marzo	41
3 de marzo	42
4 de marzo	42
5 de marzo	43
6 de marzo	44
7 de marzo	44
8 de marzo	45
9 de marzo	45
10 de marzo	46
11 de marzo	46
12 de marzo	47
13 de marzo	47
14 de marzo	47
15 de marzo	48
16 de marzo	48
17 de marzo	49
18 de marzo	49
19 de marzo	50
20 de marzo	50
21 de marzo	51
22 de marzo	51
23 de marzo	52
24 de marzo	52
25 de marzo	53
26 de marzo	54
27 de marzo	54
28 de marzo	54
29 de marzo	55
30 de marzo	56
31 de marzo	56
Abril	58
1 de abril	59
2 de abril	59
3 de abril	60

4 de abril	60
5 de abril	60
6 de abril	61
7 de abril	61
8 de abril	62
9 de abril	62
10 de abril	63
11 de abril	63
12 de abril	63
13 de abril	64
14 de abril	64
15 de abril	65
16 de abril	65
17 de abril	66
18 de abril	66
19 de abril	67
20 de abril	67
21 de abril	68
22 de abril	68
23 de abril	68
24 de abril	69
25 de abril	69
26 de abril	70
27 de abril	70
28 de abril	71
29 de abril	71
30 de abril	71
Mayo	73
1 de mayo	74
2 de mayo	74
3 de mayo	75
4 de mayo	75
5 de mayo	75
6 de mayo	76
7 de mayo	76

8 de mayo	77
9 de mayo	77
10 de mayo	77
11 de mayo	78
12 de mayo	78
13 de mayo	79
14 de mayo	79
15 de mayo	80
16 de mayo	80
17 de mayo	81
18 de mayo	81
19 de mayo	82
20 de mayo	83
21 de mayo	83
22 de mayo	83
23 de mayo	84
24 de mayo	84
25 de mayo	84
26 de mayo	85
27 de mayo	85
28 de mayo	86
29 de mayo	86
30 de mayo	87
31 de mayo	87
Junio	88
1 de junio	89
2 de junio	89
3 de junio	89
4 de junio	90
5 de junio	90
6 de junio	91
7 de junio	91
8 de junio	92
9 de junio	92
10 de junio	93

11 de junio	93
12 de junio	94
13 de junio	94
14 de junio	95
15 de junio	95
16 de junio	96
17 de junio	96
18 de junio	97
19 de junio	97
20 de junio	98
21 de junio	98
22 de junio	99
23 de junio	99
24 de junio	100
25 de junio	100
26 de junio	100
27 de junio	101
28 de junio	101
29 de junio	101
30 de junio	102
Julio	103
1 de julio	104
2 de julio	104
3 de julio	104
4 de julio	105
5 de julio	105
6 de julio	105
7 de julio	106
8 de julio	106
9 de julio	107
10 de julio	107
11 de julio	107
12 de julio	108
13 de julio	108
14 de julio	109

15 de julio	109
16 de julio	109
17 de julio	110
18 de julio	110
19 de julio	111
20 de julio	111
21 de julio	112
22 de julio	112
23 de julio	112
24 de julio	113
25 de julio	113
26 de julio	114
27 de julio	114
28 de julio	115
29 de julio	115
30 de julio	115
31 de julio	116
Agosto	117
1 de agosto	118
2 de agosto	118
3 de agosto	118
4 de agosto	119
5 de agosto	119
6 de agosto	119
7 de agosto	120
8 de agosto	120
9 de agosto	121
10 de agosto	121
11 de agosto	122
12 de agosto	122
13 de agosto	123
14 de agosto	123
15 de agosto	124
16 de agosto	124
17 de agosto	124

18 de agosto	125
19 de agosto	125
20 de agosto	126
21 de agosto	126
22 de agosto	127
23 de agosto	127
24 de agosto	127
25 de agosto	128
26 de agosto	128
27 de agosto	128
28 de agosto	128
29 de agosto	129
30 de agosto	129
31 de agosto	129
Septiembre	131
1 de septiembre	132
2 de septiembre	132
3 de septiembre	132
4 de septiembre	133
5 de septiembre	133
6 de septiembre	133
7 de septiembre	134
8 de septiembre	134
9 de septiembre	135
10 de septiembre	135
11 de septiembre	136
12 de septiembre	136
13 de septiembre	137
14 de septiembre	137
15 de septiembre	138
16 de septiembre	138
17 de septiembre	139
18 de septiembre	139
19 de septiembre	140
20 de septiembre	140

21 de septiembre	141
22 de septiembre	141
23 de septiembre	142
24 de septiembre	142
25 de septiembre	142
26 de septiembre	143
27 de septiembre	143
28 de septiembre	144
29 de septiembre	144
30 de septiembre	145
Octubre	146
1 de octubre	147
2 de octubre	147
3 de octubre	147
4 de octubre	148
5 de octubre	148
6 de octubre	149
7 de octubre	149
8 de octubre	149
9 de octubre	150
10 de octubre	150
11 de octubre	151
12 de octubre	151
13 de octubre	151
14 de octubre	152
15 de octubre	153
16 de octubre	153
17 de octubre	153
18 de octubre	154
19 de octubre	154
20 de octubre	155
21 de octubre	155
22 de octubre	155
23 de octubre	156
24 de octubre	156

25 de octubre	157
26 de octubre	157
27 de octubre	157
28 de octubre	158
29 de octubre	158
30 de octubre	159
31 de octubre	159
Noviembre	160
1 de noviembre	161
2 de noviembre	161
3 de noviembre	162
4 de noviembre	162
5 de noviembre	163
6 de noviembre	163
7 de noviembre	163
8 de noviembre	164
9 de noviembre	164
10 de noviembre	164
11 de noviembre	165
12 de noviembre	165
13 de noviembre	166
14 de noviembre	166
15 de noviembre	167
16 de noviembre	167
17 de noviembre	168
18 de noviembre	168
19 de noviembre	169
20 de noviembre	169
21 de noviembre	169
22 de noviembre	170
23 de noviembre	170
24 de noviembre	171
25 de noviembre	171
26 de noviembre	172
27 de noviembre	172

28 de noviembre	172
29 de noviembre	173
30 de noviembre	173
Diciembre	175
1 de diciembre	176
2 de diciembre	176
3 de diciembre	176
4 de diciembre	177
5 de diciembre	177
6 de diciembre	177
7 de diciembre	178
8 de diciembre	178
9 de diciembre	179
10 de diciembre	179
11 de diciembre	180
12 de diciembre	180
13 de diciembre	180
14 de diciembre	181
15 de diciembre	181
16 de diciembre	182
17 de diciembre	182
18 de diciembre	183
19 de diciembre	183
20 de diciembre	184
21 de diciembre	184
22 de diciembre	185
23 de diciembre	185
24 de diciembre	185
25 de diciembre	186
26 de diciembre	186
27 de diciembre	186
28 de diciembre	187
29 de diciembre	188
30 de diciembre	188
31 de diciembre	189

